

VERÓNICA MENGUAL



ENOJAR
A UN
Marqués
Alvaredo

© VERÓNICA MENGUAL
ENOJAR A UN MARQUÉS MALVADO
ASIN: B08WR6385V
Sello: Independently published

Primera edición, agosto de 2021.
Impreso en España.
Corrección: Mile Bluett.
Edición: José Pedro Baeza.
Diseño de portada: Pamela Díaz y Dayah Araujo.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Enojar a un marqués malvado

Serie Segundas Hijas III

Verónica Mengual

*Mis adoradas lectoras, mil gracias por seguir dándome alas.
Espero no defraudaros jamás, y menos con el cierre de esta trilogía.*

*Cuando la necesidad une a dos personas,
algo grande puede nacer para toda la eternidad.
Todo comienza con una discusión...*

Sinopsis

Bastian Leight, marqués de Londonderry, es un hombre robusto, apuesto, con unos ojos grandes de color avellana que lo hacen irresistible ante cualquier dama. Podría casarse con la mujer que quisiera... sin en verdad desease caer en la cárcel del matrimonio, claro. Bastian está en apuros y no es por causa de una mujer... Bien, un poco sí, pero *lady* Margot es una circunstancia momentánea. Lo apremiante para Bastian es quitarse de encima la presión de su abuelo, el duque de Kent. Su único familiar vivo ha amenazado con desheredarlo y cortar su asignación si no se casa de inmediato. ¡Un problema de proporciones bíblicas para un hombre que sería el peor esposo del mundo!

Y en el otro lado de la balanza se encuentra *lady* Margot, quien sabe que cuando recite sus votos ante Dios, será la mejor esposa de todo Londres. Su hermosa y tirana hermana mayor ha hecho un buen matrimonio y parece que tiene el camino un poco más despejado.

Margot es de estatura pequeña y esto puede ser un contratiempo, y más porque compensa su tamaño con su perspicacia. Sabe hablar alto y claro, demasiado claro... ¡Lord Londonderry bien lo sabe! Y el malvado marqués es conocedor de esto, porque cuando él le propone un absurdo plan para contentar a su abuelo, la joven enumerará uno a uno los motivos por los que no deben hacerlo y los expone gritando.

Los comienzos son siempre difíciles, más si los silencios y malentendidos se mantienen. ¿Qué le deparará el designio a esta pareja tan poco probable?

Índice

[Prefacio: Todo tiene un principio](#)

[Capítulo 1: Un amargo despertar](#)

[Capítulo 2: Marqués a la vista](#)

[Capítulo 3: Una buena lección](#)

[Capítulo 4: Un descubrimiento inesperado](#)

[Capítulo 5: Una confesión arriesgada](#)

[Capítulo 6: Una muestra de valentía](#)

[Capítulo 7: Una exigencia importante](#)

[Capítulo 8: Una tortura deliciosa](#)

[Capítulo 9: Una noticia angustiada](#)

[Capítulo 10: Una elección decidida](#)

[Capítulo 11: Una sintonía adecuada](#)

[Epílogo: Una marquesa malvada](#)

Prefacio

Todo tiene un principio

La noche fue tormentosa. Los relámpagos no habían dejado que Margot, de apellido Kidder, pegase ojo. Había estado buena parte del tiempo de descanso mirando por la ventana. Era un espectáculo fascinante ver los dibujos inesperados que se formaban en el cielo. Era la naturaleza en su máxima expresión rugiendo furiosa, después de teñir el horizonte. Le apasionaba estar en su alcoba, con la chimenea prendida, observando una intempestiva tormenta nocturna. Desde pequeña supo que no era una persona demasiado común. Las diferencias con su hermana mayor, Bernice, eran del todo evidentes. A Bernice le gustaba jugar con muñecas, a Margot con las plantas. Bernice deseaba salir a pasear, ella prefería leer un libro. Su hermana pintaba de modo fascinante, ella podía cocinar un rico bizcocho de chocolate. Por descontado que todo lo que Bernice hacía, era elogiado y aceptado por sus padres, los condes de Burst. No así lo que Margot llevaba a cabo. Se sentía extraña en su casa, con su propia familia. No encajaba.

Esas diferencias tan manifiestas que ambas hermanas tenían, la colocaban a ella, a Margot, en una posición delicada. Más, cuando la belleza que una dama debía tener para conseguir a un buen partido, había recaído casi por completo en Bernice.

Se había conformado con ser «la otra hermana fea y problemática». En efecto, todo en Margot era un problema de proporciones bíblicas. No sabía cómo lo hacía, pero siempre conseguía estar en el momento menos oportuno y en el lugar poco adecuado.

Su carácter tierno y dócil la ayudaba a sobrellevar ciertas cosas que desde un punto de vista exterior eran bastante injustas. Se consideraba a sí misma bastante confiada. Con dieciocho años recién cumplidos, Margot no tenía miedo más que a una cosa: la ira de su hermana.

Bernice era demasiado... demasiado... demasiado... ¡todo! Además de ser perfecta, su hermana mayor siempre buscaba molestarla. No entendía muy bien el motivo. Tal vez la disputa viniese por aquella muñeca que le regaló tía Theodora. Bernice consideró que la de Margot era más bonita y a partir de ahí, las cosas cambiaron. Margot sacudió la cabeza para negar. No creía que aquella muñeca comenzase la historia compleja que se producía entre las hermanas. Bueno. Sí, era cierto que Theodora solía tener una especial inclinación por Margot, pero en cuanto Bernice supo ganarse a la tía, la cosa cambió por completo. Tanto mudaron los afectos de la tía solterona Theodora, que el viaje por Europa que le había prometido a Margot, le fue concedido a Bernice.

No importaba. Margot estaba más que satisfecha por la tranquilidad sosegada que reinaba en la finca de campo. Bernice llevaba fuera cerca de ocho meses y, aunque estaba feo decirlo, habían sido los mejores de toda su existencia. Y no solo por este motivo. Su felicidad era plena porque, aunque refunfuñó un poco por ese viaje del que finalmente había gozado su hermana, ¡ella iba a casarse! Margot estaba entusiasmada.

Bernice contaba sobre sus espaldas dos temporadas y pese a ser toda una beldad, no había conseguido una propuesta aceptable. También era cierto que su perfecta hermana, con sus medidas adecuadas, sus preciosos ojos azules y ese cabello del color del oro más claro, rechazó a todos y cada uno de los pretendientes que llegaron hasta su puerta porque no los consideraba apropiados.

Bien. Por una vez ganaría a Bernice en ese juego de competencia que su hermana mayor instauró entre ellas. Margot se casaba con un hombre sin haber disfrutado de ninguna temporada y sin haber salido del campo para encontrarlo.

La joven se miró al espejo. Fuera de la sombra que proyectaba su hermana, parecía que había florecido tímidamente. Compuso una sonrisa triunfal llena de ilusión y esperanza. Colocó un mechón de pelo rebelde que se había salido de su lugar. Su cabello no era tan ostentoso como el de Bernice, pero era del color adecuado: dorado como los rayos del sol. Sus ojos no tenían tampoco el tono tan claro como el de la hija mayor del conde de Burst, pero eran azulados, mas bien grises, como un día nublado. El mayor de los problemas era su alzada. Con apenas un metro cincuenta y siete de estatura era bastante baja, pero deseaba pensar que su intelecto, ese que nutría con una buena lectura, compensaba con creces su talla. Bernice le sacaba casi cabeza y media... La fortuna dio gran parte de la belleza de la familia a su hermana, a ella la bendijo con bastantes pecas en buena parte de su cuerpo. No estaba bien visto que las manchas echasen a perder el tono lechoso de piel. Había probado todo tipo de remedios para aplicarse: como los tónicos con limón, bañarse en leche de burra como hacía Cleopatra... Sus pecas no deseaban marcharse y a ella ya no le importaba porque el hombre que le había preguntado si deseaba casarse con él decía que eran encantadoras.

Margot suspiró de plena felicidad. Estaba completamente enamorada de él. Era sencillamente maravilloso, ideal, perfecto, atento, apuesto, con buenos modales, rico, con título y su padre lo aprobaba por completo. David Clarke, conde de Luxor, tenía veinticuatro años y la adoraba al igual que hacía ella. Era el vecino que había comprado la propiedad adyacente a la de lord Burst y cuando David llegó a casa para presentarse... fue un cuento de hadas, se miraron a los ojos y saltaron chispas. Margot nunca fue muy dada a creer en enamoramientos, pero lo que sintió al principio por él, no fue nada en comparación con lo que siguió tras esos seis meses en los que se habían conocido y hecho grandes amigos.

Y entonces llegó un contacto que ella consideraba divino. Los labios de él la rozaron un momento con timidez y todo su cuerpo tembló. Habían salido a montar y cuando la ayudó a bajar del caballo a mitad de la cabalgata, él no pudo resistirse, según le había dicho.

Estaban prometidos en secreto, porque solo faltaba que David hablase con su padre y la cosa quedaría lista para sentencia. Nunca creyó que encontrar el amor resultase tan sumamente fácil. ¡Ni siquiera lo había buscado!

Pero era deliciosamente perturbador imaginarse viviendo la nueva vida que pronto iniciaría. Tendría un esposo, es decir, todo con lo que una joven dama casadera sueña desde que deja de hacerse las trenzas. Dirigiría su casa y sería amable con sus sirvientes porque eso iba con el carácter dulce que Margot tenía. Le daría muchos hijos, tantos como Dios quisiera enviarles y sería la mejor esposa de todo Londres. No, de todo el planeta. Colmaría a su esposo con tanto amor que nunca dejaría de sentirse querido. Sí. Eso haría. Sería la perfecta esposa para el conde de Luxor.

David. Todavía recordaba el instante en el que él la invitó a usar su nombre de pila. Le pareció un acercamiento tan íntimo que no supo cómo reaccionar. Se puso tan colorada que sus mofletes hablaron por ella ante esa invitación. Él le acarició la mejilla y le dijo que la encontraba adorable.

Antes de salir de la habitación, cogió un sencillo sombrero de paja y se marchó en dirección al riachuelo. David deseaba hablar con ella de manera privada y la había citado allí después del desayuno.

El lugar al que se dirigía estaba a unos veinte minutos de la casa y ese tiempo le sirvió para

sentir una expectación increíble.

Conforme se acercaba hasta el punto de encuentro, lo veía cada vez de forma más nítida. Él se había quitado el sombrero y lo portaba entre las manos. El cabello negro se movía por el ligero viento que se había levantado. En cuanto la divisó, le otorgó una brillante sonrisa que la deslumbró con la blancura de sus perfectos dientes. Sus ojos eran tan verdes, como la hierba más fresca. ¡Era tan apuesto!

—Margot... —Cada vez que él pronunciaba su nombre su corazón se estremecía. ¿Se podía morir de puro amor? La joven comenzaba a pensar que sí.

—David... —Consiguió decir antes de que él se abalanzase para abrazarla. Las rodillas le temblaron.

Él se obligó a despegarse de ella. La miró con verdadera adoración. Los ojos de ambos estaban en sintonía. Se sonrieron como dos jóvenes absolutamente embelesados.

—Te amo, Margot. Más de lo que imaginé que amaría a cualquier mujer. Eres perfecta para ser mi esposa. ¿Lo serás, verdad? —El conde le acarició la mejilla en un gesto muy tentativo lleno de nerviosismo.

Ella sintió mil mariposas revolotear en su estómago. Era la primera vez que él le confesaba sus sentimientos de forma tan efusiva.

—Por supuesto que sí —respondió la rubia, sin ápice de duda. Era el hombre más apuesto, atento y perfecto que jamás pensó que podría tener.

—Margot... —La volvió a abrazar con intensidad—, me vuelves loco. Cuando no estoy contigo pienso en ti a todas horas. No sé qué tienes, pero me haces sentir como un animal...

David la soltó de improviso como si quemase. Él se giró de pronto.

—¿Qué te sucede? —inquirió ella sorprendida por el supuesto rechazo.

—Tú me sucedes. Te deseo tanto que me duele —dijo de un modo agónico.

—¿Cómo puedo hacer eso? —Margot se acercó para tocar su hombro a fin de que él se diera la vuelta. La mirada de ambos estuvo nuevamente conectada. Él le acarició la mejilla una vez más.

—Debo marcharme. Mi tío está enfermo y no sé cuándo regresaré.

—¡Oh! Lo siento mucho. ¿Cuándo te marchas? —La noticia le había sentado como un jarro de agua fría, pero comprendía que era necesario que él atendiera sus asuntos familiares.

—Esta tarde. Deseaba hablar con tu padre antes de marcharme, pero cuando he ido en su busca, el mayordomo me ha informado que ha partido a Londres. —En verdad esto había sido un contratiempo a sus planes.

—Sí, el conde se ha marchado. ¿Has estado en casa esta mañana? —preguntó con extrañeza, pues no le dijo nada de su visita. Él cabeceó afirmativamente.

—He ido con la única idea de cerrar nuestro compromiso lo antes posible... —Su tono de voz sonó extraño. Con un deje de tristeza.

Margot le sonrió.

—En mi corazón no hay lugar para otro que no seas tú —trató de tranquilizarlo—. Por lo que a mí respecta, eres mi prometido.

David le devolvió la sonrisa y ella percibió que él se tranquilizaba.

—¿Tu padre me aceptará? —inquirió con nerviosismo contenido. Ella se rio con ligereza.

—¿Un conde, joven, apuesto, rico y que declara su amor por su hija? Estoy segura de que padre te aceptará por completo. —Al menos así lo esperaba, porque lord Burst no podía poner ningún impedimento.

—Es un hombre muy serio. Parece inaccesible. —A David no le gustaba demasiado la actitud

de ese hombre, en especial, con relación a su hija.

—Lo es con todo el mundo. No solo contigo. Le preocupa el condado, su título y sus negocios —puntualizó. Margot era su propia sangre y creía que, si la hija de la cocinera se hiciera pasar por ella, ni lord ni *lady* Burst se darían cuenta del engaño.

—Yo... deseaba haber hablado con tu padre antes de irme y pedirle sus bendiciones porque... —La frase quedó suspendida en el aire. Margot lo vio excesivamente inquieto, y por norma general, David era un hombre muy civilizado y tranquilo.

—Sea lo que sea que ocurra, puedes contar conmigo siempre. —En un gesto de audacia, Margot se puso de puntillas y le dio un ligero y suave beso en los labios. David la sostuvo un instante entre sus brazos.

—Te deseo, Margot. Sé mía —pidió, mientras acercaba su entrepierna al cuerpo femenino para dejar claro lo que en verdad estaba demandando.

Margot sintió el pinchazo de su hombría. Se sofocó, pues sabía que él estaba en un estado que antes nunca había sido tan patente. Su zona íntima se sentía dura y ella diría que incluso palpitante. Tragó saliva con fuerza y lo miró con intensidad a los ojos. Vio el deseo de él ahí reflejado.

—Yo... yo soy tuya... —dijo sin ser demasiado consciente de las implicaciones de su aseveración.

—No. No lo entiendes. Yo deseaba hablar con tu padre para poder sellar nuestro compromiso y poder... Yo... —Le tocó el turno a él de tragar saliva—. Margot, deseo tomarte como mi mujer. Aquí y ahora. Te deseo y no puedo esperar más. Si no te tengo, me volveré loco. He tratado de contenerme. Ya no lo soporto más. Saber que estaré unas semanas lejos de ti... Deseo llevar conmigo tu recuerdo siendo mía para que nada nos separe jamás.

Margot bajó la mirada al suelo. Estaba azorada. Sí. En estos instantes comprendía perfectamente lo que él estaba demandando. Una joven solo tenía su reputación. Era la leyenda que la condesa le recitaba casi a diario, más cuando David comenzó a dar muestras de interés por ella. Una joven mancillada fuera del matrimonio no sobrevivía al ostracismo.

—David... yo no... —comenzó a titubear.

—No. No digas nada. Lo sé. Estoy siendo demasiado egoísta. No tengo derecho a pedirte nada. No contestes. Podré esperar... —Margot lo vio totalmente desesperado en su explicación. Se sintió miserable por haberlo hecho sufrir con su intento de negativa.

—David, comprendo que tú... En fin, eres un hombre y que yo... Yo seré tu esposa. Creo que mi deber... Es decir, yo... Te amo. —Consiguió decir entre los balbuceos.

—¿Me amas? —Abrió los ojos lleno de júbilo por la declaración. Esa muchacha era pura luz y él deseaba quedarse ciego por su mirada.

—Con todo mi ser. Creo que eres el mejor hombre que conocí, conozco y conoceré. Estoy muy agradecida de que te interesases por mí.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Eres todo candor, inocencia. Además, posees una inteligencia excepcional. Todo ello, sin olvidar esos preciosos ojos que tanto me impresionaron cuando te conocí. Creo que eres la mujer perfecta. —Él colocó su nariz pegada a la femenina—. Puedo esperar si es lo que deseas. Lo haré, aunque ello me cueste horrores. —Emitió una carcajada carente de humor—. Solo es que necesitaba hacerte el amor de modo desesperado. Lo siento, Margot. No debí haberlo pedido. Me disculpo. Cuando estemos casados...

Margot inhaló una bocanada de aire fresco.

—Deseo que me hagas el amor, David... Ahora —susurró la última palabra por lo bajo mientras su mirada caía al suelo.

—Margot... —David sintió que el cielo se había abierto ante sus ojos. Desde que la había visto, solo fantaseaba con tumbarla sobre su espalda y...

Y eso fue justo lo que hizo en cuanto obtuvo la aprobación de esa maravillosa mujer. Le acarició unos breves minutos los incipientes senos, y a continuación la ayudó a acomodarse sobre la mullida hierba. David se colocó sobre ella mientras se desabrochaba la presilla del pantalón. Le subió la falda y hurgó entre su ropa interior.

—Mi amor. Mi amor... me has hecho el hombre más feliz del mundo —le dijo al tiempo que llevaba su miembro hasta el interior de ella. Le costó atinar el tiro, pero al tercer intento, una vez que su virilidad se apoyó en su abertura, consiguió meterse de una embestida hasta el final de su cueva.

Margot no gritó. Pudo contener la furia del dolor que nació en su ser. No así, consiguió refrenar sus lágrimas. Él siguió embistiendo sin saber la laceración que había provocado. La rubia cerró los ojos. Sabía que dolía. Su hermana había hablado de ello en alguna ocasión con sus amigas casadas y la había escuchado decir que cuando un hombre yacía con una mujer el dolor era insoportable. Ya tenía la confirmación.

Deseaba gritar, pero no podía. No debía hacerlo. Él sería su esposo y ella le serviría en todo cuanto precisase. La labor de una mujer era mantener satisfecho, feliz y contento a su marido. Ella había aceptado la proposición de él y comenzaría de inmediato a demostrarle su valía.

En lo que fueron tres minutos, un rugido profundo acalló el canto de los pájaros. Margot percibió unas palpitaciones en su interior al tiempo que algo cálido se vertía dentro. David se quedó laxo sobre el cuerpo de ella. Su cabeza se apoyó sobre su clavícula un momento. Margot no se atrevía a decir nada. Tan solo quería que él se retirase. Y pareció leerle la mente, porque David se movió de inmediato y se incorporó. Vio la sangre de la mujer a la que pretendía desposar en su virilidad y sonrió.

—Eres mía, Margot. Mía para siempre. —Se acomodó sus partes y la ayudó a incorporarse. Se fijó en la humedad que todavía tenía en sus mejillas—. No llores, preciosa mía. Has perdido tu virginidad, pero no has de temer nada. Te he prometido que me casaré contigo y lo haremos pronto. ¿Podrás esperar, Margot?

Ante las palabras de promesa, ella sintió que su herida íntima se acallaba. La esperanza renació de nuevo. Había obrado correctamente.

—Sí. Lo haré. Te amo, David.

Entonces él le dio otro beso cálido y la abrazó con fuerza.

—Espérame, Margot. Pronto serás mi esposa.

Con el juramento de un amor que acaba de sellarse, el conde de Luxor se marchó de allí mirando atrás a cada rato. Margot era dulce, era sensata, era todo cuanto podía desear un hombre que buscara una buena esposa.

Y con el corazón lleno de amor y rebosante de felicidad, la joven Margot llegó a su casa sobre un montón de nubes que le indicaban que seguía soñando.

Pero no todos los sueños eran dulces. Había pesadillas que comenzaban de la manera más natural. Margot en su ingenuidad y falta de lecciones sobre la vida y los hombres, no se ocupó de esconder la prueba de su delito. La doncella encontró sangre en sus enaguas y de inmediato dio parte a la condesa. Y todo comenzó a ir de mal en peor...

Así fue como su hermana Bernice amaneció en casa a la semana siguiente y tía Theodora se llevó con ella a Margot, a la espera de saber si lo que la joven había hecho, presumiblemente con algún trabajador de la casa, daba sus frutos.

Para suerte de Margot, su hermana no llegó a enterarse del motivo de su precipitada marcha

de la finca familiar. Pese a que la segunda hija de lord y *lady* Burst imploró un poco de tiempo para explicar la situación, nadie le hizo caso. Para sus padres, ella había cometido el peor de los delitos y no merecía más que una reclusión en un lugar donde no pudiera hacer gala de su carácter licencioso y reprochable.

Y los días se convirtieron en semanas, estas en meses y cuando cumplió los veintidós años, al fin tuvo las ansiadas noticias que nunca llegaron mientras residía con su tía lejos de sus padres.

Cuatro años de soledad, donde las penas habían sido más que las alegrías. Pero había llegado el momento de respirar libertad. Sentía retirarse el yugo que años atrás colocaron sobre su cuello. David al fin la había encontrado. Libre. Sería libre al fin y con el hombre que tanto había amado. Su cuento de hadas comenzaba una vez más y esta vez, nadie podría evitar que Margot Kidder alcanzase la felicidad que le habían robado durante cuatro largos años.

Y con ese pensamiento en la mente, nada más llegó a Londres se dio cuenta de que la pesadilla no había hecho más que comenzar.

Capítulo 1

Un amargo despertar

La vida en Londres no era lo que previó cuando llegó. Margot Kidder, a sus cerca de veintitrés años, ya no se sentía una muchacha ingenua. Pese a ello, estaba en un rincón a buen recaudo tras unos frondosos helechos que le daban cierta privacidad en el baile de los condes de Whestpont.

Hacía largos meses que habían planeado atrapar a un esposo para poder casarse. ¿Quiénes? Pues ella y sus dos amigas, pero esas desertoras ya tenían lo que una vez pidieron de rodillas a Dios, puesto que *lady* Ruth Anne Nording, la hija del duque de Cass, y la señorita April Sunne habían abandonado sus títulos para convertirse en mujeres casadas con dos nobles caballeros. Solo quedaba ella con la misión de casarse lo antes posible y las posibilidades de contraer un buen matrimonio no eran demasiado halagüeñas.

Desde que llegó a Londres y estuvo en compañía de esas dos amigas que la habían dejado sola con el reto de buscar a un buen esposo, los problemas de Margot, que no eran pocos, solo habían empeorado todavía más.

Estaba tan desesperada, que había previsto coquetear con un hombre que tenía en el punto de mira y planeaba que, Bernice o quien fuera —ya no importaba—, la descubriesen en una actitud reprochable y ella al fin acabase casada.

Era de vital importancia huir de la casa de su hermana lo antes posible si no deseaba meterse en un lío del que no podría escapar jamás. ¿Por qué? Pues porque el esposo de su bella, fantástica y tormentosa hermana mayor, no era otro que el hombre por el que ella esperó con devoción: David.

Colocada tras esas plantas, Margot gimió al pensar en cómo había resultado su insípida vida. Cuatro años viviendo en el campo esperando a que él llegase para rescatarla y... No podía ser verdad. Cuando lo tuvo ahí frente a ella después de tanto tiempo, pensó que al fin recuperaría su vida. Nada más lejos de la realidad.

Gimió. No deseaba pensar en eso. Ya había llorado por toda una vida y no debía derramar más lágrimas. Estaba sola en esto de cazar a un esposo y lo haría lo más pronto que pudiera. A sus amigas les había resultado bien el plan para salir de su soltería. Se casaría y luego ya vería cómo conquistar a su víctima. No quedaba otra.

—Yo pensé que las jóvenes damas casaderas no se escondían tras verdes y frondosas plantas. —Margot oyó a su lado una voz masculina que conocía demasiado. Ni se ladeó para mirarlo. Se movió dos pasos para ver si entre el helecho se camuflaba del todo y él entendía que ella no deseaba hablar—. La estoy viendo, si no tiene el don de desaparecer, de poco le servirá seguir tratando de esconderse de mí.

Margot no pudo evitarlo y su mirada buscó la de él por inercia. Lo vio sonreír de lado. Le gustaba más cuando ese arrogante le tenía miedo. Era un hombre que la sacaba de quicio. No solo por su orgullo, que se veía imparable. Sino porque le hablaba siempre con una condescendencia que le hacía desear darle una patada en su espinilla de elegante marqués. Y él era tan grande y robusto, que estaba segura de que si levantaba una pierna, con lo pequeña que era ella en comparación con él, acabaría pisándola como a una hormiga.

—Con esos modales tan poco agradables se quedará soltera para el resto de su vida... Y tal vez más allá —dijo el hombre un poco molesto, pero exhibiendo su característico buen humor.

Cansada porque él no se daba cuenta de que no era bien recibido a su lado, Margot se colocó delante de él para mirarlo desafiante. Bastian Leight, marqués de Londonderry había sido desde que lo conocía, es decir desde hacía unos meses que se sentían como años, una piedra en su zapato. Lo examinó con atención. Ciertamente era apuesto, con el pelo dorado como el sol, los ojos de color avellana y una nariz señorial que le iría como un guante cuando fuese el duque de Kent. Lo que no le gustaba era esa manera de mirarla que él tenía, como si ella... No sabía bien cómo la miraba él. No era deseo, desde luego tampoco amor. Sí, era esa dichosa condescendencia que ella tanto odiaba. En verdad era un hombre inmenso y ella era de talla pequeña, pero él no tenía derecho a molestarla cuando le daba la gana.

La muchacha sopló sin ser consciente. Lejos quedaba aquel día en el que ella, sin conocerlo, le dio una buena regañina por molestar a su buena amiga Ruth Anne. Se sonrió al recordar, cómo se acercó a él enérgica y le espetó que era un caballero falto de modales y sin consideración por las damas. Él se acobardó y Margot se alzó poderosa para recriminarle lo mal que se portó con la hija del duque de Cass, con Ruth Anne, por haber hablado de su amiga de forma poco considerada.

—¿Y usted no debería estar buscando a su marquesa a toda prisa? —Esperaba que con esa frase tan poco amigable la dejase en paz.

—¿Yo? Por supuesto que no —dijo ofendido ante la salida del tono de la joven, mientras se miraba las uñas de las manos.

Ese gesto hizo que ella se fijase en su atuendo. Sus pantalones marrones de seda a conjunto con la chaqueta y el chaleco en tono dorado más intenso, junto con la blanca camisa, hacían que la piel bronceada de él destacase sobre ese lujoso atuendo formal.

Ese hombre estaba demasiado acostumbrado a que las damas, en especial las jóvenes, suspirasen a su paso, por lo que Margot creía que, por este motivo, él la solía buscar para irritar sus nervios. Así era. Margot sería la única que no caía derretida cuando la dulce voz de barítono de ese gran dechado de virtudes que era el marqués de Londonderry, se acercaba para hablar. Sencillamente no lo soportaba.

Ella levantó una ceja y torció una sonrisa. Lo miró a los ojos con seriedad:

—Se le acaba el tiempo, señoría.

—¿Qué tiempo? Con veintisiete años, tengo toda la vida por delante... —indicó él con falsa inocencia—. La que debe llevar especial atención es usted. Sus amigas ya están casadas y si se demora un poco más de la cuenta, acabarán tachándola de solterona. —Terminó su exposición, satisfecho al verla fruncir el ceño y apretando los labios en una fina línea blanca.

—¡A las puertas de ser solterona o no, ya le dije en su momento que no pienso valorar su propuesta! —En efecto. La respuesta de ella salió gritando, por lo que captaron el interés de varias parejas que estaban cerca.

—Por un momento olvidé que no le importa dar un espectáculo gratuitamente —siseó por lo bajo él.

Ella trató de sosegar.

—Es evidente que se acerca a mí con el único motivo de irritarme, por favor, márchese y aproveche mejor el tiempo... Ya sabe, las agujas del reloj no van a detenerse y se le hace tarde para... —dejó la frase en suspenso.

Él frunció el ceño. Esa muchacha había conseguido captar por completo su interés. Si no fuera tan terca...

—¿Por qué se me hace tarde? —preguntó sabiendo que la respuesta no iba a gustarle lo más mínimo. Y cuando la vio sonreír y batir sus pestañas para darse aires de inocencia supo que el veneno estaba siendo preparado para su inoculación.

—El tiempo se le agota. Y lejos de mostrarme preocupada por mi futuro, me encuentro complacida esperando a ver qué trama, señorita.

—Es la segunda vez que alude a algo como eso. ¿A qué tiempo se refiere? —dijo él en tono jocoso. Demasiado bien sabía ella a lo que se refería.

—El que le ha dado su abuelo para casarse y no privarle de su asignación —respondió la dama contenta de poder explicar al fin, lo que antes él había impedido al cambiar la dirección de la conversación—. Pero no se apene, cuando le vea mugriento en medio de la calle pidiendo limosna, no negaré que una vez nos conocimos. Tal vez incluso mantenga mi saludo. —Margot le mostró todos los dientes de su blanca y perfecta sonrisa.

—Oh, eso... No me preocupa lo más mínimo. —Le tocó a él mostrar sus perfectos y blancos dientes en una sonrisa que otra dama hubiese calificado como de deslumbrante. Margot no.

—Miente usted muy mal, lord Londonderry. Todo Londres está al tanto del rumor. Los periódicos, aunque usted no los lea, comentan cosas interesantes...

—¿Así que yo le parezco interesante? —Volvió a sonreír.

—Ni por un momento —dijo ella con una mueca de desagrado. Era irritante no poder fastidiarlo del mismo modo que él lo hacía.

El marqués carraspeó y cambió su actitud a una más seria.

—De todos modos, no debería pensar en que yo pueda acabar mugriento y sin una libra en el bolsillo. No debería hacerlo. Además, de que es de muy mal gusto que una muchacha de buena educación le espete algo como eso a un marqués, está el hecho de que si yo me arruino, cosa que no va a suceder —precisó él con calma— usted acabará a mi lado.

—¿Lo haré? —inquirió con incredulidad.

—Por supuesto. El deber de una esposa es estar al lado de su marido, en lo bueno y en lo malo —expresó con suma convicción.

Ella aspiró todo el aire que pudo y se preparó para explicarle un par de cosas a ese engréido al que no deseaba ver ni en pintura. Maldijo en su interior al recordar que ya no tenía el poder de hacerlo recular.

—Es usted un... un... un... —No encontraba la palabra. Lo que sí estaba saliendo por sus orejas era humo por el enfado que estaba sintiendo por culpa de ese libertino arrogante, que se creía con derechos sobre ella. Desde que lo conoció sabía que le traería problemas. Lo que no imaginó fue cuántos le estaba causando.

Londonderry ya no debería sorprenderse con nada que ella hiciese, porque tenía un temperamento un tanto elevado, pero mentiría si no dijese que la joven le molestaba y divertía a partes iguales. La agarró por el brazo con delicadeza, pero de modo firme, dispuesto a llevársela a otro punto donde pudieran tener más intimidad. Estaban levantando demasiadas miradas y susurros, y no deseaba tener que anunciar su compromiso de forma tan apurada. Oh, sí. Ella iba a ser su esposa quisiera o no. Londonderry lo había decidido y cuando él tenía una meta, nada se lo impedía. Esa muchacha que se empeñó en desafiarlo antaño había sellado su destino cuando se colocó delante de él para demostrarle que no le temía.

Anduvo con ella sujeta del brazo unos pocos pasos. Fue imposible llegar lejos porque, de pronto, una figura masculina se interpuso en el camino de Margot y Londonderry.

—¿Hay algún problema? —lanzó la pregunta el recién llegado mirando la mano por donde Londonderry tenía sujeta a la muchacha.

Margot se apresuró para intentar salir del agarre. El marqués no permitió que ella se pudiera desembarazar de él. Sintió a Margot ponerse muy nerviosa.

—N... nooo —tartamudeó Margot.

Bastian observó a ese hombre que la miraba con reprobación. Iba muy bien vestido, y se veía demasiado altivo para su gusto. Estaba erguido ante él y con las manos a su espalda. El marqués podía jurar que el entrometido, incluso estaba apretando los puños, aunque no lo veía.

—¿Le importaría dejar libre a la dama? —dijo en un tono seco, que no admitía réplica, el hombre que los había interrumpido en su supuesta huida.

Margot trató de soltarse nuevamente. No lo consiguió. Al sentir el nuevo tirón, Londonderry le dio una mirada de advertencia para que estuviera quieta. La vio desviar la mirada hacia ese hombre que parecía que iba a rebanarle el cuello o algo mucho peor; y a continuación, ella agachó la cabeza. Bastian frunció el ceño ante esa acción llevada a cabo por parte de ella.

—Me temo que no puedo hacer eso porque está sonando el baile que la dama me prometió. —El marqués se la llevó en un abrir y cerrar de ojos sin que el otro pudiera alegar nada al respecto, pues si no se refrenaba, acabaría protagonizando un escándalo.

Mientras iba hacia la pista de baile, la mirada de Margot regresó a su espalda para encontrarse con los ojos azules del hombre que había permitido que ella se marchase con Londonderry.

Margot gimió. Su vida no era fácil, pero en los últimos meses se había complicado de una forma preocupante. Tenía que casarse lo antes posible y ese hombre que le llevaba de la mano como si fuese una niña pequeña era la peor opción de todas.

¿Por qué? Bien. Bastian Leight era uno de los mejores partidos de toda la temporada. Un marqués apuesto, con fortuna y que llegaría a ser duque de Kent... Ello si su abuelo no le retiraba su asignación por no casarse.

Margot volvió a gemir al recordar el interés que ese demonio tenía en ella. No podía negar que era apuesto, pero en conjunto, debido al tamaño de la joven, dudaba que hicieran buena pareja. Además, que no volvería a caer en sus tretas nunca más. Margot se rio involuntariamente al recordar cómo cambiaban las tornas. Si bien pensó en tender una trampa a un caballero para convertirse en esposa en un abrir y cerrar de ojos, lord Londonderry sería el último hombre con el que se casaría.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó el marqués nada más comenzó la cuadrilla.

—Nada que le incumba —respondió levantando la nariz.

—¿Quién es el hombre que ha venido a rescatarte de mis garras? —Decidió cambiar la conversación a un tono informal.

—¿A rescatarme? Me parece que David no ha tenido éxito en su empresa.

—Uhm... ¿David? —Él la miró con atención. No le había pasado desapercibido que ella había usado el nombre de pila de un hombre al que él no había visto hasta ese momento.

Margot rodó los ojos.

—No se atreva a mostrarse celoso, porque ambos sabemos que eso es imposible— dijo ella despreocupadamente.

—Se equivoca, *milady* —le susurró en la oreja justo antes de salir por las puertas francesas que daban al jardín. Bastian había estado controlando los pasos a fin de que ambos pudieran escabullirse.

Cuando Margot vio lo que sucedía frenó en seco.

—No puedo ir. —Se imaginaba que él quería llevarla hacia la oscuridad. Si David había estado mirando, pronto la seguiría. No debía arriesgarse a provocar un enfrentamiento.

—¿Prefieres que nos veamos en el Club Legacy? —la desafió él. Ella cerró los ojos. Desde

que fue a ese lugar prohibido con sus dos amigas y él descubrió su identidad, se sentía en inferioridad al marqués.

—No. Tampoco puedo volver a ir —murmuró en un hilo de voz. Aquel lugar fue excitante porque había juego, había diversión..., pero todo acabó cuando Londonderry supo quien era ella.

—Ven. —Él tiró de su mano. Y ella se resignó a seguirle. No tenía ganas de discutir con él. Lo mejor sería ceder, aclarar lo que él desease y regresar pronto al baile.

Mientras andaban por la oscuridad, Margot repasaba lo que había sucedido con él hasta la fecha. Que una noche, Londonderry, en el Club Legancy, —un lugar al que una joven dama casadera no debería haber acudido— la llevase hasta una habitación privada, le sacase el antifaz bajo el que ella se escondía, y le plantase un beso que le hizo temblar las rodillas...

Aquello se sintió esperanzador, al menos al principio, hasta que en la boda de su amiga Ruth Anne, ella oyó una conversación privada entre lord Londonderry y el conde de Albans, en el que el primero informaba a su mejor amigo de que había encontrado a la mujer con la que se casaría para que su abuelo lo dejase en paz. Se quedó con los ojos como platos detrás de la puerta del despacho donde estaban ambos amigos hablando en confidencia. Cuando el marqués dijo que se casaría con ella y lord Albans, el hermano de Ruth Anne, le dijo que eso era una misión imposible porque ella no lo toleraba, y Londonderry contestó que la seduciría para hacerla claudicar... Ahí ella se dio cuenta de que todos, absolutamente todos los hombres, eran iguales. Tomaban lo que querían cuando deseaban y no se hacían responsables de sus actos. Por las malas, Margot había aprendido que tenía que valerse por sí misma para salvarse... o al menos para no seguir cayendo...

Había intentado hacer de todo desde que llegó a Londres. Integrarse en sociedad pareciendo una joven ingenua e inocente. Luego se mostró muy temeraria con Londonderry al permitirle que la besase. No mentiría si dijese que le permitió a ese hombre de las cavernas acercarse para ver si él conseguía un imposible: que ella olvidase por completo a David. Más bien, la traición de David.

Era humillante haber estado enamorada del esposo de su hermana y más sabiendo lo que él le había hecho. Sí. Él se había disculpado con ella cuando al fin la encontró. Le confesó que, creyó que lo había abandonado porque su familia no le decía nada sobre su ausencia. Finalmente, por una conversación oída entre los condes de Burst él había conseguido averiguar su paradero.

Hubiese sido mejor que la dejase en el campo, donde en su mente y corazón, él seguiría amándola. Sentía una traición tan grande, que cuando por azares del destino se topó en la modista con dos muchachas que hablaron de cazar a un esposo, Margot vio ahí la luz que terminaría con sus sombríos días. La idea surgió porque las tres amigas: Ruth Anne, April y ella conocían la historia de la ya duquesa de Crosy, quien antes de casarse había sido una joven dama de la que se dijo que le tendió una trampa al duque para poder atraparlo en sagrado matrimonio.

Puesto que sus dos amigas no habían encontrado a un buen candidato y ella estaba desesperada por salir del camino de su hermana, que parecía vivir para mortificarla, les pareció un plan infalible. Incluso barajó la idea de casarse con Londonderry cuando lo oyó decir aquello sobre ella, pero la verdad era que Margot esperaba poder atrapar a un hombre mejor de lo que habían resultado ser David y Londonderry. ¡Tenía que haberlo en algún lugar! Y sí, ella buscaría incluso en el averno si fuera necesario, porque ni el diablo le daba tanto miedo como aquello que David trataba de despertar nuevamente en su corazón.

Precisaba casarse para poder abandonar el hogar que el conde de Luxor compartía con Bernice. Y esto último, estaba costando horrores, porque tanto el marqués como David estaban complicando sus planes para encontrar a un buen hombre que la desposara.

Él se detuvo en un lugar bastante apartado y al fin le liberó la muñeca. Se quedaron uno frente al otro mirándose a los ojos.

—Llevas meses sin dirigirme la palabra. Cada vez que nos cruzamos en un acto público sales corriendo. Incluso, estoy echando de menos el tiempo en el que venías directa a mí para regañarme. Es la primera vez que puedo hablar contigo cara a cara y está resultando ciertamente complejo entender qué es lo que ha pasado. La última vez que nos vimos, en ese dichoso club al que no debiste ir, te derretiste con mi beso. ¿Qué sucede? —inquirió mientras le tocaba la mejilla en un gesto cariñoso.

Margot se apartó de súbito. Ay... las manos de esos apuestos caballeros habían sido creadas por Lucifer para hacerla temblar. Con una vez que cayó en la tentación ya tuvo bastante.

—Me parece que usted mismo lo ha explicado todo, señoría —advirtió con tranquilidad.

—No uses el título, Margot. Bien sabes que me llamo Bastian, lo repetiste la última vez con claridad en medio de pequeños gemidos.

Ella se sonrojó y acaloró al recordar ese momento al que él se refería. Estaba tan cansada de tener que luchar contra David cada día, que por un momento se dejó llevar por los susurros y bellas palabras de Londonderry. Incluso cuando ellos se conocieron y fue evidente que sentían disgusto el uno por el otro, saltaban chispas cuando se tenían enfrente.

Margot estaba demasiado alterada y nerviosa para saber lo que hacía cuando le permitió ese beso. Y luego existieron las cartas que el marqués había enviado a su casa, mediante un sirviente de confianza que se las había dado a una doncella de Bernice y quien no había traicionado su confianza.

Suspiró al recordar que se sintió traicionada por segunda vez cuando oyó la conversación con su amigo Albans. Nunca imaginó que ese hombre con el que discutía a la menor oportunidad pudiera meterse bajo su piel. Se obligó a no consentirlo más. Cierto que, cuatro años esperando por un hombre que se presentó anunciando que estaba casado con su hermana, contribuyeron a que ella estuviera más predispuesta a aceptar la atención de cualquiera para huir de casa de los Luxor... No deseaba que el marqués pudiera tener un control sobre ella. Ni Londonderry ni nadie.

—Los errores se cometen sin querer, señoría. —Margot usó el título de él con mayor énfasis.

Él avanzó un paso amenazante. Tan grande como era, se veía fiero y daba pavor. Ella no le temía. Nadie más podía hacerle daño, no después de todo lo que tuvo que vivir en el campo. Sola con su tía diciéndole que acabaría en el infierno por lo que había hecho. Y la tía Theodora no se equivocó en su vaticinio, pues en parte ella salió de una prisión para meterse en otra aún peor.

David no había quedado en el pasado. Por algún motivo no se sentía fuerte cuando él estaba cerca. Dos hombres habían captado su atención, el primero no fue capaz de salvarla, el segundo la destruiría si ella lo permitía. No. Margot ya tuvo bastante con lo sucedido y esta vez buscaría algo mejor, más seguro para su cordura, su corazón y bienestar.

No era tan bonita como Bernice, pero había conseguido sacarse partido y estaba segura de que su padre le daría una buena dote si al final conseguía casarse. No había nada que el conde de Burst no hiciera para que ella se convirtiese en una respetable mujer que no trajese más vergüenza a la familia. Al menos era lo que rezaba en la misiva que su padre le envió la última semana. Cierto que el conde no mencionaba la cifra, pero esperaba que fuese suculenta para que el hombre al que consiguiera atrapar, perdonase su trampa... y lo otro que sería más difícil de perdonar: su falta de virtud. Una dama sin su pureza... Lo tenía complicado y por ello estaba buscando a un hombre arruinado con un carácter dócil. Era verdad que había muchos hombres faltos de recursos, pero aún no había descubierto a uno compasivo al que ella pudiera controlar.

No es que fuese una arpía, pero necesitaba un poco de ventaja. Margot era una mujer muy lúcida, brillante en sus pensamientos —así lo creía la joven—, por lo que le iría mejor con una pareja que fuese menos inteligente que ella, por así decirlo.

—Te hice una propuesta muy seria en su momento. Merezco saber el motivo sincero de tu rechazo —habló él con intransigencia—. Por más que quieras ocultarlo, yo no te soy indiferente.

—La respuesta no le gustará, señoría.

—Pruébalo, y por amor del cielo, deja ya de tratarme con tanta formalidad, porque de lo contrario me veré obligado a actuar. —Él dio un paso hacia adelante. Ella no se movió de su lugar.

—No me asusta, señoría —lo retó. Y cuando ella vio que él sonreía de lado, supo que había hecho precisamente lo que él había estado aguardando que hiciese. Sin poder evitarlo, el marqués estuvo sobre sus labios para darle un beso exigente. Ni la diferencia de estatura fue un impedimento para que ambos pudieran degustar la lengua del otro en un cálido roce incendiario.

—Margot... —susurró él ente besos húmedos continuos. Y ese fue el momento en el que ella abrió los ojos para salir de su ensoñación.

La joven dio un paso hacia atrás.

—No. No quiero. No puedes hacer eso nunca más —le advirtió mientras negaba con la cabeza. No podía permitirle esas confianzas. No cuando él hacía que ella se olvidase de la realidad en el momento en el que le daba ese tipo de besos.

—¿Por qué? —quiso averiguar él tratando de alcanzarla. Ella le puso una mano en el pecho para evitar el avance.

—No soy buena. No puedo convertirme en tu marquesa. Tú no eres el hombre indicado para mí tampoco. —Cambió a un tono más cercano debido a la situación. Él tenía un historial como libertino que debía ser tomado en cuenta. También era verdad que ella era la menos indicada para hablar sobre vicios y locuras, pero Londonderry no sería un buen esposo, y la joven rubia había hecho la promesa a Dios, de que si el Altísimo le encontraba un marido bueno, ella se convertiría en la mejor mujer de toda Inglaterra.

—No digas tonterías, Margot. —No era la primera vez que él usaba el nombre de ella en privado. Sabía que lo debía corregir, pero no lo hizo—. Es el sueño de toda dama tener un buen partido.

—Sí, puede ser. Pero para mí, tú no eres un hombre a tener en cuenta —señaló airada con la evidente intención de alejarlo.

Él la miró con ceño fruncido. Lo había contrariado, pero al menos había conseguido sacar la formalidad de la conversación definitivamente.

—¿Por qué no?

—No estoy enamorada.

—¿Y el amor, la falta de él, es un impedimento para una unión? —Estaba un poco desconcertado.

—Lo es para una mujer que ha jurado convertirse en la mejor esposa para un hombre —señaló la muchacha con orgullo.

Él se encogió de hombros.

—Me parece bien que una dama pretenda ser eso para su esposo. —Él no veía el problema.

—Me imagino que así es, pero usted, señoría, no sería un buen esposo. Sería nefasto.

Él rodó los ojos. De nuevo de vuelta al título. Londonderry suspiró.

—Es evidente que no me disgustas. Me gusta besarte.

—¿No me diga? —preguntó llena de ironía.

—Por alguna razón que desconozco has decidido que no soy un partido apto para ti y eso no me gusta.

—Exacto. No lo es —le aseguró mientras afirmaba con la cabeza.

—Cuando te pregunté si deseabas casarte conmigo hace un par de semanas, lo hice porque en verdad deseo una esposa como tú —se sinceró.

—Sí, para que permita todos sus libertinajes. Lo sé porque como nos conocimos en aquel club donde, Dios sabrá las mujeres que allí le aguardan, cree que yo seguiré permitiendo sus vicios —puntualizó ella con los labios fruncidos.

Él resopló. Se le acababan las opciones y estaba desesperado. El ultimátum del duque de Kent, de su abuelo había sido radical y deseaba sacárselo de encima para que no le molestase más. Lord Kent iba a organizar una última fiesta campestre y Londonderry debería elegir entre las damas que acudirían. Pensó que esa muchacha, que se veía a todas luces que buscaba un pretendiente, resultaría fácil de convencer. Había intentado sus mejores artimañas... ¿Qué queja podría tener *lady* Margot sobre él!? La iba a convertir en marquesa. Cualquiera en su misma situación hubiera matado por esa oportunidad. Ella no lo deseaba, y con su negativa había convertido la competición en algo más que emocionante.

—Confieso que no tengo madera de esposo, pero debo casarme de inmediato. Tus dos amigas ya están compartiendo sus vidas con sus esposos, creo que es momento de que tú hagas lo mismo.

No tenía caso recordar que su abuelo lo desheredaría, porque eso era de conocimiento público. No sabía quién había filtrado esa información tan delicada. Conociendo el carácter del duque de Kent, probablemente lo habría hecho su abuelo, pero poco importaba. Necesitaba una esposa de aquí al fin de semana y Margot, dulce como parecía —porque ella era una bruja cuando se la conocía—, hija de un conde y con buenos modales, sería de la aceptación del duro e impasible duque de Kent.

—No. Nunca me casaría con usted —apuntó enérgica.

—¿No? —Él la miró con reprobación.

—Nunca —repitió con mayor énfasis.

—¿Prefieres quedarte sola y amargada? ¿Una solterona insulsa? —Él estaba enfadado por su respuesta—. No puedo creer que desees ese futuro antes que ser mi esposa. —Bastian estaba furioso. Llevaba dos intentonas de propuesta de matrimonio con ella, y Margot lo volvía a despreciar.

Ella, en vez de sentirse terriblemente ofendida, le sonrió con falsa inocencia.

—No se apure por mí. Le garantizo que al final de la temporada estaré casada. —Le tenía echado el ojo a un candidato, el que estaba segura de que podría llegar a ser alguien. Y era un hombre que le había presentado su amiga Ruth Anne y con quien en las últimas semanas había coincidido mucho. El señor Duncan Rosenwood era un ejemplar masculino bastante rudo, de facciones muy marcadas y ojos y cabello negro, pero le parecía mejor partido que ese arrogante que consideraba que por ofrecerle un marquesado ella debería echarse a sus pies.

—Te garantizo —él usó la misma fórmula que ella— que eso no va a suceder.

—¿No? —preguntó divertida. ¡Ni que él pudiera evitar que ella cumpliera sus planes!

—No. —Le tocó a él negar con gran asentimiento.

—¿Cómo puede estar tan seguro? Porque de verdad, tengo a un buen hombre que me querrá por lo que soy. Pienso esforzarme por demostrar que soy una buena elección.

—Puede ser —comenzó él a decir con pereza—, pero tu mayor problema soy yo.

—¡No me diga! —habló con redundante ironía.

Él obvió el tono condescendiente de la muchacha.

—En efecto, porque no voy a permitir que te cases con otro hombre. —Él sonrió.

—¿Se da cuenta de lo absurda que es esa afirmación? —inquirió con los ojos como platos. Ella se enfureció. ¿Qué derechos creía ese marqués malvado tener sobre su persona?

—No lo es. Siempre te has referido a mí como un hombre infantil, simple, aburrido y malcriado, egoísta...

—Poco atento —lo interrumpió para ayudarlo en sus calificativos—, poco caballeroso, poco refinado, muy libertino, demasiado altivo y falto de sensibilidad hacia los demás... Todo eso sin olvidar que...

—Eres una arpía —la cortó al ver que su retahíla se extendía—, y por eso debes ser tú mi esposa. —Le espetó con enfado.

—¿Disculpe? —Lo que él acababa de decir no tenía ningún sentido.

—Le gustarás al viejo.

—¿Qué? —Ella se había perdido alguna parte de la conversación debido a su enfado.

—A mi abuelo, ese hombre que me privará de mi título y de mis fondos si no me caso de inmediato —puntualizó él con descaro.

—Ah, menos mal, gracias por la aclaración... Además de que su exigencia de que yo sea su esposa es la de un tirano que no acepta una negativa... Me deja más tranquila —ironizó de nuevo—. ¡Ya estaba pensando que para que usted me eligiera yo debería ser perfecta para su abuelo! —dijo ella en un tono bien alto y sin pizca de humor mientras bufaba.

—Si lo piensas no es descabellado. Me gusta demasiado mi título como para desprenderme de él. Tú no me disgustas... hasta que abres la boca y no es para besarme, si no para hablar. Sé que al duque le encantarás porque no te acobardará ni su forma de ser ni su rango superior. Tú tendrás un esposo, yo contentaré a mi abuelo. ¿Qué problema hay en que todos podamos resarcir nuestros intereses?

Ella se quedó con la boca abierta. Allí en medio de un jardín oscuro, Margot estaba teniendo la conversación más increíble que una vez pudo imaginar. Cerró la boca y carraspeó.

—Debería darle las gracias por su franqueza. Así, se ahorrará el trabajo de seducirme para que tome en consideración su propuesta.

—¿Cómo dices? —Él giró su oreja para oír mejor, porque lo que ella acababa de decir...

—Sé que tú plan era seducirme —una vez más dejó al margen la etiqueta— y que por eso inventaste todas esas cartas, besos tontos que yo no pedí... Todo para hacerme caer a tus pies. Al fin has tenido el valor de hablar sobre tus intenciones.

Él bufó sin avergonzarse de lo que ella acababa de relatar.

—Así que eres una pequeña espía... Una espía que se muestra ofendida. No deberías estarlo. Me tomé muchas molestias para que aceptases de buena gana. Otra dama en tu caso hubiera suspirado al ver que yo ponía mis ojos sobre ella. Considérate afortunada por tener mi tiempo y atenciones.

—¿Pero usted se oye, lord Londonderry? ¿Cómo iba una mujer a aceptar su seducción o sus pretextos sabiendo que era una artimaña para no quedarse en la calle y acabar privado de sus títulos, lujos y dinero? —Margot decidió que este hombre era mucho peor que David.

—Puesto que has descubierto mi plan, no tiene sentido negar nada. Estoy siendo sincero contigo ahora. Podemos casarnos, llevar vidas separadas. No tendrás ni que verme la cara. Tú por tu lado, yo por el mío, pero unidos en sagrado matrimonio. Es un arreglo perfecto. Solo nos veremos cuando haya que... En fin... El viejo quiere un heredero y habrá que dárselo.

Ella abrió los ojos y la boca de par en par.

—Así que soy una yegua de cría. ¿Hará el papel de amante esposo en el lecho usted o el duque? —Perfecta cuenta se había dado ella de lo que él precisaba: de un heredero para contentar a su abuelo. Y la explicación dicha sin remordimiento la había contrariado de tal modo que prescindió de toda honorabilidad a la hora de hablar de un asunto tan íntimo como el uso del matrimonio en la cama.

—No seas ridícula. Una yegua no tendrá la vida que yo te ofrezco. Y si vas a ser mi esposa, es lógico que yo perpetre mi linaje, no mi abuelo. —La sentía alterada y ofendida, pero Londonderry no entendía el motivo. Él iba a brindarle lo que muchas parejas enlazadas no tenían: libertad para ambos. Tendrían comodidades, el beneplácito de su abuelo... ¿Por qué se enfadaba con él?

Margot cruzó los brazos sobre su pecho. Los ojos del marqués se situaron de inmediato en ese punto, pues sus senos, con el movimiento hecho, amenazaban con desbordarse del vestido. Margot suspiró mortificada. Descruzó los brazos y los dejó a ambos costados de su cintura. La vista del marqués regresó a sus ojos.

—Ni, aunque fuera usted un hombre digno le daría mi ayuda. Así que imaginaré que no lo tomaré en cuenta jamás, puesto que es usted un hombre poco aceptable.

Él dio un par de pasos y colocó su cara frente a la de ella. No importaba estar un poco encorvado para que eso sucediera.

—¿Digno? ¿Yo? ¿Poco aceptable? ¿Acaso quieres que te recuerde dónde has pasado algunas noches? Si no deseas que yo abra la boca y comience a contar tu secreto, aceptarás esta excelente proposición que te ofrezco, porque no conseguirás otra mejor —puntualizó con enojo—, y luego serás una marquesa que podrá comprar cuanto desee y podrá hacer lo que le venga en gana sin que nadie le diga qué, cuándo o cómo hacerlo. Y sí, eso me incluye a mí mismo. No requeriré de ti más que dos hijos, tal vez tres. Podrás hacer lo que quieras.

Ella tomó una bocanada de aire. No iba a amedrentarla.

—Así que como la seducción no ha funcionado, va a recurrir al chantaje.

—Siempre logro lo que quiero. Y tú eres lo que deseo.

—Oh, de nuevo regresamos a los halagos... —exclamó con fingida gratitud mientras clamaba paciencia al cielo.

—El amor no existe. Creo que podré tenerte en mi cama con facilidad, así que esa es una nueva ventaja para ti.

—Te asesinaría con mis propias manos —decidió dejar la formalidad para emitir esa amenaza que cada vez cobraba más sentido en su mente.

Él se rio.

—Me gustaría verte intentarlo.

—Oh, no, no le gustaría, porque en este momento estoy tan furiosa por su atrevimiento, que Dios sabe que podría ser capaz de emplear una fuerza sobrenatural para lograr retorcerle el pescuezo. —Ella levantó las manos para tratar de enmarcar su garganta con ellas.

—No seas ridícula —la instó por segunda vez.

—Después de todo lo que ha dicho por su boca..., ¿y la ridícula soy yo? —Esto tenía que ser algún tipo de broma—. ¡No pienso casarme con usted, ni ahora, ni nunca! Jamás. Jamás. Nunca. Nunca —repitió por si acaso quedaba alguna duda con respecto a su posición.

Bastian suspiró con fuerza. Era perfecta para el papel que él le ofrecía. Su abuelo la iba a adorar. ¿Por qué era tan condenadamente complicado que ella aceptase sus planes?

Se le ocurrió una idea descabellada pero que tal vez funcionase. Se sosegó. Se apartó de ella. La miró con atención. Cuando Margot exhibía esa pasión... Sí. Había elegido bien porque esa

fogosidad sería esencial cuando él tuviera que perpetrar su linaje.

—Sinceramente, creo que he hecho las cosas mal contigo desde el principio.

—¿No me diga? —volvió ella a ironizar.

—No seas condescendiente. Te voy a decir lo que vamos a hacer.

—¿No entiende que no deseo nada de usted?

—Pero yo de ti sí, y como conozco un secreto muy peliagudo sobre ti, no tendré el menor reparo en utilizarlo si no accedes a mi petición. Una joven dama casadera no debe ir al Club Legacy. Menos, besarse con un marqués que debe casarse... Así que... —dejó la frase en suspenso.

—Pero... pero... pero... —Cuando creía que él no podía caer más bajo. Margot se pasó las manos por el rostro. ¡Esto no podía estar pasándole a ella! Encima la privaba de su inteligencia y la hacía tartamudear como un hombre bobo debido a sus ocurrencias.

—Te propongo un nuevo trato.

—No deseo nada. No quiero. ¿No lo entiende?

—No te asustes demasiado. Al principio solo vamos a fingir que eres mi prometida. Así te daré tiempo a que te acostumbres a la idea de ser mi marquesa —dijo como quien dice que está lloviendo.

—¡No! —chilló con fuerza.

—Sí. Lo haremos así. Vendrás el viernes a mi casa para conocer primero que nadie a mi abuelo. Mejor el jueves. Los demás invitados llegarán poco después, así que el duque de Kent podrá juzgarte y determinar que hice la mejor elección.

—¿Se ha vuelto loco? Tal vez debería acudir al doctor —Margot estaba irritada.

—No. Estoy en mi sano juicio y mis ideas son geniales. Harás lo que te digo o les contaré a todos lo que haces cuando te escabulles de tu casa. —Él se quedó pensativo—. Uhm. Tal vez deba hablar con tu padre para avisarle de nuestro compromiso antes de que lo lea en el próximo periódico.

Era increíble. Ese marqués no solo era testarudo, sino que además parecía ser sordo.

—¡No va a haber ningún compromiso!

—Claro que sí —rebatía él con tranquilidad.

—¡Desde luego que no! —se negó con firmeza.

—Lo habrá porque mi abuelo así lo exige. Te presentaré como mi prometida y verás que todo son ventajas. De verdad, no comprendo tu reticencia. Tal vez deberías consultar tú con un médico. ¿Qué dama no aceptaría con los ojos cerrados ser la marquesa de Londonderry...? Más sabiendo que será la duquesa de Kent en un futuro.

Él la miraba fijamente. Se atrevió incluso a tocarle la frente para medir su temperatura. La encontró caliente, pero imaginaba que era debido a la irritación que arrastraba por la conversación. Bastian tenía que admitir que era divertido contrariarla, pero estaba hablando muy en serio.

No le gustó verla erguirse y coger aire por la nariz. Se avecinaba tormenta de nuevo. Bastian escondió una sonrisa. Todo eran ventajas. Ella lo acabaría viendo.

—Haga lo que debe hacer. Arruine mi reputación, no me importa. —«Ya estoy arruinada», dijo para sus adentros—. No pienso hacerme pasar por su prometida, no seré su esposa. No lo haré por varios motivos, como por ejemplo que no pienso engañar a su abuelo, que probablemente y con un poco de suerte será mejor que usted. No lo haré porque está mal, es asqueroso y me niego a ayudarle de cualquier forma o manera. ¡No me casaré con usted jamás! ¡Lo detesto! ¡No me gusta! ¡Y quiero que me deje en paz!

—Uhm —murmuró él con una sonrisa—. Me encantan los retos. Tanto que estoy tentado a silenciarte con un beso, porque sé que mientes.

—¡Es imposible! —Ella dio una patada sobre la mullida hierba, se giró y se marchó de allí soplando y resoplando. Él no trató de detenerla, porque no quería tocarla demasiado. Cada vez que se rozaban era peligroso para ambos no dejarse llevar por la tentación.

—Serás una excelente marquesa con semejante temperamento. No olvides venir el jueves a conocer a mi abuelo. O el viernes como muy tarde. No soy tan tirano, Margot, te dejo elegir el día que prefieras —se atrevió a decir mientras se reía. Buah. Seguro que ella estaba haciéndose la interesante para hacerlo sufrir un poco. ¡Sería marquesa de Londonderry!

Y cuando ella emitió un gruñido digno de un ser del otro mundo, él se carcajeó a pleno pulmón.

—¡Es usted un marqués malvado! —gritó sin importar si la escuchaba alguien más. El enfado que arrastraba era así de grande.

Si la dama se hubiera girado, hubiera visto que el marqués la estaba mirando con un hambre feroz.

Capítulo 2

Marqués a la vista

La fiesta de los condes de Whestpont no había resultado como Margot esperaba. Últimamente, pocas cosas lo eran. Desde que lord Luxor la había llevado a vivir a Londres con él y con su hermana, la rubia creía que el campo, donde había estado recluida, era un paraíso.

Con el balanceo del carruaje que transitaba por la calle empedrada se dio cuenta de una cosa, y era que Londonderry bailaba demasiado bien. Había danzado con él en varias ocasiones, pero eran menos que las que había estado discutiendo. Una sonrisa se asomó al recordar la estúpida charla que acababa de mantener con él en el jardín. La sonrisa se le borró de un plumazo al pensar en que el marqués fuera capaz de cumplir su amenaza... Bueno, ¿qué iba a hacer su familia? ¿Regresarla de nuevo al campo? ¿Enclaustrarla en una abadía de Escocia? Necesitaba un marido a una velocidad rápida porque no deseaba seguir en manos de su padre o su tía... Menos en las de David y Bernice.

Suspiró con fuerza sin ser consciente de lo que hacía.

—¿Es por el marqués? —habló su hermana rompiendo el silencio del interior del carruaje.

—¿Qué? —respondió ella con otra pregunta, porque no sabía a lo que se refería Bernice.

—Tu suspiro —precisó de mala gana la condesa de Luxor—. No deberías hacerte ilusiones, un hombre como lord Londonderry no va a poner sus ojos en ti.

Margot sintió el aguijonazo, pero a estas alturas estaba acostumbrada al veneno con el que picaba la abeja reina del enjambre. Se mordió la lengua para no explicar que ese hombre parecía estar muy dispuesto a casarse con ella. Era una lástima que Margot no lo considerase apropiado.

—Bernice, no deseo una nueva pelea —tomó la palabra el esposo de *lady* Luxor.

La mirada de Margot se centró en seguir contemplando por la ventana la oscuridad de la noche. Había sentido la vigilancia de David desde que regresó al interior del salón. Lo vio en una esquina mirándola, nada más entró. Su rostro angosto y sereno revelaba que no estaba contento con lo que había visto. Sí. Ella estaba segura de que él sabía que Londonderry la había conducido hacia el jardín.

—No he dicho nada malo. —La condesa estaba cansada de que su marido siempre intercediese ante su hermana—. Sencillamente, deseaba advertir a Margot sobre lo que se rumorea sobre ese hombre.

—¿Y qué es lo que se dice del pretendiente de Margot? —inquirió con interés David.

Sobra decir que él había estado averiguando quién era ese caballero que estuvo atosigando a la hermana de su esposa. No era la primera vez que lo veía acechándola, pero hasta el momento no se había preocupado demasiado... Hasta que los vio salir a la terraza y ambos desaparecieron con presteza de su campo de visión. El conde de Luxor no imaginó que un marqués se interesase por Margot, menos uno que era todo un gran partido y que era un libertino de primer orden.

Ese fue el momento en el que Margot cruzó la mirada con David. ¿Él había sonado celoso? ¿Precisamente él, que se había casado con su propia hermana?

—No es mi pretendiente. Es un conocido de *lady* Atholl. —Era extraño llamar a Ruth Anne ya por su nuevo título de duquesa.

—Desde luego que no es tu pretendiente —dijo riendo la condesa de Luxor—. Lo único que

debes saber es que ese hombre se casará con una dama distinguida, bella, poseedora de numerosos talentos y que tendrá que ser diligente con la nueva y posesiva amante de lord Londonderry.

—¿El marqués tiene una amante? —Quiso averiguar con mala intención lord Luxor. A Margot no le pasó desapercibido el retintín que él empleó en la cuestión.

—Desde luego que la tiene. Esos hombres importantes siempre las tienen.

—¿Los hombres importantes las tienen? —inquirió con una ceja alzada el conde.

—No seas estúpido, Luxor, sé bien que tú también mantienes a una. —A Bernice le daba igual. Ella solo tenía obligación de engendrar un hijo. La otra tenía el trabajo de complacerlo.

Se oyó un gemido y los condes desviaron la mirada para ver a Margot.

—Son temas privados, que no deberían ser tratados frente a una dama inocente —le espetó con malhumor el conde a su esposa, en una clara alusión a Margot. Por supuesto, la aludida se quedó mirándolo con los dientes y el ceño apretados. Que precisamente él dijese semejante tontería...

—Inocente... Margot tiene edad suficiente para comprender que un hombre debe tener una esposa y a otra mujer que se ocupe de los... apetitos de su esposo. No hay nada malo en ello. —Respondió la condesa al reproche de su esposo.

Margot decidió regresar la mirada a la calle. No se veía nada, pero era mejor pensar en sus cosas que oír a David y a Bernice debatir sobre cuestiones que a ella no le incumbían. Porque, por un lado, el matrimonio de los condes de Luxor no era asunto suyo, y la posesiva amante que tuviera el malvado Londonderry tampoco era algo que le preocupase. Pero... ¿quién sería la mujer capaz de soportar a ese bravo hombre en el lecho? Margot sacudió la cabeza con ese pensamiento tan inapropiado que había surgido a raíz de la conversación de Bernice. Las voces de los condes seguían retumbando en el habitáculo. Se estaban peleando como solían hacer siempre, pero ella se había acostumbrado y era capaz de obviar las cosas que concernían a ambos. No le quedaba otro remedio.

Cuando llegó a Londres... ¡Dios del cielo! Recordaría para toda la eternidad el momento exacto en el que entró en la casa de David por primera vez y apareció su hermana elegantemente vestida para mostrarse sorprendida con su esposo por haberla encontrado. El mundo paró de girar y su corazón se rompió en mil pedazos. En ese preciso momento se juró a sí misma que no volvería a ser débil ni a confiar en la buena voluntad o las promesas de nadie. Estaba sola y así le iría mejor.

La aparición de Ruth Anne y April consiguió sosegar su congoja, pero el destino había querido que ambas amigas encontrasen esposo antes que ella y se quedó de nuevo sin apoyos. Sola con Bernice. No había un infierno peor que ese. Chasqueó la lengua con delicadeza al pensar en April. Sabía que la duquesa de Atholl, Ruth Anne, había encontrado la felicidad porque se carteaba con ella con frecuencia. No obstante, la situación de April era peliaguda. Su amiga pelirroja se había retirado al campo y su esposo parecía haber desaparecido de la faz de la tierra.

El carruaje se detuvo y las voces cesaron. El primero en bajar fue David. El conde le extendió la mano a su esposa y después aguardó para ayudar a Margot. Esto era habitual, y de nuevo ella se agarró a un lateral como pudo y evitó sostener la mano de él. No deseaba que la tocara.

Cuando bajó del carruaje y Bernice ya estuvo lo bastante lejos, David agarró la mano de Margot para frenar su andar.

—Eres demasiado dura conmigo. Solo te he tendido la mano, como hago cada vez, y nunca me permites cogerla —le dijo él con cierto malhumor.

—¿Y no entiende el motivo? —inquirió la muchacha con calma.
—¿No vas a perdonarme jamás? —respondió él con otra pregunta.
—No hay nada que perdonar, milord, ya se lo dije en su momento.

Margot se zafó de su agarre y apresuró el paso para entrar por donde acababa de hacerlo Bernice.

David casi corrió detrás de ella. La interceptó en la entrada. Vio que Bernice no estaba en ninguna parte y la volvió a asir, esta vez por el brazo.

La mirada de Margot y la de David se quedaron conectadas por un instante.

—Ven a mi despacho, tenemos que hablar —ordenó con autoridad.

—No. No hay nada más que decir... o hacer —dijo con altivez la rubia.

—Margot... —susurró el nombre de ella con pesar.

—Me duele la cabeza. —Oyeron una voz que sonó desde el primer piso. Era Bernice. David soltó a Margot como si quemase.

—Siempre te duele —rumió por lo bajo el hombre. No es que el conde buscase con asiduidad a su esposa, pero tener a Margot bajo su techo y no poder hacer uso del cuerpo que una vez le dio tanto placer... Las visitas a la habitación de su esposa habían aumentado en los últimos meses y ella había desarrollado un sin fin de excusas para privarle del deshago. Su esposa se equivocaba en una cosa: él no tenía ninguna amante. No la tenía porque la mujer que ansiaba no se dejaba poseer por él y estaba perdiendo los nervios.

Este fue el instante perfecto para huir de la situación. Margot se encaminó sin mirar atrás a su habitación. Cuando llegó a Londres, al ver que él se comportaba civilizadamente, creyó que las cosas podrían ser tolerables. No. La actitud de David había cambiado prácticamente de la noche a la mañana y era habitual que la buscase y arrinconase. Lo había rechazado numerosas veces porque por más que aún quedase un resquicio de lo que llegó a sentir por él, el dolor de la traición era tan intenso que nunca podría entregarse a él. No del modo en el que sabía que él la deseaba. Su mirada, incluso había cambiado. Veía deseo. El mismo que una vez vio, cuando decidió pedirle con inocencia que le hiciera el amor.

Llegó a su alcoba y cerró la puerta tras de sí. Se sentía segura. Pero no sabía el tiempo que le quedaba para que él...

Se sentó en la cama y cerró los ojos con fuerza. David. Ese hombre con el que soñó que tendría una vida en común, del que sería su esposa, la madre de sus hijos... Él le había fallado estrepitosamente. La deseaba, ella lo sabía, y a diferencia de él, Margot nunca traicionaría a Bernice. No porque su hermana no se lo mereciera. Sus desplantes y aires de superioridad eran cargantes y dolorosos, pero lo que Margot tenía sobre sus hombros —además de la traición— era la lealtad.

Se consideraba a sí misma dura pero justa y no claudicaría. Ni con el conde y ni mucho menos con Londonderry. ¿Por qué no era capaz de atraer a hombres normales, decentes?

No es que el marqués estuviese bajo un embrujo. No. Desde luego que no, porque ella no era una belleza como lo era Bernice, sencillamente el malvado Bastian Leight había considerado salir del aprieto del matrimonio tomándola a ella por esposa. Se rio en silencio ante la tontería del marqués. Ella no tenía su virtud, y eso era un problema insalvable. Además de que acabaría matándolo porque él la sacaba de quicio y no le gustaba lo más mínimo como hombre... No le gustaba, se repitió interiormente.

No. Nada de pensar en el esposo de Bernice y menos en ese malvado marqués. Lo que debía hacer era concentrarse en el señor Duncan Rosenwood. Era un hombre de campo, rico y apuesto. Había iniciado una sana amistad con él, cuando este quedó prendado de Ruth Anne. Se había

dado cuenta de que era un ser cabal, honesto y sencillo que llevaría una vida cómoda en el campo. Justo lo que ella necesitaba.

La puerta de su habitación se abrió y este hecho la sacó de sus pensamientos. Giró el rostro para ver la fuente de la de interrupción y vio a David entrar y echar la llave tras de sí.

Algo dentro de ella se rompió. Cuando ya creía que lord Luxor no podía caer más bajo, de nuevo la sorprendía.

—¡No! —dijo ella, mientras se levantaba y se colocaba tras la silla de su pequeño escritorio, que estaba a un lado de la ventana.

Él la vio huir y levantó las manos en señal de rendición.

—Solo he venido a hablar. Lo juro. —Le aseguró para que se relajase.

—No puede hacerlo en mi estancia privada. Esto no está permitido, milord. —Se escudó en el trato lejano.

—Margot, por favor... No me separes más de ti. No uses la formalidad para mantenerme alejado, te lo suplico.

—Usted, milord —comenzó a decir con la cabeza bien alta—, es el conde de Luxor y lo trataré con el respeto que merece su título, aunque su comportamiento no sea el adecuado para que yo lo haga.

—Por el amor de Dios, Margot... Te he pedido disculpas más de mil veces. No puedo arreglar el estropicio. ¿No crees que si pudiera ya lo habría hecho? Déjame explicarte lo que sucedió...

—Le ruego encarecidamente que abandone mi habitación en este mismo instante. —Lo tenía frente a ella y solo la silla los separaba—. Se casó usted con mi hermana. Con mi hermana —repitió creyendo que ya lo había superado—. *Lady Luxor* no vería con buenos ojos que su esposo estuviera en la alcoba de otra mujer, menos en la de su propia hermana.

—Por favor, Margot. No puedo resistirlo más. He tratado de explicártelo en incontables ocasiones. No fue mi culpa. Tu familia me dijo que te habías ido por tu propia voluntad. No supe de ti hasta años más tarde. Bernice... —suspiró—. Ya la conoces, es encantadora, hermosa y sabe cómo lograr lo que se propone con esa envoltura. No supe ver lo diferentes que erais. Tú, tan dulce, tan cálida, tan natural. Ella es fría, calculadora, arrogante. ¡No pude verla en verdad! ¿Qué querías que hiciera cuando ella se ponía delante de mí para que yo cayese rendido a sus pies? Estuve un año tratando de permanecer fiel a tu recuerdo... Incluso ella sabía...

—No deseo oír esa historia nunca —le avisó, cortando su explicación. David había intentado relatarle los hechos exactos demasiadas veces. ¿Qué cambiaba eso? Él era el esposo de otra mujer.

—Te he traído a mi casa. Desafié a tu padre por ti. Y tú me atormentas con tu indiferencia y tu falta de calidez. ¿No lo entiendes Margot? Si no me das cobijo moriré de frío, hambre, sed y desamor.

—No. Le aseguro que no moriré, porque yo una vez sentí lo mismo y doy fe de que se es capaz de sobrevivir.

—No digas eso, mi amor. Te necesito. No puedo soportarlo más. Estás cerca de mí y a la vez tan lejos... Acepta mi oferta. Te lo suplico. Sé mi aman...

—¡No! —lo cortó ella en el acto—. Yo le prometo, milord, que pronto saldré de su casa. Solo necesito un poco más de tiempo. Unos días y podré comprometerme con un hombre que velará por mí.

Lo vio cuadrar los hombros y observarla con furia.

—Yo te hablo de mi amor, de mi necesidad y tú me respondes haciendo alusión a un hombre

con el te casarías... —le espetó con rabia contenida.

—Yo tengo derecho a ser esposa y madre —rebatí con calma.

—No. No te he traído aquí para que logres un matrimonio. Estás bajo mi techo porque deseo estar contigo y solo hay una forma de que lo estemos. No pienso renunciar a ti.

—No. Jamás consentiré en lo que usted desea. —Ella negó repetidamente con la cabeza.

—Oh, sí. Sí lo harás porque dependes por entero de mí y te replegarás a mis órdenes.

—No. No lo haré —dijo con seguridad.

—Una caricia mía, un solo beso y caerás. —Recordó que ella había desaparecido unos momentos en la oscuridad de un jardín. Había ido en su busca, pero no consiguió encontrar a la pareja—. A ese marqués del que hablaste, ¿le has ofrecido lo que a mí me niegas?

—¿Qué derecho tiene a preguntar semejante cosa? ¿A lanzar una acusación así, milord? —refutó ella con indignación usando el rango de él como escudo.

—Lo hago porque una vez bien te ofreciste a mí de buena gana.

Ella apretó los labios. Tardó unos pocos segundos en elegir bien sus palabras.

—No soy aquella jovencita imprudente que creyó a ciegas que las promesas serían cumplidas. No. No me lanzaré en los brazos de nadie que no sea mi esposo.

Él avanzó hasta ella. Tiró la silla al suelo con rabia y la alcanzó. La sostuvo entre sus fornidos brazos, porque David no era un hombre débil, aunque no tenía la condición física y atlética de Londonderry, y la apretó contra su pecho.

—Lo harás. —Y los labios de él cayeron sobre los de Margot.

No deseaba besarlo. Así que apretó cuanto pudo la boca para no permitirle la entrada. La lengua de él jugaba con el labio superior, tratando de tentarla, pero ella sería fuerte y no cedería. Ya no tenía ningún poder sobre la joven. Lo perdió cuando no la ayudó, cuando no la buscó con insistencia, cuando decidió convertirse en el esposo de su única y bella hermana.

Viendo que ella no cooperaba, él se separó. La miró. Margot se mantenía en tensión, con los ojos cerrados. Maldijo su temperamento y necesidad. Se separó un poco y cuando la vio con los ojos abiertos dijo:

—Serás mía. Tarde o temprano lo serás. No habrá para ti, otro hombre que no sea yo. El destino se burló de mí una vez. No lo volverá a hacer. No mires a otro, no des pie a coqueteos, porque no respondo de mí, Margot. Aleja de ti a ese marqués o sobre ti pesará lo que ocurra. Los condes no suelen acabar en la prisión. —La amenaza fue dicha con tanta vehemencia, que Margot no dudó de sus insinuaciones ni por un momento.

Y sin decir nada más, el conde de Luxor se marchó de la habitación dejando a una temblorosa Margot que comenzaba a comprender la magnitud de sus problemas... Y no eran nada fácil de solucionar.

Se sentía atrapada entre dos hombres que no estaban a la altura de lo que ella ansiaba o necesitaba.

Un nuevo baile se celebró. Los señores Marks, unos ricos comerciantes, habían hecho una fiesta por todo lo alto y la *beau monde* había acudido en masa.

Desde que Margot salió de casa, había sentido los ojos de David sobre ella. Tenía muy presente las palabras que él dijo la noche anterior. Más que un discurso fue una amenaza en toda regla que ella debía tener muy en cuenta. El tiempo se le acababa, pues ¿cuánto podría estar David sin mover ficha en este improvisado juego de ajedrez? Margot se resistía a ser un sencillo

peón. Cuatro años siendo una prisionera de su vida, y ahora que podía salir de la cárcel no dejaría de intentarlo por más que el hombre al que le entregó su corazón y lealtad la quisiera para sus propósitos deshonestos.

En un lateral del salón de baile, la rubia esperó pacientemente a que apareciera el único hombre que podría salvarla, si Dios quería, de un destino mucho peor. Margot no sería jamás la amante del esposo de su hermana. Solo la idea de pensar en que él cumpliera su promesa, le daba arcadas. Durante toda la noche pasada no fue capaz de poder conciliar el sueño temiendo lo negro que podría tornarse todo.

Su mirada se posó sobre lord Londonderry y Margot miró de inmediato hacia el lado contrario. Era la otra preocupación que ella tenía en su mente. Por inercia regresó la vista al marqués, y cuando lo vio que venía directo hacia su posición, se apresuró a cambiar de ubicación. Giró a la derecha y tuvo ante sí, a pocos pasos, a David, quien venía igual de rápido que Londonderry hacia ella. Se sentía en un laberinto sin salida. Miró al frente y entonces divisó una cara amiga. Sin pensarlo demasiado se encaminó hacia el señor Duncan Rosenwood, a quien ella se estaba incluso planteando dar un beso público para quedar en el acto comprometida con él. Si tuviera la certeza de que en la fiesta había un ministro de Dios, lo haría sin pestañear para que los obligasen a desposarse de inmediato.

—*Lady* Margot —dijo el señor Rosenwood con una agradable sonrisa que hizo que el corazón de ella se sosegase.

—Es un placer volver a verle, Duncan. —La joven usó el nombre de pila de él sabiendo que nadie los oía. Además, ese hombre le había pedido que lo hiciera cuando quisiera y Margot creía que era el momento oportuno para utilizarlo.

—Está usted preciosa —le dedicó el cumplido de rigor.

Era verdad que la hija del conde de Burst se había esmerado en su arreglo. El vestido de muselina azul cielo, contrastaba con su cabellera rubia recogida en un elegante moño que dejaba unos pocos mechones libres. Su escote era generoso y sus guantes blancos contrastaban también sobre su piel llena de pecas.

—Necesito su ayuda —susurró al sentir a dos hombres que se colocaban detrás. Conjeturó, sin error, que se trataba de Londonderry y David.

—Señor Rosenwood —saludó Bastian, inclinando un poco la cabeza. El aludido hizo lo propio. Ladeó el rostro para dirigirse a la dama—: *Lady* Margot, buenas noches. —habló de nuevo el marqués—. Vengo a pedir el baile que me prometió ayer.

—La dama está aquejada de un dolor de pie que le impedirá bailar esta noche —señaló con seriedad David saltándose todo el protocolo de saludos y atenciones.

Y si el cuadro ya era del todo feo, llegó la última persona que faltaba para completar toda la acción.

—Vamos, querido —interrumpió la tensa charla *lady* Luxor—, deja que Margot, por una vez baile, no seas tan protector con ella. El señor Rosenwood es un buen amigo y mi hermana debería otorgarle su atención. —La dama se giró hacia el marqués—. Siento, señorita, que tenga que esperar su turno, pero Margot le prometió el baile al caballero hace un par de fiestas. Yo fui testigo. No obstante, permita que yo supla su lugar. —Bernice le tendió la mano a Londonderry, quien apretando los dientes y sin dejar de mirar a la hermana menor, aceptó la propuesta porque no le quedó más opción.

La joven Margot hizo lo mismo, es decir, le tendió la mano a Duncan y rogó para que la sacase de la compañía de David.

Gracias al cielo, el apuesto hombre le sonrió y la llevó hasta la pista de baile. Cuando la

pareja dio un par de pasos, el castañeteo de unos dientes hizo que Duncan se girase para ver el motivo de ese enfado. Se quedó helado con lo que vio, pues el conde de Luxor, a quien Margot le había presentado hacía unas semanas, lo miraba como si le estuviese perdonando la vida.

—Tiene un fiero guardián, *milady* —indicó su improvisado salvador, mientras le colocaba una mano en la cintura para bailar un vals.

La música comenzó y la pareja se deslizó por la pista de baile siguiendo los debidos pasos con corrección y decoro.

—Más bien es un carcelero del que debo escapar de inmediato —se sinceró de una vez la rubia. No quedaba tiempo. Era imperativo ser directa.

—¿Cómo ha dicho? —No creía haber escuchado bien.

Margot tragó saliva. El rostro de Duncan estaba compungido.

—Necesito hablar con sinceridad y creo que ha demostrado usted que es un buen amigo, Duncan. Mi amiga Ruth Anne le tenía en mucha estima y yo necesito su ayuda.

—Desde luego, haré todo lo que esté en mi mano para brindársela, *milady*.

—Necesito casarme. —No había tiempo de trampas, de planes elaborados para cazar a un hombre. No. Precisaba de un amigo que la ayudase y de forma apremiante.

Duncan miró en dirección al conde de Luxor, no les quitaba la vista de encima.

—¿Cómo de grave es la situación? —Él intuía el problema que enfrentaba la joven. Ese hombre ciertamente se había mostrado mucho más que protector. Cuando llegó hasta ellos, les dio tal mirada a él y al marqués que...

—Insostenible. —Margot agradecía el hecho de que su compañero de baile hubiese captado lo que sucedía.

—¿Qué necesita que haga?

Ella tragó saliva con más fuerza. Lo que iba a confesar era descarado y poco apropiado. No importaba, la situación había llegado a un punto de no retorno.

—Casarse conmigo —susurró en un hilo de voz y sonrojada por completo.

Hubo un pesado silencio entre ambos. Margot llevó su mirada hasta la de él. Esperó, conteniendo el aliento, su respuesta.

—Lo haría si pudiera —respondió al fin con pesar.

El corazón de Margot cayó como una loza al suelo.

—¿Por qué? —quiso averiguar al borde del llanto.

—He dado mi palabra a otra mujer. Estoy comprometido desde hace un par de días. Lo lamento, sinceramente. —En realidad estaba apenado por no poder ser de más ayuda. En verdad, Duncan no creyó que pudiese aspirar a la mano de la hija de un conde, aunque se había dado cuenta de que la muchacha era bastante peculiar, pues no era la típica dama estirada, refinada y altiva... Al menos, no con él.

Margot no pudo resistirlo. Se separó del abrazo del señor Rosenwood, levantó la mirada.

—No importa. No se preocupe. —Ella salió corriendo de allí, dirigiéndose hacia el corredor principal que daba acceso a la entrada de la mansión. Margot no podía seguir viviendo de esa forma. Vio la puerta de salida y la cruzó.

Sin un plan establecido se marchó sin mirar atrás. Corrió y corrió, hasta llegar a una calle oscura. Unas manos la atraparon por la cintura y creyó que el conde de Luxor al final conseguiría su cometido. Luchó con fuerza, pero su anatomía impidió que ella pudiera ser un rival digno para el hombre que la sujetaba.

—Calma, calma. No temas nada —sugirió en tono paternal su supuesto captor.

Al ver que quien la estaba consolando era el señor Rosenwood, Margot se relajó en sus brazos

y comenzó a sollozar.

—No puedo seguir así. Usted era mi última oportunidad. ¿Qué voy a hacer? ¿Dónde iré?

La noche anterior, mientras el sueño la rehuía, había pensado que el hombre que la había interceptado sería la solución a todos sus problemas. Duncan Rosenwood, además de ser apuesto era sensato, bueno y paciente. Si él había entregado su afecto en otra parte, ella estaba sola y desamparada.

—De verdad que lo lamento. Siendo usted la hija de un conde... Yo no me atreví a poner mis miras en alto. No mentiré. Cuando vi a *lady* Ruth Anne, a la hoy duquesa de Atholl, estuve muy tentado de intentar conquistarla, pero sabiendo cómo salió aquello, no me atreví a pensar que la hija de un conde... —Suspiró—. La mujer con la que estoy comprometido es buena, es humilde, la hija de un comerciante. No puedo traicionar su confianza... —Su enamorada no lo merecía.

—Y no se lo pido. —Ella se movió a un lado para alejarse de él. Se limpió las lágrimas y trató de serenarse—. Usted no tiene la culpa de mis circunstancias, lo que sucede es que no puedo regresar a mi casa. No sé a quién recurrir. Me siento una molestia y parece que no tengo fuerzas para seguir soportando lo que Dios quiere mandarme. —Su nivel de desesperación había hecho que se confesase al fin.

—Puede venir a mi casa esta noche. —Él estaba alojado en una buena mansión. En una zona más que decente de Londres. Duncan llegó a la ciudad hacía un tiempo con la idea de encontrar esposa. Después de haber conocido a Ruth Anne y sus amigas, decidió separarse de ellas porque eran damas que estaban por encima de él.

—No. No es justo que me socorra. No para la dama que tiene su lealtad. —No le haría eso a él. Sospechaba que era uno de los pocos hombres honrados que conocería en su vida.

El señor Rosenwood vislumbró una salida factible a la situación. Al menos una que le daría un poco de oxígeno a la muchacha. No podía darle lo que ella solicitaba, pero sí ayudarla en todo lo que estuviera en su mano.

—Entonces me parece que esta noche ambos haremos un largo viaje.

—¿Un viaje? —Margot frunció el ceño tratando de comprender esa propuesta.

—Sí. La llevaré con la duquesa de Atholl. Su amiga sabrá qué hacer y con ella estará bien. —Sería lo mejor apartarla de esos dos hombres que la tenían nerviosa. Duncan no era tonto y había visto que el esposo de la hermana de ella no tenía buenas intenciones. No obstante, el sentido de posesividad que vio en el marqués de Londonderry, un joven al que él había conocido brevemente, tampoco le pasó desapercibida.

—Pero está recién casada. Apenas lleva unos pocos meses... No debería ser una carga tan grande para nadie. —Gimió por el malestar.

—No queda otra opción —dijo él compasivo.

Hubo un momento de silencio. Margot comenzó a pensar en sus opciones... No las tenía. La propuesta de Duncan era la más realista y sensata.

—No, no la hay. —Unos días con su amiga, le darían margen para determinar qué hacer.

Estaba segura de que Ruth Anne no la dejaría abandonada, pero de igual modo se sentía como una complicación para todos los que la rodeaban.

Capítulo 3

Una buena lección

Bastian Leight, marqués de Londonderry estaba en problemas y era a causa de un abuelo entrometido que le había dado la última oportunidad para casarse, si no deseaba perder su asignación, su título de cortesía y la posibilidad de llegar a ser duque algún día. Lord Kent, de nombre James, era duro, impasible y estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya. El nieto era todo lo opuesto al viejo duque... Al menos eso creía el joven. Bastian estaba acostumbrado a ser libre, a hacer lo que le apetecía cuando se le antojaba. Era un mujeriego, un juerguista y un jugador, y las habladurías habían llegado a oídos del duque. El marqués llevaba largos meses evitando las amenazas de lord Kent, pero la misiva recibida hacía unos días ya no le dejaba con opciones. Su abuelo había organizado una cacería. Sí. No tenía otro nombre. Había invitado a numerosas muchachas casaderas, y a sus madres, a una fiesta campestre a la que él debía acudir y en la que Bastian sería la presa. *La cacería del marqués*. Así había titulado la fiesta que se celebraría el sábado en la finca ducal de Kent. Londonderry sonrió de lado. Debía reconocer que su abuelo tenía sentido del humor, retorcido, pero atrevido.

Y ese no era su único problema. Desde que aquella muchachita rubia se presentó ante él, sin conocerlo, y lo reprendió por haber enojado a *lady Ruth Anne*... Un hecho del que él no era consciente, porque cuando habló de la hermana de su mejor amigo en términos poco correctos, no supo que la aludida había estado escuchando. *Lady Margot* era de estatura baja, pero muy valiente. Él era un hombre grande y a esa muchachita rubia no le inspiró ni un poco de temor. Es más, Margot se había atrevido a desafiarlo. Pocas damas lo hacían, por su posición y físico corpulento.

Acostumbrado como estaba a causar sonrisas, aleteos de pestañas y exhibiciones muy directas entre el sexo femenino, pues que una joven mostrase su rechazo fue algo novedoso. Lo que Margot nunca sabría era que, con aquella muestra descarada de desafío, ella provocó un juego excitante en el que él cayó sin darse cuenta.

Si en un primer momento, ambos no se soportaban, la cosa cambió. ¿Cuándo? Londonderry no lo sabía. Tal vez fuese en aquel club privado en el que ella no debió haber acudido jamás.

¿Una máscara para ocultar de quien se trataba? Esa muchacha se veía fiera, pero era del todo ingenua, si pensó que un poco de tela sobre el rostro iba a ocultar su identidad.

Tanto Margot como su otra amiga, April, la que se había casado con su mejor amigo, habían estado en compañía de ambos en ese lugar inapropiado. En aquel entonces se acercó a la rubia con curiosidad. ¿Qué pretendía ella visitando un sitio así?

Una cosa llevó a la otra y mientras su amigo se divertía con la pelirroja, Bastian terminó asediando a la única mujer de Londres que se planteaba una lucha encarnizada contra él. Lo divertía y enfadaba a partes iguales. Era irritante y excitante. Divertida y aborrecible. Esa joven podría ser la solución a todos sus problemas. No deseaba casarse, pero tenía que hacerlo o su buena vida terminaría de un plumazo, porque disgustar a su abuelo sería como comenzar una batalla que podría acabar con la separación de ambos.

Ella le agradaba para ser su esposo y estaba seguro de que cuando el viejo viese lo inapropiada que era, la veneraría. Por mucho que Margot negase lo evidente, ella no le era

indiferente.

Habían compartido un par de besos en el club prohibido. Se rio de nuevo al recordar cómo ella se derritió entre sus brazos mientras lanzaba delicados suspiros que reverberaron en su entrepierna.

Después de esa reacción por parte de la joven, Bastian creyó que el trabajo ya estaba prácticamente hecho. Error. Cuando en la boda de Ruth Anne él la asedió... la cosa se puso muy turbia entre ellos a partir de ese momento. La rubia había cambiado la actitud que tenía con él. Si al principio de conocerse no se soportaban, cuando se dieron aquel primer beso... Era verdad que ella le inspiraba demasiadas cosas con las que un hombre que estaba seguro de ser el peor esposo de todo Londres, no debería sentirse cómodo.

Le propuso matrimonio en aquella boda. Ella lo despreció sin cortesía y sin enumerar sus razones. Eso lo enfureció. Era una hipócrita. No podía dejarse caer en sus brazos, saborear sus labios, incluso pedir más de él, y luego, cuando Bastian decidía hacer lo adecuado, negarlo con indiferencia.

La había cortejado. Flores, bellas palabras, algún dulce... Ella lo despreciaba a cada ocasión que podía y eso le hacía desearla más. Comenzaba a comprender mejor la fijación que su mejor amigo, lord Albans, había desarrollado por una mujer casada a la que no debía conseguir si no quería terminar destruido y solo en el mundo. El destino era curioso. Al conde de Albans lo había salvado la mejor amiga de la muchacha que a Bastian lo despreciaba. Pero la historia del conde de Albans era otro asunto que no deseaba recordar en estos instantes.

Tal vez su sino era el de seguir luchando por tenerla. Era una cuestión de orgullo. Ciertamente ella le hacía sentir... bien, cosas que no deseaba confesar, porque Margot era una mujer ardiente, elocuente, graciosa y valiente. La valentía era lo que más valoraba en ella.

Era bonita también. Esos ojos azules, que cuando se mostraba enfurecida se tornaban grises, lo volvían loco. Su cabello bruñido en oro, le hacía desear quitar todos esos cachivaches que se ponían las mujeres para sujetarlo y meter sus dedos para comprobar su suavidad.

Londonderry se levantó del sillón donde estaba sentado pensando en cómo afrontar los sucesos recientes y se encaminó hacia el mueble de las bebidas. Se sirvió un generoso *brandy*. Llevó la copa a sus labios y la apuró de un solo trago.

No estaba enamorado, ni mucho menos. Pero si su abuelo lo obligaba a tomar esposa, lo haría con una mujer que no volviese su vida en un auténtico infierno. Gimió en silencio con ese pensamiento. Esa bruja rubia era capaz de transformar su mundo en un lugar muy feo si se lo proponía. Tal vez fuese mejor que se quedase a un lado y siguiese buscando otra candidata mejor, más sensata, más tranquila, más dócil.

Compuso una mueca. No era un hombre que acostumbrase a perder en los juegos que ideaba. Dejarla huir de él sería un triunfo para Margot y él no estaba dispuesto a que la muchachita se saliese con la suya. Menuda arpía rubia...

Menos podía consentirlo después de ver la mirada que ella le lanzaba a ese señor Duncan Rosenwood. Nunca se consideró un hombre celoso. No lo creía ser porque nunca ninguna mujer lo había dejado a un lado... Pero sí, Margot lo había hecho varias veces ya y se estaba cansando de que ella siguiera haciéndolo.

Un toque en la puerta de su despacho lo regresó al presente. Suspiró aliviado, seguro que eran noticias. Se dirigió a su mesa y tomó asiento en la elegante silla de madera maciza tapizada en terciopelo rojo.

—Adelante —dio permiso el marqués, tratando de disimular su impaciencia.

—Señoría —saludó el investigador al que Bastian había hecho levantar a altas horas de esta

madrugada.

—¿Qué ha averiguado, señor Cox? —preguntó sin más ceremonias. La pequeña fortuna que había pagado por sus servicios bien le servirían para obviar sus malos modales. El hombre llegó hasta la mesa y no osó tomar asiento.

—No ha sido tarea fácil averiguar el paradero de la joven.

—Sí, sí... me lo imagino. Dígame lo que ha averiguado de una buena vez —apuntó de modo tiránico el marqués.

—La dama ha salido de Londres en compañía del señor Rosenwood, según he podido averiguar —y no fue tarea fácil presentarse en la casa que el comerciante había rentado y sobornar al servicio—, se ha puesto rumbo a la finca campestre de los duques de Atholl. No sé la finalidad del viaje, ni si ambos...

—Está bien. Puede marcharse —lo interrumpió el marqués.

—¿Desea algo más, señoría? —inquirió el hombre todavía de pie junto a la mesa.

—No. Sus servicios valen lo que cuestan. Gracias. Le haré llegar el pagaré por lo acordado, y añadiré un diez por ciento más debido a las molestias de estas horas intempestivas.

El investigador agachó la cabeza en señal de asentimiento, giró sobre sus talones y salió a toda prisa satisfecho por la cantidad monetaria que recibiría.

Londonderry sintió que al fin su corazón dejaba de latir con fuerza. Respiró con tranquilidad tratando de buscar una serenidad que no conseguía alcanzar.

Los había estado observando en la pista de baile. A Margot y al comerciante. Una de sus antiguas amantes lo saludó mientras bailaba con la hermana de la muchacha y les perdió el rastro. Se dio cuenta que no era el único que estaba pendiente de la joven Margot. El esposo de su hermana era un guardián fiero que tampoco le sacaba los ojos de encima. Se notaba que se tomaban sus obligaciones con la joven muy en serio.

Lord Luxor se marchó de inmediato de la fiesta, sin su esposa, y Bastian sospechaba que estaba buscando el paradero de la muchacha que el conde de Burst había colocado a su cuidado.

Tal vez debería compartir la información con la familia de ella. El marqués tomó papel y pluma. Se quedó mirando un momento al frente con la vista perdida. No estaba seguro del motivo, pero lord Luxor no le agradaba demasiado. No lo conocía, pero la forma de protegerla... Extraña. Muy extraña.

Dejó a un lado los utensilios para escribir y decidió que primero se aseguraría de que ella no hubiese hecho ninguna temeridad y que en verdad estuviese en el lugar en el que el investigador le había dicho.

Londonderry se reclinó en la silla y cerró los ojos. Estaba furioso con ella. Se había atrevido a marcharse de una fiesta con un hombre... Un hombre que no era él. Si fuese una persona sensata, se olvidaría de esa rubia que no hacía más que traerle problemas. Lástima que no fuese así. Se aseguraría de que estuviese bien, y de que el señor Rosenwood no le hubiese hecho ningún mal y luego se alejaría de Margot como si ella tuviese alguna enfermedad contagiosa.

Y con esa idea, Bastian despertó a sus sirvientes para que preparasen sus cosas para salir de inmediato. El sol comenzaba a despuntar y cuanto antes pudiera asegurarse de que esa pequeña guerrera estuviera bien, más pronto podría él concentrarse en la misión de buscar una nueva candidata para ser su esposa.

Por algún extraño motivo, se sentía responsable de la pequeña bruja rubia y, por Dios, que eso se acabaría nada más pudiese comprobar que la joven no había corrido peligro alguno.

Trató de sosegar los nervios. Subió a su carruaje con todo arreglado para salir hacia la casa de su padrino, Barnaby Robinson, duque de Atholl y cuando entró en ese habitáculo... su

indignación rugió. Se imaginaba a la pequeña tentación sola, en un lugar reducido, junto a Rosenwood, quien no era nada desdeñable, y...

Le dio un puñetazo al sillón tapizado de enfrente. Eso consiguió templar los nervios, pero no demasiado. Imaginarla pegada a los labios de otro hombre... ¡Maldita arpía que en algún punto se había colado bajo su piel! Un momento. ¿Bajo su piel? ¿Una mujer lo tenía enfermo de celos y saliendo a horas poco apropiadas en su busca? ¿Cuándo había ocurrido algo así?

Londonderry sacudió la cabeza. No. Seguro que lo que le sucedía era fruto de algún tipo de... de... de... En fin, era la mejor amiga de la esposa y de la hermana del conde de Albans, así que tenía que ocuparse de su seguridad y... y... y... Bueno, recordar sus besos no era como para que él... él... él...

Apretó los puños con fuerza. No sabía lo que le estaba ocurriendo, pero no le gustaba en lo más mínimo tener esa desazón en su interior. Y pensar en que ella hubiera podido permitir a otro tocarla, tampoco estaba contribuyendo a que se serenase. No debería sorprenderse. Margot había acudido a un lugar que podría terminar con su reputación en un abrir y cerrar de ojos, así que ¿qué clase de dama sería si se dejaba arrastrar hasta allí? Una malvada que lo había hecho enojar y salir a toda prisa de su casa en su busca. Ver para creer. Londonderry corriendo detrás de una jovencita chillona que lo había rechazado ya en dos ocasiones.

Y cuando en pocas horas, de pensar y pensar y más pensar, en lo que la mujer había podido haber hecho en un lugar cerrado con otro hombre, llegó a la finca de su padrino, el destino hizo que él se tropezase con el origen de su rabia. Entonces, cuando el señor Rosenwood lo miró y saludó desde la escalinata principal de la gran mansión del duque de Atholl, Bastian se encaminó hacia él y le lanzó su mejor rechazazo. Así, sin más y sin mediar palabra.

Por descontado, Duncan se recompuso de inmediato y le devolvió el golpe con la misma intensidad. Los dos, que eran de tamaños muy parecidos se engarzaron en una lucha que pronto llamó la atención de los duques y los sirvientes. Y también de Margot.

En plena noche, rodeada por la oscuridad y cobijada por un hombre bueno con el que no debería haber estado sola. No era como si la reputación de Margot tuviese arreglo, pero haber llegado a la casa de campo de los duques de Atholl a horas indebidas, dejaba bien claro que ella necesitaba ayuda y no tenía a otra persona a la que recurrir.

Había compartido algunos bailes con Ruth Anne y si bien habían hecho buenas migas, no eran tan cercanas como lo habían sido April y ella. Pero su otra compinche tenía sus propios problemas, porque por lo que había podido oír Margot, su amiga pelirroja estaba retirada en el campo y su esposo no figuraba a su lado. Pero esa era otra historia diferente que la hija del conde de Burst esperaba que tuviese un final feliz.

Se removió en la cama con los ojos bien abiertos. Lo primero que sintió al despertar aquella nueva mañana fue seguridad, libertad, tranquilidad. Desde hacía demasiados meses, Margot no había conciliado el sueño de esa manera.

Cuando bajó del carruaje de Rosenwood, toda la casa de lord y *lady* Atholl se apresuró a recibirlos. En el momento en el que divisó a su amiga, a los pies de la escalera, ataviada en una sencilla bata, con la trenza echada a un lado, no pudo más que echarse en sus brazos y sollozar porque no veía un futuro claro.

Ruth Anne la había acompañado a una habitación y no le pidió mayores explicaciones.

Gracias al cielo, porque Margot no sabía por dónde comenzar a ofrecerlas. Antes de subir, oyó que Duncan le comentaba alguna cosa al esposo de su amiga, pero no prestó demasiada atención.

No deseaba salir de la cama. Se sentía tan protegida, que no estaba preparada para enfrentarse a la realidad. La realidad de emprender el vuelo sola y buscar algún empleo como institutriz o dama de compañía de alguna dama o señora mayor y rica que la necesitase.

Suspiró con fuerza. Tal vez despreció demasiado pronto a Londonderry. Con esa idea aún planeando en su mente, sacudió la cabeza con ansiedad. Ese hombre era igual de adecuado que lo fue David. Mentirosos. Embusteros. No fiables. Usaban la seducción como un arma para someterla. David lo consiguió, pero con el marqués casi casi estuvo tentada de dejarse llevar. Ser cauta fue lo que la salvó, un poco, de no caer a sus pies. Su galantería, sus bonitas palabras... Y los besos que compartieron... Tan versada que se consideraba en la vida por lo que le sucedió con David y a punto estuvo de volver a abrir una puerta que siempre debió estar cerrada, hasta que mediase un compromiso serio.

¿Tan endeble era ella que ante una sonrisa de un apuesto hombre se dejaba conquistar? Ilusiones, necesidad. La presión a la que estaban sometidas las mujeres, esa de casarse lo antes posible, le había hecho dar numerosos tropezones.

Se tapó la cara con ambas manos presa de la vergüenza al recordar cómo casi se ofreció de rodillas al señor Rosenwood. La buena fortuna hizo que ella recapacitase sobre la idea de tenderle una trampa a un hombre.

Unos gritos del exterior captaron toda su atención. Se levantó de la cama, y corriendo se dirigió hacia la ventana principal de la alcoba. Un grito de histeria escapó de su garganta al ver a dos hombres peleando con sus puños como arma. Sin pensarlo demasiado, descalza y ataviada con un fino camisón blanco que Ruth Anne le había prestado, se encaminó hacia el origen de la trifulca para poner orden entre Londonderry y el señor Rosenwood. ¿De dónde había salido el malvado marqués!? Y lo más importante, ¿por qué se estaba peleando con el hombre que la había socorrido en mitad de la noche sin hacer demasiadas preguntas?

—¡Basta! ¡Basta! —gritó Margot con todas sus fuerzas cuando llegó hasta ambos.

El espectáculo era increíble. Londonderry y Duncan estaban rodando por el suelo mientras el duque de Atholl y varios sirvientes trataban de contenerlos. Ruth Anne, también en camisón, pero con una bata por encima, figuraba al lado de la rubia pidiendo paz.

Al ver que los dos contrincantes no parecían dispuestos a separarse, Margot fue hacia la pelea dispuesta a colocarse entre ambos. Ruth Anne trató de retenerla, pero no lo consiguió.

Cuando el duque tuvo a uno sujeto y los sirvientes a otro, Margot se colocó en medio, con los brazos separados para tratar de que los dos depusieran las ansias que tenían de pelearse. Se quedó frente a frente con Londonderry. Lo vio quedarse quieto, parado, pálido y al fin pudo respirar tranquila. La joven lo observaba fijamente. La vista de él la recorría de arriba a abajo. De tal forma que ella tuvo que bajar la mirada... Y sí, comprobó que el camisón que llevaba era una pieza indecente que dejaba demasiado a la vista. ¡Sus pechos se veían claramente! ¿Qué clase de atuendos utilizaba para dormir Ruth Anne?

—Suéltame, Atholl —bramó Bastian. El rugido fue tan fuerte, que el duque tuvo que hacer lo ordenado.

Vio a su ahijado quitarse la maltrecha chaqueta, que tenía algunas gotas de sangre, e ir hacia Margot raudo y con decisión para envolverla en ella. La cargó en sus brazos y se metió en la casa con la muchacha ante la incrédula mirada del resto.

Rosenwood se quedó atónito. Lord Atholl se acercó hasta el comerciante.

—¿Qué ha sido eso? ¿Te has propasado con la dama? —le preguntó a Duncan Rosenwood.

Tanto el duque como el empresario se conocían porque la familia del señor Rosenwood poseía una hacienda en el lado sur de las tierras del ducado.

—Juro por mi honor, como hice anoche —comenzó a explicar el comerciante—, que lo único que he hecho es traer a la joven hasta aquí porque necesitaba ayuda. Me he comportado como un hombre de honor.

—Entonces, ¿por qué os estabais peleando Bastian y tú? —inquirió censor el duque.

Duncan escupió un poco de sangre y lo miró con atención.

—¿No te imaginas el motivo? Porque si mal no recuerdo, tú tuviste ganas de darme una buena paliza cuando yo le envié flores a tu esposa... cuando ella aún era una dama soltera —se apresuró a puntualizar la última parte al ver que el duque cambiaba la mirada ante aquel recuerdo mencionado.

La vista de Atholl voló hacia el lugar por el que se había encaminado su ahijado. Pero tanto Bastian como *lady* Margot, ya no se distinguían. Notó que su esposa lo observaba con una ceja levantada.

—Sí, mi amor —comenzó a decir la duquesa—. Me temo que el señor Rosenwood tiene razón. No sé lo que ha debido suceder con mi amiga y con tu ahijado, pero estoy completamente segura de que el marqués se ha enterado de quién la sacó de Londres en plena noche y está tremendamente celoso...

—¿Celoso? —preguntó incrédulo el duque sin creer lo que oía. La fama de mujeriego de su ahijado era de tal magnitud que no imaginaba que el muchacho pudiera tener tales sentimientos hacia una dama, más hacia una a la que parecía que le había declarado la guerra. Una vez, concretamente en los días anteriores a su boda con Ruth Anne, sospechó que Londonderry sí tenía fuertes sentimientos por la joven rubia amiga de su esposa; pero después de haberlos observado con atención, comprobó que se llevaban como el perro y el gato... ¿Cuándo cambió eso, si es que realmente su esposa tenía razón en su afirmación?

—Es todo un alivio —dijo Duncan.

—¿Por qué es un alivio? —quiso averiguar el duque.

—Porque *lady* Margot estaba en serios aprietos y el marqués parece que podrá salvarla. De hecho, la noche anterior, no pude explicarte bien lo que sucedía, pero la joven debe casarse rápidamente y me temo que Londonderry acaba de dejar más que claras sus intenciones.

—¿Londonderry quiere casarse con la muchacha? —Lord Atholl no entendía nada. En la última conversación que tuvo con su ahijado, Bastian dejó bien claro que no se casaría hasta dentro de unos largos años.

—Vamos, mi amor. —La duquesa tomó la mano de su esposo—. Entremos en casa y te lo explicaré, porque creo que no recuerdas lo que es mirar a una mujer como lo ha hecho Londonderry.

Duncan se despidió de los duques y se metió en su carruaje. Esa mañana se había levantado bien temprano para ir a su casa y convocar a unos buenos amigos suyos que, si bien tampoco tenían un título nobiliario, podrían proteger a la joven y ofrecerse en matrimonio. Lo que menos pensó que sucedería había ocurrido, y eso fue: tener que lidiar con un pretendiente celoso que lo avasalló sin darle explicaciones.

Los duques despidieron al comerciante, no sin antes pedirle que entrase en casa para adecentarse, una oferta que Duncan declinó, pues no deseaba volver a convertirse en el blanco de la ira del marqués.

Cuando el duque fue consciente de lo que llevaba puesto su mujer, la miró acusador.

—No debiste haber bajado así, esposa.

Ruth Anne rodó los ojos. ¿Cómo iba a quedarse en su habitación viendo que dos hombres estaban peleando a las puertas de su hogar y que su marido mediaba en el medio de la batalla?

—Voy bastante más recatada de lo que lo hacía Margot —dijo con humor.

—Sí. Es verdad. —Él se quedó asombrado al ver a la joven.

—¿La has visto? —inquirió indignada y un poco celosa de que su esposo hubiera podido reparar en otra mujer.

—Solo un poco. He reconocido el lazo azul que el camisón tenía en el cuello y no me he atrevido a mirar hacia abajo.

Ella pareció quedarse más tranquila. Los dos iban paseando hacia los aposentos de los duques. Por la mirada tan descarada que el duque le había dado, Ruth Anne imaginaba las intenciones de él al guiarla por la escalera con tanta premura, pues cuando ella tuvo la intención de ir hacia la cocina para coger un bollito, porque se moría de hambre, él corrigió su rumbo sin demasiada delicadeza.

—Confieso que ha sido una intervención acertada, porque no veía a Londonderry detenerse. Es un hombre demasiado bravo. Y ha sido toda una suerte que el señor Rosenwood también fuese corpulento, o tu ahijado lo habría hecho papilla al primer golpe.

—¿De verdad crees que Bastian está interesado en tu amiga?

—Definitivamente sí. Lo sospechaba desde hacía tiempo.

—¿Lo sospechabas? —Bien que su mujer podía haberle dado alguna pista cuando él hablaba sobre el futuro del marqués, y acerca de que el abuelo del joven estaba dispuesto a darle una lección, y Atholl se debatía porque no veía la solución al problema.

—Sí. Porque no sé si recuerdas aquella vez que me pescaste en la biblioteca una noche en la que...

—Lo recuerdo perfectamente —la cortó. Ese suceso le encendió la sangre. Antes de convertir a Ruth Anne en su esposa, descubrió al marqués en una actitud muy reprochable con ella. Casi mató a Bastian por la afrenta, pero luego se dio cuenta de que la presa del muchacho era otra y no su mujer, por lo que lo perdonó por la confusión producida.

La pareja entró en la habitación de la duquesa. Ruth Anne observó que el duque cerraba la puerta con llave. Lo vio echarse las manos al cuello para quitarse la corbata.

—Deberíamos ir a comprobar que Londonderry y Margot... —comenzó a decir la duquesa.

La silenció con un beso profundo con el que esperaba dejarle claras las prioridades que ambos debían tener. La respuesta de ella fue poner sus manos sobre el cuello de su esposo para darle la bienvenida.

—Te deseo, Ruth Anne. Recuerdo muy bien lo que hicimos aquella noche en la que te descubrí en la biblioteca con mi ahijado. Los celos que me provocaste.

—Yo no tuve la culpa... La que tenía que acudir a aquella cita clandestina era Margot, no yo.

—Lo sé, lo sé —dijo para tranquilizar la ansiedad que se había despertado en la voz de la duquesa. Le dio otro beso muy húmedo.

Ruth Anne lo obligó a separarse un poco, pero no salió de su amoroso abrazo.

—Londonderry podría propasarse con...

—Déjales un poco de intimidad —rogó mientras la volvía a besar con más fuerza. Si su esposa no había perdido aún el hilo de sus pensamientos, no lo estaba haciendo bien.

—No sé ni dónde están... —se quejó ella cuando él la soltó para que respirase un poco de aire.

—Lo obligaré a casarse con ella, no te preocupes. Solo atiéndeme ahora, esposa. Tu duque te reclama y no puede esperar ni un solo segundo más.

—¿Me reclama? —dijo con diversión—. ¡Oh! —exclamó cuando sintió la mano de él subir por su muslo y detenerse para hurgar entre su nido de rizos.

No hubo más palabras. El matrimonio se tendió en el lecho para disfrutar de un poco de deporte de cama. Ambos sabían que estaban siendo negligentes con la dama soltera, pero también recordaban muy bien lo fabuloso que había sido estar solos y disfrutar en sus encuentros más pecaminosos antes de casarse.

Además, el duque intuía que su ahijado estaba convencido de que la muchacha era el fin de los problemas con el abuelo, así que no le costaría demasiado obligarlo a hacer lo correcto en caso de que se propasase con la amiga de su esposa.

Intervenir en la pelea después de haber salido a cabalgar de buena mañana, le había dado más energías. Ver a su esposa enfundada en una bata, bajo la que adivinaba el tipo de camisón que ella llevaba... Su necesidad era grande y debía ser satisfecha de inmediato. Sin oposición. Inminentemente.

Cuando Margot sintió que Londonderry la envolvía en su chaqueta, no se quejó porque sabía lo que él estaba tratando de hacer. En el momento en el que percibió sus brazos por debajo para alzarla, un suave grito de sorpresa escapó, pero no se quejó tampoco. La falta de calzado había hecho que sus pies dolieran al pisar el empedrado.

Antes de iniciar el camino con ella en brazos, Bastian miró por el rabillo del ojo a fin de cerciorarse de que nadie, en especial el señor Rosenwood, los seguía, pues sabía que, si ese hombre llegase por detrás, sería para exigir la liberación de ella y eso solo se daría en el caso de que entre Margot y ese odioso comerciante hubiera algún tipo de acuerdo implícito. Al no ver a nadie detrás, siguió andando satisfecho y convencido de que entre ambos no había sucedido nada más allá de haberla acompañado hasta la finca de Atholl.

—Eres del todo incorrecta —le dijo al oído mientras la introducía en la casa. Ella se envaró.

—¿Y protagonizar una pelea no es incorrecto, señoría? —lo increpó como si fuese un niño pequeño.

—No lo es cuando se defiende el honor de una dama.

—¿Ahora es usted un atento caballero que lucha las batallas de las mujeres, señoría?

—Deja de una vez apartado el título, Margot. Y sí, alguien tenía que darle su merecido a esa canalla. ¿En qué estabas pensando?

Ella se indignó. Trató de luchar con él para que la bajase al suelo.

—¡Suélteme! —levantó la voz—. No pienso tolerar que insulte a Duncan.

Él paró el paso. Las miradas de ambos se cruzaron. Ella trató de moverse y saltar al suelo. Bastian no lo permitió.

—A él lo llamas por su nombre de pila y a mí te empeñas en tratarme con una cortesía que sé que no sientes. ¿Por qué?

—Él no merecía sus golpes. Haya hecho lo que crea que haya hecho el señor Rosenwood —ella se rectificó porque era incorrecto que se refiriese a un hombre por su nombre de pila, incluso en la intimidad—, sé que no es nada malo. Él me ha ayudado de forma desinteresada y no consentiré que le falte al respeto.

—¿Te ha tocado? —Margot se quedó con la boca abierta al percibir la actitud posesiva de él en sus palabras. ¿Qué derecho tenía un hombre cuyo único objetivo había sido el de seducirla para forzarla a casarse con él?

—No pienso comentar nada al respecto, porque la propia pregunta es un insulto tanto para el señor Rosenwood como para mí.

—No, seguro que no te ha tocado... ¿Lo has hecho tú? —Londonderry había recapacitado en su conjetura y no le tembló la voz a la hora de lanzar una nueva acusación.

El marqués oyó un gemido de indignación. Vio que la boca de ella se quedó igual que sus ojos: completamente abierta.

—Bájeme de inmediato para que pueda abofetearlo como se merece, señorita —le ordenó con altivez cuando se recuperó de la sorpresa de la pregunta.

—No deberías sorprenderte de que pueda y tenga derecho a preguntar estas cosas. Estuviste coqueteando conmigo en el Club Legancy...

—Yo no coqueteaba con usted. Más bien, era usted quien me perseguía por las mesas de juego e imploraba por mi atención —rebatió arrogante la joven.

—No era yo solo, *milady* —usó el título arrastrándolo—, quien se derretía cuando nuestras bocas se juntaban.

Margot tragó saliva.

—¿Y esas son las palabras que diría un caballero?

—No lo sé. Puesto que para ti no soy uno de esos, no sé lo que quieres oír. Lo que sí sé, es lo que deseo hacer ahora mismo.

—¿Tomar un baño para asearse y quitarse la sangre de encima? —dijo ella con enfado.

—No era eso precisamente lo que tenía en mente, pero sería una buena opción. Lo haré si tú me asistes.

—¿Disculpe? —preguntó con la boca de nuevo abierta de par en par. ¡Era incorregible!

—Me gusta que una mujer me acompañe en una gran bañera. Como serás mi esposa, debes familiarizarte lo antes posible con mis exigencias.

—¿Se ha vuelto loco? —En verdad no creía que él fuese consciente de lo que le decía.

—Me parece que una pequeña arpía rubia me está llevando a la locura, sí —alegó con pesar mientras suspiraba con fuerza.

Margot sintió que él volvía a retomar sus pasos y se tuvo que agarrar nuevamente de su cuello para no perder el equilibrio. La caída sería importante, porque el malvado marqués era un hombre demasiado alto.

—Creo que Duncan le ha atizado demasiado fuerte en su dura sesera...

Él detuvo sus pasos y lo miró con una ceja alzada.

—Vuelve a referirte a otro hombre por su nombre de pila en mi presencia y te daré una buena tunda. Te aseguro que pondré tus posaderas tan rojas, que no repetirás otro nombre más que el mío en lo que te quede de vida.

Margot jadeó con horror.

—¿Qué derecho tiene usted a tratarme como si yo fuese una... una... una...? —No le salía ninguna palabra.

—Una niña. Te has comportado como una mocosa malcriada desde que nos conocimos y eso va a cambiar de inmediato. No puedes huir de Londres en plena noche. Si tenías problemas debiste acudir a mí. Menos tenías derecho a pasar varias horas encerrada en un pequeño carruaje en compañía de otro hombre que no sea yo. —Londonderry intuía que ella estaba en una posición delicada con respecto a algo, pero no alcanzaba a saber qué sucedía exactamente.

Ella volvió a jadear con pavor, horror, desesperación e indignación.

—Yo no le pertenezco, lord Londonderry. Tal vez esté tan acostumbrado a conseguir todo lo que se propone que no se ha dado cuenta de que soy una mujer libre que no le merece ni

obediencia, ni aclaraciones.

—No seas ridícula. Eres mi prometida.

—Definitivamente, Dun... —Él carraspeó viendo que ella se disponía a repetir el nombre del señor Rosenwood. Margot detuvo su frase.

—Termina de componer la palabra y te aseguro que tus bonitas posaderas conocerán el tacto de la palma de mi mano.

—¡No puede decir esas cosas! —chilló indignada mirando hacia todos lados, esperando que alguien entrase en su ayuda y la liberase de ese gran ogro engreído que se creía con derecho sobre ella.

—¿Y tú puedes desaparecer en medio de un baile en compañía del señor Rosenwood y causar dolor a tus familiares?

—¿Qué? —ella se inquietó.

—El esposo de tu hermana está loco de preocupación. Ha puesto incluso un anuncio en el periódico para denunciar tu desaparición. Me temo que tu reputación se ha visto seriamente comprometida.

Ella cerró los ojos con fuerza. No le extrañaba que David hubiese hecho algo como eso. Así se aseguraba que ella no pudiese casarse con nadie más. Sinceramente, dudaba que estuviese preocupado... O, tal vez, sí fuese genuina su inquietud, pero ella se inclinaba hacia la primera suposición. La deseaba en su cama a toda costa y bien sabía ella misma el efecto que podía tener Bernice sobre los que la rodeaban si no usaban un buen escudo.

El conde de Luxor la veía como un salvavidas ante la frialdad y el despotismo de su hermana. Bien. No era culpa de ella, que David se hubiese casado con Bernice. Debía ser consecuente con la decisión que tomó. El hombre al que creyó amar tuvo que haber sido más cauto y no dejarse conquistar por la sublime y espectacular belleza de su hermana mayor.

—¿Cómo ha sabido que yo estaba aquí? —No era natural que hubiese dado con ella tan rápido.

—Porque desperté en medio de la noche al mejor investigador de Londres para que arrojase algo de luz sobre tu paradero. Más allá de lo que te empeñes en pesar de mí, no soy un hombre poco inteligente. Algo te asustó. Algo ocurrió. ¿Qué sucedió para que te marches? ¿Por qué acudiste a Rosenwood y no a mí?

—¿Por qué debería haber acudido a ti? —Lo vio sonreír de lado.

—Al fin he conseguido que olvides un poco la formalidad. Dime lo que te hizo salir huyendo.

—No huyo.

—Lo haces. —Margot lo vio fruncir el ceño—. ¿Estás enamorada de Rosenwood?

—¿Y si lo estuviese?

Él agitó los hombros para quitar hierro al asunto.

—No me importaría demasiado. Muchas esposas se casan con un hombre estando enamoradas de otro.

—¿Pero tú te oyes cuando hablas? —Quiso averiguar sabiendo la respuesta de antemano.

—Perfectamente. ¿Por qué lo dices?

—Yo jamás me casaría con un hombre estando enamorada de otro —le aclaró con mucho énfasis.

—Es bueno saberlo. No era necesario, pero sí bueno saberlo. Me conformo con los deliciosos gemidos que emites cuando te beso. No necesitaba más, pero me gusta la idea de que puedas llegar a enamorarte de mí... Si es que no lo estás ya, por supuesto.

Ella comenzó a patlear, a moverse tratando de escapar de sus brazos. La respuesta de él fue

reírse sin contención.

—Eres despreciable, malvado, arrogante, todo un pícaro. Si decidiese casarme, tú serías el menos indicado para mí. Si Duncan —dijo con fuerza el nombre de pila del señor Rosenwood apostá—, no estuviese comprometido, ya estaría casada con él. Y en vez de tener a mi lado a un buen hombre, honorable, sensato, apuesto y tierno, debo conformarme con que me mantenga abrazada contra mi voluntad, un arrogante, engreído, patán y libertino al que desprecio con todas mis fuerzas.

Ni que decir tiene, que la risa del marqués se le cortó de golpe. Lo oyó inspirar con mucha fuerza el aire. Anduvo con ella en sus brazos serio, enfadado. Tanto que Margot no se atrevió a volver a abrir la boca. Tal vez había hablado demasiado alto, claro y fuerte ante un hombre acostumbrado a salirse siempre con la suya.

Londonderry abrió la puerta de una alcoba con dificultad porque se negaba a soltarla. Cuando estuvo dentro la cerró de una fuerte patada.

—La había avisado, *milady*, y yo siempre cumplo lo que prometo —dijo mientras la dejaba en el suelo. Margot no sabía lo que estaba sucediendo. Cuando vio que él iba hacia la puerta y echaba la llave...

—¿Qué se propone?

—Demostrarle lo equivocada que está, *lady* Margot —respondió mientras se iba hacia la ventana más próxima y tiraba la llave de la alcoba.

—¡Noooooo! —gritó Margot al tiempo que corría hacia la ventana para ver caer el metal en el jardín principal.

—Bien... ¿Se levanta usted misma ese indecente camisón que lleva o lo hago yo? —dijo mientras se subía las mangas de la camisa y se dejaba caer sobre un sillón con una gran sonrisa.

Margot se giró para mirarlo. Ver al marqués morderse el labio inferior, hizo que ella se observase a sí misma. Al haber salido corriendo en busca de la llave, había hecho que la chaqueta de Bastian cayese al suelo. Miró bien su atuendo y se dio cuenta de que la fina gasa transparente de la parte frontal dejaba ver, no solo sus senos, si no que también dejaba adivinar el lugar exacto donde el vello cubría su sexo. La joven colocó una mano sobre sus senos y la otra la llevó a su parte íntima.

—¿Qué se pro... po... ne? —inquirió, esta vez con temor en sus palabras.

—Darle una buena lección —la avisó Bastian, mientras se daba unos ligeros golpecitos en su regazo, que claramente evidenciaban que él estaba esperando a que la joven se colocase sobre sus rodillas para darle una buena zurra.

—No se atreverá... —dijo más para sí que para él.

Cuando lo vio sonreír, supo que había cometido un tremendo error al retarlo.

Capítulo 4

Un descubrimiento inesperado

Nunca sabría cómo sucedió, pero Margot se vio prisionera, con una pared a su espalda que le impedía retroceder más, y un fuerte pecho varonil bajo las palmas de sus manos, a fin de impedir el avance del varón. Él, Bastian Leight, el mayor de los libertinos de todo Londres había puesto en marcha su plan de seducción y no era ni sutil ni delicado. Prueba de ello era la improvisada cárcel que habían formado con sus dos poderosos brazos a su alrededor, pues él tenía sus manos apoyadas en la pared.

Margot, presa de la histeria, tragó saliva con dificultad y cerró los ojos con fuerza. Era una respuesta infantil, pero si ocultaba su mirada, tal vez él desistiera de su empeño y se esfumase.

Sintió un poco de aire sobre el rostro y supo que él acaba de soplarle. Lo oyó reírse.

—Esto no es gracioso, señoría. Está siendo usted un auténtico malvado... —lo reprendió con los ojos cerrados y muy apretados.

—Sí, es gracioso porque no me ha costado lo más mínimo atraptarte. He cerrado la puerta y ni una sola vez has tenido la tentación de aporrearla, gritar o pedir auxilio —le aclaró él con la voz ronca. Ver sus pezones puntiagudos bajo esa delgada tela lo volvía loco.

—Me ofende su suposición, señoría —adujo mortificada porque se dio cuenta de que en verdad había puesto pocos obstáculos para huir de él.

—A mí me ofende tu falta de sinceridad —respondió mientras volvía a soplarle sobre el rostro.

—No haga eso —pidió con molestia impregnada en su voz.

—Abre los ojos y no lo haré. —Trató de acordar él.

—No pienso abrirlos.

—Eso no cambiará el hecho de que yo no esté frente a ti, observando esos apetecibles senos que se dibujan bajo ese camisón tan indecente. ¿Cómo puede tener una joven dama un atuendo así entre sus ropas? Peor aún, ¿no te diste cuenta del efecto que podrías causar saliendo así de modo público? —No deseaba que nadie más la viera, solo él.

—Es un camisón de Ruth Anne. No es mío. Yo jamás usaría algo así. Imagino que el duque no le ha permitido tener nada más decente a su esposa. —Cuando llevó, tan cansada como estaba, se dejó ayudar en el cambio de su vestido de fiesta y no prestó demasiada atención a la prenda que le serviría para dormir—. Y no. No fui consciente de lo que llevaba puesto, porque cuando vi que dos hombres estaban a punto de matarse el uno al otro, tuve que salir de estampida para evitar un drama.

—Uhm... ¿Estabas preocupada por la seguridad del señor Rosenwood o por la mía? —Volvió a soplar con más intensidad. Margot apretó más fuerte los ojos. Tanto que comenzaba a ver chispitas blancas debido al esfuerzo de mantener los párpados cerrados con esa fuerza.

—Me preocupaba que mi buena amiga y su esposo tuvieran que responder ante un magistrado sobre un posible asesinato que pudo haberse producido por mi causa.

—¿Por qué sería responsabilidad tuya algo como eso?

—Porque yo vine aquí y vosotros dos llegasteis a los puños. Fui responsable de la situación y era mi deber evitar la pelea. Ahora, por favor, sea un caballero y permita que me marche...

—Margot sentía su corazón bombear con fuerza. No podía seguir negando que ese bruto y arrogante la desestabilizaba cuando estaba cerca. Sintió las manos de él acariciar su mejilla con delicadeza y se sorprendió por la sensualidad del gesto.

—Si quisieras salir de mis garras lo habrías intentado más y mejor, Margot. Tú deseas que te vuelva a besar. —Por inercia la joven se lamió los labios sin ser consciente de lo que hacía—. Esos labios rosados entreabiertos me llaman a gritos, pequeña arpía. Deseas que me pose en ellos y saque mi lengua, tal y como hice la última vez en aquel club.

—No. No quiero nada de eso.

—Tus palabras dicen una cosa, tus reacciones dicen otra. No te tocaré hasta que me lo pidas. Y te recomiendo que lo hagas rápido, porque como no empieces a poner de tu parte, saldré por esa puerta y conocerás de primera mano la frustración de estar insatisfecha. Me deseas... —susurró con delicadeza.

—Eso no es verdad. Yo no te deseo.

Londonderry llegó la punta de su nariz hasta la parte derecha del cuello de la muchacha. Le hizo una leve caricia en el lugar donde el pulso le latía frenético.

—Abre los ojos, mírame con deseo y llevaré mis labios sobre tu cuello para darte un placer tan sensual que hará que tus rodillas se derritan. Abre los ojos, reconoce que me deseas y en vez de darte la zurra que deberías recibir, levantaré esa delicada tela —él rozó con su mano derecha una parte del satén—, y te haré llegar al cielo en medio de un delirio delicioso del que te prometo que no desearás escapar.

—No. No... ha...ré nada de e...so. —La respiración la tenía tan agitada, que no era capaz de hablar con serenidad. Estaba nerviosa, ansiosa y sentía unas extrañas cosquillas en una parte femenina de su cuerpo que...

—Eres terca, muchacha. Más que una mula que se para en medio del campo y no quiere moverse —apuntó con diversión.

—Déjeme marchar, señoría —pidió cuando recuperó un poco la sensatez. Pero entonces, Bastian apoyó ligeramente sus labios sobre los suyos, en un aleteo de mariposa que sirvió para que ella buscase un mayor punto de apoyo en esos labios libertinos. La presión se intensificó. Margot se vio engullendo el labio carnoso inferior del marqués entre los suyos. Succionó con fuerza y pasó su lengua sobre ese delicioso trozo de carne. Cuando la muchacha oyó un gemido de él, abrió los ojos con horror, consciente de lo que acababa de hacer. Consiguió separar a Bastian de ella. Los ojos avellana se fundieron en el azul de ella. ¡Estaba mortificada! Era tentador como el demonio mismo.

Los dos, jadeantes y necesitados, se miraron con tal intensidad que todo pareció desaparecer a su alrededor.

El marqués no osó moverse, por miedo a espantarla y recibir una nueva negativa. Estaba tan duro como una piedra por lo que Margot le acababa de hacer, y eso que ella solo lo había rozado con su lengua un par de segundos. ¡Qué extraño poder tenía esa hechicera rubia!

—Dime que me separe de ti y lo haré —la avisó con humildad, pero rezando para que no se lo pidiera. Le deseaba con tanta intensidad que sus pantalones estaban haciendo daño en su dureza masculina.

Margot cerró los ojos con fuerza, susurró algo que el marqués no entendió, pero que percibió como una maldición, y aferrada al cuello de la camisa lo llevó de vuelta sobre sus labios.

—Gracias a Dios —susurró Londonderry antes de besarla con devoción. Había pensado que lo iba a rechazar...

La boca de Bastian se afanó en buscar la humedad de ella. Deseaba volver a degustar la

dulzura de su lengua. No comprendía el motivo, pero Margot no sabía al gusto como las demás mujeres. Ella era como un algodón de azúcar, que lejos de empacharlo, lo hacía necesitar más. Más de ella. Más de esa dulzura tan apetecible que lo llevaría a la locura.

La besó todo cuando quiso, todo cuanto ella lo urgió a hacerlo. Devoró su cuello en una muestra de ternura y ansiedad que hizo que Margot gimiera, presa de un estado febril que no había esperado sentir ni en un millón de años. ¡Estaba ardiendo!

—No pue...do sos...te...ner...me —balbuceó, mientras agarraba el cabello de Bastian para que siguiera paseando su lengua sobre su cuello. La sensación era tan maravillosa que no quería que se detuviera.

El marqués la subió por los glúteos y ella se aferró a su espalda con fuerza para no caer. Mientras Bastian la llevaba sobre su cuerpo como si la dama fuese un pequeño simio que se colgaba con insistencia, Margot comenzó a besar su cuello para comprobar si el efecto que le producía era el mismo que ella misma sentía. Efectivamente, los gemidos masculinos de desesperación y placer no tardaron en resonar en la estancia.

En pocos segundos, estuvo sentada a horcajadas sobre él, con el camisón tan subido que sus piernas estaban completamente desnudas. Por su parte, Bastian había elegido un cómodo sillón para reclinarsse y dejar que ella tomase el mando hasta donde quisiera.

Cuando percibió que el sexo de ella buscaba un poco de fricción y que fue a dar con su rigidez masculina... Estuvo perdido en un delirio que no previó. Ese contacto hizo que Bastian echase la cabeza hacia atrás y levantase sus caderas para rozar mejor la entrepierna de ella.

Margot chilló, pero de puro placer por esa protuberancia que había impactado sobre un trozo de carne suyo que le hizo cerrar los ojos y ver unas pequeñas estrellas, tan brillantes que no pudo más que gemir, gemir y gemir...

Tenía que verla, así que irguió la cabeza y la contempló. Las manos de Londonderry se colocaron sobre los pechos de Margot y los amasaron con cautela. Logró rasgar la ligera tela, lo suficiente para sacarlos a ambos de su estúpido cautiverio. Engulló con glotonería su pezón derecho, mientras que su mano izquierda pellizcaba con delicadeza a su hermano gemelo. Todo ello sin dejar de balancear las caderas y friccionar salvajemente sobre el sexo de ella.

—Por Dios, Margot, no seas tan ansiosa o me harás ponerme en evidencia —le pidió en medio de una agonía que le hacía desear abandonarse a su necesidad y liberarse en sus pantalones.

Londonderry trató de apartarla a un lado para sacar su instrumento masculino y poder... La necesitaba. Ansiaba enterrarse en la profundidad femenina. Quería hacerlo bueno para ella, pero la reacción inesperada de tanta pasión, por parte de la rubia, lo había dejado sin opciones para comportarse como un amante delicado. Ella lo estaba empujando a un punto de no retorno, donde él no era capaz de no buscar su satisfacción, y eso no estaba contemplado en algo como derramar su semilla en sus pantalones, tal que si fuese un colegial inexperto.

—No, no... no pares... Necesito... Necesito... —La fricción eran tan acertada en ese trozo de carne que se restregaba contra algo duro que él tenía, que Margot no deseaba frenar lo que se estaba abriendo paso en su interior. Todo en su cuerpo la invitaba a luchar por lo que necesitaba, por lo que deseaba de él.

—Por Dios Margot. No sigas... —No podía evitarlo. Si ella volvía a restregarse sobre él, conseguiría que él claudicase y no debía ser así.

—Más, más... Por favor... No me dejes así... Algo llega, algo viene... Lo necesito... Por favor... Por favor... Por favooooooooooooooooooooor —gritó sin contención cuando ese maravilloso sentimiento de gozo la atravesó hasta el alma.

—Margoooooooooooooot —rugió él con enfado. Pues no había conseguido ni poder desabrochar sus pantalones, cuando el torrente de la lujuria le hizo liberar su esencia en su propia ropa.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Margot cuando el éxtasis dio paso a una satisfacción tan bienvenida que la hizo reclinarsse sobre el pecho de él y ocultar su rostro en el cuello masculino.

La muchacha sentía el corazón desbocado de él. Bastian podía percibir con claridad el desenfreno del de ella. La apretó entre sus brazos con la única finalidad de no dejarla escapar. La joven agradeció el cobijo que él le estaba facilitando.

—¿Qué me has hecho? —consiguió preguntar Margot sin abrir los ojos ni separarse de él.

—Me parece que has sido tú la que has conseguido que yo pierda la compostura como nunca había sucedido —reconoció él un poco avergonzado.

—¿Por qué? —quiso averiguar ella moviendo un poco su cabeza para encajar mejor en el hueco de la clavícula de Londonderry.

—Porque nunca había alcanzado el placer sin quitarme ni tan siquiera mis pantalones. Eres del todo inesperada, Margot. —Nunca imaginó tanta pasión en una mujer.

—¿Y eso es bueno o malo, señorita? —bromeó la muchacha.

—Bastian.

—¿Qué?

—Usa mi nombre. Después de lo que ha sucedido entre ambos, no puedes usar mi título. Deseo oírte pronunciar, considéralo mi recompensa por haberte abierto el cielo y llevarte hasta encontrar el placer terrenal más sublime.

—Incluso, ahora, eres todo un vanidoso arrogante —dijo ella con una sonrisa en los labios. Estaba tan bien, se sentía tan satisfecha, que era incapaz de presentar un poco de batalla más mordaz.

—Sí. Lo soy —reconoció con una ligera risa—. Estoy esperando a oír mi nombre en tus labios. Recuerda que fue el nombre de otro quien te metió en este adorable problema, por lo que debes hacer que yo quiera perdonarte... En caso de no contentarme, no tendré más remedio que darte la vuelta y poner rojas estas preciosas posaderas que me muero por ver. —Él llevó sus manos hacia ese lugar al decir esto y las apretó con delicadeza sobre la carne desnuda.

—Bastian. Bastian. Bastian —repitió esperando saciar su petición y su orgullo masculino. En verdad no deseaba recibir un castigo. No después de lo interesante que había sido este descubrimiento. Se mordió el labio. Ese hombre había conseguido que ella despertase. Ni siquiera David, cuando creyó amarlo, hizo que volase tan alto y de forma tan maravillosa.

—Eso es, pequeña. No era tan difícil, ¿verdad?

—Eres un hombre imposible y malvado.

Él soltó una carcajada. Acarició con delicadeza la espalda de ella porque la había sentido tensarse. La caricia pareció adormecer a la fiera rubia.

—Reconoce que tu malvado marqués te ha hecho vibrar.

—Lo ha conseguido, sí. —Ronroneó como un gatito mientras movía su espalda para sentir las manos de él en lugares específicos que la hacían suspirar.

—¿Lo reconoces tan fácilmente? —se sorprendió él.

—Nunca he sido una mentirosa. Tú no me agradas, pero sí me satisface cuando me besas y me tocas. No entiendo el motivo, pero eso es así. —Ella sentenció su reconocimiento con un beso atrevido en el cuello de él. —¿Te pasa lo mismo?

—Desde luego que sí. He estado con multitud de mujeres, mucho más bonitas y apetecibles que tú, y hasta el momento, ninguna consiguió que yo me vertiese sin estar desnudo —señaló

esperando que ella reconociera su mérito.

La sintió tensarse de nuevo. Hizo un poco más de presión en sus caricias por la espalda. Ella se despegó por completo de él.

—Por un momento, solo por un momento, he olvidado con quién estaba... —El tono beligerante de ella no le gustó a Bastian. Trató de hacer que la joven volviese a recostarse sobre su pecho para acallarla. Margot se apoyó en esa zona de él un breve segundo. Se incorporó y lo miró con los ojos achinados.

—Creo que no es ocasión para molestarnos —consideró él viendo que Margot había cambiado la actitud.

Ella suspiró.

—No, no lo es. Es tiempo de que se marche a la ciudad y olvide que yo estoy aquí y lo que acaba de suceder entre nosotros, señoría.

Él gimió. Otra vez de vuelta con el título.

Margot se incorporó tan rápidamente que el marqués no pudo hacer nada para evitar que saliese de su regazo.

—Margooooot... Ambos sabemos que lo que planteas no puede suceder.

—¿Ah, no? —se atrevió a preguntar con ironía mientras cogía la chaqueta de él que estaba en el suelo.

—No. Tu deber es casarte con el hombre que te ha corrompido.

Ella lanzó un suspiro incrédulo. Si eso fuera cierto, ella llevaría cuatro años casada.

—No sería la primera dama a la que mancillan y que no es desposada —señaló sin humor Margot—. Ahora saque la llave que tenga de repuesto, señoría, porque me da en la nariz que no es la primera vez que usa una treta como esa para acorralar a su presa.

Él la miró en una muestra de fingida ofensa.

—No eres justa, Margot.

Ella levantó una ceja de modo sardónico.

—¿No tiene una llave escondida en alguna parte?

—Desde luego que la tengo. Lo que me ofende es que tú hayas deducido algo así con suma facilidad —se quejó mientras se incorporaba y se dirigía hacia el cajón de la mesilla de noche—. ¿Cómo lo has sabido?

—Una dama no debe revelar sus secretos. Pero sí le diré, señoría, que soy una mujer que sabe que la confianza no se debe otorgar a la ligera, porque desconfío incluso de los hombres honorables, esos que dicen que harán lo correcto y luego no lo hacen. No sé bien cómo, pero he conseguido dejar a un lado mi sensatez y ha sido precisamente con un hombre que es todo lo contrario a un caballero. Así que después de advertirme que ha estado usted con muchas mujeres...

—¿Estás celosa? —preguntó con el ceño fruncido y una ligera sonrisa torcida.

—No. No lo estoy. Solo me alegro de que usted haya conseguido romper la magia a tiempo, para que yo me dé cuenta de que, si en el pasado erré, a punto he estado de cometer una verdadera atrocidad aún mayor —dijo mientras cabeceaba afirmativamente.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él con verdadero interés. Sabía que ella estaba hablando en clave, pero no discernía lo subyacente.

—Nada que sea importante. Abra la puerta, regrese a la ciudad y olvide que estoy aquí. Le rogaría, además, que no compartiera la información sobre mi paradero con nadie.

—¿Ni con tu familia? —Era extraña la petición de ella. Más extraña que la alusión de que ella había sufrido en el pasado. Londonderry no era un hombre bobo y lo dicho con anterioridad sonó

a amargura.

—En especial con ellos.

—No puedes estar hablando en serio.

—Completamente.

—¿Por qué?

—Abra la puerta —le ordenó cuando él estuvo con la llave a su lado.

—Contesta.

—Abra la puerta o gritaré tan fuerte que no tendrá otro remedio que casarse conmigo. —La amenaza que ella imprimió en la frase lo dejó perplejo.

Él ya había manifestado en reiteradas ocasiones que deseaba tomarla como esposa... Entonces, ¿por qué Margot lo había hecho sonar como si eso fuese una maldición para él?

—¿Qué te hace pensar que no es eso justo lo que deseo? No es la primera vez que te digo que debemos casarnos. Estoy tentado a echar por la ventana esta llave también y que comiences a pedir auxilio porque un malvado marqués te desea... Lo cual no es mentira. Verte en el estado que presentas... —Ella estaba con su chaqueta, despeinada y con ese camisón hecho trizas que... Su hombría estaba ya lista para un nuevo asalto.

—Yo no puedo ser su esposa —dijo ella mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Te atreves a gemir por mí? ¿A susurrar plegarias para que te libere de tu necesidad y luego te niegas a casarte conmigo? Me temo que al final sí voy a colorear tus blancas posaderas, Margot, porque eres una mentirosa. Estamos bien juntos.

—No basta con que dos personas estén bien juntas para recitar sus votos. No es suficiente.

—Sí lo es. Es más de lo que otros tienen.

—No lo dudo, pero olvida que yo no consentiré jamás en ser su marquesa. Regrese a la ciudad y busque a otra mujer que sirva mejor a sus intereses. No le costará tanto como cree. Si ha conseguido que yo, una mujer que creía odiarle se derrita sobre su cuerpo... —No tenía caso mentir.

—No puedes decir esas cosas, Margot. Menos cuando no he podido abrirme camino en el interior de tu estrechez y me he tenido que conformar con liberar mi necesidad sin poder estar dentro de ti.

Ella suspiró.

—Alégrese de que así haya resultado ser el desenlace. Por favor, abra la puerta para que los dos podamos olvidar lo sucedido.

—No. No pienso hacer eso. No estoy dispuesto a que salgas huyendo de nuevo.

—No estoy huyendo.

—Lo estás haciendo —dijo él con los dientes apretados.

—No lo hago porque me tiene aquí prisionera.

Hubo un minuto de pesado silencio en el que uno y otro se evaluaron... Mejor dicho, trataron de evaluarse.

—¿Qué planes tienes? —preguntó a bocajarro Londonderry.

—No son de su incumbencia —respondió ella dándose cuenta de que él le preguntaba por su futuro.

—Responde y abriré la puerta para que puedas salir corriendo —la retó.

Ella volvió a suspirar con resignación por la tiranía que él mostraba sin casi ser consciente de lo que hacía.

—Me quedaré con Ruth Anne hasta que tome una decisión sobre mi futuro —apuntó con sinceridad.

—¿Qué tipo de decisión?

—¿Por qué no abre la puerta de una vez?

—Responde y me lo pensaré.

—Es usted tirano y malvado.

—Sí, sí, eso ya lo has dicho. Responde —le recomendó de nuevo.

Ella lo miró con los ojos achinados. ¡Era insufrible!

—Creo que me gustaría ser la institutriz de una niña, o tal vez...

—¿Prefieres eso a ser mi marquesa? —rugió con enojo—. ¿Qué diablos tienes en la cabeza, Margot? —saltó completamente indignado.

—Poca cosa, según lo visto—. La joven lo miró de arriba abajo para ver si él entendía lo que ella trataba de decir. A Bastian no le molestó que ella insinuase que lo sucedido entre ambos había sido un error. Era testaruda... él más.

Sin agregar otra cosa, Bastian recorrió el cerrojo, antes de abrir la miró con intensidad.

—Deberías saber que si tengo una llave de emergencia, es porque en esta casa soy un huésped muy asiduo. Creo que voy a quedarme unos días en casa de mi padrino para descansar del ajetreado Londres... Por tu bien, espero que no te atrevas a escapar en plena noche de mí, porque lo que te haré cuando te encuentre, no será nada comparado con la zurra que planea sobre mi cabeza en estos momentos. Ninguna mujer en sus cabales despreciaría a un marqués. Tú lo has hecho dos veces ya. No lo hagas una tercera, porque saldré tan rápido que no me verás desaparecer y te aseguro que lograré, aunque no sé todavía cómo, que llores lágrimas de sangre cuando finalmente te quedes sin mí.

Ella se rio en su cara sin compasión. Nunca volvería a darle semejante poder a un hombre. ¡Jamás!

—Haga lo que quiera, señoría.

—Siempre lo hago —le advirtió mientras dejaba la puerta de par en par esperando que ella saliera de su alcoba—. No olvides mis palabras, Margot, porque acabarás llorando.

Ella no dijo nada más. Aunque sí sintió una especie de fría corriente que le recorrió la espalda. Se marchó de allí altiva, con la cabeza bien alta y una pose digna de una reina. Él se sonrió al verla tan orgullosa. Lo acusaba a él de serlo, pero sospechaba que Margot lo era mucho más. Pequeña arrogante que lo volvía loco...

Y otro día transcurrió con cierta tirantez entre todos los que residían en la finca campestre. Ruth Anne había querido hablar con ella aquella tarde, pero después del suceso tan perturbador ocurrido con Bastian —sí, Bastian, porque él no podría ser llamado de otro modo en su cabeza—, Margot se encerró en su alcoba y adujo a un fuerte dolor de cabeza para no tener que enfrentarse a nadie, al menos por el momento.

Cenó en su habitación y su amiga le llevó un vestido que su doncella había arreglado para que no le estuviese largo, y le dejó un par más de camisones, todos igual de indecentes que el que Bastian había hecho jirones.

Esa noche, fue la primera de muchas que al fin Margot pudo conciliar el sueño sin que Bernice o David irrumpieran para atormentarla. Pero esto no fue bueno, porque el protagonista de la acción durante su vigilia fue el malvado marqués que una vez más la colmó de besos y toques indecorosos que hicieron que Margot tuviese que llevar una mano a su zona sensible para tratar de calmar la sensación de necesidad que se apoderó en ella a causa de Bastian.

Era definitivo: él la había contagiado con su lujuria. Y ella, lejos de sentirse aturdida o avergonzada, estaba entusiasmada por haber descubierto un poco de alegría en medio de la tormenta que había resultado ser su vida.

Lord Londonderry, ese arrogante, engreído al que Margot le daría un fuerte puntapié en su señorial posadera, la había despertado de un modo que jamás creyó posible. Se sentía una mujer recién descubierta. Más mundana, más segura de sí misma, con la fuerza necesaria para darse un poco de satisfacción y no temer por el hecho de ir al infierno. ¿Por qué ocurría esto último? Porque Margot llevaba más de cuatro años viviendo un Hades del que comenzaba a ver la salida.

Podía hacerlo y lo haría. Se quedaría con Ruth Anne hasta que encontrara un puesto como institutriz. Sería valiente y plantaría cara a su destino, fuera del recuerdo de los anhelos que una vez David le despertó. Alejada de la incesante verborrea de Bernice. Apartada por completo de unos padres que la repudiaron sin pestañear. También era imperativo dejar a un lado lo que Bastian le hacía sentir cuando lo veía. La culpa era de esos labios que la habían besado con tanta intensidad. Sin olvidar esas grandes manos que la acariciaron con una ternura desconocida. Luego, estaba lo de los fuegos artificiales que él encendió en su interior... Una liberación que esa noche había vuelto a ser posible evocando el recuerdo de su lengua dentro de su boca, de sus pechos siendo lamidos...

Por su bien, esperaba que Londonderry pronto se cansase y se marchase de la casa, o ella se volvería a arrojar a sus pies y le suplicaría que la volviese a besar del mismo modo.

Margot se dio la vuelta en la cama y metió la cabeza bajo la almohada. Ahogó un grito sobre el colchón de plumas y se disgustó consigo misma. El sol ya había salido, pero no deseaba abandonar el lecho.

Una vez más regresaron a su mente los ojos de él. Cuando los dos alcanzaron el pico del placer conectaron sus miradas. Sintió sus mejillas arder al recordar algo tan íntimo.

Cuando David la poseyó, solo hubo dolor, incomodidad, nada de placer; pero Londonderry había sabido donde tocar, donde besar, donde acariciar...

Margot rodó sobre su cuerpo. Su rostro no era lo único que tenía encendido. Su centro de mujer se había vuelto a humedecer como la noche anterior. Se mordió el labio inferior. ¿Qué mal habría en volver a llevar su mano derecha hacia ese lugar, usar un par de dedos y frotar ese recién descubierto pedazo de carne? ¿Quién se enteraría de que por segunda vez en la soledad de su cama, ella había vuelto a saciar su cuerpo? ¡Maldito Londonderry que la había convertido en una pícara desenfundada!

La rubia cerró los ojos. Llevó la colcha hasta su cuello y colocó las rodillas flexionadas para darse mejor acceso sobre su propio cuerpo. Colocó la segunda almohada sobre su rostro para amortiguar los posibles gemidos que sabía que nacerían, y sin pensarlo demasiado colocó dos de sus dedos sobre su perla. Se encontró a sí misma húmeda, tremendamente mojada. La imagen de Londonderry succionando sus pezones llegó a su mente para causar el primer gemido ansioso.

Luego recordó lo larga y dura que se sentía su hombría sobre su sexo desnudo. Imprimió más ritmo a la fricción de sus dedos, la humedad facilitaba que estos resbalasen sin incomodidad ninguna. Los gemidos fueron subiendo de tono.

Su columna comenzó a retorcerse. La colcha dejó de cubrir su cuerpo. No importaba. Solo estaba la necesidad de volver a alcanzar el pico del placer que él le había descubierto. Con el camisón completamente subido sobre su vientre, masajéo con más fuerza entre sus húmedos y resbaladizos pliegues.

—¡Dios santo! —Esa frase susurrada por lo bajo fue dicha justo a su lado sin que ella fuese consciente.

En honor a la verdad, ella había oído la voz de Londonderry porque en su fantasía íntima, Margot lo estaba imaginando bajo su cuerpo, acariciándola con devoción. Incluso esos dedos que la tocaban, no eran los femeninos, sino los de él. Y sí, la lengua que tan perversamente se había colado en su boca ayer, estaba hurgando en ese pequeño botón. En su mente, estaba en la cama y él le había apartado las manos de su centro, para colocar su lengua y lamerla. Iría al infierno por ese pensamiento, pero era lo que tenía en la cabeza, justo igual que estaba sucediendo... ¡Un momento!

Margot se quitó la almohada de la cara y se incorporó de golpe, lanzando un gemido de puro placer cuando algo se metió en la estrechez de su feminidad. Y lo vio. Londonderry estaba sobre el lecho, con la cabeza entre sus rizos dorados metiendo un dedo en su interior.

—¡Dioooooos! —atinó a decir mientras se volvía a recostar.

Sabía que a él no le correspondía estar en su habitación. Entendía que no debería estar lamiéndola en un lugar tan íntimo. Comprendía que él la estaba penetrando con suavidad con el pulgar. Y no pudo quejarse. No consiguió ni indignarse, ni hilar una sola palabra para reprenderlo.

Recostada sobre el lecho, y todavía con las rodillas mirando al techo, comenzó a hacer más presión con sus caderas para que Bastian pudiera degustarla con ahínco.

—Pequeña codiciosa. —Oyó que él dijo mientras lo sentía sonreír sobre su sexo.

No estando segura de si ciertamente lo que estaba oyendo, sintiendo y viendo, en verdad sucedía o solo era producto de su mente enfermiza, Margot decidió disfrutar del momento y concentrarse en la maravillosa lengua que, inventada o real, le estaba dando un placer sublime.

Lo que menos imaginó Londonderry cuando entró sin avisar en la alcoba de ella, portando una camisa y unos pantalones que la duquesa le había prestado para que él pudiera invitar a Margot a salir a montar, fue encontrarse con un cuadro tan sensual y erótico. ¡Ella se estaba dando placer! Se sonrió al verla con un cojín sobre el rostro. Daría cinco años de su vida por saber qué colmaba sus pensamientos. ¿Estaría reviviendo el recuerdo del día anterior mientras tocaba su sexo húmedo? ¿Sería él el objeto de sus fantasías?, se preguntó el marqués intuyendo la respuesta.

Y cuando esa colcha que la mantenía oculta dejó todo al aire... ¡Santo Dios bendito! Él había tenido la necesidad de aliviarse de buena mañana al despertar con la imagen de ella cabalgándolo para alcanzar su placer... Hacía una eternidad que no había usado su mano para complacerse porque siempre tenía a su alcance a una mujer dispuesta a sosegarlo. La pequeña arpía rubia estaba haciendo de él un desastre. Y cuando observó con detenimiento el recorrido y la velocidad que ella estaba dando a esa parte hinchada de su feminidad, estuvo perdido. Necesitaba probarla. Ansiaba comprobar si sería tan condenadamente dulce ahí abajo como lo era su lengua femenina.

Sabiendo que no debería atreverse... lo hizo. Se puso con sutileza entre sus piernas y apartó su mano para poder colocar toda su lengua y recoger la humedad que Margot había fabricado.

Pura crema. Un néctar tan delicioso que a cada lamida sabía que lo iba a precisar durante el resto de su vida. Nunca, hasta la fecha, había tenido la necesidad de satisfacer a una mujer. Siempre eran ellas las que ofrecían su boca para su disfrute masculino. Bastian ansiaba que ella alcanzase su placer sobre su lengua, con su dedo hundido en ese prieto agujero que él se moría por enfilear con su daga... ¡Dios! Oírla gemir y percibir el modo en el que movía sus caderas, lo estaba volviendo loco. Tuvo que llevar su mano derecha y liberar la presilla de su pantalón para que su erección saltase con libertad. Estaba tan apretado en sus pantalones de montar que, si no lo llegaba a liberar de su confinamiento, hubiera acabado amputándose el miembro...

Lamió con más fuerza porque sabía que ella estaba cerca de alcanzar la gloria con su lengua.

Movió en círculos el dedo que estaba enterrado en su interior y apretó su centro de placer contra sus labios para que no escapase de su roce. Y llegó. Un largo gemido evidenció que él había hecho muy bien su trabajo. La humedad de ella se extendió sobre su lengua y Bastian se apresuró a tragar el fruto de su esfuerzo. Deliciosa. Dulce. Rica. Inigualable.

Cuando la sintió laxa y tranquila, trepó sobre su cuerpo. Se posicionó sobre su vientre sin aplastarla. Sujetó con firmeza su erección y levantó el camisón de color crema para dejar sus pechos a plena vista. Bastian la tenía bajo su cuerpo, mostrando una sonrisa encantadora, con las mejillas sonrosadas y el cabello esparcido sobre el lecho. Una imagen de una diosa divina, ardiente... Le gustaría tanto meterse en su interior, que estaba luchando una batalla encarnizada consigo mismo. No debía hacerlo. No todavía. No hasta convertirla en su esposa. Margot no lo merecía. Pero necesitaba hacerla suya de alguna forma y eso pasaba por marcarla.

Agitó su hombría con fuerza y a la quinta sacudida, su líquido salió despedido para caer directamente sobre el vientre y el pecho de ella. Londonderry sonrió con satisfacción. Marcada a fuego por él. No la tomaría todavía, pero ella acababa de sellar su destino al haber consentido que él obrase como lo acababa de hacer. Era un hombre justo, pero muy posesivo con lo que consideraba suyo. Y Margot lo era. Lo supo desde la primera vez que la joven se atrevió a regañarlo sin tan siquiera conocerlo.

Margot abrió los ojos cuando percibió que algo cálido regaba su cuerpo. Lo vio. Él estaba sujetando su falo y la miraba con intensidad. No había sido un sueño. Era real. La había lamido. La había penetrado con un dedo. Se había derramado sobre ella. ¿Qué significaba esa mirada de él? No le gustaba el modo en el que la observaba. La hacía sentir insegura. Como si ella hubiese acabado de perder algo.

—Eres mía, Margot. —Bastian llevó el pulgar que había estado en el interior de ella y recogió un poco de su semilla de entre sus senos. Entonces desplazó ese mismo dedo hasta los labios femeninos. La obligó a entreabrir la boca y la hizo lamerle—. Te tomaré en nuestra noche de bodas porque todavía me queda un resquicio de honor, pero no cuentes con idear alguna treta porque te casarás conmigo lo antes posible. —La vio abrir la boca—. No —La silenció con el mismo pulgar—. No te atrevas a contradecirme ni a molestarme. No ahora, muchacha, porque me está costando horrores no penetrarte en estos momentos para que no tengas escapatoria posible. —La observó poner cara de horror—. No temas, no lo haré porque no soy tan canalla como para arrancarte tu virtud sin que Dios dé el visto bueno a nuestra unión.

Bastian se quitó en ese momento de encima de ella. Margot se incorporó. Lo vio arreglar su masculinidad y abrochase los pantalones.

—Bastian... no puedo... —comenzó a decir ella. Se quedó petrificada con la mirada severa que él le lanzó. Debía confesar su pecado, lo que arrastraba. No se atrevió. No pudo.

—Mandaré a que te preparen una bañera. Te he dejado ahí —señaló una silla— la ropa que me ha dado la duquesa para que te prepares para salir a montar. Te esperaré en los establos. No me hagas esperar demasiado.

Con esa orden, Bastian se marchó del lugar, dejando a una perturbada Margot que, sintiendo todavía el pegajoso líquido de él sobre su carne, comenzaba a comprender que había cometido una nueva temeridad que no traería nada bueno... a ninguno de los dos.

Capítulo 5

Una confesión arriesgada

Margot se colocó el pantalón negro y la camisa blanca que Ruth Anne había aprobado para que saliese a montar. Incluso el cinturón que llevaba para anudar la camisa le parecía obsceno. ¡Nada estaba saliendo bien! Llegó a la finca campestre de los Atholl creyendo que estaría a salvo. El hombre menos probable había dado con ella y lejos de lamentarse, comenzaba a dar gracias por tenerlo a su lado. ¿Qué estaba sucediendo con ella?

No podía. No debía. No. Era un marqués que merecía a una mujer digna, no a una que ya había sido despojada de su virtud. Tenía que alejarlo. Y debía hacerlo lo antes posible o acabaría postrada a sus pies. ¡Si él no le agradaba! Entonces... ¿por qué motivo sentía sus rodillas reblandecerse cuando Bastian estaba cerca?

Unas pocas caricias, unos besos y un toque sublime habían conseguido que Margot no pudiera sacarlo de su mente. El muy pícaro había conseguido su plan: seducirla para someterla a su voluntad. Y que Dios la perdonase, ella lo había disfrutado como la novia de Satán.

Llegó hasta la escalera y vio a Ruth Anne salir del despacho de su esposo.

—Margot, cariño... Me alegro de que te sirva ese atuendo para montar. Me trae buenos recuerdos vértelo puesto. —La duquesa le guiñó un ojo. Era tan inapropiado que, Ruth Anne, estaba segura de que lograría postrar al marqués. ¡Ella consiguió a un duque endiablado!

—¿No tienes ropa normal, Ruth Anne? —se quejó recordando en especial los camisones.

—No seas boba, Londonderry necesita saber lo que hay para comprarlo... —dijo con picardía. Margot rodó los ojos.

—No estoy interesada en nada que tenga que ver con su señoría.

—Ya... —Ruth Anne le volvió a guiñar un ojo mientras le sonreía.

—Estoy hablando en serio, Ruth Anne.

—Puede ser, pero mi esposo conoce muy bien a Londonderry, incluso yo me he hecho una idea de su carácter a lo largo de todos estos años en los que ha sido el mejor amigo de mi hermano Alexander, y sé que él te desea...

—Ruth Anne —jadeó con horror por la implicación subyacente.

—... como esposa —alegó de forma intencionada la duquesa.

—No puedo casarme con él —confesó derrotada Margot.

Lady Atholl frunció el ceño. No esperaba una contestación así.

—Cuando nos conocimos, tú, April y yo, decidimos tenderle una trampa a un hombre para que nos desposase al fin. ¿Por qué no desearías casarte con el caballero que le ha jurado, por su honor a mi esposo, que se casaría contigo cuando su abuelo te conociera? —Lo cierto era que la conversación ocurrida en el establecimiento de la modista hacía unos meses fue inesperada y todo un acierto que había servido para las tres. La duquesa no comprendía la reticencia que mostraba la joven, más cuando los gritos de esa mañana se habían oído altos y claros. Ruth Anne estuvo a punto de ir a censurar la actuación de ambos, pero entonces recordó lo que ella misma hizo en su soltería y tuvo que confiar en la palabra de su esposo de que Londonderry desposaría a su amiga a la mayor brevedad posible.

—No soy... —comenzó a explicar la rubia.

—Ya pensé que tendría que volver a asaltar tu habitación para obligarte a bajar. —Oyeron Ruth Anne y Margot a Londonderry desde la puerta.

La rubia comenzó a negar con la cabeza. ¡Él no podía decir esas cosas!

—Es un tirano —susurró solo para los oídos de la duquesa.

—Todos lo son, querida. Solo doméstícalo —le recomendó en confidencia.

—¿Qué cuchicheáis? Llevo más de hora y media aguardando en los establos —apuntó el marqués mientras se acercaba.

—Dile que no sabes montar, confía en mí —le aconsejó Ruth Anne antes de que Bastian llegase hasta su posición. Pero Margot no pudo preguntar la motivación de dicho consejo.

—¿Vienes o vas a tenerme otro largo rato esperándote... impaciente? —le susurró la última palabra al oído.

Margot miró a Ruth Anne, la duquesa carraspeó y se marchó sin alegar nada más. *Lady Atholl* también tuvo un cortejo indebido con el duque y aquello salió más que bien. No tenía nada de qué preocuparse. El marqués era un poco calavera, pero confiaba en su palabra. Margot estaría muy bien con él.

La rubia lo miró con reprobación.

—¿Qué he hecho ahora? Siempre estás disgustada conmigo... Bien, no siempre. —Se acercó a su oreja y le sopló—: Cuando te beso la boca, los senos o tu intimidad te ves muy feliz y complaciente.

—No puede decir esas cosas, señorita —lo regañó como si fuese un niño pequeño.

Él se sonrió, si no fuese porque ella había usado su título se habría mostrado contento con su indignación porque lo había hecho con el único fin de molestarla. La sujetó de la mano y la llevó a un rincón. El marqués miró a derecha y a izquierda, cuando se aseguró de que estaban solos, le dijo:

—Si vuelves a usar mi título cuando estemos tú y yo, te juro, Margot que no azotaré tus blancas posaderas, lo que haré será tumbarte sobre el lecho y volver a lamerte entera hasta que grites con furia mi nombre. Dirás Bastian tantas veces que nunca lo olvidarás.

Margot jadeó. ¡Él no debía decir esas cosas! No cuando ella se sentía una libertina y la imagen de él entre sus piernas se volvía a colar en su perversa mente.

—No está bien lo que haces —le dijo sosteniendo su mirada con mortificación.

—Bastian. Usa mi nombre —le ordenó con diversión al ver sus mejillas teñidas de rojo carmesí.

—Bastian —concedió ella—, no es apropiado que digas que asaltarás mi lecho porque Ruth Anne te ha oído.

—No he dicho lecho. Tus deseos, pequeña, te delatan.

—Dijiste lecho.

—No. Dije habitación —la sacó de su error. Ella se quedó un momento analizando las palabras de él.

—¿No dijiste lecho? —Ella oyó esa palabra.

—No, pero podemos subir... y... —dejó la propuesta en el aire con la simple intención de molestarla con la insinuación. Aunque tal vez Margot autorizase su sórdida propuesta... Oh, sí, él daría su mano derecha porque eso sucediese.

—¡No! —chilló de modo brusco Margot.

Él se sonrió. Esa era la reacción que intuía que sucedería.

—Debo señalar que tengo la lengua un poco dolorida... Me hiciste trabajar mucho hace un rato, pero estoy dispuesto a volver a moverla y que tú explotes sobre mi...

—¡Por amor de Dios! Eres incorregible —señaló mientras se escapaba de su captura, tratando de sosegar los latidos de su corazón e intentando tranquilizar la excitación que él le acababa de provocar. Margot comenzó a andar a paso ligero mientras trataba de respirar con normalidad.

—¿Vas a montar Margot? ¿Sobre mí? —preguntó cuando llegó al lado de ella para ir hacia los establos.

—Dios mío... No vas a parar, ¿verdad? —Era una pregunta retórica. Imaginaba que él era como un perro con un hueso. No cesaría de irritarla.

—Me temo que no. Es demasiado divertido ver cómo te sonrojas cuando recuerdas lo que hemos hecho juntos. No eres inmune a mis encantos y eso me hace sentir un orgullo desmedido. Porque cada vez que recuerdo las ganas con las que me negaste cuando yo me acercaba a ti, me vienen a la mente tus gritos y las sacudidas de tus caderas buscando más fricción sobre mi entrepierna y mi... lengua.

Ella jadeó de nuevo llena de enojo.

—Lo sabía. Siempre supe que eras un marqués tan malvado que el mismo Lucifer sería una sombra de tu extensión —se quejó ella mortificada.

—No seas tan dura, Margot. Los dos disfrutamos cuando nos tocamos. No te avergüences de estar excitada con mis palabras. Si estuviésemos solos ya te habría desnudado, y te habría montado como un semental en celo. No lo creí posible, porque siempre fuiste una pequeña bruja que se había propuesto mellar mi masculinidad, pero es así. Te deseo, Margot, y no puedo pensar en otra cosa más que en poseerte. ¿Te parecería muy mal que nos fugásemos a Gretna Green y un herrero nos casase de inmediato? O mejor aún, podría usar la influencia de lord Atholl para que un hombre de Dios nos declarase esposos con una cara licencia especial que estaré encantado de pagar. Imagino que tu padre debe dar su consentimiento, pero yo puedo usar mis fondos para aplacar la conciencia del hombre que nos case. Soy un marqués muy rico y el dinero está para casos de necesidad. —Hablabla completamente en serio.

Margot suspiró. Él había sido mortalmente sincero en sus confesiones. Pese a que no había hablado de amor, ella estaba agradecida por ese motivo.

—Bastian, debo confesarte algo que... —Comenzó a explicar la rubia. Pero no pudo continuar la frase, porque en ese momento se acercó un mozo de cuadra con el caballo que Londonderry había elegido. Al otro lado portaba las riendas de una mansa yegua.

—*Milady* —dijo el muchacho—, la duquesa me ha informado de que no sabe montar y opina que lo mejor sería que su señoría —apuntó mirando al marqués— la enseñase. Esta yegua es muy tranquila.

—¿No sabes montar? —preguntó sin poder creerlo Bastian. La hija de un conde debería saber.

Margot miró al mozo. No debía dejar en evidencia a Ruth Anne por la mentira que la duquesa había contado.

—No.

—Guarda esa montura —le ordenó al mozo para referirse a la yegua—. Yo la enseñaré. —Y en ese momento justo, Margot comprendió las intenciones de la duquesa. ¡Con esa mentira pretendía que montase con él sobre el mismo animal!

Cuando Londonderry se posó sobre el fantástico árabe negro, Margot se dio cuenta de que ese hombre que la tenía al borde del abismo, era un ejemplar digno de admirar. Sus amplios hombros, su apostura señorial, su seguridad... Todo en él resplandecía. Bastian era un libertino seductor, porque podía serlo. Era natural que todas las damas lo desearan. Ella misma lo consideró un ser despreciable, incluso lo tachó como su enemigo acérrimo y había suplicado por

su toque, por sus besos y caricias. Margot opinaba que ninguna mujer podría resistirse a sus avances.

El mozo colocó un cajón de madera y ella estuvo sentada delante de Bastian en un abrir y cerrar de ojos.

—No tengas miedo. Nunca permitiría que te sucediese nada malo. Conmigo estarás siempre segura. Yo te protegeré —susurró en su oído antes de poner al animal al trote.

Se sentía rastrera, se sentía mezquina. Mentira sobre mentira. Tenía que explicarle el verdadero motivo por el que no podía ser su esposa. Una muchacha sin virtud... Ella no merecía ser una marquesa, no cuando David podía intervenir y hundirlos a ambos cometiendo una temeridad. Podría haber revelado su pecado con el señor Rosenwood, y haber esperado su absolución cuando le dijo que necesitaba casarse. Pero no con el marqués. No deseaba que Londonderry censurase su comportamiento. No quería ver la decepción en sus ojos cuando le confesase que se entregó a otro hombre en su juventud, uno que le había fallado.

Por más que Margot tratase de compensar su pasado jurando ser la mejor esposa de todas las habidas y por haber, no quería que él conociese su secreto. Había tratado de confesarlo dos veces y no había podido. Tal vez fuese lo mejor. Lo más sensato sería apartarlo... Dolería, porque él se había metido bajo su piel. No solo desde que llegó a la finca de los duques. La joven sospechaba que la cosa venía de lejos, porque desde que en el Club Legancy, él la asedió, ella ya había comenzado a desarrollar fuertes sentimientos por ese marqués tan malvado y arrogante.

Incluso, se había llegado a enamorar de él cuando comenzó a cortejarla... Soñaba con casarse con él, con ser una buena mujer para un hombre que podía tener a su lado a la dama que desease y que se había fijado en ella. Hasta que lo oyó decir que lo único que deseaba era desposarse para que su abuelo lo dejase en paz. Se enfureció cuando lo escuchó exponer que la seduciría. Bien lo había logrado y Londonderry se veía sincero sobre desearla, sobre querer llevarla al altar. Y, santo cielo, ella también lo deseaba con todo su ser.

Salieron a campo abierto a toda velocidad. Si hubiese tenido miedo de los caballos y no fuese una excelente amazona, —porque durante el tiempo en el que residió con su tía apartada de todo contacto, ella disfrutó de los caballos—, hubiese tenido pavor por el ritmo tan rápido de él.

Cuando llegaron a un lugar apartado, rodeados por árboles, el marqués detuvo la montura y de un salto estuvo en el suelo. La cogió por la cintura y la bajó sin ceremonias. La apresó entre sus brazos y le dio un profundo beso.

—Llevo queriendo hacer esto desde que te he visto en pantalones. Me ha faltado poco para retar a ese joven mozo que se ha atrevido a poner su mirada sobre tus senos. —Él los palpó. Ella no lo impidió—. Son míos y de nadie más.

Londonderry la miró a los ojos mientras ponía sus manos en el primer botón de la camisa. Estaba pidiendo su permiso. Margot tomó sus manos entre las suyas.

—Esto no está bien. —No le quedaban fuerzas para alejarlo.

—¿Me deseas? —inquirió en un tono agónico Bastian.

—Sí —confesó sin poder evitarlo. Había querido mentir, pero su fuero interno no lo permitió.

—Entonces esto es lo que debemos hacer. Te necesito, Margot. ¿Tú me necesitas? —Bastian llevó sus manos hasta el sexo de ella. Colocó su palma extendida ahí—. ¿Me quieres aquí? Porque te juro que yo te deseo sobre mí. —El marqués le agarró una mano y la colocó sobre su dureza—. No dejo de pensar en cómo sería enterrarme en tu humedad. Te he probado esta mañana, hace pocas horas, y no puedo olvidar tus gemidos, tu sexo húmedo sobre mi lengua. Deseo más de ti. Te quiero rendida y completa a mi disposición.

—Por favor... —dijo ella sin saber lo que estaba pidiendo exactamente. Deseaba que él no

siguiera tentándola. Pero al mismo tiempo temía que se alejase y la dejase sola en medio de la bruma de la lujuria.

—Lo sé, mi pequeña arpía rubia. Lo sé. Solo dime que puedo hacerlo y lo haré. Te juro por Dios que he tratado de mantenerme honorable. —Se dio cuenta de lo que acababa de decir y suspiró—. Honorable al menos en cuanto a tomarte. Debería arrepentirme por corromperte, por no poder esperar más, pero te prometo que moriré de necesidad si no consigo hacerte mía. Tengo tantas ganas de ti que duele, Margot.

Los dos se quedaron mirándose el uno al otro. Ella llevó su mano hasta la mejilla de él, la acarició y le sonrió.

—Lo sé. Yo también te ansío, pero no podemos hacerlo. No podemos... No debemos —repitió tratando de salir de la cruda necesidad que sentía por Bastian.

—Sí, sí... Te deseo, me deseas, todo estará bien. Dios sabrá perdonarnos por aventurarnos en la toma de nuestro cuerpo sin haber recitado nuestros votos.

La boca de él cayó sobre la de ella en un beso tan profundo que el corazón de Margot saltó de júbilo por sentirse tan reclamada, necesitada, por percibir la urgencia de él.

Bastian se despojó de su chaqueta y la colocó en el suelo.

—Bastian... No debemos... —No podía seguir haciendo eso con este hombre, pero al mismo tiempo se sentía incapaz de pararlo. Margot lo anhelaba con la misma premura. Estaba tan cansada de luchar contra él, contra su propio apetito... ¡No podía más!

—Ven. —Le dio un pequeño tirón y la dejó sentada sobre la hierba—. Debería ser un lecho, es lo correcto, lo apropiado, pero contigo siempre tengo la urgencia de saltarme las normas. Deseo hacerte mía a plena luz del día, bajo los ojos de Dios para que el Todopoderoso sea consciente de que no serás de otro jamás. ¿Confías en mí, Margot? —La mirada de su amante estaba tan llena de esperanza que no se atrevió a negar la verdad.

—Sí. —No mentía.

La tumbó sobre el suelo, no sin antes dejarla completamente desnuda. Londonderry hizo lo propio. Conocía el territorio y sabía que en ese lugar no los molestarían.

—Tan preciosa —aludió, al tiempo que trazaba todo el contorno de su cuerpo con sus dedos. Se colocó con cuidado de lado, muy cerca de ella, y llevó su mano hasta sus pechos. Los pellizcó con delicadeza. Ella ronroneó—. Eres tan receptiva, Margot. Me vuelves loco. —Los dedos llegaron hasta la humedad que encerraba entre sus piernas y gimió más fuerte lleno de placer al saberla mojada para él, por él. La masajeó con delicadeza.

—Bastian —susurró su nombre sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Sí. Ese soy yo. Me gusta verte así, expuesta ante mí, para mí. Voy a darte placer y luego te llenaré. Solo dime si esta mañana, mientras te acariciabas, estabas pensando en mí. En esto que te estoy haciendo. En mis besos, en mis manos recorriendo tus senos. Y haré que alcances el éxtasis de inmediato con mi lengua.

Un gemido sordo escapó de la garganta femenina al comprender que él volvería a darle ese tipo de placer húmedo.

—Sí. He pensado en ti cuando he llevado mi mano a mi intimidad para acariciarme. He imaginado que eran tus poderosos dedos los que recorrían mis rincones más privados. Eres tú, Bastian, quien llena mis fantasías más prohibidas.

—Tan sincera siempre... mi Margot... —Y la boca de él llegó hasta su centro para que ella olvidase la confesión que debería hacerle sobre su falta de sinceridad. Esa bendita lengua estaba haciendo que ella se retorciese de ganas de volver a alcanzar el pico más alto de placer. Oh, sí. Londonderry era un experto amante y la rubia estaba subyugada y a su merced. Bastian sería el

segundo hombre en tocarla, pero la había arruinado para el resto, un hecho que David no consiguió jamás.

No le costó demasiado hacer que ella explotase. Ni siquiera hundió un dedo en su cavidad. Su lengua sola bastó para que Margot consiguiera la liberación más exquisita, rápida y satisfactoria. ¡Un regalo de Dios! Ese malvado marqués al que ella se empeñaba en enojar se percibía como un regalo del Altísimo en ese preciso instante. Tan certero, tan apasionado y generoso en sus roces... ¡Maravilloso!

—Eres tremendamente excelente en lo que haces, Bastian. —Era imperativo reconocer su mérito.

—Lo sé —apuntó con orgullo.

—Además, eres insufrible. —Menos mal que ella no le espetó todo lo que él le despertaba, porque era demasiado vanidoso como para meter más leña al fuego.

—También lo sé —reconoció con una sonrisa mientras se colocaba sobre ella.

—No quiero sufrir —dijo cuando lo sintió sobre su entrada. No debía permitirle que...

—Confía en mí, por favor. —Esa sencilla petición llena de sinceridad consiguió sosegar la conciencia de Margot—. Seré una vez. Te lo prometo.

Margot se preparó para el dolor que imaginaba que le sobrevendría. Se agarró a los hombros de Bastian sabiendo que debería confesar que él no sería el primero, pero a la vez temiendo hablar. Tal vez no se diese cuenta. Cuando David le profanó, ella aguantó el dolor muy bien. Probablemente, pudiese hacer lo mismo cuando él se enterrase en ella.

Poco a poco, Bastian comenzó a penetrarla. Sin dejar de observar sus ojos, y tratando de adivinar si algo le causaba dolor para moverse y aliviarla, fue metiéndose en su interior con tranquilidad. Sus caderas deseaban apretar con furia. Estaba prieta. Estaba caliente. Estaba sensacional para sentir cómo su carne lo estrujaba a cada avance.

Al ver que ella soportaba la intrusión, dio un pequeño empujón que sirvió para llegar hasta el final. Ella gimió de puro deleite. Él gritó su placer.

—Tú no me has hecho daño —dijo en un susurro. Había esperado un dolor lacerante que no llegó. Lo que sí sintió con el marqués fue su cuidado extremo que le había sobrecogido el corazón. Era un descubrimiento que no esperaba. Bastian no era el hombre que creyó. Se veía atento, preocupado por su bienestar, su comodidad y su placer.

Lo sintió parar el sutil balanceo de sus caderas.

—¿Margot?

Ella interpretó la pregunta como que él se interesaba por no lastimarla.

—Estoy bien —aupó su pelvis para que él supiera que estaba disfrutando.

Londonderry cerró los ojos y se concentró en su labor. Comenzó a penetrarla con más fuerza. Ella gemía y gemía, sin saber que él la estaba probando.

Lo que comenzó siendo una muestra de amor lenta y tierna, se transformó en una danza cruda y dura, donde el marqués la estaba llevando al límite y ella disfrutaba de su bravura porque no había dolor.

No tardó demasiado en lograr que la joven volviese a alcanzar el placer. Bastian la siguió casi al mismo tiempo.

Cuando terminó de verter toda su esencia, se separó sin ceremonias para observar su miembro con claridad. Lo vio sin rastro de sangre. Le abrió las piernas y comprobó que no había tampoco nada rojo sobre el sexo de la joven.

Se levantó ante la atenta mirada de Margot, quien se había dado cuenta de que algo no iba bien. Le dio la ropa, sin reparar de nuevo en ella, y el marqués comenzó a vestirse. Margot no

osaba hablar. ¿Qué podía decirle? Así que optó por quedarse callada a la espera de la reacción de él. Cuando ambos estuvieron adecentados Bastian la miró con seriedad.

—¿Y bien? —inquirió con dureza él.

—¿Qué? —lanzó otra pregunta tratando de esconder su temor.

—¿Quién fue?

—No comprendo... —trató de desviar la atención.

—Sí, lo haces. Responde.

Margot llevó la mirada al suelo. Hubo un momento de silencio muy incómodo para ambos.

—No tengo nada que decir.

—¿Fuiste forzada? —Pensó que tal vez fue un indeseable el que... La vio negar con la cabeza y no supo si alegrarse o enojarse más—. Te has estado riendo de mí durante todo este tiempo. Has interpretado muy bien tu papel de joven dama virginal...

Londonderry comenzó a pasear de un lado a otro. Estaba enfadado, no por su falta de virtud... Bueno, eso también, pero porque era un hombre celoso y posesivo, y hervía de furia imaginando que otro la hubiese podido tocar del mismo modo que él; pero lo que en verdad le molestaba era que ella le hubiese ocultado la verdad, más cuando se había vuelto loco tratando de contenerse para no hacerle el amor la primera noche que la tuvo para él solo en el Legancy.

—Lo siento. —Ella no sabía qué más podía decir para enmendar su falta de sinceridad.

—¿El qué sientes? ¿Haber sido de otro y engañarme para ver si yo no me enteraba? ¿O haberte burlado de mí desde que nos conocimos?

—Todo —señaló sin poder mirarlo a los ojos—. Te deseaba. No me he burlado de ti. Te deseo tanto que estoy dispuesta a... a... —La frase que quería pronunciar se le atragantaba en la garganta. Nunca imaginó que llegaría a caer tan bajo, pues lo que deseaba decir no debería ni pensarlo.

—¿¡A qué!? —gritó él sabiendo que se estaba portando de forma muy brusca.

Se hizo un silencio extremadamente pesado.

—Aceptaré un puesto como tu amante —balbuceó muy bajo cuando se vio con fuerzas de hablar. Comprendía que no podía, no debía, aspirar a otro tipo de acuerdo. No era digna de él, de un noble de tan alto rango. Usada. Estaba usada y no era apta para el matrimonio. Se daba cuenta de ello en ese momento.

—¿Cómo has dicho? —No podía creer que ella hubiese dicho algo semejante.

—Seré tu amante... —No quería renunciar a él. No tan pronto. La única solución que pensó era ofrecerse de ese modo.

—Fantástico, Margot. —Aplaudió con sus grandes manos y ella al fin levantó la mirada—. Me has despreciado desde que nos conocimos. Me has tenido bailando al son de tu meñique y ahora vienes a ofrecerte como mi amante. ¿Qué clase de hombre crees que soy?

Ella abrió la boca para contestar.

—Yo...

Él levantó una mano y la colocó delante de su cara.

—Mejor no contestes, Margot —la interrumpió.

La tomó por el brazo y la llevó junto a la montura. La subió al caballo y él tomó asiento detrás. El camino de regreso a la finca fue largo, silencioso y muy incómodo para ambos.

Nada más acceder al establo ella trató de hablarle.

—Bastian, por favor —susurró frente a él. El marqués no la miraba.

—Ahora no, Margot —dijo mientras salía a toda prisa y negaba con la cabeza.

La rubia comenzó a correr y llegó a su lado.

—Deja que te lo explique —le imploró al borde del llanto.

—He dicho que ahora no.

—¿Cuándo? —quiso averiguar con un filo de esperanza danzando en su cuestión.

—No, ahora. —Bastian aceleró el paso. Margot se detuvo.

—¡Por favor! —gritó ella. Eso hizo que él se girase para verla. Se colocó delante de la rubia. Ella agachó la mirada porque sus ojos ya estaban llenos de lágrimas. Por eso mismo no había podido explicar su pecado. Dolía ver la decepción que ese hombre sentía hacia ella.

—¿Te casarás conmigo? —El marqués le levantó el mentón para obligarla a mirarlo. Ella se quedó asombrada.

—No puedo... —Él la soltó como si quemase. Apretó los puños con fuerza. Era evidente que fuese quien fuese el hombre al que ella se había entregado, Margot seguía completamente enamorada de él.

—No puedes desposarte conmigo, pero sí te ofreces como una vulgar... —se detuvo a tiempo.

—Quería decírtelo, pero no pude... no pude... —se le cortó la voz debido al llanto que retenía en su garganta.

—No te creo, Margot. No entiendo el juego que te traes entre manos. Te he ofrecido lo que cualquier mujer desearía en la vida. Mi protección, mi título, a mí... No lo quieres. No me quieres. Nada de eso te importa. Te has negado a casarte conmigo al menos tres veces. Tú sabrás si vale la pena aguardar por un imposible. —Y tras decir esto, giró sobre sus talones y regresó a la casa.

—Pero yo solo deseo amor... El tuyo... —dijo en medio de un sollozo cuando él no la escuchó.

Margot se dio la vuelta y salió en la dirección contraria hacia la que Bastian había ido.

Necesitaba estar sola. Calmar los nervios. Dos veces. Dos veces se había entregado en medio del campo y las dos habían tenido el mismo resultado. Tal vez Bernice tenía razón y ella nunca debió haber nacido. ¿Por qué nada le salía bien?

No podía aceptarlo en matrimonio porque quería protegerlo. Londonderry merecía una buena muchacha, limpia de pecado. Con un buen pedigrí y una conducta irreprochable. Además, si se casaba con él y David cumplía su amenaza... No podía confesarle que deseaba protegerlo, de ella, de su familia, de él mismo. Bastian estaría mejor sin ella, trató de convencerse mientras se cobijaba bajo la sombra de un gran árbol y comenzaba a llorar con fuerza lamentando su mala suerte.

—¿Ha regresado ya? —quiso averiguar el duque de Atholl al tiempo que miraba por la ventana. Un trueno había resonado a lo lejos, la tormenta no tardaría en llegar.

—Me temo que no. Estoy preocupada por Margot. ¿Qué te dijo Londonderry antes de marcharse?

Ruth Anne tenía el corazón en un puño. Se levantó de su asiento y llegó hasta donde estaba su esposo. Parecía que la pareja estaba mejor que nunca. Incluso la duquesa se veía ya asistiendo a una boda en breve. Que el marqués hubiese hecho su equipaje a toda prisa y se hubiese ido sin despedirse de ella, ni de Margot... Sospechoso. Y lo más alarmante era que nadie había visto a su amiga desde que regresó de dar el paseo con su pretendiente. ¿Qué habría sucedido?

—Dijo que era complicada y que sencillamente se iba a casa de lord Kent para cumplir con su

destino.

—¿Y eso qué significa? —Ruth Anne necesitaba una explicación para la espantada del ahijado de su esposo.

—Pues imagino que tiene la intención de casarse.

—¿Entonces ha ido a decirle a su abuelo que no hace falta que organice la fiesta para el próximo fin de semana?

—No. Precisamente ha dicho que tenía que asistir a esa fiesta para encontrar una esposa o se volvería loco.

—¿Cómo dices? —inquirió la duquesa con indignación.

—Lo que has oído, querida.

—¡No puede casarse con otra muchacha! Debe cumplir su obligación con Margot. Toda la casa es consciente de lo que ambos han hecho.

—¿Eso es así? —preguntó él con calma.

—Desde luego. ¡Margot grita mucho más que yo! —chilló con histeria *lady* Atholl.

El duque se sonrió.

—Dudo mucho que eso sea como dices, al menos en estos momentos, mi amor, porque me acabas de dejar sordo.

—Ya sabes a lo que me refiero —refunfuñó Ruth Anne.

—Lo sé.

—Lo sabes, pero le has permitido marcharse.

—¿Qué querías que hiciera, Ruth Anne?

—Retarlo a duelo, por supuesto. No puede mancillar a una joven inocente y marcharse sin anunciar un compromiso —expuso con absoluta normalidad.

—¿Un duelo? ¿Pretendes que mate a sangre fría a mi ahijado? —El duque se quedó perplejo con la solución propuesta por su esposa.

—No ibas a matarlo —dijo irritada por la poca visión de conjunto de Atholl.

—¿Crees que si lo hubiese retado a duelo, él me hubiera matado a mí? —Quiso averiguar mostrándose ofendido por la falta de confianza de su mujer en sus habilidades. Atholl era un excelente tirador y dudaba que Bastian supiera sostener una pistola.

—No seas ridículo. Solo tenías que amenazarlo para que se casase con ella.

—Tesoro, le he dicho que debe casarse con la dama y, además, a la mayor brevedad.

—Y aún así lo has dejado marchar —relinchó Ruth Anne.

—He tenido que hacerlo, porque Bastian jura por su honor que ha hecho todo lo posible por hacer de tu amiga su marquesa.

—¿Qué? —La duquesa no comprendía nada.

—Bastian no puede obligar a nadie a casarse con él. ¿O es que pretendes que la secuestre y se la lleve contra su voluntad?

—¿Qué? —repitió la misma pregunta. Su esposo se estaba explicando muy mal y ella se impacientaba... y cuando perdía la calma, las cosas se ponían feas para su marido.

—*Lady* Margot ha rechazado la proposición matrimonial de Londonderry.

—Eso es imposible. —Ruth Anne no se creía nada. Seguro que era un embuste por parte del libertino. Si su hermano era un patán, era lógico que su mejor amigo fuese otro.

—Querida mía, lo ha rechazado tres veces.

—Es evidente que Londonderry miente. —Ruth Anne estaba allí cuando las tres dijeron que tenían que casarse porque era lo que más deseaban. Incluso estaban dispuestas a robar a un buen partido. Casi ni importaba el hombre que ocupase el lugar mientras salieran del mercado

matrimonial. El muy pícaro del mejor amigo de su hermano se habría aprovechado de Margot y luego había tratado de huir de su obligación. Para la duquesa no había otra explicación plausible.

—No. No lo hace. —Atholl creía a su ahijado porque vio cierta desesperación en él.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco muy bien a Bastian. Es muchas cosas, pero no un mentiroso. Es evidente que está prendado de tu amiga.

Ruth Anne suspiró con fuerza. Se movió hasta el sofá más cercano de la sala y tomó asiento. Algo muy grave sucedía con Margot. Su amiga tenía problemas y ella debía averiguar qué ocurría para ayudarla.

Había llegado a su casa en mitad de la noche. Cuando vio a Londonderry creyó que había huido de Londres por su causa y cuando oyó esos sonidos que ambos hacían en la intimidad... dio por supuesto que habían hecho las paces.

—No lo entiendo —dijo más para sí que para su esposo, quien seguía inspeccionando hacia el exterior de la mansión.

—Está lloviendo de forma muy intensa. —Las gotas de agua retumbaban indolentes contra la ventana.

—Barnaby... —Ruth Anne susurró su nombre como una plegaria. Necesitaba que saliera en busca de Margot y la trajese a casa sana y salva.

—Lo sé. Iré de inmediato. —Su esposa sonrió.

Llevaban poco tiempo casados, pero la comunicación entre ambos era de tal forma que algunas veces no hacía falta pedir las cosas, ni hablar. Se entendían, se compenetraban y eran sumamente felices. Eso mismo era lo que ella deseaba para Margot.

Algo muy gordo tenía que estar sucediendo, porque Ruth Anne había visto amor en la mirada de la rubia cuando se había girado para enfrentar a Londonderry antes de salir a cabalgar. Era evidente que esa pareja debía unirse en matrimonio.

El duque se acercó a Ruth Anne y le dio un profundo beso en la boca.

—Te amo —le dijo Ruth Anne—. Por favor, ten mucho cuidado. Ahora que te he encontrado no podría perderte.

—Te amo, mi amor. No te preocupes, la muchacha no estará lejos, habré vuelto en cuanto menos te lo esperes.

Lord Atholl salió de la sala rosa, que era la que usaba su esposa para escribir y leer en privado, y se encaminó hacia los establos.

La lluvia había comenzado a caer copiosamente. Margot tenía la ropa empapada. El frío calaba en sus huesos. No importaba. Se sentía tan desdichada, tan sola, tan insignificante... Dolía. Recordar la cara de decepción del único hombre que los últimos meses la había vuelto a ilusionar la amargaba por dentro. No quería que fuese él quien la entusiasmara. No un pícaro desvergonzado, pero no pudo luchar contra lo que Bastian comenzó a despertar en su interior. Había más que un libertino en él. Era un hombre bueno, paciente, inteligente. Lo había visto con claridad en aquel corto espacio de tiempo.

Se había peleado con el señor Rosenwood por ella. Había demostrado sus celos.

Cuando sucedió lo de David, en el momento en el que se vio forzada a trasladarse a la casa de tía Theodora, anheló que su príncipe la rescatase de su encierro. Nunca llegó. Todos sus sueños y sus esperanzas acabaron enterrados.

Pero el conde de Luxor la había devuelto a la civilización y ella tenía un plan para escapar de todo, de todos. No contó con la intervención de Londonderry. El marqués había irrumpido de una forma arrolladora, trastocando toda su existencia. Y David había dejado demasiado claro cuál sería el papel de Margot en su vida. Le dijo que no sería de ningún otro. Tenía miedo de lo que el esposo de su hermana pudiera hacer, no solo a ella, sino al hombre con el que compartiera su vida. Duncan era óptimo para sus planes. Un hombre que viajaba mucho, que no estaba en los mismos círculos que Luxor.

Margot se había entregado a un hombre una vez sin ser realmente consciente de lo que hacía. La segunda vez sí había deseado ser de Bastian, en cuerpo y alma. Él la hacía sentir diferente, especial. La enfadaba, la perturbaba, pero la hacía soñar y anhelar ser una esposa.

Todo se había acabado. Igual de rápido que empezó. No la perdonaría. La mirada que le dio Bastian fue de absoluta... de absoluta... Mientras la lluvia caía sin dar tregua, ella pensaba en una palabra que definiese lo que él debió sentir al saber que ella no era una mujer pura. Repulsión. Sí. Seguramente, el hombre del que ella se había enamorado sin pretenderlo ni querer, la consideraba una mercancía de segunda. Una paloma mancillada, indigna, usada.

El llanto llegó de nuevo y ella se hizo un ovillo a la vera del árbol. No quería seguir sufriendo. Consiguió superar lo de David. No podría hacer lo mismo con Bastian. Cerró los ojos esperando a que... a que... No sabía lo que estaba haciendo, solo que el corazón le dolía demasiado como para levantarse y ponerse a cubierto.

Bernice siempre insistía en que ella no era nada, que no servía para nada. La segunda hija fea de un conde. Tan baja que nadie nunca la vería.

Con el cuerpo entumecido, los ojos cerrados y en medio de un delirio donde su hermana aparecía para reírse de ella, de su nuevo fracaso, unos brazos la sostenían.

—Bas...tian —balbuceó Margot mientras lord Atholl la subía en el caballo para llevarla de regreso a casa.

—Ya está, pequeña. Ya está —le dijo con compasión el duque cuando la sostuvo entre sus brazos tratando de darle calor.

Estaba demasiado fría, pálida. Barnaby maldijo. Era evidente que ambos habían discutido por algún motivo. Cuando observó a su ahijado decirle que se marchaba de inmediato, él vio una sombra de pena. La misma tristeza que veía en el rostro demacrado de la joven. Tal vez, sí hubiese tenido que impedir que Bastian se marchase sin aclarar las cosas con ella. Suspiró. Barnaby Robinson era el menos indicado para dar lecciones sobre cómo comportarse.

El duque también hizo un lío tremendo en su momento con Ruth Anne.

Capítulo 6

Una muestra de valentía

Margot separó los párpados sintiéndose tremendamente exhausta.

—¿Ruth Anne? —Enfocó mejor los ojos para identificar a la mujer que estaba a su lado, sentada en la cama tocando su frente. La miraba con ternura desmedida.

—Nos has dado un tremendo susto, Margot.

La rubia trató de incorporarse en la cama.

—Ah, ah, ah. No. Quédate como estás. Llevo tres días cuidando de ti con precaución y no consentiré que salgas de la cama y te enfríes de nuevo. —Eso y que Ruth Anne no quería que su amiga escapase de su interrogatorio.

—¿Tres días? —No creyó que un poco de agua le hiciese tanto daño.

—Sí. No sabía que fueses aficionada a corretear bajo la lluvia —señaló la duquesa con un poco de humor, pero con un tono de regañina.

—No le temo a las tormentas, pero creo que nunca corrí bajo la lluvia. —Sus recuerdos de aquel día en que todo saltó por los aires con el marqués estaban un poco difusos—. ¿Qué ha pasado, Ruth Anne?

—Eso me gustaría que me dijese, amiga mía. Desde que llegaste, he tratado de hablar contigo, pero has sido hábil evitándome. Me temo que tu habilidad finaliza aquí, porque no tienes escapatoria. Será mejor que empieces, jovencita, a explicar lo que ocurre y recomiendo que seas sincera del todo, porque si no sé la verdad, no podré ayudarte.

Margot se rio. Ruth Anne se sentía toda una duquesa. La había llamado jovencita y se llevarían como mucho unos cuatro o cinco años. Nunca la consideró autoritaria, pero por lo visto esa cualidad iba con el nuevo título.

—Creo que no hay demasiado que contar.

—Opino lo contrario. La salida intempestiva de Londonderry de mi casa me dice que algo malo sucedió entre vosotros. Tu llegada aquí en medio de la noche y en compañía del señor Rosenwood, me deja claro que huías de alguien. Será mejor que comiences a darme explicaciones porque tenemos poco tiempo.

Margot frunció el ceño. ¿Por qué o para qué, se les agotaba el tiempo?

—¿Poco tiempo?

—Eso he dicho. Llevas recuperándote de la fiebre demasiados días y la *cacería del marqués* —la duquesa puso especial énfasis en esas tres palabras— comenzó ayer.

—¿Qué comenzó ayer?

—La cacería del marqués —repitió con una sonrisa Ruth Anne.

—¿Y eso qué es? —Sonaba excéntrico.

—Es la fiesta campestre que ha organizado el abuelo de Londonderry para que una muchacha lo cace. Es excéntrico, lo sé, pero no sería el primer familiar desesperado por asentar a su heredero.

Margot rompió a reír. Imaginaba a Bastian con unas orejas puestas y huyendo de una multitud de damas casaderas que llevaban un par de redes en una mano y otro par de pistolas en la otra. Ruth Anne la miró con seriedad y una ceja levantada. A la rubia se le cortó la risa al punto.

—Lo que dices me ha hecho gracia. No quería burlarme de nadie.

—¿Que otra mujer te quite al hombre que amas te parece jocoso? —la desafió.

Margot se recostó en la cama, se llevó las sábanas y la colcha hasta su cuello.

—No sería la primera vez que me ocurre—. Habló bajo, pero lo suficientemente alto como para que Ruth Anne la mirase con curiosidad y preocupación. La duquesa supo en ese mismo instante que a su amiga le habían roto el corazón y que no tenía nada que ver con lo sucedido con Londonderry.

—¿Qué pasó?

Margot se tomó un momento para evaluar sus opciones. Estaba con la única persona que podía darle asilo, seguridad, comida y un techo sobre el que dormir. No debía mentir. Tal vez contar la verdad a alguien cercano después de tantos años fuese lo que necesitara para poder tener un poco de paz. Se armó de valentía.

—Estaba prometida en secreto con un hombre que dijo que me amaba. —Suspiró de nuevo con más fuerza. Seguía siendo doloroso recordar el pasado, pero era menos lacerante de lo que resultaba el presente—. Yo tenía dieciocho años, conocí a David y creí que era maravilloso. Me dejé llevar tanto que... —La mirada de Margot buscó la de Ruth Anne para ver si ella entendía la alusión.

—Comprendo—. Intuía que su amiga se había entregado al hombre que amaba.

—Mis padres me repudiaron por el crimen que cometí. Me enviaron cuatro años a vivir con una tía que me decía a cada instante que yo terminaría en el infierno. —Ruth Anne cerró los ojos, podía imaginarse lo mal que lo había pasado Margot—. Comenzaron las penitencias: los baños de agua fría para calmar mi lujuria, el ayuno para honrar a Dios, las confesiones con el vicario... Yo... —Las lágrimas ya corrían por sus mejillas al recordar el horror vivido.

—¿Qué fue del hombre que...? —dejó la frase a medias.

—Se casó con mi hermana. —La mirada de Margot bajó como si se sintiera culpable por un terrible pecado cometido.

—¡No! —saltó con horror la duquesa mientras se llevaba la mano al corazón.

Ruth Anne conocía poco a la condesa de Luxor, pero lo suficiente como para saber que era una mujer egoísta, dura, malvada. Tanto como para orquestar un plan y apoderarse del pretendiente de Margot sin ningún remordimiento.

—Cuando regresé a Londres —continuó con el relato la rubia—, fue porque lord Luxor al fin me encontró.

—Gracias a Dios —susurró la duquesa.

—Me halló con la única finalidad de convertirme en su amante —apostilló con mayor vergüenza Margot.

Ruth Anne jadeó con horror.

—¡Cielo santo! ¿Cómo has podido soportar este tiempo viviendo con...? —La pregunta se le atragantó a la duquesa en la garganta.

—Todavía no lo sé. Yo tenía un plan. Las tres —dijo refiriéndose a April, Ruth Anne y ella misma— teníamos un plan: casarnos. Yo creí que podría encontrar a un hombre que me liberase al fin de todo lo que arrastro.

—Londonderry. —La duquesa pronunció el nombre con esperanza.

—No. No quería que fuese el marqués, esperaba que fuese alguien como el señor Rosenwood. Alguien que me alejase de Londres y con quien pudiera empezar de nuevo. Pero me temo que Bastian tenía otros planes para mí. Es muy insistente. —Se rio al recordar la perseverancia del malvado marqués para hacer que ella estuviese pendiente de él a todas horas. A Ruth Anne no le

pasó desapercibido que su amiga había dicho el nombre de pila del ahijado de su esposo muy embelesada—. Lo amo, y por eso debo dejarlo libre de mí, de Luxor, de mi familia, de mi pasado. Merece algo mejor que yo.

—Pero él te ama. Lo sé. Yo lo he visto. Los dos sois una pareja grandiosa.

—No. Somos una pareja poco probable. Tal vez impensable. —Sus diferencias físicas eran más que evidentes. Margot se sentía por debajo de él en cuanto a belleza y amor propio.

—No. Estáis hechos para estar juntos.

—No puedo hacerlo. No debo condenarlo. Yo no merezco ser su marquesa, arrastro conmigo una pesada bolsa que él no debe llevar. No lo traeré hasta el lodo, más sabiendo que David no permitirá que yo sea feliz.

—¿Por qué no iba a permitirlo? El se casó con tu hermana.

—Y ese es su castigo. Cuando me encontró me confesó que había tratado de buscarme, de sacar un poco de información, pero Bernice era perseverante y al final se vio obligado a casarse con ella. —Eso fue lo único que ella permitió que él le dijera porque no deseaba saber nada sobre el pasado—. Me ha dicho que no me ha olvidado, pero yo sé que lo que sucede es que él no tiene ni un poco de cariño y sigue creyendo que soy la misma mujer que una vez le ofreció calor. Bernice es tan fría como el hielo. David es muy desgraciado en su matrimonio.

—Razón de más para que Londonderry te proteja. —La duquesa lo veía muy claro.

—No. No le haré eso. David amenazó a cualquier hombre sobre el que yo ponga mis ojos. Si algo malo le ocurriese a Bastian por mi causa... Yo... No puedo, Ruth Anne. —La joven negó con la cabeza mientras hablaba.

A la duquesa le gustaba ver la protección que su amiga lanzaba sobre el marqués, pero debía comprender que Londonderry no era débil. Además, tenía a su lado a dos duques, pues Atholl y Kent harían todo por el bien de Bastian, tal y como lo llamaba Margot.

—Pero él desea casarse contigo. Le dijo a mi esposo que se marchaba porque lo habías rechazado demasiadas veces y que no estaba dispuesto a más humillaciones.

Margot apretó los puños. Londonderry tenía razón, ella lo había despreciado.

—Es mejor así, Ruth Anne.

—No, no lo es porque mis sirvientes, mi esposo y yo conocemos lo que ambos habéis estado haciendo en mi casa y no puedo quedarme tranquila ni quieta sabiéndolo.

Margot se sintió enrojecer de repente. No habían sido ni discretos ni cautos cuando tuvieron intimidad.

—Lo siento. Tal vez mi tía sí tenía razón después de todo y yo merezca ir a visitar a Lucifer por mi depravación.

—No seas boba. Si ese fuese el caso, yo también estaría condenada al fuego eterno. Disfrutar con un hombre no debería estar penado, más cuando ese hombre es tu esposo.

—Pero yo no estoy casada. —Le tuvo que recordar.

—Lo estarás. Yo tampoco fui sensata y acabé seducida por Atholl antes de recitar mis votos. —Ruth Anne trató de restar importancia al asunto pecaminoso. La duquesa le quitó la colcha de encima y le tendió la mano.

—Ruth Anne, ¿qué haces?

—Debes prepararte para la fiesta. Londonderry debe casarse contigo. —Su amiga estaba lista para salir de su letargo y puesto que el interrogatorio había dado sus frutos, Ruth Anne no tenía motivos para hacerla quedarse en el lecho.

—Ya te he dicho que...

—Sí, lo has hecho —la interrumpió—. Pero no has tenido en cuenta que tal vez estés ya en

cinta y él es un marqués. Si estás portando a su heredero en tu seno, debes ir y recordárselo. Él tiene que cumplir contigo y con su posible hijo.

La mano de Margot se posó sobre su vientre. Esto era una nueva pesadilla todavía peor que la primera... O tal vez no. La joven trató de mantener a raya el pánico que comenzaba a inundarla.

—Él sabe que yo no era pura. Todavía tengo grabada su cara de decepción cuando se dio cuenta... No puede casarse con alguien como yo. —Esperaba sonar creíble. Porque, que Dios la perdonase, no deseaba que él tuviese otra esposa, no cuando Ruth Anne le había hecho pensar en una posibilidad en la que ella no había reparado.

—Te he dejado ahí unos cuantos vestidos que he arreglado para ti. Servirán para que el duque de Kent caiga a tus pies. Mi esposo dice que el abuelo de tu prometido...

—Ruth Anne, no estoy prometida. —Hubo de recordarle.

—Pero lo estarás en breve. Como te decía, el abuelo de Londonderry es duro, bastante más tirano que el nieto, más impertinente y pícaro, por lo que Atholl ha sugerido que no te amilanes y demuestres tu firmeza de carácter. Tienes al nieto embelesado, solo conquista al duque y serás la marquesa de Londonderry así. —Ella chasqueó los dedos.

Margot debía confesar que lo que decía su amiga sonaba como un cuento de hadas... Uno que ella jamás había tenido, ni contemplado, ni leído. No creía que algo pudiera salirle bien, pero Ruth Anne se mostraba tan optimista que si no se andaba con ojo, la duquesa acabaría contagiándola con esas buenas intenciones.

—No creo que yo deba...

—Ah, ah, ah. No. No voy a admitir una negativa a mis planes. Te levantarás de esa cama. Irás a la fiesta, te presentarás ante el duque de Kent y le dirás que su nieto es tu pretendiente, tu prometido, porque él debe casarse contigo.

—¡No puedo hacer eso!

—Sí, y además, conociendo la vanidad del marqués, porque es el mejor amigo de mi hermano y ambos son terribles, creo que le agraderá que tú luches por él. Londonderry es un hombre diferente. Ha sufrido mucho, sus padres murieron en un incendio, justo en esta casa. Tienes que hacer algo al respecto. Él te necesita. Tú le necesitas. Debes actuar y hacerlo rauda.

—¡No pienso luchar por él! —respondió indignada. Ya se imaginaba en un circo romano con una espada en la mano combatiendo contra una horda de señoritas deseosas de convertirse en marquesas... Ello sin olvidar a sus mamás, que también le pondrían la zancadilla para que sus hijas la vencieran.

—Lo harás y es mi última palabra. A no ser que quieras que Londonderry viva felizmente casado con una mujer que cada noche lo besará y le hará el amor.

—¡Ruth Anne! ¡No puedes decir esas cosas!

—¿Por qué no? —Después de confesar que no era una joven inocente, y por partida doble, su amiga no debería ponerse santa.

—Porque me pones tremendamente celosa y no me gusta —dijo enfurruñada. Imaginar al marqués tocando a otra mujer... No. No le agradaba esa imagen lo más mínimo.

Ruth Anne rompió a reír mientras Margot se levantaba con valentía para luchar por última vez por su felicidad. Se miró el vientre. ¿Sería posible? Tragó saliva con nerviosismo. Sí, era muy probable.

Bastian Leight estaba agotado, cansado y harto. Después de haber dado las explicaciones

justas y prudentes sobre su intempestiva marcha de la finca de lord Atholl, se encaminó, sin ganas, hacia la casa del duque de Kent. Su abuelo lo había convocado para participar en la estúpida fiesta y él tenía que acudir si no deseaba tener un nuevo frente de batalla.

Terca como una mula. Bien. Ya la había perseguido lo suficiente. Maldijo con fuerza en el interior de su carruaje. Hacía unas pocas horas que había abandonado la casa de su padrino y estaba que se subía a las nubes por el enfado que arrastraba.

Sí. Mentiría si no confesase que estaba conmocionado con el descubrimiento. Celoso, por imaginar a otro bastardo tocándola. Malhumorado, porque amase más a ese indeseable que se había aprovechado de ella. De acuerdo, bien, sí, él también había buscado tener acceso a su cuerpo antes de que Dios diese su aprobación en el trato, pero era diferente por completo porque... porque... porque sí y punto. Bastian iba a convertirla en su esposa y por eso decidió dejarse vencer por la lujuria que la joven le despertaba.

Rechazado. Ya no iba a implorarle más. Y cuando oyó que ella estaba dispuesta a convertirse en su amante... ¿De verdad, ansiaba ser su amante antes que su marquesa?

Londonderry no sabía si sentirse totalmente ofendido o eufórico porque ella anhelase estar en su cama. Maldijo de nuevo en una ristra de improperios que haría colorearse al noble más escrupuloso. ¡Estaba ofendido! Sí. Margot lo consideraba alguien capaz de ofrecer un puesto a una hija de un conde para calentar su lecho. ¿Tan mala opinión tenía la muchacha de él, que no lo veía un hombre honrado? También era verdad que estaba rabioso porque desde que la vio en el Club Legancy había deseado hacerle el amor. De haber sabido que ella no era inocente...

Bufó. Con la pequeña bruja rubia lo había intentado todo: enfadarla, irritarla, comprenderla, arroparla, seducirla... Parecía que estaba condenado antes de iniciar el camino.

¿Y si lo mejor fuese separarse de ella? Esa había sido la idea que lo llevó a marcharse de la casa de los duques. No podía verla hasta que aclarase su mente.

Había sido un palo muy fuerte saber que no era la dama que consideraba, pero en honor a la verdad, más allá de los celos por imaginarla disfrutando íntimamente con un hombre despreciable, no sentía la necesidad de privarse de ella. No. La arpía se había asegurado de llegar bastante hondo en su ser. En algún punto, el juego que ambos iniciaron cuando se conocieron había mellado sus defensas.

¿Qué haría con Margot? No tenía la menor idea. Únicamente era consciente de que necesitaba distanciarse por unos días.

Bastian era un marqués. La arrogancia y el orgullo venían con el título. Deseaba castigarla por haberlo hecho enfadar. ¿Cuántas negativas estaba dispuesto a soportar un hombre a manos de una mula terca?

«Te deseaba... Te deseo...» había dicho ella con una sinceridad que él reconoció en el acto. ¿Por qué no había sido sincera? Él le dijo varias veces que debía ser correcto para proteger su virginidad... Algo que ya hacía tiempo que no estaba ahí. ¿Desde cuándo? ¿Quién sería? ¿Cómo fue? Mil preguntas que lo hacían sentir desquiciado e impotente se agolpaban en su mente.

Un período separado de ella les vendría bien a los dos. Y más le valía a la muchacha hacer algo al respecto, porque él se había cansado de ir en su busca. Oh, sí. En ese mismo momento las tornas acababan de cambiar.

Él habría obrado mal. De acuerdo. No la trató siempre de modo correcto, pero la bruja rubia se había portado pésimo con él y era momento de que enmendase su comportamiento. Y la venganza, según se decía, era un plato que se servía frío...

El carruaje se detuvo. Bastian bajó y observó la gran mansión del duque de Kent. Era una edificación de tres plantas. Lujosa. Su entrada principal, con columnas dóricas dejaban bien claro

que era la morada de un hombre importante. Movi6 la vista hacia la izquierda, concretamente hasta la tercera ventana de la fachada. La atenci6n de su abuelo estaba sobre 6l.

Lo salud6 con una sentida inclinaci6n de cabeza. Su 6nico pariente de sangre vivo. Un hombre duro, del que no dudaba que quer6a lo mejor para 6l. Desde el cristal de la ventana, lord Kent se apreciaba mayor. Ten6a ya sesenta y cinco a6os, sus cabellos estaban muy plateados y su mirada azul indicaba que estaba enfadado con 6l. Era grande como Bastian. Robusto. Llevaba varios meses haciendo fiestas para que 6l encontrase una esposa. La 6ltima vez, cuando Bastian le dijo que no le agradaba ninguna dama, su abuelo amenaz6 con casarlo por poderes con una mujer de su elecci6n. Viendo que su abuelo era implacable, le confes6 que hab6a encontrado a una candidata con la que s6 se ve6a como esposo.

Al principio de conocer a Margot consider6 la posibilidad de que ambos se uniesen en matrimonio por inter6s. Incluso se lo hab6a planteado hac6a poco. Eso ya no era posible. Entre ambos ocurrieron demasiadas cosas en los 6ltimos meses como para considerar que 6l podr6a desposarla y mantenerse alejado de ella.

Sab6a que lord Kent estaba en la ventana porque habr6a o6do el carruaje enfilarse por el camino principal y que se hab6a asomado con la 6nica intenci6n de ver si 6l llegaba solo o acompa6ado.

Hab6a cre6do que llevar6a a Margot para que su abuelo la conociera antes y que as6 pudiera anular la denominada *cacer6a del marqu6s*. Era consciente de que hab6a agotado la paciencia de lord Kent y que ese t6tulo para la fiesta hab6a nacido con la firme idea de molestarlo. Nieto y abuelo eran muy parecidos. Siempre hab6a negado esto 6ltimo, pero se daba perfecta cuenta de que en verdad eran iguales.

Subi6 la escalinata del porche y se prepar6 para dar las explicaciones pertinentes. Le asegur6 en su 6ltima misiva que 6l se presentari6 d6as antes de la fiesta con la mujer que ser6a su esposa y hab6a llegado solo. El abuelo no iba a estar contento.

Lo encontr6 sentado en su escritorio revisando papeles.

—Abuelo.

—Bastian —respondi6 el duque sin levantar la mirada. El marqu6s supo que estaba m6s agraviado de lo que previ6.

—¿Puedo sentarme o lo que mantiene su atenci6n es de suma importancia? —pregunt6 con molestia porque no le estaba haciendo ning6n caso.

—Es importante, pero puedes tomar asiento si lo deseas —dijo sin mirarlo a6n.

Londonderry se arm6 de paciencia y se acomod6 en la silla.

—¿No va a preguntar por la mujer que promet6 que me acompa6ar6a la pr6xima vez que llegase? —inquiri6 sabiendo que su abuelo se estaba muriendo por desvelar la inc6gnita.

—No. Supongo que fue otra de tus invenciones para que yo no te desheredase.

—No es ninguna mentira. Tengo una mujer con la que quiero casarme —se reafirm6 con intensidad.

—¿Y es de carne y hueso o solo habita en tu mente? —se mof6 el duque, quien en ese momento sosten6a varias misivas en sus manos y hab6a detenido la lectura para mirar a su nieto.

Bastian se sonri6. Podr6a darle todo lujo de detalle sobre c6mo era exactamente Margot, porque la hab6a conocido... a fondo.

—Es muy real.

—¿Y por qu6 no est6 aqu6?

—Pues lo cierto es que ha habido un contratiempo... —trat6 de disculparse.

—Ya. ¿Ha salido huyendo al comprender que iba a estar encadenada a ti por el resto de sus

días?

Bastian se rio.

—Me alegra ver que su sentido del humor no se resiente ni un poco —dijo con ironía.

—No importa. He conseguido que vengan siete muchachas casaderas el viernes. Elige a una antes del domingo o cortaré tus fondos. Esta vez —comenzó a advertirle al verlo tranquilo sentado en su silla—, he redactado el contrato con el abogado. Si no hay boda, te quedas en la calle. Somos los únicos que quedamos. Es fundamental que haya por lo menos dos como tú correteando por esta casa. —El duque se tomó un momento para pensar en lo que acababa de decir—. Bien, no es indispensable que sean exactamente como tú porque acabaré con un pie en la tumba antes de tiempo. Así que me conformaré con que haya dos niños como mínimo.

Bastian torció el gesto. Siempre con sus deberes para el ducado, la fortuna, las tierras y el título... ¿Su abuelo no se cansaba de decirle lo mismo a cada rato cuando se veían?

—Si la dama que deseo desposar viene, me casaré con ella.

—Por supuesto... Solo tengo una duda, Bastian.

—¿Cuál?

—¿Vendrá corriendo, andando, volando o nadando? ¿Será invisible o podré verla? —Quiso averiguar absolutamente serio.

Bastian le sonrió. El viejo no había cambiado ni un ápice en este tiempo que habían pasado sin verse.

—Abuelo, cuando la vea sabrá quien es y le gustará tanto que querrá que sea la madre de sus nietos. —Bastian se levantó de la silla y se encaminó hacia la puerta. Un poco antes de salir oyó que el duque soplaba y resoplaba. El marqués intuía que lord Kent no se creía nada—. Debo advertirle, abuelo, que es posible que llegue volando...

—¿Cómo dices? —El duque dejó los papeles sobre la mesa y dirigió la vista hacia su nieto.

—La joven posiblemente vendrá montada sobre su escoba, porque le aviso que es una bruja, tanto, que estoy convencido de que usted y ella se llevarán muy bien. —No pudo evitar apostillar lo último.

—¿Qué insinúas, muchacho? —El duque se levantó de la silla. Había detectado claramente el insulto velado. Y estaba molesto porque él se refiriese en esos términos a una dama, más a una que se suponía que sería su inminente esposa... si es que ella existía, claro.

—Insinuar... nada. Afirmo que quedará gratamente sorprendido con mi elección—. «Si es que ella se presenta», quiso añadir.

—No lo tengo tan claro. Si la muchacha ha sido tan necia de aceptarte sin saber que yo le otorgaré un sustancioso fideicomiso cuando nazca vuestro primer hijo... —dejó la apreciación en el aire.

Bastian se rio a carcajadas. Su abuelo no cambiaría jamás. Estaba convencido de que la bruja rubia le gustaría nada más la conociera... ¿Vendría? ¿Vendría a buscarlo el viernes? Se le cortó la risa de un plumazo.

Se giró para ver a su abuelo. El hombre ya había retomado la lectura de los papeles que tenía entre las manos.

—Es igual de terca que usted, excelencia... Tanto que tal vez tengamos que ir a buscarla a casa de lord Atholl. —El duque dejó una vez más su trabajo para ver a su nieto en la puerta.

—¿Qué hace en casa de Barnaby?

—Negarse a ser mi esposa —confesó sin humor.

—Uhm... ¿Lo hizo? ¿Negarse?

—Varias veces, de hecho.

—Tal vez, sí sea una chica lista después de todo... —apuntó el duque, sin estar muy seguro de que en verdad existiera la dama de la que su nieto hablaba. Ya una vez le hizo creer que estaba cortejando a una muchacha... Lord Kent tuvo que desenmascararlo y le costó cuatro meses tener a los investigadores al acecho de su nieto. No volvería a caer en un nuevo engaño. En esta ocasión, el duque no le daría ninguna opción para echarse atrás. Lo tenía todo pensado y bien pensado. Su nieto iba a convertirse en un hombre casado pronto.

—En estos momentos, no lo sé... Tal vez sí sea una necia. —No era muy lista si deseaba ser solamente su amante.

—¿Necia?

—Es muy testaruda.

—¿Qué quieres decir? ¿Me estás preparando para cuando ella no aparezca? —Conocía muy bien a Bastian y esperaba alguna jugarreta para no casarse.

—Oh, no. No estoy convencido de si vendrá... pero sí sé que está ligada a mí.

—¿Lo está? —preguntó el duque con una ceja levantada.

—Sí. Me he asegurado de que así sea. No tiene escapatoria. —No era un hombre bobo. Le había hecho el amor y se había vertido en su interior. En cuanto ella echase cuentas de lo que ello podía suponer... Porque Margot concluiría que tal vez él hubiese fabricado ya a su heredero, ¿no? Seguro que sí. Era una muchacha muy lúcida y de mente ágil... Aunque en estos momentos no estaba seguro de esto último... ¡Su amante! Quería un puesto como su amante. Margot era única para hacerlo enfadar.

Al abuelo no le gustó esa insinuación hecha en un tono del todo inapropiado. Así que esperaba que fuese una invención de su nieto y que la muchacha no existiese porque... En fin, no le gustaba la insinuación velada.

Lord Kent regresó la vista al escritorio y decidió no hacerle más caso. Hasta que no se casase, no tenía pensado hacer las paces con él. En el último año habían tenido muchos enfrentamientos. Tantos que el padrino del muchacho tuvo que lidiar en el conflicto. Fue por ello que, lord Atholl lo convenció para dejar que Bastian fuese a Londres a casa de los duques de Cass una temporada, porque tal vez allí al fin conociese a una buena mujer. El tiempo pasaba y nada sucedía. De este fin de semana no pasaba que su único heredero tomase en consideración sus deseos y sus obligaciones con el título y la familia.

Después de aquella conversación, pasaron un par de días en los que Londonderry se puso de peor humor. Estaba arisco, molesto. El abuelo lo había notado también y comenzó a pensar que tal vez sí había una mujer implicada en el estado de ánimo del joven. Incluso se diría que su nieto estaba esperando a que en cualquier ocasión la dama llegase a la finca. Si era una treta, Bastian estaba interpretando muy bien su papel.

Y cuando llegó el viernes y ninguna dama que no fuese una invitada del duque se presentó... Ahí Kent supo que todo había sido una invención.

En la cena de esa noche, su nieto estuvo correcto con las siete damas que habían llegado y Kent decidió que la más bonita de todas era *lady* Katherine, hija de un conde. No le pasó desapercibido que la belleza exagerada de la joven no había dejado indiferente a su nieto, por más que este tratase de mostrar su desagrado por la obligación de casarse.

La joven —rubia, de ojos azules, figura delicada y porte sumamente elegante— y Bastian habían congeniado. Así que el duque ya veía a su nieto casado con una belleza inglesa sin

mácula.

Bastian había bailado con esta invitada dos veces, además de la primera de rigor que compartió con todas y cada una. Eso era una buena señal. Excelente de hecho, en opinión del duque. Fue un baile diferente, porque solo había dos hombres para siete damas y el duque no bailaba con nadie desde hacía... Ya ni se acordaba del tiempo que había estado sin danzar. La fiesta campestre infringía las directrices sobre el número de parejas que debía tener, pero el fin de ese acto era casar a Bastian y ellas habían venido justamente a participar en el juego.

Pero la mañana del sábado todo cambió. Los invitados estaban paseando por los vastos jardines. Bastian y lord Kent conversaban amigablemente en compañía de las demás muchachas y sus madres. Un carruaje con el emblema de lord Atholl llegó causando un gran revuelo, pues no se esperaba a nadie...

El marqués compuso una cara seria. Su abuelo lo miró con curiosidad al ver que su nieto se había quedado parado y mudo observando a la pequeña dama rubia que acababa de descender del carruaje.

—¿La conoces? —inquirió su abuelo contrariado. No esperaba una reacción así de su nieto ante una mujer.

—No ha venido en escoba, pero al final se ha atrevido a aparecer —apuntó más para sí que para su abuelo.

—¿Es la mujer con la que quieres desposarte? —inquirió el abuelo sin creer que Bastian sí había dicho la verdad.

Lord Londonderry se dio media vuelta y miró con atención a *lady* Katherine.

—Veremos... —señaló enigmático, mientras regresaba la mirada a Margot. Ambos se quedaron observándose una fracción de segundo, hasta que el marqués se movió para ofrecer su brazo a la candidata de su abuelo, a fin de dar un agradable paseo.

Lord Kent se quedó pasmado con lo que acababa de suceder. Se sonrió, al fin su nieto estaba en aprietos por una mujer. Ese fin de semana todo se arreglaría. Con *lady* Katherine o con la recién llegada, pero por Dios, que el duque de Kent conseguiría lo que deseaba de su nieto: casarlo.

Capítulo 7

Una exigencia importante

Margot lo comprendió. En cuanto puso un pie en el suelo supo sin ápice de dudas que todavía no había visto ni una pizca de la arrogancia de ese hombre. ¿Cómo lo dedujo? Porque la había observado llegar, la había retado con la mirada, y acto seguido se había dirigido hacia una mujer —que en su opinión era demasiado radiante— para marcharse con ella a su lado. Oh, sí. Él era un marqués malvado y muy vengativo.

Bien. ¿Qué esperaba? ¿Que le hubiera abierto los brazos para recibirla? Tampoco era como si ella hubiese actuado correctamente con él. Tal vez se había dejado llevar con excesiva facilidad por el entusiasmo de Ruth Anne. ¿Y si la fiesta que organizaba su abuelo ya había dado sus frutos? ¿Y si el marqués ya hubiese sido cazado y ella había llegado tarde?

Con los nervios a flor de piel, la angustia comenzó a instaurarse con intensidad en la boca de su estómago. Se giró para mirar al cochero. Podría pedirle que la llevase de regreso...

—Buenas tardes, *milady*. —Una profunda voz masculina resonó a su espalda.

Margot se giró. ¿Sería inapropiado echar a correr para subir de un salto en el carruaje? Suspiró. Ante todo, era una dama... cobarde en estos momentos, pero correcta en el trato hacia los demás. Se volvió y mostró una sonrisa. Los ojos de Margot se quedaron admirando el rostro sereno y rígido del duque de Kent. Y lo vio con claridad. Era el abuelo de él: misma figura, idéntica expresión arrogante —pero el duque la tenía más comedida—, los mismos labios, la cortesía correcta en su justa medida, pues eran hombres de la alta esfera social.

—Buenos tardes, excelencia. —La rubia hizo una perfecta reverencia y agachó la cabeza en señal de respeto. Al levantar la mirada del suelo, lo vio... ¿exhibiendo una media sonrisa?

—¿Qué me ha delatado? —le preguntó sabiendo que debería ser menos informal en su trato.

—Si se refiere al motivo por el que he adivinado que me encontraba ante el duque de Kent, es muy sencillo.

—Ilústreme, *lady*... —El anciano le hizo señas con la mano a fin de que ella le informase de su nombre.

—*Lady* Margot Kidder, hija del conde de Burst, excelencia. Cualquiera que conozca a Bas... a lord Londonderry —corrigió, le había ido de un pelo no cometer el imperdonable error de referirse a él por su nombre de pila. Al abuelo no le pasó desapercibido el ligero traspiés verbal, pero no dijo nada—, sabría que ustedes son familia.

—Le llevo bastantes años a mi nieto. Así que consideraré que a sus ojos soy todavía un hombre apuesto.

Ella se sonrió ante tal atrevimiento, pues el duque había dado por hecho que el nieto era todo un Adonis para ella y se había sumado al carro de los elogios... ¡Tan típico de un duque! Suerte que Ruth Anne le había informado del carácter de lord Kent.

—Bien puede hacerlo, excelencia —coqueteó con inocencia con él—. Puesto que es usted un duque, cuenta con mayor experiencia, título y fortuna, me parece que tal vez sí pueda considerársele como todo un excelente partido. —Su audacia no fue fruto del momento. Ruth Anne la había aleccionado de cómo debía tratar al abuelo, e hizo especial mención en que ella debía conquistar al duque para asegurarse de que Londonderry regresase a su lado. Incluso

cuando Margot le confesó que ella tenía la culpa de que Bastian se hubiese marchado, la duquesa le dijo que no importaba, que debía hacer de Kent su mejor aliado en la batalla para cazar al marqués.

El abuelo rompió a reír a carcajadas, lo que valió para que Bastian, desde su posición se diese la vuelta y observase lo que sucedía. El marqués vio a Margot sonreír a su abuelo... y no... No le gustó lo más mínimo. Menos le agradó ver que el duque le ofrecía su brazo y se la llevaba hacia el interior de la casa. Gruñó al percatarse de que la pequeña bruja no lo había ni buscado con la mirada.

—Él tenía razón —dijo por lo bajo el duque mientras accedían al interior de la casa.

—¿Quién tenía razón, excelencia? —se atrevió a preguntar Margot, motivada y satisfecha con los consejos dados por su amiga Ruth Anne sobre cómo enfrentarse al abuelo.

—Bastian —dijo con retintín para dejar claro que el desliz ocurrido hacía unos momentos había sido evidente. Le agradó que ella olvidase el protocolo y casi se atreviese a dirigirse a Londonderry por su nombre de pila—. Mi nieto me había hablado de una joven temperamental que llegaría para impresionarme. Él la esperaba ayer, o quizás antes. Me temo que no le ha gustado la demora. Y debo admitir que su llegada, *milady*, ha sido del todo sorpresiva, porque creí que él la había inventado.

—Le ruego que me llame Margot. —Quiso ganar más su confianza—. ¿Inventado? ¿Por qué? Y en cuanto a su primera afirmación, me ha sido imposible llegar a la fiesta antes. Una indisposición ocurrida por una fría lluvia imprevista me mantuvo unos días en cama.

—Comprendo. Margot será, pues. Inventado porque creí que ninguna muchacha atraparía su atención. Ahora parece ser que usted va a tener que luchar un poco. *Lady Katherine* es un excelente partido. Es una pena que usted no tenga ya adjudicado el lugar de marquesa, aunque confieso que me ha gustado descubrir que en verdad una muchacha como usted lo ha tenido en vela.

Margot sonrió agradecida por el triunfo que se le reconocía. En verdad al abuelo le había gustado verla alzar la nariz cuando Bastian la miró antes de marcharse en compañía de la otra muchacha para dar un paseo por el jardín.

—Bueno... —comenzó a decir de modo casual—, el papel de marquesa está bien, pero tal vez haya disponible una posición de duquesa... Y en la escala social, siempre se ha dicho que cuanto más arriba mejor. —Margot se atrevió a guiñarle un ojo a ese encantador duque. ¿Por qué Bastian le tendría tanto temor? ¡Si era una versión suya perfecta! Correcto, atento, mordaz, directo... Todo en el duque le agradaba y la inspiraba a ser un poco malvada, tal y como le había recomendado Ruth Anne.

Una vez más el duque se rio a carcajadas. La pareja entró en una gran sala azul. El duque la invitó a sentarse en un sofá del mismo tono y él se colocó a su lado izquierdo.

—Ciertamente, mi nieto ha tenido buen ojo. Una mujer perspicaz, bonita, con buena educación, pero atrevida. Que es hija de un conde... Pudiera ser que, si en verdad no gana la cacería del marqués, pueda optar usted a otro puesto. —Le devolvió el flirteo con ternura.

—Me avisaron de su carácter, ¿sabe? No suelo ser una mujer dada a mostrarme tan incauta en mis conversaciones, pero la duquesa de Atholl, incluso su esposo, me recomendaron encarecidamente que no escondiese nada de mí ante usted y que fuese irreverente... ¿He hecho bien, excelencia? —inquirió con cautela.

—Sí. Ha jugado bien sus cartas, mi primera impresión es muy favorable. Debo admitir que cuando la he visto, según la información que mi nieto me había dado acerca de usted, y pese a que pensaba que era un embuste creado por Bastian, yo ya estaba muy predispuesto a darle un

voto de confianza. Pero más allá de este pequeño juego que nos hemos atrevido a llevar a la práctica, Margot, debo decirle que le hubiese ido mejor de no haber estado aquejada estos días pasados. Si algo somos en la familia Leight es vanidosos y orgullosos. Londonderry no tiene un carácter flexible. Para él ha sido un desplante y ya se dio cuenta de lo que ha hecho nada más la vio bajar del carruaje —señaló evocando el recuerdo de Londonderry yendo en busca de *lady Katherine*.

—Lo sé. He conocido bastantes facetas de su nieto como para hacerme una idea exacta de quién es, lo que hace y cómo reacciona cuando algo no le agrada. —Confesó con humildad.

—Y pese a ello sigue usted sentada aquí, a mi lado... —Le agradaba lo que la joven acababa de decir. Londonderry no era un hombre fácil.

Ella le sonrió con picardía.

—Olvida, excelencia, que...

—No —la cortó él con suavidad—. Si usted es Margot, yo soy Kent, si lo prefiere, incluso en privado puedo ser James.

Ella asintió con la cabeza. El abuelo era igual de peligroso que el nieto en sus atenciones.

—Como le decía, Kent —apuntó, le pareció más apropiado usar el título, y más para lo que iba a decir—, soy una mujer perspicaz, así que si al final no llego a cumplir mi cometido en esta fiesta, tal vez sí opte por echar el lazo a algo más elevado... —Solo seguía el consejo de Ruth Anne. Lo que acababa de decir fue un impulso, ni en un millón de años pensó que hablaría con semejante atrevimiento. La duquesa había dicho que la cacería de Londonderry sería algo similar a la guerra y que ella debía contar con sus mejores armas, y que estas eran el abuelo del marqués.

En fin, Margot ya había transgredido toda una larga lista de normas desde que cumplió los dieciocho años, poco tenía que perder ya. Su amiga insistió en que debía impresionar al duque porque, aunque austero y rígido, era una persona que gustaba de la cordialidad, la picardía, el coqueteo y la falta de falsedad.

—Pequeña descarada —le dijo en tono afable—. Empiezo a comprender qué es lo que vio mi nieto en usted. —Se tomó un momento para reflexionar—. Supongo que como Bastian se cree el único hombre interesante en la fiesta, un poco de competencia le vendría bien. —Le tocó al duque guiñarle un ojo a la dama—. Eso y que siempre he querido darle una buena lección a ese dandi que cree que su abuelo no es más que un viejo decrepito que llegó a su vida para arruinársela. Presumo que esta cita social va a ser de lo más agitada, ¿no cree, querida Margot? Hagamos un poco de teatro, ¿le parece? Sospecho que ambos se han enfadado por algún asunto que desconozco, pero a buen seguro, y conociendo como conozco a mi nieto, intuyo que le gustaría darle una pequeña lección. —El duque le tomó la mano.

La joven le sonrió. ¡Ruth Anne tenía razón, lord Kent era del todo impredecible!

—Siempre y cuando su ayuda me venga bien para cazar al marqués, creo que será divertido darle un poco de su propia medicina a lord Londonderry.

—¿Qué quiere decir, Margot? —No comprendía lo que ella acababa de explicar.

—Esa joven con la que tan alegremente se ha ido... ¿Quién es?

—Oh, eso es culpa mía. Busqué a una preciosa mujer para que mi nieto al fin se asentase. Lo lamento. —Se sonrió al saber a la joven celosa. Sí, definitivamente, entre Margot y su nieto había mucho más de lo que se apreciaba a simple vista.

—No importa —dijo ella tratando de retirar su mano de la del duque. Él no lo permitió. La sostuvo con firmeza. Margot frunció el ceño sin comprender lo que se proponía.

—Un momento, querida. Lo entenderá de inmediato —respondió el duque sabiendo que la había perturbado con ese gesto tan inesperado.

Y dos segundos más tarde, la puerta de la sala azul, que había estado cerrada, se abrió para dar paso a un alto y fiero marqués que los miró acusador. Por supuesto, la vista cayó de inmediato en la mano que su abuelo seguía manteniendo entre las suyas.

Margot tragó saliva y trató de retirarla una vez más. El duque le sonrió. La joven se dio cuenta de que Bastian tenía a quien parecerse en tiranía, porque lord Kent no le permitió recular.

—*Abuelo...* —habló Bastian dándole una profundidad muy evidente a la palabra—, las invitadas se preguntan por su ausencia. —Ni miró a Margot. Ella se dio cuenta de lo mucho, muchísimo, que Bastian estaba enfadado.

—Sí, sí, por supuesto. —El duque se puso de pie sin soltar a la joven, y cuando ella se levantó le hizo enhebrar su mano en el hueco del arco de su brazo.

Londonderry miró con fijación al duque. James contuvo las ganas de echarse a reír. Tan joven y apuesto como era su nieto... ¡Y estaba celoso de él! Se notaba a la legua que la muchacha le importaba más de lo que pretendía demostrar.

Por su parte, Margot no sabía dónde meterse. Era evidente que Londonderry estaba ofendido y enfadado, y después de lo que el abuelo estaba haciendo... ¿Cómo había sabido el duque que el nieto iba a ingresar en la sala? Giró la cabeza hacia la derecha y se dio cuenta de que muy probablemente lord Kent había visto a Bastian cruzar por delante de la ventana y que por eso había estado sosteniendo su mano... ¡Dios del cielo! Ella no debía enojar más a Londonderry o bien sabía el Altísimo de lo que sería capaz...

—Vamos, querida, te presentaré a las invitadas —informó a Margot, mientras pasaba con ella por delante de Bastian. En ese momento, el marqués sujetó el brazo libre de ella. El abuelo se fijó en el gesto y detuvo el paso.

—*Lady Margot* y yo hablaremos un momento —sentenció Londonderry mirando fijamente a los ojos de la rubia.

—No, no. Luego, ahora tenemos que salir a dar un paseo... *Lady Katherine* se molestará si no regresas con ella. Vamos, Bastian, salgamos —lo animó el duque reanudando el paso.

El marqués aspiró el aire profundamente y se obligó a soltarla. No entendía bien el juego del duque, pero sospechaba que él estaría en desventaja, pues cuando lord Kent ideaba algo, lo hacía a lo grande. La prueba más evidente era la estúpida fiesta para cazarlo a él.

Y de esa manera, Margot fue presentada a las siete mujeres, a cada cual más bonita que la anterior, que habían sido seleccionadas por el duque. Por descontado, el anfitrión no la soltó de su brazo en ningún momento, lo que frustró los planes del marqués para hablar con ella. Sobra decir que el hecho de que la joven hija de lord Burst llegase solo con la doncella que le había otorgado *lady Atholl*, levantó los rumores entre las madres de las candidatas a marquesa. Y si bien Londonderry se conformó con celar a Margot, no le pasó desapercibido lo ruin que estaba siendo su abuelo al dedicar tantas atenciones a la dama que sabía que él había elegido.

¿Cuál era el motivo? Bien. Conociendo al abuelo, solo querría irritarlo por todas las veces que Bastian había dicho que no se casaría porque nunca encontraría a una mujer que le pudiese interesar lo suficiente...

A la hora de la cena todo fue relativamente más calmado. El duque se sentó en la cabecera de la mesa, e hizo que Margot estuviese a su lado. Hasta ahí todo normal, si no fuese porque el abuelo lo había sentado justo en la otra punta del comedor y él no podía ni verla. Bastian llevaba

horas con ella en sus dominios y ni una sola vez pudo hablarle tranquilamente.

Desde su posición de la mesa, Margot no se perdía detalle. A un lado de Londonderry estaba la muchacha más bonita que ella había visto jamás. Incluso podía hacerle sombra a Bernice, y eso que su hermana era bellísima. Al otro lado, figuraba la orgullosa madre que ya se imaginaba emparentando con el duque de Kent.

—Estás siendo demasiado evidente, querida Margot —le susurró el abuelo por lo bajo.

Estaban sirviendo ya el postre. Los seis primeros platos habían sido un suplicio, donde Margot había tenido que ver a Londonderry sonreír y darle muuuucha conversación a la muchacha. ¿Y si había cometido un nuevo error de juicio con Bastian? No sería la primera vez que creía una cosa y luego era otra.

—¿Disculpe, excelencia?

—Celosa. Estás celosa y eres evidente. No le muestres lo que sientes. A él le gusta que lo mires cuando habla con la joven. Recuerda... somos vanidosos.

—Lo siento si soy grosera, lord Kent, pero usted no me está ayudando en nada —observó con los dientes apretados.

—¿Y eso por qué? —inquirió con falsa inocencia.

—Demasiado bien lo sabe.

—¿Por no haber permitido que hablase contigo cuando hemos salido al jardín y te he presentado a mis invitadas? ¿O lo dices por lo que ha sucedido en el pasillo cuando ha tratado de arrinconarte antes de bajar a cenar? —El duque reaccionó rápido al atajar los pasos de su nieto y privarlo de un momento de intimidad con ella justo antes de la cena.

—Sí y sí. Y, además, añade a la lista que lo ha sentado con la mujer que él parece adorar y bien lejos de mí. En nuestra pequeña entrevista de la tarde, me hizo creer que yo tenía sus bendiciones. Tal vez erré.

—Oh, no. Las tienes. Me agradas para que te cases con él.

—¿De verdad debo considerar que estoy siendo ayudada por usted en esta cacería, excelencia? Porque más bien parece todo lo contrario —adujo enfurruñada.

—Oh, vamos. Creí que te darías cuenta de que ponérselo difícil le hará subir por las paredes. Está tan enfadado porque yo te acapare, que no me sorprendería que acabase retándome a duelo... Y eso que solo han transcurrido unas pocas horas desde que has llegado. Haz caso a un hombre con experiencia, mi nieto está ansioso por ti y eso es mejor que cualquier cosa. —Los planes del duque iban viento en popa y a toda vela.

—¿Por qué siento que usted está disfrutando de la situación, lord Kent? —preguntó en evidente tono reprobatorio.

—Porque realmente lo hago.

—No es correcto que me dedique tantas atenciones.

—¿Cuál es tu motivo para decir algo así? Estoy siendo correcto, tal vez un poco pícaro, pero poco, con la futura esposa de mi nieto.

—¿Con sinceridad?

—Por favor... Me disgustaría que no hablases con libertad. Después de todo soy el abuelo de tu futuro esposo. —Se rio con ligereza.

En ese instante, una risa encantadora interrumpió la conversación. Margot vio a Bastian mirar embelesado a otra mujer mientras la joven batía sus pestañas.

—No se siente así. No creo que yo sea su futura... nada.

—Tonterías. Solo está celoso porque me dedicas tu atención a mí y no a él.

—Precisamente, excelencia. No veo que esto me haga ningún bien, ni a usted, ni al marqués,

ni a mí. No me gusta jugar a esto que ha ideado —se sinceró por completo.

—Verás, querida niña, mi adorado nieto lleva toda la vida creyéndose mejor que el resto de los mortales. Ha despreciado mis consejos en multitud de ocasiones, y ahora que me he dado cuenta de que puedo darle un pellizco en su orgullo... Además, no negaré que me siento muy pagado de mí mismo al percibir la tensión que le causo.

—Son como niños pequeños —advirtió por lo bajo con enfado.

El duque se rio sin contención. Todos, incluido Londonderry, los miraron. Margot evitó observarlo porque sabía que vería reprobación ahí.

El duque se acercó a la oreja de la muchacha para hacerle una confesión. Margot rodó los ojos. Este lord Kent era peligrosísimo.

—La he oído, querida Margot. Y es halagador que me compare con un jovenzuelo.

—No está bien que haga eso. —El abuelo acababa de hacer un gesto demasiado íntimo—. Antes de entrar en el comedor, he oído a *lady* Penny comentar con su madre que he sido inteligente.

—¿Por qué diría eso? Si puede saberse —indagó, el anciano imaginaba que venía una explicación mordaz.

—Pues, porque viendo que lord Londonderry ya había elegido a su candidata como esposa, yo he decidido apostar por un cargo más alto. Me temo que me ha convertido en el centro de las habladurías, puesto que todos opinan que he venido a la caza del duque y no del marqués. —El tono empleado por ella era mitad enfado, mitad malhumor.

Él le sonrió.

—Bueno... Si mi nieto al final no la elige, el vicario del pueblo, el señor Holt, nos vendría muy bien... —resolvió en tono casual.

—¿Pretende que me case con un hombre de Dios? —preguntó Margot pensando en que su alma impura no debería ni contemplar esa premisa.

—No, por supuesto que no. Sencillamente creo que bien el señor Holt podría officiar una segunda boda y no precisamente la de él.

—¡Por amor de Dios! —exclamó más alto de lo que quiso—. Es usted igual de incorregible que su nieto.

—Sí, así es. Somos tan iguales, que es precisamente ese nuestro problema.

—Confieso que con el paso de los meses aprendí a discernir cuando su nieto hablaba en serio y cuando no. Me temo que no sé muy bien si usted solo está tratando de incomodarnos a los tres... cuatro si incluyo a *lady* Katherine.

El duque movió la mano para restar importancia al enfado que ella comenzaba a mostrar.

—No estés tan alterada. Te conviene que yo te ayude un poco, porque Londonderry haría que tú sintieses unos terribles celos en caso de que yo no te procurase un poco de sana e inocente atención. ¿Es que no lo conoces, muchacha? —preguntó molesto.

—Yo solo sé que tal vez no debí haber venido —dijo derrotada al ver que nuevamente la muchacha se reía de algo gracioso que Bastian había dicho.

—¡Oh, por Dios! Creo que me gustas un poco menos ahora. Pensé que eras valiente. Bastian dijo que eras terca y obstinada. Incluso aseguró que lo rechazaste en varias ocasiones. Me encantaría conocer la historia completa. —Se rio con ligereza al imaginar a su nieto de rodillas por una muchachita como la que tenía a su lado. Eran una pareja especial. El marqués tan alto, tan fiero... la dama tan tierna, tan baja... Curioso el destino para complementar a las personas.

Llegado ese instante de la conversación, la vista de Margot voló hacia Bastian. Sus miradas se cruzaron un momento, lo justo para que Margot viese cómo él volvía a mirar a *lady* Katherine,

quien le estaba tocando la mano para llamar su atención.

—Creo que voy a vomitar —señaló sin darse cuenta de que lo había dicho en alto.

Él duque se sonrió complacido. No había prueba más factible de que la muchacha estaba prendada con Bastian.

—Pues todavía no has visto el baile.

—¿Un baile? Si no hay hombres...

—Dos. Bueno, uno, porque él bailará con todas y cada una de las damas...

—Recuérdeme que le dé las gracias por eso también —señaló de modo sarcástico.

—Lo haré —respondió a su tirón de orejas con humor—. Mejor aún, creo que reclamaré una danza tuya, o tal vez los siete que él baile los haga en tu compañía.

—¡Cielo santo!, es usted mucho más malvado que él —opinó con los ojos completamente abiertos.

—Querida niña... ¿de quién crees que sacó su encanto y diablura? —inquirió con satisfacción el duque. En verdad se sentía divertido haciendo rabiar a su nieto y molestando a la joven con su irreverencia inapropiada.

Entonces ocurrió lo que menos pensó Margot, la joven Katherine se levantó de su asiento, seguida de lord Londonderry, quien adujo que la joven necesitaba tomar un poco de aire fresco porque se había mareado debido al calor que hacía en el comedor.

Margot jadeó indignada. ¡Era un truco! ¿No se daba cuenta Londonderry?

El duque los observó salir con la mirada fija en su nieto.

—*Milady*, —se dirigió James a la complacida madre de *lady* Katherine—, ¿no acompaña a su hija?

—No creo que sea imperioso, excelencia. Mi hija cuenta con la compañía y protección necesaria. —Y acto seguido, la mamá engulló una cucharada de la crema de limón que habían preparado para la ocasión.

Margot desplazó su silla dispuesta a levantarse.

—No lo hagas —le rogó el duque.

—Disculpen —habló bien alto la rubia—, me temo que ha sido un viaje largo y necesito retirarme. Disfruten del resto de la velada.

Sin esperar reacción ni ninguna palabra, la joven se marchó del comedor para encerrarse en la habitación que le habían asignado. Comenzaba a pensar que tal vez su sino no fuese el de casarse. Lo había rechazado demasiadas veces creyendo que lo protegía, de su propio pasado, de su presente. Había llegado a la fiesta con la idea de luchar por él por si aparecían las consecuencias de haber yacido juntos.

¿Y si lo mejor fuese dejarlo en paz? Él parecía estar bien acompañado e interesado en la joven con la que había salido a solas, en la oscuridad, a tomar el aire. ¿Le robaría un beso? ¿Una caricia? ¿La seduciría?

Las imágenes al imaginarlo rindiendo culto a otro cuerpo femenino la enfermaban. La doncella entró en la habitación y la ayudó a cambiarse. El vestido de muselina verde pálido que Ruth Anne le había regalado, y el elegante moño con algunos tirabuzones caídos que la sirvienta le había peinado no sirvieron para nada.

Cuando las risas y las notas del piano se colaron en su habitación, sintió ganas de saltar. O mejor, de bajar y recordarle a Bastian que... que.. ¿qué le iba a recordar? Él había insistido en casarse con ella en numerosas ocasiones.

Se desanimó tanto que despidió a la joven doncella y se metió en la cama de un salto.

Tenía mala suerte. Con su familia, con los hombres, con sus decisiones... ¡Con todo! ¿No

podía ser feliz? ¿Siempre tenía que arruinar sus posibilidades?

Comenzó a sollozar. Y cuanto más sonaba el piano, más lloraba. Con el corazón lleno de pena y rota por la angustia de que de nuevo se repitiese una fea historia, deseó no haber acudido a esa fiesta. Dolía. Estaba celosa y era horroroso. No le afectó tanto ni siquiera cuando se enteró de que Bernice era la esposa de David. Podría ser por los cuatro años que distaron entre ellos y que lo de Bastian estaba demasiado reciente.

La chimenea crepitó y un nuevo grito de dolor salió de su garganta. Se acurrucó en la cama con una pena inmensa tratando de dormirse. Cerró los ojos con fuerza. Entonces sintió una mano a su espalda. Chilló, esta vez de terror y se incorporó de inmediato.

—No te asustes, soy yo —dijo una voz muy familiar. Bastian.

—¿Te has vuelto loco? Casi haces que me muera del susto.

Bastian le pasó la mano por la mejilla.

—¿Por qué lloras?

—No lloro —mintió ella, al tiempo que se sentaba en el otro lado de la cama. Bien lejos de él.

—Te he oído sollozar. —El marqués frunció el ceño—. ¿Debo llamar al médico?

—¿De qué serviría un galeno? —La aflicción de su alma no se podía curar con ningún preparado.

—Mi abuelo dijo que te retiraste porque no te sentías bien. ¿Qué te duele?

—Nada. Ve a bailar o a tomar el aire con las muchachas —le ordenó de modo autoritario.

—Eres increíble —dijo él bufando—. Te muestras celosa cuando no has hecho más que coquetear con mi abuelo desde que llegaste.

—Yo no he hecho nada como eso —saltó a la defensiva.

—Por supuesto que sí. Es evidente que tal vez debería recomendarle a lord Kent que te propusiera matrimonio. Seguro que a un duque no lo negarías... O puede que sí, porque no eres una mujer sensata —alegó al recordar que ella no era virgen.

Ella se envaró. Levantó el mentón.

—Probablemente debería hacerte caso y que mi flirteo fuese más evidente. Un duque que todavía conserva su atractivo... gentil, alegre, atento... Sí. Haré bien en tomar en consideración tus recomendaciones.

—Estás jugando a un juego peligroso, Margot —le dijo en un tono de voz cortante.

—¿Y a ti qué te importa? —rebatía con enfado.

—¿Qué me importa, preguntas? Debes estar bromeando. —El marqués se levantó y comenzó a andar nervioso por la habitación.

—Sí, lo pregunto porque debes ser consciente de lo que sucedió entre nosotros la última vez y aún así te marchaste.

—¿Te refieres a cuando descubrí que no eras virgen? ¿A la vez en la que te hice mía? ¿A la vez en la que te ofreciste como mi amante? Pudiera ser mejor que en vez de buscar a mi abuelo como esposo, quisieras ver si todavía es un hombre capaz... —Estaba tan enfadado que no podía medir sus palabras.

—¿Cómo te atreves a faltarnos así al respeto a tu abuelo y a mí? —Ella se puso de pie y se fue directamente a enfrentarlo.

—Me atrevo porque eres mía y no haces nada por recuperarme. Bien, sí. Algo has hecho, ¡has conseguido que todo el mundo esté convencido de que deseas ser la duquesa de Kent! Y no precisamente casándote conmigo y aguardando que mi abuelo pase a mejor vida. Resultas despreciable, Margot.

Los dos se quedaron el uno frente al otro en un duelo de voluntades. Hubo un minuto de

silencio. La mirada de Londonderry se centró en los labios de ella. ¡Cómo deseaba besarla para... para... para...! Sencillamente ansiaba poder acariciar su boca con su lengua y sus labios con los suyos propios.

—¿Yo? Muy bien. ¿Y tú qué eres? Nada más bajé del carruaje pudiste haber tenido la cortesía de informarme de que habías encontrado una candidata más aceptable para ser tu esposa —refutó con ira.

—¿Por qué debería hacerlo? Tú nunca quisiste ese puesto. Y dado que *lady* Katherine parece estar bastante interesada, pudiera llegar a ofrecerte lo que tan dispuesta solicitaste.

—¿Y qué sería eso? —Se dio cuenta de que no debió haber preguntado en alto. A todas luces era una estratagema para volver a molestarla. Lo supo en cuando él sonrió de lado.

—Mi amante —dijo con absoluta tranquilidad.

—No. Ya no está sobre la mesa esa posibilidad. —No podía ofenderse porque la culpa era suya por no haber sido inteligente desde primera hora. Si hubiera sido una mujer que no buscaba protegerlo, se habría casado con él de inmediato.

—¿No?

Margot le sonrió con falsedad mientras levantaba el mentón.

—No. Me temo que debes casarte conmigo.

Él tosió. Se atragantó con su propia saliva.

—¿Cómo dices?

—¿Sufres de sordera, Londonderry? —Usó el título a propósito.

—No, pero creo que tú si sufres de mala memoria.

—No es cierto.

—Sí lo es, porque ya te propuse matrimonio demasiadas veces y no pienso volver a plantear la pregunta de nuevo.

—Uhm... ¿Seguro?

—Desde luego que sí.

—¿Se lo preguntará a *lady* Katherine como todos esperan que hagas?

El marqués agitó sus hombros en una clara muestra de despreocupación.

—¿Por qué no iba a hacerlo? No soy un hombre comprometido.

—Quiero que te cases conmigo. He tardado en verlo, pero deseo ser tu esposa —confesó más altiva de lo que quiso.

—Es una lástima que no esté sobre la mesa mi propuesta.

Ella se enfureció.

—¡Qué poco caballeroso resultas!

—Discúlpame por no serlo, pero con tres veces me bastó para darme cuenta de que estaba siendo rechazado con firmeza.

—Bueno, resulta que soy una mujer caprichosa y tú vas a ser mío —rebatió ella con absoluta seguridad. Eso lo irritó sobremanera.

—Te veo muy segura. Más cuando ya te he dicho que el puesto ofertado es para calentar mi cama. —Se tomó un segundo para pensar—. Debo avisarte de que mi actual amante no se tomará a bien que la sustituya.

—¿Tienes una amante? —inquirió ofendida y con la boca abierta.

—Por supuesto que sí —respondió como si fuese algo del todo natural.

Ella cerró la boca.

—Así que incluso con una amante, quisiste seducirme, e incluso —repitió la misma palabra apostá— tuviste la desfachatez de pretender ser mi esposo. ¡Creo que sí que iré a seducir a tu

abuelo! —le gritó en la cara sin cargo de conciencia.

—Tú, pequeña arpía, serías capaz de hacer algo como eso solo para castigarme.

—¿Quieres apostar? —preguntó envalentonada por la rabia que sentía.

—Así que yo no debo tener a una mujer que me sacie en mis necesidades, pero yo debo pasar por alto el detalle de tu falta de virtud.

Ella irguió la espalda.

—Nunca lo he llegado a comprender. Una mujer, una dama, debe llegar virtuosa a su lecho nupcial. Su esposo debe aparecer colmado de experiencia. ¿Quién estableció esa estúpida norma?

—Alguien que comprendía muy bien la función social.

—Es decir, un hombre que se empeña en privar de libertad a las mujeres.

Londonderry dio un paso amenazador.

—¿Con cuántos has yacido antes de mí?

—¿Qué te importa a ti que vas a casarte con *lady* risitas, y que tendrás a una amante que por supuesto no seré yo? —Era un claro desafío.

—Responde Margot —le pidió con autoridad feroz.

—No —se negó con valentía—. No eres mi padre, ni eres mi hermano porque no lo tengo, no eres mi prometido, y por descontado no serás mi amante nunca de nuevo.

—Margot. —El nombre de ella fue dicho de modo cortante.

—Bastian —respondió ella con la misma seriedad.

—Estás tensando la cuerda peligrosamente.

—¿Vas a casarte conmigo o no?

Londonderry se quedó mirándola con fijación. Era menuda, pero sabía defenderse demasiado bien.

—Pídemelo tú.

—No. —Nunca lo haría.

—Entonces busca a lord Kent antes de que él también se niegue a ser tu esposo.

—Tal vez lo haga.

—Adelante.

—Debería buscar la protección de un hombre. Puedo estar esperando a tu hijo y sería aconsejable que al menos alguien con su misma sangre se hiciera cargo de mi criatura —lo desafió.

Londonderry chasqueó la lengua. Al menos ella sí había previsto esa posibilidad. Puso su mejor cara de póker.

—Una sola vez... Es poco probable... —Trató de restar importancia.

—Una sola vez es suficiente para que... —Ella calló porque se dio cuenta de que había hablado demasiado. En cuanto lo vio torcer el gesto en una mueca de enfado, supo que se había dejado llevar por su gran boca. Margot agachó la mirada. Más decepción que añadir a su lista de cuentas pendientes con Bastian.

Él se acercó apretando los puños. Cuando estuvo muy cerca trató de relajarse. Le levantó el mentón con el dedo índice y la obligó a mirarlo. Margot enfocó sus ojos en los de él con ansiedad.

—¿Quién fue?

—No importa —respondió ella en un susurro suave.

—Importa y mucho. ¿Fue Rosenwood? ¿En el pasado él y tú...? —No podía imaginar algo como eso porque iría de inmediato y lo asesinaría.

—¡No! —gritó. Se dio cuenta de que había sido demasiado brusca.

—Respóndeme, por favor. Pretendes ser mi esposa y yo exijo saberlo todo.

Margot suspiró. Lo dicho por él parecía justo.

—Ocurrió hace muchos años.

—¿Cuántos? —Ella se quedó callada unos minutos—. Responde —la urgió con tiranía.

—Cuatro años.

—¿Dónde está el niño?

—Me dijeron que murió —dijo tragando un sollozo. No tenía caso seguir ocultando la verdad. Era ahora o nunca.

—¿Insinúas que te mintieron? —preguntó al percibir la duda en las palabras de Margot.

—Podría ser, yo oí llorar a una criatura, pero nunca la vi. —Se quedó callada con los ojos cerrados recordando el día en el que se dio cuenta de que llevaba al hijo de David en su interior. Esperanza. Ilusión. Sería madre y cuando él la encontrase se casarían de inmediato. Nunca sucedió así. Lo que sí hubo fueron reproches, castigos, duras palabras, y la privación de ver a su hijo. Ella parió un hermoso niño que no le permitieron ni ver.

—Sigue.

—No hay más que contar. Yací con un hombre al que creí amar. No se casó conmigo y mi familia me repudió. El niño llegó al mundo y nunca conseguí saber qué sucedió en verdad. Me dijeron que nació muerto. Yo lo oí llorar. —Había hecho un resumen muy ligero para lo que era la historia, pero no deseaba revivir el horror de aquellos días más de lo necesario.

—Te abandonó —observó perturbado con las confesiones.

—Sí. Me dejó atrás. —Y ya no dolía tanto porque Londonderry se ocupó de que así fuese. Con su insistencia, su arrogancia y su bravura, había logrado meterse bajo su piel como nunca David lo logró.

—¿Lo amas? —Estaba irritado. Celoso. Deseaba destrozar toda la casa porque un hombre le hubiese fallado a ella.

—Lo amé. En el momento en el que decidí hacer el amor con él lo hacía.

Él la miró con atención. Lo dicho le había metido una idea interesante en la cabeza.

—¿Me amas?

—Si no lo hiciera, nunca habría hecho el amor contigo —razonó de forma sucinta.

—Me rechazaste. —Hubo de recordarle.

—Sí. Lo hice varias veces.

—¿Qué derecho tienes a desear ser mi marquesa ahora?

—Tu esposa. Yo seré tu esposa, y el derecho me lo da lo que puede estar naciendo en mi interior. Aunque no lo creas, yo solo te protegía de mí. Te lo dije y no mentía. Te deseaba demasiado como para seguir luchando contra lo que despertabas en mí. Me entregué sin reservas y olvidando las consecuencias lógicas de nuestras acciones. No puedo volver a pasar por lo mismo, Bastian. No sola. Si llevo a tu hijo, merece estar con su padre.

—¿Y si no hay niño? —rebatió él.

—¿Y si lo hay y tú accedes a tomar por esposa a una mujer que será mucho mejor que yo, que es más hermosa, más versada, más audaz, menos libertina? Tendrás a la persona perfecta a tu lado, comprendo que te privo de tu futuro, pero mi hijo y yo te necesitamos. —Tragó saliva tratando de contener el llanto que regresaba.

—No me parecen buenas razones para casarme contigo.

—No creo que las haya de más peso. Sería tu heredero.

—Podrías no estar embarazada. Y en caso de estarlo, ¿quién me asegura que sería hijo mío, Margot? —habló con ira líquida circulando por sus venas. Tocada por otro, amando a otro,

pariendo al hijo de otro. Ella era suya y no concebía que eso hubiera sucedido en el pasado. Y más se sintió arder de rabia cuando ella, la mujer a la que había elegido entre todas, se atrevía a menospreciarse en su presencia en favor de una dama que más allá de ser un adorno bonito, no le inspiraba gran cosa.

No se lo pensó dos veces. Margot levantó la mano en alto y le propinó un sonoro bofetón con todas sus fuerzas. Se sintió liberador. La ofensa había sido tan grande, que pese a que Margot le hubiese dado fundamentos para que él pudiera alegar semejante cuestión, acababa de demostrar que no confiaba en ella, que la despreciaba y que era indigna.

Londonderry se quedó callado y quieto. No esperaba una reacción así, no obstante comprendía que había ido demasiado lejos con la pregunta. Los dos se miraron con intensidad. Margot dio un paso atrás.

—Por mi parte está todo claro y dicho. Retiro mi exigencia en este mismo momento, señoría. —Cambió el tono al más formal y frío que pudo encontrar.

—¿Qué insinúas? —No le gustó verla retroceder. Entre otras cosas porque hasta ese momento en que percibió sus pezones puntiagudos, no había sido consciente de que ella estaba en un liviano camisón, que esta vez no era indecente del todo, y que él figuraba perfectamente vestido.

—Le libero de toda carga que me afecte.

—Margot... —Volvió a usar su nombre como advertencia.

—Me iré mañana temprano para que usted pueda seguir con su existencia sin ningún tipo de interferencia por mi parte —le aseguró como una gran dama. Por dentro bullía de miedo, de pena y dolor, pero no se lo dejaría ver.

Londonderry levantó despacio la mano y le acarició la mejilla. ¿Es que las cosas entre ambos no serían nunca sencillas? No hacían más que enredar sus asuntos. Él solo quería llevarla a la cama, rodearla en un abrazo y hacer que comprendiera que la había elegido a ella porque era diferente. En algún punto la conversación se había torcido por completo.

La puerta de la estancia se abrió de par en par sin ningún aviso.

—¿Lo ve, señor Holt? ¿Ve como era imperativo levantarlo a horas intempestivas porque el suceso así lo requería? —le preguntó el duque de Kent al vicario del pueblo con una brillante sonrisa.

—Desde luego que sí. Este pecado debe ser subsanado de inmediato. A primera hora de la mañana se oficiará la boda —expuso el hombre de Dios mortificado e indignado a partes iguales. ¡Qué escándalo! Una pareja joven en un dormitorio en medio de la noche sin estar casados... Acabarían en el infierno si él no intercedía por sus almas corrompidas y les obligaba a hacer lo correcto: casarse.

Margot miró al duque de Kent con una expresión de horror. ¡Era más malvado que Londonderry! Y cuando lo vio guiñarle un ojo, comprendió que el viejo zorro les acababa de tender una trampa.

Margot fue consciente del verdadero motivo por el que el duque no les había permitido hablar, ni relacionarse... El abuelo sabía cuál sería el siguiente paso del nieto porque ambos eran iguales. ¡Kent había estado esperando todo el día para sorprenderlos a solas en una situación inapropiada!

Desvió la vista hacia Londonderry preparada para explicar que no habría boda...

—Nos casaremos en cuanto el sol despunte —oyó Margot que decía el marqués.

—Perfecto —saltó el abuelo complacido.

Margot sintió sus piernas flaquear, el aire le faltaba, el cuerpo le pesaba... y todo se volvió negro.

El marqués la sostuvo entre sus brazos mientras la mente femenina comprendía que había caído en su propia trampa, pues ella había ideado algo muy parecido a lo que acababa de suceder, aunque nunca lo llevó a la práctica.

Si pudiera regresar atrás en el tiempo, cambiaría muchas cosas, pero la más importante, la referente a ese descabellado plan que ideó con sus amigas para robar a un esposo. Nadie merecía ser privado de la libertad de elección, menos el hombre que jamás confiaría en ella y con el que no pararía de pelear por el resto de sus días.

Capítulo 8

Una tortura deliciosa

Estaba en problemas. Grandes e inesperados problemas. Margot se dio cuenta de que el duque de Kent lo tenía perfectamente orquestado. No importaba quien fuese la dama elegida. Bien pudo haber sido *lady Katherine*, porque el abuelo lo tenía todo preparado. En medio de esa oscuridad esclarecedora, ella vio el plan de lord Kent. Le había tendido una trampa a su propio nieto.

Ella no podía ser cómplice de ese suceso. Nada más abrió los ojos y vio que estaba sola en su habitación, justo cuando recordó todo lo sucedido, decidió que tenía que marcharse lo antes posible del lugar. No podía despertar a nadie o todos se enterarían de que ella se escapaba. Solo sabían lo sucedido: Bastian, su abuelo y un hombre de Dios que bien guardaría el secreto si el duque lo influenciaba.

Se puso un sencillo vestido de paseo, cogió el bolso más grande que llevaba en los baúles que había preparado la duquesa de Atholl, abrió la puerta de la alcoba, sacó la cabeza para mirar a derecha e izquierda, y cuando vio que todo estaba despejado, se apresuró a enfilarse por la escalera y bajar a toda carrera. Margot ya veía la salida a su alcance...

—Al fin entiendo el motivo por el que hacéis tan buena pareja Bastian y tú. —Margot cerró los ojos. Pillada. Detrás tenía al duque de Kent. Lo conocía poco, pero su tono de voz era inconfundible. Casi tanto como el del marqués.

—Lo siento. No puedo hacerlo —se disculpó sin atreverse a girar el busto.

—¿Casarte con el hombre al que amas? ¿Qué motivo tienes para huir? —El duque empezaba a pensar que esa muchacha era más compleja de lo que se veía a simple vista.

—Estará mejor con otra mujer. —No mentía. Realmente lo consideraba así. Había muchos sentimientos entre ambos, pero siempre acababan peleándose. Era una relación muy extraña y en verdad no podría soportar que él le hiciera daño con sus comentarios recordando el pasado.

—¿Y su hijo? —lanzó la pregunta como si fuese un látigo.

Ella se giró para enfrentarlo.

—¿Se lo ha contado? ¿Su nieto se lo ha explicado? —preguntó apurada.

—No exactamente. Pero cuando llegó a mi casa hablando de ti, él dijo que se había asegurado de que tú no tuvieses alternativas. No estaba seguro de lo que significaba, pero al ver que tú no eras una invención, me di cuenta de que te había deshonrado.

No tenía caso negar lo que imaginaba que sucedía entre la pareja, más después de que un sirviente, la noche anterior, le avisase de que el marqués había ido a la habitación de la joven, tal y como se figuraba el duque que así ocurriría. Ahí Kent, vio lo que tenía que hacer, pues su nieto era del todo predecible, puesto que si no había podido hablar con ella durante el día, lo haría a deshoras. El plan del duque no fue otro que casar a Londonderry en un abrir y cerrar de ojos. James no iba a esperar a que su nieto idease una excusa para huir de lo que el abuelo deseaba. Lo que no se figuró, fue que la dama tratase de escabullirse a hurtadillas a la mañana siguiente de dejar el asunto cerrado. Una verdadera suerte que James tuviese el sueño ligero y acostumbrase a madrugar.

—Fue solo una vez y... —No se creía que hubiese dicho justo esas mismas palabras que le echó a la cara Bastian.

—Con una sola basta. —Ella frunció el ceño. ¿Los habría estado espiando?—. Estás demente —siguió hablando el duque—, si crees que voy a permitir que te alejes portando a mi bisnieto en tu vientre. Deja ahí tu bolsa y ven conmigo para que podamos hablar.

—De verdad, no le miento, siempre pensé que sería una esposa modélica, pero me he dado cuenta de que ese papel no es para mí. Su nieto está muy interesado en *lady Katherine* y es mejor partido que yo.

—No. Lo dudo mucho. —No mentía. James había examinado el comportamiento de Bastian con la otra muchacha y se veía a la legua que él amaba a Margot—. ¿Vas a venir o me vas a obligar a cargarte sobre mi hombro?

La muchacha abrió los ojos con sorpresa no tanto por la pregunta, más por el tono empleado por su interlocutor. Sí. Era igual de intrascendente y tirano que Bastian. Margot miró la puerta de la salida mientras se mordía el labio. Podría salir corriendo y... ¿A dónde iría? Sin dinero, ni contactos, sola. Se había levantado con la idea de escapar de Bastian, pero más allá de marcharse de la casa, no había planeado nada.

—Yo... —comenzó a decir.

—Te advierto que sigo manteniendo mi fuerza, muchacha. No trates de desafiar a un duque vanidoso, orgulloso y con capacidad para darte una buena zurra. —Avisó a la muchacha con tono enérgico y ducal.

—Iguales... Exactamente es idéntico al nieto —susurró con resignación la rubia al tiempo que dejaba a un lado su bolsa de viaje.

En el momento en el que se colocó detrás del duque para ingresar en su gran despacho, se oyeron voces desde lo alto de la escalera. Las siete jóvenes invitadas a la fiesta, perfectamente vestidas, estaban cuchicheando y la observaban con sorna y maldad. En dos segundos, las madres salieron detrás de ellas y también varios criados que las damas habían traído. El rumor sobre que el marqués había sido sorprendido en la habitación de Margot se esparció como la pólvora. La rubia lo sabía por el modo en el que la competencia la estaba juzgando. Suspiró. ¡Todo le salía mal!

La orgullosa madre de la denominada *lady Katherine* fue la que se atrevió a hablar cuando la comitiva llegó hasta la entrada.

—¿Es cierto que hay una boda con... *lady Margot*? —La madre pronunció el título y el nombre de ella con desagrado.

El duque echó las manos a la espalda y se las agarró. Intuía que se avecinaban problemas. Tuvo que haber invitado a menos muchachas.

—Me temo que sí. Mi nieto se declaró anoche y la dama ha accedido —argumentó mientras miraba con una sonrisa a Margot.

—¡Qué pérdida de tiempo! —apuntó airada la orgullosa madre mientras salía por la puerta.

Todo el mundo se marchó, dejando encantado al duque de Kent, pues no disfrutaba demasiado socializando con tanta gente, en especial con un público mayoritariamente femenino. Al final había sido más fácil de lo que pensó despacharlas a todas...

Margot y él se quedaron solos.

—Ha sido fácil despedirlas —reconoció en alto James.

—¿Cómo se habrán enterado tan pronto de lo sucedido? —inquirió más para sí misma que para el abuelo de Bastian.

—Porque mis sirvientes tenían orden de susurrarlo —confesó sin inmutarse James.

—¡Excelencia! —Lo llamó al orden porque él se había ocupado incluso de sacudir los pocos cimientos de su reputación esparciendo el chisme.

—No te alteres tanto, niña —habló con humor—. Solo han contado que Bastian llevó a tu alcoba un precioso ramo de rosas para declarar su amor y que te preguntó, delante del señor Holt y de mí, si accedías a ser su esposa. Todo muy civilizado y dulce. Una historia de amor que, probablemente, las siete damas contarán de modo diferente, ruin, pero que en mi invención resultó acertada.

—¿Acertada? ¿Acertada para qué? —No era para nada conveniente.

—Para que se marchasen lo antes posible y pudiéramos officiar la boda con tranquilidad. —La informó con una brillante sonrisa de autosatisfacción.

—Sigo pensando que no deberíamos casarnos. Su nieto y yo nos llevamos como el perro y el gato. Usted no lo comprende, pero yo no tendría que...

—No sé cómo te las apañas, Margot. —Se oyó una profunda voz marcada por el enfado. La rubia sabía que era Londonderry—. Eres única menoscabando el orgullo de un hombre, más el de un marqués. Tal vez no fuese mala idea que contrajeses matrimonio con mi abuelo.

—¡Bastian! —lo regañó el duque.

—¿Qué? —inquirió con despreocupación el aludido.

—Nada. Creí que la deseabas para ti, pero si estás dispuesto a dejarla libre... —El abuelo soltó la frase a medias a sabiendas que su nieto estaba carraspeando los dientes y apretando los puños.

Cuando llegó hasta la altura de ambos, Bastian miró con reprobación al duque y se centró en la joven.

—¿Y bien, Margot? ¿Un duque o un marqués? —preguntó con seriedad Bastian—. Parece ser que mi abuelo tampoco es inmune a tus encantos... —La vista de Bastian se quedó anclada en un bulto que sobresalía en el suelo, junto al primer escalón de la escalera. Un bolso. Estaba escondido, pero se acercó para corroborar su primera hipótesis—. ¿Abuelo, se marcha usted? —ironizó mientras sostenía la bolsa decorada con detalles de flores rosas entre los dedos de la mano derecha.

—La cocinera ha pedido unos días libres. Imagino que ha dejado ahí su equipaje en un descuido —habló lord Kent, tratando de proteger a la joven.

Margot se convirtió en una muda espectadora de la discusión entre ambos, porque no se atrevía a intervenir. No quería que Bastian se enfadase más.

—Nunca pensé —comenzó a decir Bastian mirando a su abuelo— que fuese capaz de mentir por otro. Lleva toda una vida aludiendo a la importancia de la verdad sobre todas las cosas, y es muy curioso como ella —la señaló con el dedo índice— ha conseguido lo que nunca creí probable...

—¿Insinúas que miento, muchacho? —saltó indignado.

—No me obligue a abrir la bolsa y dejarlo en evidencia, abuelo.

—Adelante, hazlo —lo desafió lord Kent.

Así fue como el marqués abrió el bolso y sacó un refinado vestido de día con florecillas lilas y fondo gris perla.

—Un atuendo muy elegante para una sencilla cocinera, ¿no cree, abuelo?

—Un vestido apropiado para una señora que trabaja en la casa de un duque —rebatía sin inmutarse.

El marqués bufó. Su abuelo llevaría el teatro hasta el final, así que extendió el vestido para que quedase bien a la vista el corte de debajo del pecho. Era estrecho y la mujer de la que hablaba el duque era voluminosa.

—Se necesita, como mínimo, un segundo vestido como este, para que la señora Medelson

—así se llamaba la aludida—, entre en esta pieza de ropa.

—Tal vez sea un regalo para uno de los familiares a los que va a visitar —opinó tratando de restar importancia a la acusación del nieto.

El marqués sacó unos pequeños escaupines a juego muy coquetos del interior de la bolsa.

—¿Y eso lo usará en un baile en Londres o se los calzará cuando le prepare su sopa de pollo, abuelo?

—Otro regalo. Mis sirvientes perciben por su trabajo un estipendio de lo más generoso. Así que la señora Medelson puede comprar lo que quiera para su sobrina.

—Una sobrina... —repitió con hastío, sin creer lo que oía—. Debo reconocer que es usted igual que ella —dijo y la volvió a señalar con el dedo—, porque los dos son capaces de seguir con la farsa y la mentira hasta el final.

—Pamplinas —habló el duque moviendo su mano para restar importancia a las acusaciones—. Deja eso ahí para que la señora Medelson pueda encontrarlo cuando recuerde dónde lo dejó y vayamos a mi despacho para firmar los contratos matrimoniales. Tengo una cara licencia especial que espero utilizar de inmediato. —El duque sacó su reloj y miró la hora. Las ocho en punto. El vicario era un hombre muy dado a mantener la decencia moral. Era extraño que no estuviese ya listo para limpiar el honor de la dama. En ese instante se oyeron unos pasos. Mientras el duque había hecho eso, Margot y Bastian se estuvieron mirando con intensidad... Bien, él con enfado y ella con tensión.

—¿Y bien? —lanzó la pregunta Londonderry mirándola.

El señor Holt llegó hasta donde se encontraban los tres.

—¿Qué? —respondió ella con otra pregunta.

—¿Te quedas? ¿Te vas? ¿Te casas con mi abuelo o lo haces conmigo? —inquirió con remarcado tono de enfado.

—¡Santo Dios bendito! —exclamó escandalizado el vicario al oír las preguntas que el marqués le hacía a la dama.

—No le haga caso, señor Holt, mi nieto es un hombre tremendamente celoso con lo que considera de su propiedad, y no lleva bien tener que compartir las atenciones de su inminente esposa con este viejo duque. —James se llevó al despacho al ministro de Dios, quien estaba muy compungido. Los esperarían allí porque se veía que Bastian necesitaba aclarar las cosas con su futura esposa.

El duque se giró. Tal vez sería mejor decirle a un sirviente que echase la llave de la puerta principal para que la dama no escapase... Negó con la cabeza. Estaba seguro de que su nieto no la dejaría marcharse.

—¿Vas a contestar de una vez? —La volvió a interrogar Bastian una vez que estuvieron a solas.

El marqués dejó el bolso y los demás enseres en el suelo, se acercó hasta ella y la miró fijamente a los ojos.

—¿Qué quieres que haga, Bastian? Decide tú por los dos porque yo estoy cansada de hacer siempre mal las cosas contigo.

—¿Mal? Creo que la palabra que buscas debería ser más dura. Me has negado la mano demasiadas veces. No contenta con ello, exigiste que me volviese a proponer para ser tu esposo. Nos sorprenden en una situación incómoda, le aseguro al honorable señor Holt que voy a casarme contigo, me doy la vuelta y tratas de abandonarme sin miramientos. Margot, creo que no lo estás haciendo mal. —Negó con la cabeza—. Me parece que te mereces que te saque a patadas de mi casa.

Ella levantó el mentón, pese a que comprendía las acusaciones había algo en él que la impulsaba a desafiarlo.

—Me iré si crees que debo dejarte. Me marcharé de inmediato. —Le traspasó la responsabilidad para que él decidiese qué hacer con ella.

—Ganas de darte una lección no me faltan, pero por el bien de la cordura de todos, es decir, la de mi abuelo, la tuya y la mía, creo que será mejor que nos casemos por lo que pueda estar ocurriendo en tu interior. Eso sí, una cosa debes comprender sobre mí. Nunca me he considerado una persona fácil, pero sí soy justo, honrado y cabal. Eres la única que ha conseguido sacarme de mis casillas. Si te conviertes en mi esposa no habrá más hombre para ti que yo. Serás mía en cuerpo y alma. Acepta esta única condición o vete.

Se tomó un momento para analizar sus palabras. La pregunta vino a su mente sin poder evitar que escapase.

—¿Tú serás mío? ¿Solo mío? —quiso averiguar con temple.

Bastian frunció el ceño. No esperaba una cuestión como la pronunciada.

—¿Quieres que lo sea?

—Sí —respondió sin lugar a duda.

—Entonces lo seré.

La vio asentir. Él se relajó un poco. Tenían muchas cosas que aclarar y debatir, pero como pequeña tregua, esa conversación prometía.

—Yo... quiero que sepas que tu abuelo... él... Yo no...

—Margot, nunca has sido una mujer dubitativa, por favor, no estropees lo único que valoré en ti en un primer momento —le recomendó en un tono un poco arisco.

—Yo no deseaba casarme con tu abuelo, como sé que han insinuado las demás candidatas a marquesa. Solo ha sido atento conmigo.

Bastian tomó una gran bocanada de aire. La expulsó.

—Lo sé. Lord Kent tiene un retorcido sentido del humor cuando se trata de mí.

—Yo quería que lo supieras.

—Hay otras cosas que deseo saber y no estás dispuesta a desvelar. —Ella agachó la mirada intuyendo que Bastian se refería a la identidad del hombre al que se entregó antes que a él.

—En ocasiones, es mejor dejar el pasado olvidado. No merece la pena recordar lo que duele. —Se sinceró con humildad.

—Supongo que no puedo culparte por no confiar en mí todavía —señaló sabiendo que ambos necesitaban tiempo.

—Estoy dispuesta a intentarlo. Te prometo que si me dejas, puedo llegar a ser la esposa que necesitas. Al menos pondré todo mi empeño en ello.

—¿Por qué no podemos hablar así cuando estamos juntos? En todo este tiempo nunca te había visto tan sincera como ahora. ¿Tanto te cuesta mostrarte ante mí?

—¿Yo? —Se puso a la defensiva de inmediato—. No es como si tú pusieras de tu parte. Soy consciente de que he cometido errores que pueden considerarse imperdonables, más para una mujer que está a punto de convertirse en tu marquesa y futura duquesa, pero ¿cuándo has tratado tú de mostrar sinceridad? Nunca, y yo te oí aquella vez que... —se calló de golpe porque sabía que su tono era demasiado defensivo.

—Creo que he sido más sincero que tú —rebatió raudamente.

—No. Yo te oí, Bastian. En la boda de Ruth Anne te escuché hablar con su hermano. Solo deseabas a una mujer que evitase que tu abuelo siguiera asediándote, decidiste que yo era la adecuada. Por algún motivo que no alcanzo a comprender, o tal vez fuese para castigarme,

decidiste que yo sería tu esposa. Y te oí claramente decirle a lord Albans que me seducirías para conseguir tus propósitos.

Él se quedó pensativo un momento tratando de recordar aquellas palabras.

—Sí, lo dije. Pero porque había decidido seducirte en cuanto te vi en el Legancy. Esa ridícula máscara no engañaba a nadie, te lo dije en su momento. Si yo hubiese sabido que no eras una mujer inocente, te habría tomado para mi disfrute durante aquel primer beso que nos dimos. ¿Lo recuerdas? ¿Mi primer beso?

—Sí. Recuerdo muy bien que me agarraste por el brazo sin mi consentimiento y que me llevaste a una estancia que supuse que era la tuya privada, para besarme.

—Así fue. —Tenía fresco en la retina aquel día. Trató de robarla sin remordimientos porque en verdad deseaba besarla. Su orgullo deseaba demostrarle que ella podía gritarle y enfrentarlo, pero que se derretía cuando estaba entre sus brazos. No contó con lo que la pequeña arpía rubia le haría sentir.

—¿Vas a olvidar en algún punto que no fuiste el primer hombre con el que tuve un contacto íntimo, Bastian? —preguntó con sencillez y mirando hacia el suelo.

Él le levantó el rostro con un dedo apoyado en su barbilla.

—Con sinceridad no lo sé. Los celos me llevan a los infiernos, Margot.

—Entonces tendremos un obstáculo prácticamente insalvable —opinó con gran pesar en su corazón.

—Deberás confiar en mí, en ti, en que podamos construir algo lo suficientemente sólido como para soportar lo que nos depare el futuro.

Ella cabeceó para afirmar.

—Nunca creí que diría algo como esto: pero estoy de acuerdo contigo por completo. Siento no poder cambiar el pasado. El futuro sí me pertenece y si tú pones de tu parte, estoy dispuesta a hacer lo mismo. Estamos juntos en esto.

—Lo haré. No tenía intención de casarme, Margot. Mi abuelo puede haber dicho que iba a desheredarme, pero yo tengo mi propia fortuna. Soy un hombre hábil con los negocios florecientes y desde que el abuelo se empeñó en que debía tomar esposa, intensifiqué mis esfuerzos por llenar mis arcas. No soy un noble tan ocioso como parezco. Tengo mis recursos y yo siempre protejo lo que es mío. —La última apreciación fue dicha con tanta vehemencia que Margot sí fue capaz de sentir un manto de protección a su alrededor.

Ella le sonrió.

—Entonces, protégeme porque yo haré lo mismo por ti.

Él abrió sus brazos y ella se dejó caer en su pecho. Margot cerró los ojos y disfrutó del calor que él desprendía. Oía su corazón latir igual de fuerte que el suyo propio. Bastian la separó un momento de su cuerpo y la obligó a mirarlo. Acarició sus labios con sus dedos y ella se dejó hacer.

—Tienes un poder sobre mí que no puedo soportar. Úsalo bien, hechicera —le recomendó antes de descender la cabeza para besarla con tranquilidad. Era terca, lo desquiciaba, lo enervaba, lo enfadaba, y sí, lo volvía completamente loco. Loco de deseo, de ternura. Ella hacía que él quisiera protegerla. La sentía suya. Suya y de nadie más. Era vanidoso, era orgulloso, rudo, tirano y a veces antisocial, pero con ella se desprendía de todas esas capas y acababa cediendo a lo que le inspiraba: amor.

El descubrimiento, revelado mientras le daba un suave y profundo beso, llegó de una forma tan arrolladora que le hizo quedarse quieto.

—¿He hecho algo mal? —Quiso averiguar Margot cuando Bastian dejó de besarla.

—No. No. Tú no, pero creo que yo he cometido un error.

—¿Cuál? —Trató de averiguar mientras lo miraba embelesada. La protección que él desprendía... Margot nunca soñó con poder llegar a sentir algo tan potente como eso.

—Yo creo que me he...

—Hay una licencia especial que está esperando a ser usada —salió el duque a buscarlos.

Bastian agradeció la interrupción. No estaba preparado para lo que supondría revelar sus sentimientos.

—Ya vamos —informó Bastian a su abuelo. La miró con una gran sonrisa—. ¿Estás lista?

—Sí. —No mentía. Deseaba dar el paso.

Los dos comenzaron a andar hacia el despacho del duque.

—Solo siento que sea una boda precipitada, pero creo que será mejor sellar el acuerdo para que no tengas escapatoria. —Al oír esto, ella se ladeó para mirar su rostro y poder evaluarlo—. No vuelvas a huir de mí, Margot. Te juro que allá donde vayas te encontraré y entonces sí azotaré tus bonitas nalgas.

—¡Bastian! —lo regañó. Él no podía decir esas cosas cuando su abuelo estaba a poca distancia de la pareja.

—No he dicho ninguna mentira —se defendió.

—Muchacho, trata de guardar algo para ti —dijo el abuelo azorado por lo que acababa de escuchar. Fue una suerte que el señor Holt estuviese al otro lado de la habitación y no hubiese oído la picarona advertencia.

Bastian miró a su abuelo con media sonrisa.

—Lo haré, pero no vuelva a coquetear con mi marquesa o tendré que desafiarlo a duelo.

—Da gracias de que sea tu abuelo, chico, y de que te quiera, porque de otro modo, estaría tentado a robártela. —Lord Kent le guiñó un ojo a Margot. Bastian vio el gesto y exhaló.

—Dado que mi abuelo ha encontrado un nuevo punto para fastidiarme, te rogaría, Margot, que frenases cualquier avance que el duque haga.

—¡Bastian! Estás hablando de tu abuelo. Él no haría nunca nada para perjudicarte —señaló la joven dándole un beso en la mejilla al hombre que había hecho posible que ella al fin se convirtiese en una esposa. Un sueño tan lejano... Al fin iba a cumplirse.

—¿Ah, no? —inquirió no muy seguro el marqués.

—Claro que no... Es un hombre inteligente. Él ha hecho que tú acabes casado con la que será la mejor esposa de todo el mundo —exclamó pagada de sí misma. Estar rodeada por Bastian y por el duque era una sensación maravillosa. Se sentía como una familia que la protegería y cuidaría. Sí. Ella podría vivir en el campo con esos dos hombres divertidos que harían de su vida una cosa interesante y entretenida. No necesitaba más. Ruth Anne no vivía lejos y por lo que había oído, April residía también en el campo, a poca distancia.

Una nueva ilusión. Una nueva vida. Una nueva esperanza. Margot entró en el despacho de lord Kent siendo la hija del conde de Burst, y cuando el vicario obró su magia, y Dios otorgó sus bendiciones a la unión, la marquesa de Londonderry dejó la estancia siendo portada en los brazos del marqués. Su esposo. Su Bastian.

—Puedo usar mis piernas, ¿sabes? —Estaba un poco avergonzada por las libertades que su esposo se había tomado frente al duque y el vicario.

—Sí, pero yo iré más rápido.

—¿Irás? ¿A dónde? —preguntó un tanto nerviosa al ver que él se disponía a ir escaleras arriba.

—A mi habitación. —La pareja ya estaba subiendo mientras oían al abuelo reírse a carcajadas

por la reacción de su nieto—. No has tenido la boda con la que toda dama casadera sueña, pero sí voy a ofrecerte la noche de bodas que pocas mujeres consiguen.

—No es de noche, Bastian —hubo de recordarle.

—Mejor, porque me gusta hacer el amor contigo a plena luz del día.

—Aunque me consideres una casquivana, —ella se sentía así por haberse entregado tan rápido a David y con tanta impaciencia a Bastian y no le sabía mal reconocerlo porque era una mujer sincera—, tengo un poco de pudor, y subir a tu cama, con tu abuelo y el señor Holt imaginando lo que vamos a hacer...

—Ah, ah. Puedes ser toda una libertina atrevida y falta de pudor cuando estés en mi lecho. Nunca me quejaré de eso. Además, siendo objetivo y honesto, reconozco que me siento alegre por no tener que lidiar con una joven virginal. Ni te imaginas lo que uno escucha en el club de caballeros de White's.

—¿Qué escucha uno allí? —dijo con curiosidad.

—A jóvenes lores recién casados hablando de las lágrimas y la incomodidad que sufren sus esposas cuando ellos las visitan en la cama.

Habían llegado ya a su habitación y Londonderry la estaba dejando sobre el lecho.

—No es correcto que un caballero hable así de las intimidades con su esposa. —A ella no le gustaría que Londonderry airease sus asuntos públicamente. Por suerte, en el campo ambos estarían más protegidos.

—Lo sé, pero allí dentro no suele haber mucha corrección cuando corre el *whisky*.

Margot estaba sentada en la cama admirando a ese hombre que se acababa de convertir en su esposo. La discusión de la noche anterior se sentía lejana. Tanto que ella se prometió que haría todo lo posible para mantener la paz entre ambos.

Lo vio desanudarse la corbata blanca y abrirse la camisa con violencia. Los botones saltaron por los aires y rasgó la tela.

—Eres tan impulsivo...

—Lo soy porque tú estás en mi cama. Eres mi esposa y tengo todo el derecho de tocarte, acariciarte, besarte, lamerte y hundirme en ti hasta el final.

—Eres demasiado específico cuando hablas de tus deseos. —le reprobó.

—Soy un hombre de fuertes apetitos, Margot. Si solo vas a estar tú en mi cama, creo que será mejor que te diga lo que voy a hacerte cada vez que estés cerca.

—Eres tan incorrecto. —Y por ese motivo lo adoraba.

—Me alegra que solo objetes mi incorrección y no censures mi hambre por ti.

—No la puedo censurar, porque yo te deseo también. Y más te vale que estemos solos tú y yo en tu cama —comenzó con el juramento—, porque te prometo que si osas engañarme haré de tu vida un infierno.

—Apuesto a que lo harías, pequeña arpía. Por cierto, ¿*lady* Atholl te ha dado alguno de esos camisonos que te prestó? —Bastian se sentó en la cama para sacarse las botas hessianas con un poco de esfuerzo. Se incorporó y se fue quitando los pantalones.

—Sí. Ella puso un par. —Cuando los vio en el fondo del baúl se sonrojó.

—Fabuloso, mañana podrías mostrarte con uno, que sea el más indecente de los que te haya puesto. —Se le hacía la boca agua imaginándola con un poco de tela transparente sobre su cuerpo.

Ella rodó los ojos. Era un tirano incluso en sus peticiones íntimas. Margot dejó de pensar en el momento en que vio lo que se presentaba ante ella.

Bastian se quedó completamente desnudo. El pecho de él, con un poco de vello negro entre

sus pectorales, la dejó sin aliento. Siguió mirando hasta que vio un miembro erecto, tan grande que su boca se abrió de par en par... ¿Eso se había insertado en ella? Era un milagro que no la hubiese partido en dos.

—Eres grande en todas partes —señaló observándolo con absoluto detenimiento.

—Lo soy, en todos los aspectos —dijo fanfarroneando. Margot rodó los ojos de nuevo. Ese era su esposo: vanidoso y arrogante—. ¿Por qué sigues vestida, mujer? —preguntó con molestia—. ¿No tienes ganas de que te haga el amor? —Estaba un poco decaído al ver la poca acción que ella estaba poniendo en su noche de bodas. Sí, bien, la seducción estaba siendo orquestada de buena mañana, pero era el día de su enlace y eso era lo que importaba.

—Muchas. —Comenzó a decir ella mientras se incorporaba.

—¿Por qué no estás desnuda ya implorando por mis atenciones?

—Porque antes recibirás tú las mías.

—¿Qué pretendes? —inquirió con cierta diversión al observarla mirarlo con picardía.

—Conocer a mi esposo. Has dicho que me deseabas libertina en tu lecho y yo te lo concederé.

—Margot llevó una mano hacia su eje para tocar su textura. Era grueso, fino al tacto, pero duro cuando lo apretó.

—Me parece bien, pero tengo una petición que hacerte.

—¿Qué desees, esposo? —inquirió en tono seductor.

—Quítate la ropa y te dejaré explorarme a tu antojo.

—¿Yo podré hacer lo que desee contigo? —No se hubiese imaginado que él le cedería el control con tanta facilidad.

Él se rio con ligereza.

—Vayamos paso a paso, hechicera. No sé si estás preparada para manejarme sin mi ayuda.

—No la veía tan mundana como imaginaba que Margot se sentía en estos momentos.

—¿Es un reto?

—¿Quieres que lo sea?

—¿Por qué no? —preguntó juguetona.

Margot soltó la virilidad que había estado sosteniendo. Llevó sus manos a los botones delanteros del sencillo vestido que había servido para casarse y comenzó a desabrocharlos. El atuendo cayó al suelo. Se quedó con la camisola, las enaguas y las medias.

—Por Dios, Margot, quítatelo todo o tendré que asaltarte. No imaginas las ganas que tengo de hacerte mía de nuevo. Desde que bajaste del carruaje y te vi... Nunca te perdonaré que no vinieses el viernes como te pedí.

—¿Cuándo me pediste que viniera? —Quiso averiguar al tiempo que se deshacía de la camisola.

—En Londres. Te informé de la fiesta y te invité a venir antes para que mi abuelo te conociera. Confieso que cuando supe que estabas en casa de lord Atholl, imaginé que podría traerte antes para que el abuelo anulase la estúpida *cacería del marqués*. —Puso una voz infantil para referirse a este hecho.

Cansado de estar de pie, se sentó en la cama para disfrutar de esa hermosa función privada que su esposa estaba dando solo para sus ojos. Se estaba quitando despacio la camisola, las medias...

—Tú no pides. Tú, esposo mío, ordenas.

Él encogió los hombros.

—Soy un marqués, es lo que hacemos. Y no es como si estuvieses libre de pecado, querida mía, porque intuyo que apareciste el sábado tratando de darme una lección. —La miró acusador.

—Te equivocas —rebatíó presta—. Hubiese venido a la fiesta el viernes, pero estuve enferma. —Estaba segura de que Ruth Anne la habría convencido para que recapacitase mucho antes si ella no hubiese estado indispueta.

Londonderry se incorporó con preocupación.

—¿Qué pasó?

—Me sorprendió una tormenta y lord Atholl vino en mi rescate. Estuve en cama unos días con fiebre. —Era un poco más serio que lo contado, pero no entraría en más detalles.

—Dios mío. ¿Por qué no mandó por mí el duque de Atholl? —Cuando viese a su padrino tendría unas palabras con él.

—¿Te hubieses atrevido a dejar la fiesta y venir en mi busca? Tu abuelo se hubiera enfurecido muchísimo. —Veía una gran pelea entre ambos si eso llegaba a ocurrir.

—Eres mía, Margot. En el mismo momento en el que me besaste, sentí que me pertenecías. Yo siempre protejo lo mío. Desde luego que hubiera ido a verte de inmediato. —La vehemencia con la que lo dijo le hizo bailar el corazón.

—No me gusta sentirme como si fuese una posesión, como un mueble. —La protección sí le gustaba, pero él se mostraba demasiado déspota.

—No lo eres. Eres mi más preciado tesoro, mi esposa —precisó con firmeza.

—Está bien. Te lo concedo, pero solo porque me encanta sentirme protegida por ti cuando dices cosas como esa —confesó con delirio.

—¿Te has recuperado del todo? ¿Hay que llamar a un médico? —Bastian le tocó la frente como si la fiebre aún pudiese persistir. Ella se sonrió; estaba febril, pero por culpa de lo que él le inspiraba.

—No. Lo que hay que hacer es tumbarse, señoría, para que su esposa lo examine con atención. —Margot, sin nada más que su lustrosa piel lechosa, se acercó a la cama y de un pequeño brinco se subió sobre él.

—Soy todo suyo, *lady* Londonderry —susurró lleno de lujuria.

—Me gusta mi nuevo título.

—Te sienta bien. Sobre todo, desnuda y estando sobre mí. ¿Qué me harás?

—Quiero acariciarte y lamerte. No sé cómo hacerlo, vas a tener que enseñarme. —Margot sujetó su erección. Lo que más interés le causaba en el cuerpo de su esposo, era esa parte tan grande. Se sentía libre cuando estaba con él. Tanto como para poder actuar obedeciendo a sus impulsos primitivos.

—¿No sabes tocar a un hombre? —preguntó con sorpresa.

—No —respondió con sinceridad.

—Pero... tú... —No era el momento más apropiado para sacar a colación que ella había yacido con otro, aunque...

Hubo un minuto de silencio muy incómodo.

—¿Puedo hablar con sinceridad y pedirte que no te enfades? —preguntó la rubia.

—Siempre debes hablar con la verdad cuando te dirijas a mí, porque yo pienso hacer lo mismo contigo. En cuanto a lo de no enfadarme... No estoy seguro de poder controlarlo, porque bien sabes que soy un hombre muy temperamental. Aunque te prometo que trataré de ser paciente si tú también lo eres. —Tampoco es como si ella se quedase atrás en cuanto a no morderse la lengua.

—Yo no era virgen cuando llegué a ti, pero después de haber estado contigo, comprendí que nunca hice el amor. —Esa era una verdad universal. Su primer encuentro fue del todo... No sabría cómo calificarlo, pero no fue como lo vivido con su esposo.

—¿Qué quieres decir? —Londonderry no alcanzaba a comprenderla.

Ella suspiró. Apoyó las manos en el robusto pecho de él y jugueteó con su suave vello. Fijó su vista en ese punto de sus manos.

—Tumbarse sobre tu espalda y sentir un inmenso dolor mientras te... —Tragó saliva viendo que su esposo se ponía muy serio—. En fin, yo no hice más que lo que acabo de decirte. No sucedió nada placentero como lo que tú me haces.

—¿No hubo placer? —No sabía quién podía ser tan patán. Incluso con una virgen, un hombre tenía que dedicarse tiempo a investigar y hacerla sentir cómoda.

—No hasta que tú llegaste. No supe lo que era eso hasta que me besaste y mis rodillas se sintieron como si se derritieran.

—¿Nunca te besó? —Estaba pasmado.

—Un ligero roce en los labios no debería ser considerado un beso. Eso también lo aprendí después de que tú saqueaste mi boca. —Le sonrió con coquetería.

—¿Estás segura de que perdiste la virginidad? —Saber que ella había descubierto las bondades de la pasión y la lujuria con él le dio un orgullo desmedido en su ser. Mucho más de lo que acostumbraba a sentir.

—Londonderry —usó el título a propósito—, de aquello resultó un bebé. Evidentemente hice todo mal, pero sí hubo consecuencias.

—Cierto. Me olvidé de esa parte. —Él tendría que ir a visitar a la familia de su esposa pronto y decirles un par de cosas que...

—Bien, creo que ya te he confesado lo más humillante de mi vida. Siento que haya sido justamente cuando nosotros estamos a punto de... —Se humedeció los labios y mordió el inferior. Tenía a un maravilloso ejemplar bajo su cuerpo... ¡desnudo! Y era solo para ella, para su placer y deleite. Se sintió plenamente posesiva con su marido.

—De consumir nuestro matrimonio. —La ayudó al ver que ella se quedaba callada.

—Sí.

—No te disculpes, me agrada que solo sintieras dolor. —Hizo una mueca cuando ella le propinó un pellizco en su abdomen. El marqués se dio cuenta de lo que había dicho en alto—. Quiero decir que no me alegra que te doliera que... Margot, esto es muy complicado —él mismo se estaba haciendo un lío—, solo estoy complacido de que hayas disfrutado conmigo y únicamente conmigo.

Ella le sonrió de nuevo. Se agachó un poco y le dio un ligero beso en los labios. Él aprovechó el gesto y hundió su lengua en la cavidad femenina para darle un beso húmedo muy prometedor. Cuando Margot consiguió escapar de sus garras le dijo:

—Me he atrevido a decírtelo porque intuía que la noticia te agradaría.

—Soy demasiado celoso, soy consciente de ello. Trataré de mejorarlo todo cuanto pueda, pero no prometo nada. —La verdad es que desearía tenerla solo para él durante una buena temporada de tiempo. No le agradaba ni la idea de tener que compartirla con el servicio... y especialmente con su abuelo, pues sabía que el duque la adularía y la haría sentir una princesa para que ella lo quisiera tanto como a él mismo.

—Me gusta sentirme querida y protegida, únicamente intenta no enfadarme —ella sonrió antes de agregar—: y todo irá bien.

Él bufó con diversión.

—De acuerdo. Ahora haz el favor de comenzar a tocarme porque estoy loco de deseo por ti. —Levantó un poco sus caderas para evidenciar lo dicho y ella se asustó debido a la sorpresa.

—Eres malvado.

—Sí, mucho. Empieza a hacer algo o yo tomaré el mando, querida. —La avisó muerto de necesidad.

—Está bien. ¿Puedo hacer lo que quiera?

—¿Qué te propones? —preguntó con cautela al verla morderse el labio muy codiciosa.

—Me gustaría probarte, aquí. —Ella movió su virilidad.

—Dios santo, hazlo mujer —la invitó con alegría.

Margot descendió sobre su cuerpo y se colocó entre las piernas del marqués. Agarró el falo con las dos manos y lo examinó y movió a su antojo. Comenzó con delicadeza, pero viendo que él no se quejaba, comenzó a moverlo de arriba a abajo con suficiente presión y ritmo para que él gimiese con fuerza.

—¿Estás bien? —No estaba segura de si el ritmo que le daba le estaría haciendo daño.

—En el cielo. Y espero estar mejor pronto.

—¿Cuándo? —No entendía la alusión hecha por su esposo.

—Cuando me lleves al interior de tu boca.

—¿Quieres que lo haga?

—Con todas mis fuerzas, Margot. Que una mujer ofrezca su lengua es poco habitual. Que tú lo hayas ofrecido en nuestra noche de bodas es una recompensa por algo muy bueno que he debido hacer.

—No es de noche.

—No importa, tengo los ojos cerrados. Está oscuro. Recompénsame, te lo suplico.

—Pero tú no has hecho nada bueno por tu esposa... —Oír su voz en una mezcla de autoridad y necesidad era tan extraño.

—¿No, pequeña bruja? Yo diría que sí.

—Está bien.

Ella se sonrió. Le gustaba que se mostrase tan vulnerable y urgido ante ella. Tal vez su boca pudiera ser un buen remedio para calmarlo cuando la situación lo requiriese, pensó en su interior, sabiendo que quizás sí acabase en el infierno por tener esos ideales libertinos. Bueno. Le daba igual, Londonderry dijo que la seguiría allí a donde fuese, así que poco importaba ir a visitar a Lucifer.

Margot sacó la lengua y probó una gota perlada que había en la punta. Lo oyó gemir con el sencillo contacto de su lengua. Envalentonada decidió rodearlo con su boca por completo. Las manos de él llegaron hasta su cabello y la sujetó para que no se moviese.

—Sube y baja tu mano sobre mi miembro mientras me tomas con la boca.

Margot lo hizo. Se dio cuenta de que él movía sus caderas con intensidad. Cuando no fue capaz de seguir el ritmo que él deseaba. Separó su boca del eje y respiró con tranquilidad.

—Lo siento, esposa. —Se había dado cuenta de que había sido muy rudo con ella—. Eres demasiado tentadora. ¿Te he hecho daño?

—No. Estoy bien —respondió al tiempo que llevaba sus manos para tocar sus sacos llenos—. Eres duro, pero blando. Es extraño. —Eran como dos pequeñas pelotas que la hacían querer investigar mucho más.

—Y tú eres maravillosa —confesó en el momento en el que su esposa palpaba con una mano sus atributos más sensibles, y con la otra lo masajeaba en su virilidad. Y cuando ella pegó su boca sobre él, todo se complicó. El ritmo de la mano era preciso, los tiernos apretones en sus testículos, sublime, y la presión de su lengua rodeando su hombría era esencial—. ¡Margot!

El grito hizo que ella se quedase muy quieta.

—¿Te he hecho daño? —se atrevió a preguntar con inseguridad. La respiración, los gemidos

y el deseo que percibía en su esposo, parecían indicar que estaba siendo una buena mujer en el lecho.

—No. No —se apresuró a negar—. Lo que sucede es que eres demasiado hábil y no quiero verterme en tu lengua... No al menos hoy. —Dios, solo de imaginar que ella pudiera haberse tragado su semilla... Lo hacía sentir como un hombre de las cavernas vanidoso y orgulloso.

—¿Qué haces? —Quiso averiguar cuando se dio cuenta de que él la levantaba de la cama, la dejaba a un lado y ponía un par de cojines en el borde.

—Quiero tomarte desde atrás.

—¿Cómo has dicho?

—Sube ahí —dijo y señaló los cojines—, te mostraré la locura que puedo provocar en tu cuerpo.

Margot no se atrevió a negarse. Él era el pícaro y ella estaba necesitada de su atención.

Se tumbó sobre su vientre en el lecho con los cojines por debajo y el colchón ayudó a que tuviera sus posaderas más altas. Trató de relajarse, lo consiguió cuando él comenzó a hurgar entre sus pliegues. Cuando sus dedos masajearon su pequeño botón... Fue grandioso.

Entonces lo sintió apoyarse en su apertura y se puso un poco nerviosa. Él lo percibió.

—Confía en tu esposo. Siempre lo haré bueno para ti.

Ella asintió dando su permiso y aceptando lo prometido por él.

Poco a poco, con tranquilidad y disfrutando de su estrechez, fue hundiendo su falo en el interior de su esposa sin dejar de tocar su botón del placer. Y ella gimió de puro gusto con la intrusión.

—Bastiaaan —susurró presa de la lujuria más dulce.

—Lo sé. Es maravilloso sentir tu humedad y calidez. Estás tan mojada que entró perfectamente en tu interior incluso desde esta posición.

La altura de él, le permitió recostarse sobre la cama, apoyando las rodillas para no hacerle daño al tiempo que seguía abriéndose paso. Llevó sus labios a la nuca de su mujer y la besó con devoción. Era indudable. Estaba irremediamente enamorado de ella. Esa pequeña bruja rubia lo había hechizado con su frescura y bravuconería.

Llegó hasta el fondo y gimió. Ella también gritó de placer.

—No pares... —le pidió queriendo moverse para sentir sus embestidas.

—Pequeña codiciosa... No pienso parar en todo el día.

Bastian se rio al sentirla tensarse bajo su cuerpo y comenzó a mover las caderas. Su miembro llegaba hasta casi la salida de la entrada de Margot y regresaba hasta el interior dando un recorrido que los mataba de gusto a ambos.

Pronto la danza se hizo insoportable. Cruda. Ansiosa.

—Más, más... necesito más, más... —le reclamó Margot sin vergüenza a su esposo.

—Y yo te lo daré. —El dedo que la trabajaba en su perla, comenzó a frotarla más fuerte. Las embestidas subieron el nivel y en pocos segundos, lord y *lady* Londonderry gritaron al unísono para alcanzar la cota más alta del placer que un hombre y una mujer podían conseguir juntos. En perfecta sincronía.

El rugido de la pareja, en especial el del marqués, reverberó en todas las partes de la casa. Incluso llegó inconfundible hasta el despacho donde el señor Holt y el duque estaban conversando sobre lo bien que había resultado todo...

Lord Kent se sonrió. Si su nieto no la había embarazado ya, poco faltaría. El señor Holt dijo una breve plegaria y se puso a pensar en que muy religioso, ese grito del marqués, no había sido...

Capítulo 9

Una noticia angustiada

Estaba soñando con él. Su esposo le estaba dando placer con su lengua y ella no podía más que abrir las piernas para ofrecerle un mejor acceso.

Los párpados de Margot se separaron perezosamente. Una sonrisa se dibujó en sus rosados labios. No era un sueño, era la habitual manera que tenía Bastian de despertarla. Había sido así durante las dos semanas en las que habían estado disfrutando el uno del otro sin censura, con libertad, con lujuria. Bastian y ella se conducían por sus impulsos primarios y era delicioso. Tal vez, haber oído a tía Theodora decirle lo malvada que era, había hecho que Margot al fin sí se convirtiese en una codiciosa libertina, porque el hambre por su esposo nunca cesaba.

Era maravilloso. Ser esposa de Londonderry era una fantástico. Vivir en su casa era otro privilegio. El duque de Kent se había trasladado a una habitación más alejada y les había dado a ellos las del duque y la duquesa. Su esposo no permitía que ella durmiera lejos de él, por lo que compartían la estancia de Bastian.

Le habían dado permiso para cambiar la decoración de lo que quisiera en la casa y ella había hecho los arreglos en su habitación. El resto estaba perfecto.

Estaba en su hogar. Se sentía en el paraíso y cada noche oraba para que Dios no la volviese a olvidar.

Su esposo introdujo dos dedos en su cavidad y ella gimió más alto.

—Bastiaaaaaan —susurró como una súplica.

Dos semanas y todavía no se saciaban el uno del otro. Se sentía tan deseada que iba a explotar de pura dicha. El marqués sí tenía fuertes apetitos. Habían estado retozando en las cuadras, lugar en el que echó a todo el mundo y la poseyó acusándola de incitarlo con ese traje de montar tan provocativo. ¡Si era una sencilla camisa y un pantalón que él mismo le pidió que llevase!

En la biblioteca. Margot se había subido a la escalera para buscar un libro en las últimas estanterías, y él trepó por detrás, para meter su cabeza bajo su falda y hurgar entre la abertura de sus enaguas.

En el despacho de Bastian. Toda una gran ventaja que estuviera alejado del de lord Kent, porque cuando la llamó para hablar de su asignación, ella acabó de rodillas bajo la robusta mesa de roble, trabajando la erección de su marido, mientras él seguía leyendo las misivas recibidas de Londres. Y ahí supo que él fabricaba un líquido espeso y blanquecido, que al pasar por su garganta se sintió caliente, tanto como ella se puso por complacerlo. Desde luego, cuando Bastian tuvo su recompensa, la esparció sobre la mesa y la leyó con gran interés... En concreto se centró en lamer y besar sus pechos, para luego levantarle las piernas y posarlas sobre sus fuertes hombros masculinos a fin de poder degustar su intimidad de un modo pausado, tierno y sensual que la hizo gritar su nombre mientras él seguía bebiendo de su interior.

Eran malvados. Uno y otro ideaban situaciones entretenidas para sorprenderse. Margot no deseaba que él buscase satisfacción en otro lugar y se tomó al pie de la letra la recomendación de su esposo para sacar el pudor de su vida cuando estaba junto a él. Su esposo. Su marqués. Bastian.

Dos semanas, y los asuntos del lecho prácticamente no tenían secretos para ambos.

Margot frunció el ceño y saltó ante el contacto de su esposo. ¿La lengua de él había llegado hasta ese lugar tan secreto e inadecuado?

—Te asusté... —dijo él mirándola desde su posición, es decir, que él figuraba entre sus piernas abiertas y le prestaba toda su atención.

—Yo... Confieso que... ¿por qué...? —Le había lamido su agujero posterior y eso sí que consideraba que no era decente, adecuado, ni normal, ¿verdad?

—¿Te ha molestado? —inquirió él con cautela.

—Yo... —Ciertamente no sabía qué responder—. Supongo que ha sido inesperado. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Te ha gustado? —El marqués estaba muy interesado en la respuesta de su esposa.

—¿Eso está permitido? —preguntó inocente.

—Entre un hombre y una mujer que se desean, todo debería estarlo, más si son esposos. ¿No crees?

Ella se tomó un momento para evaluar la observación del hombre que le había abierto un sin fin de posibilidades.

—¿Qué te propones hacer... ahí? —Se mordió el labio inferior.

—No lo sé con seguridad. Lo cierto es que he oído algunas cosas interesantes sobre la estrechez que hay en esa parte del cuerpo femenino.

—¿Has oído... qué? —Ella compuso una mueca de horror. ¿Quién le habría dicho algo como eso a su esposo?

—Conocí a una mujer de la que se decía que ella disfrutaba ofreciendo esa parte de su cuerpo a sus amantes.

—¿Se puede disfrutar usando eso? —Margot se quedó con los ojos como platos. Nunca lo habría pensado.

Londonderry se acordaba perfectamente del gusto que se le atribuía a la antigua amante de su mejor amigo, a lord Albans, quien se había marchado sin despedirse de Londres; y con quien no estaba en buenas relaciones debido a las discrepancias sobre esa amante llamada *lady* Montgomery, que era una aprovechada que hundiría en la miseria a su amigo.

—No lo sé. Nunca lo probé, pero contigo me dan ganas de improvisar.

Ella tragó saliva con dificultad.

—¿Estás insinuando que quieres hundir tu eje ahí detrás? —preguntó mortificada. Una cosa era jugar con todo tipo de dulces, como hicieron una noche que asaltaron la cocina, y otra diferente, querer meter su gran cosa en esa parte que era de salida. ¡Londonderry era del todo extraño! Debería negarse al punto porque tal vez si permitiera que él... en fin, *eso*, sí podría aparecer Lucifer y llevarlos a los dos a rastras hasta su morada.

Él sabía que estaba yendo demasiado lejos. Cuando estuvo lamiendo su sexo tuvo el impulso de hundir su lengua profundamente detrás. Deseaba reclamarla también en ese lugar tan prohibido. Nunca creyó que le interesaría hacer algo como lo que le venía a su mente, pero, por Dios, quería reclamar cada agujero de su cuerpo por el que él pudiese acceder.

—No lo haré si no me lo permites —respondió con sinceridad.

—O sea que sí quieres hacerlo. —Ella había escuchado perfectamente entre líneas.

—Sí. Me gustaría saber qué se siente, pero no lo haré si no quieres —le advirtió tratando de tranquilizarla.

—Yo... No sé si... —Suspiró sin saber cómo seguir la frase.

—¿Quieres que probemos una cosa? —propuso su marido para tratar de tranquilizar la ansiedad que percibía en su marquesa.

—¿El qué?

—¿Confías en mí?

—Siempre —apuntó sin dudarle un instante.

—Entonces tumbate y deja que yo trate de averiguar si tú toleras lo que me gustaría probar.

—¿Cómo lo harás? —No estaba demasiado tranquila.

—Acuéstate, cierra los ojos y deja que yo te lleve. A la primera incomodidad que sientas, solo dilo y me detendré.

Margot no alegó nada más. Hizo justo lo que su esposo le aconsejó. Se colocó en la cama. Volvió a abrir sus piernas lo máximo permitido y cerró los ojos con suavidad dispuesta a deleitarse con las caricias de Bastian.

Sonrió complacido por la confianza mostrada por su esposa. El marqués regresó su lengua al sexo de ella. La lamió con insistencia, haciendo que la saliva de él resbalase hasta llegar a la zona que le interesaba en esta ocasión. Llevó un dedo en el interior de su cavidad femenina y bajó el ritmo de su lengua porque no deseaba que Margot explotase tan pronto.

La otra mano de Londonderry tanteó el agujero posterior con ternura. Apoyó la yema en la entrada y cuando sintió que su mujer se relajaba y daba su consentimiento para que él investigase ahí, metió con delicadeza la falange hasta que no pudo entrar más el dedo índice.

—¡Bastian! —No había rastro de incomodidad o temor. Sí una lujuria comedida en la exclamación dicha por Margot. Se sentía llena. Delante, detrás... Varios dedos bailando en su interior mientras una lengua generosa premiaba su confianza con lamidas cada vez más ansiosas.

El marqués se sonrió. Ella era todo lo que un libertino pudo haber pedido en una esposa. Tan ardiente, tan necesitada, tan dispuesta a probar cosas nuevas. Lo primero que haría nada más llegase a Londres sería prescindir de los servicios de Beverly, su amante.

Era extraño que después de tantos meses, él no hubiera tenido la urgencia de ir a visitarla... Se sonrió de nuevo mientras seguía lamiendo el sexo de su mujer y movía sus dedos con frenesí. La pequeña hechicera rubia lo tenía tan pendiente de ella, que él no necesitó recurrir a los servicios de otra fémina. Los besos que le había robado a su marquesa fueron suficientes para mantenerlo satisfecho cuando todavía no la había conocido íntimamente.

Sería conveniente regalarle un caro collar de diamantes y cortar la relación con Beverly porque no iba a requerirla jamás. No con la esposa que se había agenciado. Con Beverly nunca tuvo ansias por degustarla, ni tan siquiera participaba activamente en su seducción. Solo se quedaba acostado mientras ella lo complacía según las indicaciones que él le daba.

Con Margot era diferente porque lo motivaba la curiosidad, el amor, la necesidad. Estaba tan enamorado que tenía un miedo atroz ante la idea de que ella no sintiese lo mismo. Y por ese sencillo motivo no había confesado sus sentimientos.

Glorioso. Ese hombre que le hacía el amor era increíblemente... ¡todo! La colmaba de tantas atenciones que ella cualquier día caería a sus pies. Pero se consideraba una mujer cauta. Sí, en cuanto a los hombres se trataba. No estaba dispuesta a desnudar todavía su alma porque, aunque en este período de tiempo él le estaba demostrando que el pasado prácticamente estaba olvidado, seguía sintiendo miedo por volver a ser traicionada por otro hombre. Si David le hizo daño y solo fue una ilusión de lo que pudo haber sido y no llegó a producirse, Bastian era mucho, muchísimo más que eso. Se había entregado a él en cuerpo y alma. Y en ese momento, en el que él volvía a reclamar algo que ella no pensó que pudiese ser dado, deseaba con todas sus fuerzas poder otorgárselo.

Su esposo dejó quieta su boca en un punto y su lengua castigó con fuerza su montículo más sensible. La intensidad de las pequeñas, pero certeras embestidas hechas con sus dedos la hacían

delirar. Llena. Ansiosa... La cosa se complicó cuando sintió que su esposo trataba de meter un segundo dedo en su cavidad posterior.

Deseaba ser una buena esposa. Una amante complaciente. Cerró los ojos con fuerza e inspiró aire para relajar su entrada. Lo quería ahí. Si él necesitaba profanarla con dos dedos delante y otros dos detrás, ella haría todo lo posible para poder albergarlos. Su lengua le daba tanto placer que no sentía más que lujuria líquida circulando por sus venas.

—Bastian, Bastian, Bastiaaaaaan, mi amor —gritó con todas sus fuerzas mientras se agarraba con las manos de las sábanas de la cama y curvaba su espalda.

El éxtasis fue tan grande y arrollador que creyó que el corazón se le escaparía. Se quedó laxa y quieta disfrutando de la sensación agradable de una liberación tan inesperada e interesante. Cuando su esposo sacó todas sus falanges de su interior, se sintió vacía. Casi lloró por la pérdida. Le gustaba sentirlo dentro, no importaba qué parte de su cuerpo tomase. Lo deseaba por completo.

El marqués la volteó sobre el lecho y la dejó con su vientre pegado a la cama. Se agarró el miembro y lo lubricó con su propia saliva porque la necesitaba. La deseaba con unas ganas tan intensas que si se descuidaba, su semilla saldría liberada con el solo roce de sus posaderas.

Una palmada retumbó en la habitación.

—¡Bastian! —Sentir la palma ahuecada de la mano de su esposo sobre su nalga derecha, hizo que ella despertase de su agradable sueño.

—No he podido evitarlo. Desde que te conocí. Mejor dicho, desde que viniste a gritarme por haber hablado mal de tu amiga Ruth Anne, deseé hacer algo como esto. Ver el color rojo que se ha quedado en tu lechosa piel... ¡Uf! Me haces hervir, Margot. Siempre supe que era un hombre con unas necesidades muy específicas, pero tú me inspiras a ser todavía más libertino, más malvado. Cuando me enojas deseo tumbarte sobre mis rodillas y dar palmadas sobre tus preciosas posaderas hasta que prometas que serás una buena mujer para mí.

—¿No soy una buena mujer? —inquirió enfurruñada mientras él le subía las piernas a fin de que sus rodillas quedasen apoyadas sobre el colchón.

—La mejor, pero me encantaría que me enfadases... Con algo que no supusiera un disgusto demasiado fuerte, y así darme una excusa para azotar tus preciosas nalgas. Sube tus manos y apóyalas sobre el colchón como tus rodillas.

—¡Eres incorregible! No soy una niña para que desees castigarme —rebatí al tiempo que se ponía en la posición que él había demandado.

—Desde luego que no. Eres mi esposa y lo que tengo en mente, no se lo podría hacer a ninguna otra mujer, menos a una niña, esposa mía.

—Siempre supe que eras un hombre tremendamente malvado.

—Sé que lo sabías y por eso me buscabas.

—¿Yo te buscaba?

—En cada baile, en cada cita clandestina en el Legacy. Confiesa que estabas prendada de mí.

—Bueno, podría confesar que deseaba asesinarte con mis propias manos cada vez que hablábamos.

—Seguro que el interior de tus piernas se ponía húmedo cuando yo te miraba —el marqués llevó una mano a su sexo. Ella seguía chorreante—, como ahora.

—Siento desilusionarte, querido mío, pero lo único que se ponía húmedo en aquel momento, eran mis ojos de la rabia que me inspirabas.

Una nueva palmada resonó en la estancia. Esta vez, Bastian puso roja su nalga izquierda. Ella

se quejó en un aullido sordo cargado de reprobación, deseo y sorpresa.

—Sigue mintiendo y tendré la ocasión perfecta para poder colorear tus nalgas como quiero hacerlo.

—Eres del todo extraño... ¿También te da placer darme palmadas?

—Me da placer todo lo que tenga que ver contigo, Margot. Pero tengo una especial predilección por probar esto. —Él tocó con suavidad sus posaderas y llevó de nuevo un dedo hacia su entrada posterior.

—No sé si sabré hacerlo. Que encajases delante, fue fácil porque estaba muy... En fin, te deseaba fervientemente y no me di cuenta de que algo tan grande entraba en mí. Ahora soy consciente de tu tamaño y de dónde lo quieres introducir y estoy muerta de miedo.

—Nunca te haría daño.

—Me has dado una zurra.

—¡Nah! Te he dado dos pequeños azotes juguetones que ambos hemos disfrutado. —Lo había puesto al límite hacerlo.

—¿Lo hemos disfrutado? —preguntó con escepticismo.

—¿Vas a negar que te ha gustado sentir un poco de escozor en tu piel?

—No. No lo negaré porque saber que te gusta me provoca que me apetezca y me deleite en lo que me haces —dijo con sinceridad.

—Entonces ayúdame a entrar en la parte que deseo y todo irá bien.

—Claro, porque es tan fácil lo que planteas... —dijo con ironía mientras sentía la punta del falo de su marido a las puertas de su trasero.

Margot se agachó un poco y comenzó a respirar con profundidad para concentrarse. Al sentir que él introducía la punta, hizo un poco de fuerza tratando de abrir su pequeña abertura... ¡Él no iba a caber ahí!

—Sí, sí lo haré, si lo permites y te relajas. —Margot frunció el ceño... ¿lo había dicho en alto?

—¡Ah! —gritó un poco más fuerte de lo que quiso. Su esposo había dado un nuevo empujón—. Dime que ya no hay nada fuera.

—Me temo que solo he entrado una pequeña porción de mí.

—Dios santo, Londonderry. —Usó el título para demostrar su incomodidad—. No creo que pueda hacerlo. Estoy muy alterada, nerviosa y a punto de gritarte.

—¿Te duele? —preguntó con precaución.

—No es agradable. Es extraño, siento quemazón y... ¡Oh! —exclamó la última palabra como si fuese un gemido.

Su esposo había llevado una mano hasta su sexo y comenzaba a masajear su perla con movimientos certeros y duros. Si eso fallaba, Bastian desistiría.

—¿Mejor? —inquirió con una brillante sonrisa que Margot nunca llegaría a ver. Ella ya estaba concentrada en las nuevas sensaciones provocadas.

—Síííí... —Se relajó al sentir un poco de placer. La combinación de lo que sentía detrás y el placer que despertaba en su sexo, era algo desconocido y... ¡sorprendente!

Con tranquilidad, con un autocontrol digno de cualquier gran general que fuese a la batalla para conquistar el último pedazo de tierra libre, Bastian fue entrando en el interior de su esposa. Si por delante ella era apretada, por detrás era puro vicio. Tanto lo estaba estrangulando que parecía que en el siguiente tramo que él recorriese, su semilla se escaparía. Deseaba liberarse, pero al mismo tiempo quería estar enterrado hasta la empuñadura para poder decir que un terreno inexplorado había sido de él.

Y... Oh, Dios de la lujuria. Si la sodomía era un pecado capital, él se dejaría cortar la cabeza siempre que le dejaran disfrutar de su mujer en ese aspecto.

—¡Bastian! —El nombre de él salió en un lloriqueo de necesidad.

Su esposo sabía que ella estaba cerca, así que cuando volvió a embestir con un recorrido largo, no se refrenó y su elixir salió sin contención para derramarse en las profundidades prohibidas de ella. Donde nunca ningún hombre había llegado, ni llegaría. El marqués rugió como un león satisfecho después de copular con su leona. Sí, la pequeña rubia era una leona.

Margot cantó casi más alto que él su propia liberación.

Deliciosamente malvado. Su esposo era del todo inesperado y ella a cada rato daría gracias a Dios, al destino, a su abuelo, a David, a su hermana o incluso a su fanática tía Theodora, por haberla traído al lugar al que pertenecía. Con Bastian, junto a él, sobre él, bajo él, porque era su hogar. Bendito fuese su esposo por haberla encontrado, por perseguirla y perdonarla. ¡Dios, cómo lo amaba!

Y las dos siguientes semanas fueron una locura de amor, ternura, devoción... Sí, sí, también lujuria y desenfreno.

Pero como en un lago que está tranquilo, se sacude el agua cuando alguien lanza una piedra. Y sí, el primer problema de la pareja llegó por una tontería que para Margot resultó toda una contrariedad.

Aquella mañana, su esposo la había llamado a su despacho. Ella, pícara, se colocó un vestido sin llevar nada más debajo. Margot deseaba sorprenderlo también. Bastian había salido a cabalgar, y puesto que la tuvo hasta altas horas de la madrugada jugando con todos los orificios de su cuerpo, no la despertó con su lengua en su sexo. Margot abrió los ojos y echó de menos ese dulce despertar que su esposo le otorgaba habitualmente. Pero estaba decidida a bajar a su despacho y obligarlo a cumplir con sus obligaciones maritales. Más, cuando implicaban que ella alcanzase el pico de placer con tanto gusto.

Margot entró en el despacho sin llamar a la puerta. Su esposo la miró con atención. Ella se sacó los pechos con facilidad sin decir nada.

—¡Infierno! —Se puso duro al punto. ¿No iba a poder controlarse nunca cuando de ella se tratase?

Se quedó quieto y paralizado observándola llegar hasta su posición balanceando las caderas... Aunque su vista estaba fija en sus senos plenos.

Margot se sonrió. Le encantaba llevarlo a la locura. Se sentó en la silla frente al escritorio y levantó su falda hasta la cadera. Abrió bien las piernas para que él descubriese que no había barrera de contención.

—¿Te gusta la vista, esposo? —inquirió notando como él babeaba al observarla así.

—Juro que jamás miraré por una ventana cuando tú estés cerca.

—¿Ah, no? ¿Y qué harás?

—Imaginar que no llevas nada de ropa bajo tus vestidos y luchar por no tirarme al suelo para comprobar si estás decente o no ahí abajo.

—¿Vas a venir ya o seguirás contemplándome sin tocarme? —Estaba impaciente. Era gracioso verlo relamerse los labios, pero lo deseaba ya en acción.

—¿Por qué no subes a la mesa para que pueda verte y hacerlo mejor, esposa? —Le encantaba tenerla sobre el escritorio para hacer con ella lo que se le antojase.

—¿Me quieres extendida como la última vez?

—No. Quiero que estés postrada sobre tus manos y rodillas para que yo pueda jugar contigo desde atrás.

—¿Estás obcecado con mi parte trasera! —se quejó con humor *lady* Londonderry.

Margot se había levantado de la silla y estaba trepando, con la ayuda de Bastian sobre la mesa para colocarse en la posición en la que la quería. Con un poco de suerte, él alternaría sus embestidas para darle placer en sus dos orificios, pues había descubierto que era excitante que él le hiciese eso también. Era tan bueno en todo lo que ideaba que...

—Estoy loco con todas tus partes esposa. Y solo lamento no tener más tiempo ahora mismo para hacer todo lo que deseo.

—¿No hay tiempo? ¿Por qué? —Siempre había horas para disfrutar. Su abuelo estaba en la otra ala de la casa y no les molestaba.

—Tenemos que partir a Londres lo antes posible. Debo ir a ver a mi abogado por un negocio del que llevo años esperando. Así que lo haremos rápido y excitante, ¿sí?

Margot se bajó de la mesa sin que su esposo consiguiera atraparla.

—Bastian. —Usó su nombre en tono serio porque deseaba interrumpir el juego.

—Oh, así que quieres que te atrape, pequeña codiciosa... —Londonderry se levantó y en una zancada la tuvo presa entre sus poderosos brazos.

—No. No es eso. —A él no le pasó desapercibido que había cambiado su actitud, su tono y la expresión de su rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó con intranquilidad.

—No voy a ir a Londres.

—Está bien. Si estás cansada después de que hagamos el amor, puedo retrasar el viaje hasta mañana, pero mi abogado no lo verá demasiado bien para la urgencia con que le insistí en el asunto.

Bastian intentó besarla, pero ella no lo permitió. Era imperativo aclarar las cosas sobre la ciudad. No pensó que a él lo reclamasen tan pronto. Ciertamente, dio por hecho que vivirían en el campo hasta el fin de sus días. Eso parecía que no iba a ser así.

—No. No es eso —repitió la misma fórmula de hacía unos segundos—. Me refiero a que yo no voy a ir a Londres jamás.

—¿Qué? —Frunció el ceño sin comprenderla.

—Mi vida está en el campo. No quiero regresar a la ciudad.

—¿Por qué?

—Porque no lo deseo.

—No. Debes darme un motivo.

—No.

—Sí.

—No.

Él tomó aire tratando de serenarse.

—Debo presentarte en la ciudad como mi marquesa. Eso, sin contar con que tu lugar está a mi lado. Debes venir conmigo a Londres y hacer una fiesta. Es importante participar en la temporada.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—No.

La soltó. Había olvidado lo terca que era esta mula. Comenzó a caminar por la sala porque estaba punto de perder la paciencia con ella. ¡Tenía que haber un motivo y debía confiar en él para explicárselo!

Se paró y regresó hasta su posición inicial. Margot estaba retorciéndose las manos con nerviosismo con la mirada baja. Bastian las tomó entre las suyas.

—Margot, mírame. —Ella lo hizo—. Debes decirme qué sucede. —Estaba claro que algo, y no bueno, sucedía.

—No quiero ir a Londres.

—Dime tu motivo y veremos cómo arreglarlo.

—No hay un motivo concreto. No quiero regresar.

—Entonces, me temo que tenemos un problema porque soy tu esposo, debo ir y no pienso separarme de ti.

—Supongo que sí tenemos una complicación, porque soy tu esposa, y no voy a ir, aunque me duela separarme de ti —explicó con calma y valentía.

—Es una lástima que no tengas potestad para llevarme la contraria. Vas a tener que hacer lo que yo ordene.

—Es una lástima —Margot volvió a copiar la fórmula de su esposo—, que no piense hacer lo que ordenes cuando vaya en contra de mis deseos.

—Sí, una verdadera pena —dijo conteniendo su malhumor—. Porque vas a subir a ese carruaje aunque yo tenga que cargarte sobre mi hombro.

—No. No lo haré.

—Margot, mi paciencia tiene un límite. Te avisé de que pondría de mi parte, pero no estás facilitando las cosas.

—Me conocías muy bien cuando decidiste que yo, y solo yo, sería tu mujer. No creo que tengas derecho a quejarte, esposo.

Él tomó aire para buscar enfriar su temperamento.

—Bien. Esta situación parece que no va a terminar conmigo enterrado en tus profundidades, así que no vamos a discutir más. Dentro de dos horas me marcho a Londres. Espero que estés en el carruaje cuando sea el momento.

Bastian salió del despacho airado y con la cólera fluyendo. No porque ella se negase a acompañarlo, sino porque se veía a todas luces que algo importante la perturbaba y no tenía confianza en contarle lo que le sucedía.

¿Solo estaba dispuesta a entregarle su cuerpo? ¿No su corazón, su alma, su confianza?

Solo se refería a él como: «mi amor», cuando estaban intimando. Sí, sí. Está bien. No es como si el marqués le hubiese desvelado sus fervientes sentimientos, pero suponía que ella debía imaginarse que la amaba con locura... ¿no?

Margot se marchó a su habitación y, por primera vez desde que se había casado, se echó sobre su cama, que estaba sin usar. Lloró con temor, con ansiedad. No podía. No debía regresar a Londres. No deseaba que David la encontrase y que pudiera hacerle daño a Londonderry o a ella. Tampoco permitiría que su amante y devoto esposo conociera esa parte tan vergonzosa de su vida, y por descontado no quería que él viese cómo la trataba Bernice.

No. Definitivamente, prefería arriesgarse a la ira de Bastian y quedarse en el campo, donde se sentía querida y protegida.

A la hora convenida, un serio y feroz marqués estuvo frente a su carruaje. Ella no estaba. Deslizó su mirada hasta la puerta de la entrada. Le daba en la nariz que no iba a ser fácil. Suspiró. Levantó la mirada para buscarla en algunas de las ventanas de la fachada principal. La vio observarlo desde la habitación que había sido de la duquesa de Kent.

Londonderry desvió la mirada y se metió en el carruaje con fastidio y enfado. Su esposa lo desafiaba y él ni si quiera sabía contra qué estaba luchando.

Si el marqués hubiese prestado más atención, habría visto a Margot derramar cientos de lágrimas. Si hubiera podido escucharla, la habría oído pedirle perdón y sollozar. No. Ella no regresaría para enfrentar a su familia. No se arriesgaría a que al amor de su vida le sucediera algo por el tonto sentimiento de posesividad que David creía tener sobre ella por algo que ocurrió en otra vida. No consentiría que circularan rumores sobre su pasado, porque estaba segura de que el conde de Luxor podría atreverse a enfrentarse a Bastian y le haría saber que él fue el primer hombre en su vida.

Lo protegería, aunque eso implicase sufrir su ira. Margot se volvió a recostar en la cama y lloró todo cuanto pudo soportar y más.

Así fue como la encontró el duque de Kent, cuando ingresó en la alcoba para averiguar el motivo por el que su nieto se había marchado sin despedirse de él y había dejado a su cargo a la joven. Creyó que la cosa entre ambos estaba solucionada y olvidada. ¡Si se pasaban retozando la mayor parte del día y la noche! No eran demasiado discretos en sus gemidos y gritos, porque lord Kent los podía escuchar desde la otra parte de la casa. Lo cual era un poco vergonzoso, pero muy esperanzador. Un bisnieto. Deseaba sostener un bebé entre sus brazos antes de que el Altísimo lo llamase para reunirse con su esposa y los padres de Bastian.

El duque le tocó el hombro para advertirle de su presencia al tiempo que la llamó por su nombre. Margot levantó la mirada para buscarlo y volvió a recostarse para seguir llorando. Él se había convertido también en su abuelo.

—Lo siento —se disculpó ella con el cojín bajo su boca por el lamentable estado que sabía que presentaba.

—¿Qué ha sucedido que ha hecho que te sientas desgraciada? Creí que eras feliz con mi nieto.

Margot se dio la vuelta y se incorporó en la cama. El abuelo le dio un pañuelo de lino blanco con unas flores bordadas. Se limpió las lágrimas y trató de contener el llanto.

—Soy feliz y por eso lloro.

—¿Sollozas de felicidad? —Eso no tenía demasiado sentido.

—Mi esposo se ha ido enfadado —aclaró ella con la mirada gacha. Prometió ser una esposa maravillosa y al primer obstáculo había incumplido su juramento.

—Sí. Eso ya me lo imaginaba. ¿Qué ha pasado? —El duque se sentó al lado de la joven y le pasó un brazo por el hombro para reconfortarla.

—No puedo ir a Londres.

—¿No querías acompañarlo? —Un sirviente le había informado de que su nieto se había marchado a la ciudad.

—Sí, sí quería, pero no puedo ir a la ciudad. Lo quiero tanto y soy tan feliz, que no debo ir a Londres.

El duque se quedó un momento tomando en consideración su corta explicación.

—¿Hay alguien que pueda hacerte daño allí? —Ella se mordió el labio con nerviosismo. No quería hablar sobre ese asunto, pero al mismo tiempo, sentía que la carga que llevaba sobre sus

hombros era insoportable y estaba muy tentada de compartirla con un amigo. El abuelo la había acogido como si fuese su propia nieta o hija.

—Es complicado —apuntó mientras volvía a pasar el pañuelo por sus ojos.

—Siempre lo es. No podré ayudarte si no me das más detalles de lo que sucede. Por eso te ruego que seas sincera. Nunca he visto a mi nieto tan feliz y contento. Créeme, desde que mi hijo y su esposa murieron en un incendio, Bastian nunca había vuelto a sonreír. Tú has sido una cura para su alma y en verdad deseo que seáis felices. Sea lo que sea que ocurra, tenemos que solucionarlo porque no quisiera que mi muchacho volviese a ser un hombre triste y gris. Lo has llenado de luz y debes conservar eso.

Margot conocía bien la historia del pasado de Bastian. Solo él sobrevivió al incendio ocurrido en la casa de lord Atholl. Su familia murió aquella noche.

—No quiero causarle dolor a Bastian. Lo que sucede es que en Londres hay personas que podrían hacernos daño a ambos.

—¿A mi nieto? ¿A un marqués con su tamaño y fuerza? ¿Rico y poderoso? ¿A un futuro duque? Vamos, Margot, si mi nieto te oyese, se disgustaría contigo por tu falta de fe en sus cualidades y persona. —Lord Kent se lio con ligereza. Londonderry era muchas cosas, tal vez necesitase otras tantas, pero le sobraba protección. Bastian era muy capaz de cuidarse solo y de extender dicho cuidado a los suyos.

—No puedo soportar la idea de que algo le sucediese por mi causa. Yo... lo amo —susurró con cierta vergüenza por confesarse ante el abuelo y no con su propio esposo.

—Por supuesto que lo amas. Lo he visto —evitó decir que todos en la casa lo habían percibido; en especial, durante sus interludios de carácter íntimo—, y también soy plenamente consciente de que él te ama. Así que olvida ese pormenor, arregla tus baúles y ve en busca del hombre que se ha disgustado contigo por una tontería.

—Está muy enfadado. —Lo había visto perfectamente desde la ventana. Si su mirada hubiese disparado rayos y centellas...

—No seas ridícula. —El duque hizo un aspaviento con su mano derecha para restar importancia—. No habrá mejor consuelo que llegar a sus brazos. Estoy seguro de que, en cuanto te vea, olvidará este pequeño malentendido y agradecerá tener a su lado a la mujer que ama.

—Lo ha dicho dos veces, y no estoy segura de que mi esposo haya podido desarrollar amor por mí.

Kent abrió los ojos como platos. Estaba comenzando a indignarse con las apreciaciones de la nueva marquesa. ¡Ella debía estar bromeando!

—Es una suerte que Bastian no te oiga. Se hubiese enfadado por tu desconfianza en su capacidad para protegeros a ambos, pero también porque dudes del amor que ha desarrollado por ti.

—Él no me ha dicho que me ama —señaló con la boca pequeña como si fuese una niña. Ella tampoco le había confesado sus sentimientos sobre lo que él le hacía sentir, pero eso era porque Bastian tampoco lo había revelado...

—Querida, en el momento en el que me dijo que había encontrado a la mujer con la que se casaría, yo, sin conocerte, supe que lo habías conquistado y que te amaba.

—¿Cómo pudo saber eso?

—Porque vi cómo se iluminaba su mirada cuando se refería a ti y te recordaba en su memoria. —El abuelo le sonrió y le dio un sutil pellizco en la mejilla—. Anda, aleja la congoja y reúnete con tu marido en la ciudad para que pueda presentar a su marquesa y toda la buena sociedad vea lo enamorados que estáis.

Ella sonrió. La verdad era que le gustaría que su esposo la abrazase, la besase y le dijera que todo iba a salir bien.

En ese momento, un sirviente apostado en el marco de la puerta carraspeó.

La atención de ambos se centró en el inesperado intruso.

—¿Qué sucede? —inquirió el duque.

—Ha llegado una misiva urgente para *lady Londonderry*, excelencia. —El lacayo se acercó y le tendió la bandeja de plata a la marquesa. Margot tomó el papel en sus manos y rompió el sello. Era de la duquesa de Atholl.

Sus ojos bailaron por las letras mientras su mano izquierda se levantaba para llegar hasta su corazón.

—Dios santo... —exclamó con suma tristeza al tiempo que la mano derecha soltaba el papel que cayó en el suelo.

Margot se había puesto blanca y sus ojos comenzaron a gotear de nuevo sin poder cesar.

El duque se levantó para coger y poder ver lo que ponía en la carta.

Querida y estimada Margot:

Siento interrumpir tu estancia en casa de lord Kent o en la mansión de lord Londonderry. He enviado la misma misiva a la ciudad, pues desconozco tu paradero exacto ni tu situación. Debes saber que las últimas noticias publicadas en los periódicos de Londres hablan sobre una desgracia sucedida a la condesa de Luxor. Me temo que tu hermana puede haber perdido la vida a causa de un accidente.

Siento ser portadora de malas noticias, amiga mía. Estoy a tu lado para lo que necesites. Lamento muy sinceramente tu pérdida y ruego a Dios que te dé fuerzas para soportar este inmenso dolor.

Lady Atholl.

Capítulo 10

Una elección decidida

Muerta. No se lo podía creer. Nunca se llevaron bien porque Bernice no la quería. Solía hablar de Margot como si ella fuese un estorbo, una hija no deseada por sus padres, una hermana nunca apreciada. Pese a todo, aquella no merecía ese trágico final.

Todavía no asimilaba lo que había leído en aquel trozo de papel que le sacudió el corazón. El amor era algo extraño. Las personas podían no ofrecerlo a los demás, pero no por ello los generosos dejaban de dar su cariño. Margot amaba a su hermana. ¿Por qué? Sencillamente porque era su sangre, porque la había conocido durante su vida y era su obligación.

En este momento en el que Bernice ya no estaba, lo sucedido con el conde de Luxor carecía de relevancia. La traición no parecía importante. Deseaba volver atrás en el tiempo y haber hecho mejor las cosas con su hermana. Su radiante, preciosa y espectacular hermana... Cerró los ojos con el recuerdo de la brillante sonrisa que Bernice ofrecía a sus admiradores. La quería viva, aunque ello significase que la tratase como un mueble viejo y de poco valor.

El abuelo la metió en un carruaje y la mandó a Londres para buscar a su esposo, a fin de apoyarse en él, pero Margot debía ir primero a casa de los Luxor, porque en su interior esperaba que todo fuese algún tipo de invención malintencionada provocada por alguien que odiaba a Bernice.

Mientras estaba esperando en la salita de recibir visitas de los condes de Luxor, confiaba en que apareciera por la puerta y que su hermana le echase un vistazo de disgusto, como solía hacer cuando se encontraban. Daría lo que fuese porque ese pensamiento se convirtiese en realidad.

Oyó unos pasos afuera. Trató de recordar el modo en el que los escaupines de Bernice repiqueteaban a su paso. Quien se acercaba no era ella. Dejó sus pupilas clavadas en la puerta de acceso a la estancia. Y lo supo. Nada más vio al conde de Luxor, con la cara pálida y considerablemente más delgado, aceptó que la misiva enviada por Ruth Anne era correcta. Había muerto.

Margot se levantó del lujoso y cómodo sillón donde estaba y se dispuso a acercarse a la ventana. El día estaba gris, lluvioso, como lo estaba su corazón.

Percibió que David se colocaba detrás de ella.

—¿Cuándo? —Quiso saber Margot conteniendo el llanto.

—Hace cinco días —respondió el conde de Luxor comprendiendo lo que Margot estaba preguntando. Su esposa había fallecido hacía exactamente cinco días.

—¿Cómo?

—Un carruaje se le echó encima. Murió en el acto. No se pudo hacer nada por ella —siguió relatando David desde atrás.

Margot cerró los ojos con fuerza. Su hermana. Bernice ya no podría volver a incordiarla jamás y ella quería que llegase a la puerta y le diera una mirada severa. El dolor que sentía su corazón era demasiado para soportarlo.

—No puedo creerlo. Ya no estará más —observó ella con el corazón compungido.

—Lo sé. Al fin soy libre.

Al oír esa exclamación pronunciada con tanta liberación, Margot se dio la vuelta para

enfrentarlo.

—No puedes estar hablando en serio. Tu esposa... ya no la verás más.

—Lo sé —repitió él—. Me apena que haya muerto, pero lo cierto es que si no llega a suceder, hubiese acabado yo arrojándome bajo un carruaje. Oh, Margot, tú lo viste estos meses pasados. Tu hermana era preciosa, bella por fuera, pero estaba podrida por dentro. Era miserable, ruin y despreciable.

Ella regresó al sofá donde había estado. Él la siguió de cerca.

—No debes hablar así de una persona que ya no está. —Ella sí había sido testigo de lo que David había tenido que soportar, porque Bernice también lo trataba con indiferencia y maldad.

—¿No? ¿Por qué no? Ella está muerta, pero no cambia lo que fue en vida. Bernice nos separó, mi amor. —David le cogió las manos entre las suyas. Margot lo permitió porque vio rodar una lágrima por su rostro y se apiadó de él, de su pena.

—No. Mis padres nos separaron. Tú solo seguiste tu camino al lado de mi hermana. —Hasta la fecha nunca habían hablado de este tema con profundidad porque Margot nunca había querido remover más el dolor del pasado.

—Yo se lo conté, Margot.

—¿Qué? ¿A quién le contaste qué? —Margot no sabía a qué se refería Luxor.

—A Bernice. Tu hermana había estado varios meses acechándome para convertirse en mi esposa. Una de las veces no pude más y le confesé lo que sentía por ti. Lo que hicimos, que tú eras mía.

—¿Cómo dices? —Algo en el interior se agitó salvajemente.

—Bernice lo sabía. Antes de que tu padre me obligase a prometerme con ella, yo se lo confesé todo. Tu hermana, lejos de decirme dónde estabas, calló y me convenció de que tú no me querías y que por eso habías huido avergonzada de lo que sucedió entre nosotros. Ella no podía soportar que tú fueses mi condesa, que te eligiese a ti por encima de ella.

Margot cerró los ojos de nuevo. Se separó de David y volvió a levantarse para buscar serenidad, sosiego, porque en su interior todo se había vuelto negro. Se situó frente a la ventana tratando de contener los sentimientos encontrados que despertaban en ella.

—Lo que dices... es... Tiene que ser imposible.

Bernice nunca le tuvo aprecio, pero no la veía capaz de hacerle algo como eso. Su hermana sabía que David la había deshonrado y... ¿pese a todo lo obligó a casarse con ella? Su hermana siempre había tenido la facilidad de convencer a su padre para que solventase todos sus caprichos. Ciertamente podía verla lloriqueando frente a lord Burst diciéndole que amaba a David y que deseaba casarse con él. Y sí, su padre habría movido cielo y tierra por Bernice porque la consideraba perfecta y sublime.

—¿Imposible? —David habló desde su posición. Con la muerte de su esposa había recuperado su vida. Margot había regresado y por fin él podría tener la existencia que le habían arrebatado el padre y la hija—. Tú sabes bien el carácter que tenía Bernice. Ella nunca dijo una palabra amable sobre ti. A mí me engañó para hacerme creer que me amaba, cuando lo único que ansiaba era mi posición y mi dinero. No, Margot, nunca le desearía nada malo a nadie, pero si Dios existe, es lógico que traiga un poco de justicia divina a nuestras vidas. Desde que me casé con ella, he vivido un infierno. Su frialdad solo me impulsaba a recordarte con más ternura. Mientras no estuviste a mi lado, en mi mente tú eras mi salvadora. Un día te encontraría y finalmente podría continuar todo donde lo dejamos. Fue injusto lo que nos sucedió. Nunca te olvidé. No dudes de mí porque no me atreví a ser inconstante en mis afectos por ti. Sucedió que no pude encontrarte y ella se aprovechó de mi debilidad y congoja por tu ausencia.

A él también le dolía recordar el pasado. En verdad sentía que lo habían privado de una vida llena de dicha y amor con una mujer tierna, amable, bondadosa y que lo habría colmado con todo lo que Bernice nunca le dio.

—No deberíamos hablar de esto ahora... ni nunca. No está bien. —Conocer los detalles de lo que sucedió entonces estaba resultando muy duro e inesperado. Prefería mantenerse en la ignorancia. No podían regresar al pasado, y seguir hablando de ello solo conseguiría abrir heridas que deberían estar cerradas.

—Oí a Bernice hablar con su padre sobre tu paradero. Tu hermana sabía en el lugar en el que estabas, Margot, siempre lo supo. Y cuando al fin me enteré de dónde encontrarte, no lo pensé dos veces. Cuando te traje a casa y ella te vio, solo atinó a decirme que sabía que tarde o temprano daría contigo y que te traería para calentar mi cama. No le importaba, ¿sabes? Ella sostuvo que era mejor que fuese así, porque tú nunca serías condesa, ni mi esposa. Yo le aseguré que eras el amor de mi vida y ella respondió que solo eras una prostituta a mi servicio.

—No sigas... Por favor, David. No me hagas más daño. Era mi hermana, no deberías decirme esto ahora. No cuando ella ya no está. Por favor... —El corazón le dolía tanto que lo sentía partirse en dos. Sabía que Bernice no la quería, pero esto...

David se acercó con calma hacia ella. Comprendía que Margot estaba sufriendo, pero era necesario que ella supiera la clase de persona que era su hermana. Tal vez él no actuó bien en el pasado, pero Bernice causó el golpe de gracia cuando orquestó su casamiento sabiendo que él no lo deseaba. Lo llevó a una habitación donde el padre los sorprendió abrazados...

—Tenías que saberlo, porque nunca alcanzarás a imaginar lo desgarrador que fue cuando te perdí. Quise decírtelo muchas veces, explicarte lo que sucedió, pero te negabas a escuchar mis razones. No me permitías aclarar todo lo ocurrido. Solo me achacabas la culpa por haberme casado con tu hermana. Margot, mi corazón te pertenecerá siempre. ¿No lo entiendes? No había otra mujer más que tú. Te encontré y solo deseaba que Bernice no estuviera... Yo... —Suspiró con cansancio—. Me siento terriblemente culpable por lo que le ha pasado. Tantas ansias tenía de que se marchase, de que nos dejase en paz... Yo... —David se atrevió a abrazarla desde atrás. Cruzó las manos por delante del pecho de ella mientras su cabeza buscaba volver a oler su pelo, sentir la tibieza de su cuerpo. Bernice era tan fría... Margot tan cálida. Dos hermanas tan opuestas entre las que él había hecho la mejor elección en su momento.

—David, no es correcto que me abracés. Por favor suéltame —rogó ella sin atrever a moverse.

—Es lo más natural del mundo porque te amo. Siempre lo he hecho. ¿Tú no me has querido, Margot? ¿Ni siquiera un poco? —Ella trató de desembarazarse de su abrazo. David no lo permitió—. Deja que me reconforte contigo. Necesito un poco de paz, mi amor. Solo deja que te abrace. Hace tanto tiempo que no siento la calidez de una buena mujer, que creo que moriré de felicidad. Al fin te tengo, Margot. Más de cuatro años sin poder tenerte como quería. Solo deseo cargarte en mis brazos, protegerte, llevarte a mi cama y jurarte por mi vida que nunca volverás a ser infeliz mientras yo tenga algo que decir.

—Lo siento, pero... —Margot sentía su corazón desgarrado por la esperanza que oía en la voz de David.

—¡Qué conmovedor! —Oyeron una potente voz masculina a su espalda que los interrumpió. La pareja, que seguía abrazada, giró la cabeza al mismo tiempo para ver a quién pertenecían esas palabras, aunque Margot no necesitaba la confirmación visual para conocer la identidad del recién llegado.

La marquesa de Londonderry jadeó con horror. Trató de zafarse de David, pero él se negaba a

soltarla.

El conde conocía al hombre que estaba en el marco de la puerta. Miró al lacayo que estaba a su lado y el sirviente tuvo el buen tino de huir de ahí.

Cuando la carta de *lady Atholl* llegó a su casa para informarle de la muerte de la hermana de su esposa, Bastian se encontraba esperando a su abogado en el despacho del magistrado. Al llegar, y saber la noticia tuvo que ir a presentar sus condolencias y aclarar la situación de Margot con la familia. Puesto que la joven había estado residiendo bajo la tutela de lord Luxor, la primera parada era esa. Lo que menos esperó el marqués fue entrar por la puerta de la casa y reconocer la voz de su esposa pidiendo a alguien que no la abrazase. La confesión que llegó después por parte del supuesto guardián de su esposa lo dejó de piedra. Tuvo que sortear al lacayo e interrumpir la escena tan inapropiada que estaba permitiendo Margot.

—Por favor... suéltame —le susurró a David con la esperanza de que él la dejase salir del abrazo y que Londonderry no hiciese una locura.

—Sí —tomó la palabra el marqués—. Haga el favor de soltar de inmediato a mi esposa si no quiere que le dé una buena paliza. —Expresó erguido y con los puños apretados.

El conde de Luxor jadeó, le dio espacio la vuelta a Margot para que ella se quedara cara a cara con él.

—¿Qué has hecho, mi amor? —dijo más para sí que para ella.

No tuvo tiempo de recibir la respuesta por parte de ella, porque el marqués dio dos zancadas y se colocó a un lado dispuesto a iniciar una pelea. Margot le colocó una mano en el pecho para frenar lo que sabía que haría su esposo.

—No. No lo hagas, por favor —le suplicó a Bastian al tiempo que se separaba por completo de David.

Su esposo la tomó por el brazo y la colocó pegada a él. Miró al conde de Luxor con rabia.

—Vuelva a acercarse a *lady Londonderry* —hizo hincapié en el título de su mujer—, hámblele de forma inapropiada, rócela o mírela de un modo que no me guste, y le juro por ese estúpido amor que le ha declarado, que lo mataré con mis propias manos. ¿He sido lo bastante claro?

El conde de Luxor no pudo reaccionar. De igual modo, Margot no se atrevió a decir nada más al respecto. Su esposo, sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se la llevó tirando de su brazo.

La obligó a subir al carruaje, cerró la portezuela y mandó al cochero que la llevase a su casa. No se marchó con ella porque necesitaba aclarar sus ideas y estaba furioso. Debía tranquilizarse antes de enfrentarla, porque conocía su carácter y era mejor que volviese al hogar para hablar con ella, hasta después de dar un paseo.

Comenzó a dar los primeros pasos y su ira fluía sin que pudiera detenerla. La había encontrado en casa de un viudo reciente... Abrazada al que fue esposo de su hermana. ¿A qué estaba jugando Margot? No quiso venir a la ciudad con él, pero sí había regresado para... para... La imaginaba besando a ese hombre, tocándolo. ¡Infierno sangriento! Nunca debió haberse enamorado de ella, porque los celos y el dolor de la traición eran insoportables.

Cambió el rumbo de sus pasos. No podía regresar a casa. No deseaba verla ni enfrentarse a ella. Decidió llegar hasta *White's* y tomar una copa. Tal vez un poco de juego lo animase, porque en ese momento él se sentía como un mentecato al que habían engañado. Londonderry entró en el club y al ver a los moradores de la sala de juego, decidió que su enfado se volcaría en una agradable partida de cartas.

Estaba en una casa que no conocía y se había metido en un buen lío. Bastian no la miró ni un

instante desde que la sacó de los brazos de David. Luego la había hecho subir a un carruaje y ella estuvo toda la noche aguardando el regreso de su esposo. Se quedó dormida, vestida, en un pequeño sofá.

Entrada la mañana, oyó unos pasos y se levantó. Lo vio de pie ante ella nada más salir de la salita. Estaba desaliñado, el pelo alborotado y la corbata fuera de su lugar. Llevaba la chaqueta en las manos. Se quedaron un momento mirándose.

—Tengo que explicarte... —Comenzó a hablar ella con humildad.

—¿Fue él? —inquirió con voz dura interrumpiéndola. Ella sabía exactamente lo que le estaba preguntando. Lo miró a los ojos.

—Sí.

Londonderry suspiró. Antes de beberse prácticamente la reserva de *whisky* del club, había estado pensando en ello. Tenía la certeza de que el hombre al que ella se entregó debía ser alguien cercano. Estuvo atando cabos y decidió que si su esposa prefería quedarse en el campo, era porque el caballero debía moverse en su mismo círculo social. Hasta que los vio abrazados, nunca se le pasó por la cabeza que fuese Luxor.

—Prepárate para regresar al campo.

Margot casi da un brinco de alegría.

—Lo haré ahora mismo —dijo sintiendo que un gran peso le era retirado de los hombros. Comenzó a subir las escaleras sabiendo que su esposo no iba detrás de ella.

—Mandaré que un sirviente te acompañe. Así que no te veas tentada a hacer ninguna parada no autorizada. Tu amante no va a tenerte.

Ella frenó en seco. Se apoyó en el pasamanos y lo miró a los ojos con preocupación desde la altura que le confería la escalera.

—¿No vas a venir conmigo? —Obvió hablar de la segunda parte que su esposo dijo con ira.

—No. Espero que mi trabajo para traer a un heredero esté ya hecho. Te quedarás residiendo en casa del duque de Kent. Yo tengo cosas que atender aquí y no deseo que mi esposa me convierta en el blanco de los cotilleos de la buena sociedad.

Su voz indicaba que estaba enfadado, pero más que eso, ella percibía que se sentía herido.

—Bastian... Te juro que no hay nada, ya...

—No me interesa saber los pormenores. No en estos momentos. Debiste haber sido sincera antes. Sube y prepárate para salir de inmediato.

Ella bajó hasta llegar a él. Levantó la mano para rozarle la mejilla. Londonderry le agarró la muñeca.

—Por favor... —Margot no sabía exactamente lo que estaba demandando de su esposo.

—No te atrevas a tocarme —le dijo con los dientes apretados y soltando su mano.

—Eres mi esposo.

—No.

—Lo eres —insistió ella—. Eres mío, yo soy tuya. Nos necesitamos. No me apartes, deja que te lo explique, no es lo que crees.

—No deseo saber nada, *lady* Londonderry. Tuviste la oportunidad de hablar conmigo antes de venir a Londres en busca de tu amante. Es un hombre libre, pero tú no lo eres. Tendremos un matrimonio de nombre y viviremos separados.

—¡No! —chilló mientras los ojos se le ponían llorosos—. No nos hagas esto. Escúchame, tengo una explicación. No es lo que crees. Él no es nadie. Tú eres el hombre al que amo.

Él se rio sin humor.

—Una confesión muy poco oportuna, *milady*.

—Es la verdad.

—No creas que no veo tu juego. Tratas de confundirme con ardidés para que te permita quedarte en Londres, para estar cerca de él. Entérate bien, Margot, eres mía y nunca comparto lo que me pertenece.

—No pretendo nada como lo que dices, si no quise venir a Londres fue para protegerte de lo que me rodeaba. De Luxor, de mi hermana, de mi familia. ¿Acaso no crees que tengo miedo? Temo que comprendas que pudiste haberte casado con una mujer más hermosa, virtuosa. No, Bastian. Si me negué tantas veces a tus avances, fue precisamente porque yo no me consideraba digna de ti.

—Es una pena. Una catástrofe de hecho, que no te negases a mis... avances, con mayor ímpetu. Si lo hubieses hecho mejor, no estaríamos casados, yo podría buscar una esposa apropiada y tú tendrías al hombre de tus sueños...

Él permanecía erguido, duro, regio en su posición. Estaba tan profundamente herido que dolía como la muerte.

—Bastian —dijo con dolor—, yo ya tengo al hombre que deseaba. Solo estás tú.

—Prepara tus cosas para partir de inmediato. —Él no la creía.

—Ven conmigo. Regresemos al campo, allí somos felices, por favor. Te ruego que me permitas darte mi explicación, no me condenes sin conocer los detalles. —Ella trató nuevamente de alcanzar su rostro. Bastian dio un paso atrás para huir de su contacto.

—Espero que cuando termine mi baño ya no estés aquí.

El marqués pasó por su lado y subió las escaleras de dos en dos. No quería seguir escuchando sus mentiras.

Margot sintió que una vez más el destino la privaba de lo único que deseaba: el amor de un buen hombre. Se dio la vuelta y miró la estela que había dejado su esposo. Se quedó aguardando cinco minutos, implorando, suplicando que él bajase para que ella pudiera explicarle lo sucedido. Los silencios siempre traían consecuencias. Había querido ocultar su pasado, pero todo regresaba para seguir atormentándola.

Suspiró. No podría volver a quedar encerrada en el campo, mucho menos en una casa donde todo le recordaría la felicidad que alcanzó con su marido. No deseaba más soledad. Todo se había vuelto a torcer y Margot no veía la solución.

Desde que conoció a Londonderry, supo que era un hombre complejo. De igual modo intuía que ella no era una mujer fácil de manejar. Sus experiencias, el modo de pensar, de sentir y de vivir que tenía, la obligaban a desafiar las normas, porque tenía derecho a revelarse contra una familia que la apartó de la vida social y del hombre que quiso en el pasado. No dejaría que Bastian la volviese a repudiar. Margot ya había tenido suficiente de eso en su existencia.

Tocó su retículo, tenía unas monedas. Salió por la puerta con la cabeza bien alta, porque en esta ocasión la marquesa no había hecho nada malo, y se fue hasta la posta más cercana para regresar a un lugar donde esperaba que fuese bienvenida de nuevo. Ruth Anne debía de servirle de paño de lágrimas, porque necesitaba un hombro sobre el que apoyarse y no podía ser el abuelo del hombre que amaba.

Tal vez, el destino se hubiese equivocado y la mujer que había tenido que perecer no fuese Bernice, porque en estos momentos, Margot se sentía con unas ganas inmensas de cerrar los ojos para no volver a abrirlos.

Era la segunda vez que pasaba por algo parecido y el dolor era más intenso y lacerante que la primera que sufrió por amor, porque su esposo había calado en lo más profundo de su alma y ella no concebía la vida sin Bastian a su lado.

Cuando la duquesa la vio llegar a su casa, con el vestido embarrado, el pelo deshecho y la cara pálida, y sin ningún baúl supo que Londonderry había hecho algo muy reprochable con su mejor amiga. Y no iba desencaminada, aunque la culpa no había sido solo del marqués.

Le habían preparado un baño caliente para ver si se le despejaba la mente. No funcionaba. Se sentía traicionado. ¡Esa pequeña arpía iba a acabar con él!

Estando enfadado y todo, era verla y querer besarla. Era una hechicera... No, en estos momentos, era una bruja que lo había confrontado y llevado a beberse varios litros de alcohol para olvidar el problema que tenía con ella. Cosa que por otro lado no había servido de nada, porque su esposa vivía en su mente, en su corazón, y no parecía estar dispuesta a marcharse.

Suspiró mientras se levantaba de la bañera. Le habría encantado tenerla frotándole la espalda... y otras partes de su cuerpo menos decorosas. Tenía un extraño poder sobre él. La deseaba a todas horas y de todas las maneras.

La había enviado a casa de su abuelo porque necesitaba tiempo, pero saber que no la tendría a su lado para hablar con ella, para hacerle compañía, y por supuesto para hacerle el amor, lo estaba trastornando.

El esposo de su hermana... Era algo sórdido. Le había dicho que no le interesaba la historia pero se sentía como una chismosa, ansiando conocer los detalles para ver si así su imaginación descansaba de todo lo que le venía a la cabeza. Margot había vivido en la casa de ese hombre que le había hecho una declaración de amor, que ni a él, en sus mejores momentos se le hubiese ocurrido. No. No era algo solo físico lo que ocurría entre su esposa y Luxor. Esa historia era mucho más compleja de lo que a él se le ocurría. Más si ella había tenido un hijo... ¿Él lo sabría? ¿Seguía vivo ese niño? Tenía demasiadas cosas que averiguar.

Con esos pensamientos surcando su mente, su ayuda de cámara lo adecentó. Se acabó de colocar una chaqueta gris oscura y pensó en buscar a su esposa. Seguramente no se habría marchado todavía. Se sentía un poco más tranquilo para poder mantener una conversación civilizada. Al menos, eso esperaba.

Salió de la habitación y preguntó por ella al servicio. Nadie supo decirle acerca de su paradero, así que creyó que ya se habría marchado al campo, pero el cochero le dijo que eso no había sido así.

¿Dónde demonios se habría metido Margot? Sus cosas estaban acomodadas en la habitación de la marquesa, pero no había ni rastro de ella.

Tuvo un mal presentimiento... Tan malo que se vio saliendo de su casa y poniéndose rumbo a la morada de lord Luxor. Si a ambos se les había ocurrido huir juntos, por Dios, Lucifer y todos los santos y demonios, que él daría con ellos. Era suya y nunca la dejaría ir. ¡Maldito amor! Tal vez si no la amase con la intensidad y necesidad con la que lo hacía, él sería capaz de... de... de buscar a su amante, acostarse con ella y tratar de olvidar que se había casado con una mujer que acababa de complicarle toda su existencia.

Llamó a la puerta de lord Luxor y nada más pudo acceder, se metió sin pedir permiso ni autorización, de una manera todavía más incorrecta que el día anterior, cuando llegó para presentar sus respetos y acabó sabiendo el secreto de su esposa.

—¡Margot! ¡Margot! ¡Maaaargoooooot! —Imprimió un tono tan desgarrador en el último grito, que el servicio no se atrevió a salir a enfrentarlo. El que sí se asomó desde su despacho fue el conde de Luxor, quien lo miró con reprobación y rabia.

Los dos hombres se quedaron el uno frente al otro. Londonderry era más voluminoso que David, pero el conde no estaba dispuesto a amilanarse.

—Puede gritar todo lo que quiera, pero ella no está aquí.

—¿Dónde está? —inquirió sin darse cuenta de lo que acababa de preguntar y de lo que implicaba.

—Si usted, que es su esposo, no lo sabe, ¿cómo pretende que lo sepa yo?

—Pienso registrar hasta el último rincón de esta casa y si la encuentro aquí... —No supo cómo continuar la frase.

El conde lo miró altivo.

—¿Qué? ¿Qué hará?

—A ella nada —pensó que le daría una buena zurra, pero eso no lo diría en alto—, pero a usted lo mataré. Es algo muy feo tratar de robar a la esposa de otro hombre.

David suspiró. Bien sabía él que era algo horrible porque Bernice había tenido también un amante y si bien no sentía nada por ella, la traición siempre dolía.

—No está en mi casa. Puede registrar de arriba a abajo, pero le aseguro que su esposa no está aquí. No mentiré, me encantaría que ella hubiese huido de usted y hubiera venido a mí, pero Margot no es así. Si usted la conociera mejor, sabría que no es la clase de mujer que traicione sus promesas, ni tampoco haría que otros olvidasen sus votos —dijo con pesar, recordando las veces que había tratado de que la joven acudiese a él con los brazos abiertos.

—¿Qué pasó?

—¿A qué se refiere? —Luxor no entendió la pregunta.

—Lo escuché, oí lo que le dijo. ¿Desde cuándo la ama?

—Es una historia muy larga... Viene de lejos. ¿Su esposa no le contó nada? —indagó con cautela.

—Margot es reservada sobre sus asuntos. —No diría nada sobre lo que sí sabía. Le interesaban las partes que no conocía.

—¿De verdad quiere escucharla?

—Creo que sí —dijo no muy seguro.

—¿Sin puñetazos, ni duelos, ni otras represalias?

—No puedo prometer nada, pero sí le diré que trataré de contenerme.

El conde de Luxor se tomó un momento para valorar sus opciones. ¿Había amado a Margot? ¿O solo el recuerdo de una mujer a la que idealizó y con la que comparaba a cada ocasión a su esposa? Ciertamente que la rubia era adorable, pero habían pasado demasiados años, y muchas cosas insalvables entre ambos. Margot había frenado cada uno de sus avances, ni tan siquiera sirvió amenazarla para que se entregase a él. No fue caballeroso hacer algo como aquello, pero lo cierto era que David sentía que debía resarcirla de algún modo y mientras ella no le permitiese un acercamiento no sabía cómo hacerlo.

El conde se acababa de quedar viudo y ella, que había huido de su casa, se había casado con otro hombre. Comenzaba a pensar que el destino no los quería juntos. Cuando apareció Londonderry en su casa para llevársela de su lado un día antes, él estuvo evaluando la reacción de la rubia. Estaba claro que no protestó ni por un instante. La mirada que el marqués y ella se profesaban... Bien hubiera querido que Margot lo contemplase así alguna vez. Porque ni siquiera cuando la poseyó en medio del campo, la joven le dedicó esa mirada que le dio a su esposo, de alegría al principio y miedo después, al comprender que estaba en los brazos de otro y había sido sorprendida.

—Vayamos a mi despacho y tomemos una copa, creo que ambos necesitamos algo fuerte para

la conversación que vamos a tener.

—Le sigo. —Bastian estaba deseoso de saber los pormenores.

Los dos se movieron de la entrada de la casa al despacho. Londonderry se sentó en la silla tapizada que había frente al escritorio del conde y este se ocupó de servir un par de copas. El marqués tomó un sorbo y con eso tuvo bastante. Mientras, Davidapuró la copa de un solo trago.

Cuando se hubo sentado, los dos se miraron con desconfianza.

—Imagino —comenzó a explicar el conde— que sabrá que entre su esposa y yo hubo intimidad. —Si se había acostado con ella, el esposo de Margot habría percibido que no hubo barrera que romper.

—Una vez. Solo sucedió una vez —puntualizó el marqués con los dientes apretados.

—Sí. Estábamos prometidos. Sus padres no lo sabían. Yo tuve que marcharme unos días, los suficientes para que la apartasen de mí y no pudiera volver a recuperarla.

—¿Hubo consecuencias de esa... de esa vez? —preguntó cautelosamente el marqués, con el fin de averiguar cuánto sabía el conde.

—¿A qué se refiere? ¿Un hijo? —Londonderry afirmó con la cabeza. El conde negó—. No. Solo la dejaron en casa de una tía, en el campo y el padre me tendió una trampa para que me desposase con la hermana mayor. Mi esposa... mi difunta esposa —se rectificó—, era mucho más bonita que Margot, pero solo por fuera. Bernice era fría y calculadora. Ella sabía dónde estaba la mujer que yo le confesé que amaba y poco le importó. Tardé cuatro años en dar con Margot.

El marqués se incomodó al oír las tantas veces que ese hombre se refería a su esposa por su nombre de pila.

—Debo recordarle que Margot es la marquesa de Londonderry. Mi marquesa. Mi esposa —puntualizó, mitad orgullo, al saber que él se la había ganado a su recién descubierto rival, y en parte a disgusto por las confianzas que el conde se tomaba con su mujer.

—Como le decía, *lady* Londonderry —usó el título— estuvo recluida en casa de su tía porque, según pude averiguar, supieron que ella había perdido su virtud. Su familia debía estar al tanto de que muy probablemente fuese yo el causante. Sin embargo, Bernice se encargó de que ninguno de los dos pudiésemos tener una oportunidad. Y justo cuando un accidente acaba con la vida de la mujer que hizo de mi vida un infierno, descubro que usted —David lo miró con seriedad— ha conseguido de nuevo que nosotros no tengamos otra alternativa.

—Si está pensando en que yo sufra algún tipo de accidente y mi esposa sea una preciosa y joven viuda, le diré que soy muy precavido y tengo una salud de hierro. —El marqués consideró que era oportuno alegar estas cosas por si el conde mantenía todavía la absurda esperanza de conquistar a Margot.

Luxor se sonrió.

—Puedo ver el motivo por el que Mar... —vio al marqués alzar una ceja sardónica y se corrigió de inmediato—: por el que *lady* Londonderry se fijó en usted. No lo vi del todo claro aquella noche en la que se la llevó casi arrastras a la pista de baile. Su esposa, como imagino que ya sabrá, tiene un fuerte temperamento, así que cuando vi que ella no armó un escándalo con su atrevimiento, supe que usted no le disgustaba. Tuve que haber estado más atento —se lamentó apesadumbrado.

—¿En qué punto nos deja esta conversación?

Lord Luxor suspiró.

—Intuyo que me está preguntando si estoy dispuesto a luchar por ella.

—¿Lo está? —lo miró con cara de pocos amigos.

—No.

—No me dio esa sensación ayer cuando lo encontré sosteniéndola entre sus brazos.

—Es cierto. Yo no sabía que ella se había casado, aunque a riesgo de enfurecerle, le diré que lo hubiese intentado igual. De haber sabido que no era una mujer libre también hubiese actuado del mismo modo. Pero le digo sinceramente que no voy a volver a causarle problemas a ella. Su marquesa ha sufrido ya suficiente, no merece que yo le haga más daño. Su marquesa lo ha elegido a usted y yo me resignaré con dolor. No mentiré, soy un hombre libre y voy a buscar a una buena esposa que esté dispuesta a darme lo que Bernice tanto tiempo me negó: amor, calidez y ternura. Puesto que su esposa ha huido de su lado y no ha venido en mi búsqueda, pienso desistir de mis atenciones.

—Ella no ha huido de mí —le aclaró tajante y raudo con un gruñido incluido.

—Ya. Por eso, al no encontrar a *lady* Londonderry en ningún lugar, ha venido a ver si ella acudió a buscarme para fugarnos... Lo siento, señoría, pero o bien usted ha perdido a Margot —usó su nombre aposta—, o bien ella lo ha abandonado.

Londonderry se irguió en la silla.

—¿Es usted buen tirador?

—Nunca me gustaron las pistolas —confesó no sabiendo bien el rumbo de la conversación.

—Pues si no quiere acabar muerto, no vuelva a conjeturar algo como lo dicho. ¿Estamos? —No sabía empuñar un arma, pero siempre fue diestro aprendiendo y lograría dominar la técnica. Una lástima que cazar nunca le había interesado tampoco.

—No lo repetiré, aunque no sea ninguna mentira lo que acabo de conjeturar.

—Es usted un temerario, Luxor. —Londonderry no se sentía ya cómodo con la conversación—. Así que lo dejaremos aquí y ahora, porque de otro modo acabará diciendo algo que me moleste y no tendré más remedio que desafiarlo a un duelo. Por su bien espero que lo que hemos hablado hoy aquí, no trascienda en ningún otro lugar, puesto que no lo desafiaré, directamente le pegaré un tiro en la cabeza. Es mía. Es mi esposa. Es mi mujer. Es mi marquesa y nadie, absolutamente nadie, va a hablar una sola palabra en su contra. ¿Lo comprende?

Luxor se sonrió al ver que la coraza de ese hombre se acababa de rasgar por completo.

—Debo decirle que ha llegado un punto en que no tengo temor de nada ni nadie. Sus amenazas no funcionarán conmigo. Aunque sí le doy mi palabra de caballero de que no diré jamás una sola palabra en contra de la mujer que ama, porque ella no lo merece, y menos de mí.

A Londonderry no le gustó en absoluto esa contestación, pero por lo menos sí le reconocería que tenía agallas. Bastian era un hombre mucho más grande que Luxor, más fiero, con más poder y contactos y aun así no parecía atemorizarlo.

—Tenga buenos días. Espero no volver a verle en lo que me resta de vida. —El marqués se levantó de la silla y giró sobre sus talones dispuesto a olvidarse de ese hombre que no suponía un riesgo... No lo suponía, ¿verdad? No, seguramente no, trató de tranquilizarse él mismo en su fuero interno.

—Lo mismo le digo. —Oyó Londonderry que decía el otro. Eso provocó que él gruñese y el conde se removiese inquieto por si él se daba la vuelta y en verdad le mordía o algo peor. David había tratado de mantener la apostura, pero no negaría que ese ogro que había elegido Margot, sí le daba cierto pavor.

Capítulo 11

Una sintonía adecuada

Habían pedido un té caliente para templar los nervios. Hacía un par de días que Margot había llegado a casa de Ruth Anne y la duquesa de Atholl comenzaba a pensar que esa pareja no tendría una vida fácil nunca... ¿Cuál de los dos sería más terco?

En opinión de Ruth Anne su amiga no había obrado bien. Cuando le contó lo sucedido con el esposo de su hermana Bernice en su juventud... Bien, cualquiera podía tener un desliz, pero no esperaba que Margot le ocultase algo tan importante a su esposo.

—¿Vas a decir algo al respecto? —le preguntó Margot a la duquesa después de narrar todo lo sucedido, incluida la historia de cómo Bastian la había encontrado permitiendo el abrazo de David.

—Conozco muy bien a Londonderry y te aseguro que no va a perdonarte con facilidad. —Ella no lo haría. Imaginar a Atholl abrazando a una mujer mientras la otra le confesaba su amor...

—¡No me digas! —ironizó Margot sin humor—. Me quedó perfectamente claro cuando me mandó marcharme de su lado. Sé que es mi marido, que la sociedad y la ley dice que soy de su propiedad y debo hacer lo que él diga cuando me lo ordene... No puedo obedecerle, Ruth Anne, no volveré a vivir en la soledad. No cuando solo soy culpable de callar por mi vergonzoso pasado. Me mantuve apartada del esposo de mi hermana todo cuanto pude y Londonderry piensa que yo... —Suspiró profundamente sin poder seguir con el relato.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Sinceramente no veo un plan, no veo solución. Sabía que mi esposo era un hombre arrogante, vanidoso y orgulloso, sé que no va a poder olvidar lo que vio y oyó.

—¿Dijiste algo que te comprometiese?

Margot negó con la cabeza y añadió:

—No, porque estoy enamorada de mi marido y era imposible que yo le dijese una palabra de aliento a lord Luxor.

—Regresa a tu casa y habla con él. No has hecho bien. Creerá que lo has abandonado y será peor.

—No puedo hacer eso, porque no soportaría que me volviese a herir con sus palabras. Yo... No sé cómo seguir adelante. Siento que mi vida se complica a cada paso que doy. Trato de hacer las cosas bien y siempre me salen mal.

La duquesa se acercó a su amiga y sostuvo sus manos entre las suyas.

—Regresa al campo, con lord Kent, el abuelo te protegerá de la ira del nieto. —Tenía pocos consejos que darle a su amiga.

—No creo que lo haga en cuanto Bastian le diga el motivo de su enfado... —Comprendía que si fuese al revés y ella hubiera visto a su esposo en brazos de otra mujer... Solo imaginarlo le producía dolor en todo el cuerpo.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que desees, pero tu esposo se pondrá cada día más furioso contigo. Piensa en si fuese al revés. ¿No te molestaría?

—Sí —dijo por lo bajo—. Yo... He hecho un lío de toda la situación, Ruth Anne. No entiendo cómo todo se ha complicado tanto.

—No eres la única, mi comienzo con Atholl no fue tampoco adecuado. —Esa historia era la mar de curiosa también.

—Lo sé yo estuve allí para verlo. Mi problema es mayor. Es el único hombre importante en mi vida, siento que le he fallado y no sé cómo arreglarlo.

—Habla con él. No creo que puedas hacer nada más. En cuanto le tengas delante, dile todo lo que sientes, lo que significa Londonderry para ti y asegúrale que el esposo de tu hermana no fue nada en comparación con lo que él te inspira.

—Es justo como lo has definido. Lo que sucede es que no me salen las palabras cuando estoy con él.

Ruth Anne le apretó más fuerte las manos que aún tenía sostenidas entre las suyas. Se acercó un poco más a su amiga, de tal modo que quedaron muy juntas en el sillón que compartían.

—¿Qué sucede?

—No le dije que me marchaba.

—¡Santo cielo, Margot! Debe estar preocupadísimo por ti. ¿Cómo se te ocurre irte de su lado y no decirle nada sobre tus intenciones o paradero?

—Necesitaba irme. No veía nada más.

—Debí haberme dado cuenta de lo que habías hecho en el momento en el que te vi llegar a mi casa andando y sola.

—La posta del pueblo está a media hora de aquí. No corrí peligro.

—Sí, lo corriste. Él es orgulloso, pero tú no te quedas atrás. Eres más obcecada que él y si alguno de los dos no dais vuestro brazo a torcer, no podréis vivir en paz. ¿Quieres que tu matrimonio salga bien?

—Sí, más que nada en el mundo —dijo sin dudar.

—Entonces vas a tener que poner de tu parte. Recuerdo muy bien el día en el que tramamos robar un esposo. —La duquesa se rio con vergüenza. Aquella idea fue descabellada—. Prácticamente juramos que seríamos las mejores esposas del mundo para que nuestros hombres nunca se arrepintiesen de nuestra treta.

—Lo recuerdo bien. Sigo queriendo ser buena, pero mis circunstancias y la actitud de Londonderry lo hacen complejo.

—No. Si en verdad quisieras ser una buena esposa, habrías hablado con él de todo lo que te sucedía. Sinceramente creo que tenías miedo de enamorarte de él y confesarle tu amor por si otro hombre volvía a romper tu corazón. Ahora que conozco tu verdadera historia creo que es justo lo que te sucedió. Lo veo claro. David te falló estrepitosamente y no permites que Londonderry entre en tu vida porque temes que te haga algo similar. Ese es el único motivo por el que huyes a cada ocasión que tienes. Debes ser valiente, Margot. No hay manera de jugar seguro en las reglas del amor, pero sí debes confiar en el hombre que te ha elegido. Tú misma me has dicho que él no necesitaba casarse por obligación, aunque su abuelo lo hubiese amenazado, así que si te eligió, creo que él verdaderamente te ama.

—Nunca lo ha dicho. —No sabía qué pensar de los sentimientos de él.

—Los hombres rara vez lo hacen. Además, creo que es mejor que lo demuestren, no solo que lo digan. —Ruth Anne le sonrió—. ¿Sabes ya lo que tienes que hacer?

Margot cerró los ojos. Debía ser valiente. La explicación de Ruth Anne tenía mucho sentido. Esos dos días en los que se había refugiado en casa de los duques de Atholl habían servido para que ella se diese cuenta de que no podía vivir sin él: sin sus palabras, sin sus besos, sin sus caricias, sin su compañía. Y sí, por supuesto: no deseaba que él la olvidase porque lo sentía suyo. Bastian la había marcado a fuego.

—Debo enfrentarlo y hacerle ver que soy la esposa que debe tener.

Ruth Anne se sonrió complacida.

—Yo no lo hubiese dicho mejor. —La cara de la duquesa cambió de inmediato.

Margot frunció el ceño.

—¿Qué sucede?

—Solo estaba pensando en April. Recibí una carta suya hace unos días.

—¿Cómo está?

—Mi hermano es un auténtico patán por no ver la suerte que tiene con nuestra amiga. April se mudó al campo y pide que no la molestemos, dice que necesita tiempo para afrontar lo que le depara la vida.

—Lo siento tanto por ella. —Se compadeció de la situación de su amiga. Por lo que había oído, lord Albans se había marchado del reino y la había dejado sola. Margot se imaginó a Londonderry haciendo algo similar y le subió un sabor muy agrio y amargo por la garganta.

—Por eso mismo debes arreglar tu matrimonio. ¿Lo harás?

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

Se quedó pensando en qué hacer. Todo lo había hecho mal con Londonderry desde que lo conoció. No se había comportado bien con él. Lo había juzgado con mucha severidad, cuando él no era todo lo malo que ella previó. No fue sincera con el único hombre que la había elegido sin necesidad de tomar esposa todavía. Es más, cuando se enteró de que no era una mujer pura, no la aisló dejándola a su suerte. Eran felices, podían serlo, lo único que necesitaban ambos era aclarar las cosas sin disgustarse. Algo complicado, pero, por Dios, que ella haría su mejor esfuerzo porque su vida dependía de que él la perdonase y la quisiera.

Esta vez sí le daría una buena zurra cuando la encontrase. Oh, sí. La llevaría sobre sus rodillas y le explicaría que no podía marcharse de su lado y crearle una agonía eterna. Y por cada explicación que ella le ofreciera, su adorable esposa recibiría una buena palmada sobre sus posaderas.

Llevaba dos días haciendo averiguaciones del paradero de ella, incluso había hecho todo lo posible por coincidir con el señor Duncan Rosenwood para ver si de nuevo, la pequeña bruja había recurrido a él. No le preguntó abiertamente sobre ella porque era demasiado humillante reconocer que lo había abandonado.

¿Tan mal se había portado él con ella para que escapase de sus garras? Entendía que la vida no la había tratado bien. Debió ser muy duro enamorarse de un hombre que acabó casado con su hermana, y no contenta con ello, Margot tuvo que enfrentarse ella sola a un embarazo. Podía comprenderla hasta cierto punto. Bastian no era un hombre delicado ni dado a sensiblerías. Era duro y fiero, pero le juró que la protegería y siempre lo haría. Incluso de sí misma, lo haría.

No habría más mujer que la bruja rubia para él. Dejar a su amante resultó liberador. Le mandó un bonito broche que costaba una pequeña fortuna y no sintió nada cuando terminó la relación.

¿Dónde estaría su esposa? Solo le faltaba buscarla en casa de los Atholl, pero esa idea no era muy certera, porque si su padrino supiera que Margot había ido sin él a visitarlos, seguro que el duque le hubiese enviado un aviso sobre esto... ¿Lo habría hecho, verdad?

Estaba muy preocupado, tanto que había llamado a un investigador para que diera con ella. El señor Brian Cox estaba sentado en su despacho y él no sabía cómo explicarle que su marquesa

había huido sin sentirse mortificado.

—Señor Cox, tengo un problema peliagudo que... —comenzó a declarar el marqués con agobio.

Un golpe en la puerta interrumpió la entrevista.

—Señoría —habló el sirviente—, *lady* Londonderry desea ser atendida por un asunto urgente.

—Oh —exclamó el marqués—. ¿Mi esposa está... aquí? —Eso sí que no se lo esperaba.

—Sí. Justo afuera —le confirmó el lacayo.

—Está bien, hágala pasar —le ordenó con ansiedad. La mirada de Bastian se dirigió al señor Cox—. Hablaremos en otro momento, gracias por su tiempo.

—Como ordene, señoría. —El hombre se levantó de la silla pensando que había sido la entrevista más extraña de su vida, pues había visto cómo el noble pasaba de la agonía a la tranquilidad en menos de una fracción de segundo. Le daba en la nariz que la esposa del marqués tenía que ver en el cambio de actitud, pero no se atrevió a abrir la boca para opinar.

Cuando el investigador se marchó, Margot se encaminó hacia el despacho.

Londonderry la observó detenidamente. Se veía un poco pálida, pero no apreciaba signos de haber sido herida. Al fin pudo descansar. Estaba ante él, sana y salva. Casi dos días completos sin saber de ella. Había salido por Londres para buscarla, pero sabía que no la encontraría hasta que ella no quisiera, porque era más terca que él. Mucho más que él.

Margot sentía el corazón bombear con fuerza. Se había atrevido a venir, pero no sabía cómo iniciar la conversación. Verlo tan serio y apuesto, frente a ese escritorio de color caoba tan varonil, no estaba ayudando.

—¿*Milady*? —Usó el título de ella de modo indiferente para preguntar tantas cosas... y, sin embargo, sin decir nada en concreto.

—Lo siento —dijo por lo bajo desde la puerta. No se atrevía a acceder.

—No la he oído bien. ¿Ha dicho algo, *milady*? —El uno y el otro se miraban con fijación.

La muchacha anduvo unos pasos. Llegó hasta colocarse detrás de la silla que estaba libre, frente al escritorio de su esposo, y agarró el respaldo para que sus manos dejaran de temblar. Él no le daba miedo. Lo que la tenía aterrada eran las consecuencias que podría haber tras esa conversación.

—Lo siento —dijo más alto.

—¿El qué de todo? —preguntó con frialdad.

—Todo —indicó ella al punto.

—Sea más específica.

—No debí haberme marchado sin decirte nada. —Como primera enumeración no sonaba mal, pensó Margot.

—¿Dónde ha estado? —No estaba dispuesto a dejar de lado la formalidad.

—Con Ruth Anne. —Lo vio apretar los dientes. Si Margot hubiese podido leer la mente de su esposo, habría sabido que iba a hablar muy seriamente con Atholl por no haberle avisado de inmediato del paradero de su esposa.

—Siga. —No estaba dispuesto a abandonar la formalidad en la conversación.

—Debí haberte hablado de lord Luxor en cuanto tuve oportunidad y haberte aclarado que él fue un hombre al que creí amar en un principio. No me atreví, porque no deseaba que sintieses pena por mí. Por ser la segunda hermana fea que se quedó sola, abandonada y cargando con un hijo sin padre.

—La escucho. —Que él no le gritase ni la echase a patadas le dio cierta confianza para seguir su discurso.

—El esposo de mi hermana me trajo a la ciudad para que yo fuese su amante después de unos años en los que residí repudiada en el campo con una tía.

Vio que Bastian se levantaba con violencia de su silla y que esta se volcaba.

—Lo mataré. —Tuvo que haberlo hecho cuando fue a buscar a su esposa en su casa. Se arrepentía de no haberlo golpeado un poco.

—No. —Ella levantó la mano—. Solo escúchame, por favor. Él asintió en un gesto seco—. Yo no lo quería, no lo amaba. No sentía nada por él cuando regresé a la ciudad. Además, era el esposo de Bernice. Mi hermana era muy... No era buena persona. —No le gustaba hablar mal de los muertos, pero... —. Ella hizo de la vida de su marido un infierno y él creyó que yo sería la solución a sus problemas. Cuando yo me negué, me dijo que nunca permitiría que hubiese otro hombre en mi vida. Yo le creí, porque sonó muy certero. No podía arriesgarme a que te hiciese daño, más cuando tú habías dejado claras tus intenciones de desposarme a toda costa, incluso aunque yo me negase repetidamente. Luxor podía hacernos mal incluso propagando un rumor.

—Ese hombre no hubiera podido herirme de ningún modo. No tenías que haberte preocupado por eso.

—Yo... me di cuenta de que mis sentimientos por ti eran más fuertes de lo que quería admitir. No estaba dispuesta a correr el riesgo.

—Dime qué soy para ti —inquirió todavía estando de pie.

—Te amo con todo mi corazón.

Él se movió y se sentó en la silla que estaba al lado de su esposa.

—Sigue con tus disculpas —la invitó muy civilizadamente. Cambió a un trato más cercano sin darse cuenta.

—Cuando me viste en casa de Luxor... yo no vine para encontrarme con él. Viajé por ti, porque me di cuenta de que mi lugar estaba a tu lado y de que tú eras capaz de protegernos a los dos. Además, comprendí, cuando hablé con el esposo de Bernice, que él no estaba enamorado de mí tampoco, solo de un recuerdo agradable que tuvo antes de que mi hermana lo condenase a ese matrimonio sin amor.

Hubo un momento de silencio en el que ella esperaba que él dijese algo alentador.

—¿Qué más?

—Supongo que también te debo una disculpa porque creerás que con mi marcha te abandoné, pero no fue así. Me diste miedo.

—Yo nunca te dañaría.

—Lo hiciste. Con tus palabras y tus gestos duros. Tenía miedo de volver a sufrir por tu pérdida.

—Te encontré en los brazos de otro hombre después de que te negases a explicarme tu reticencia a venir conmigo a la ciudad.

—Él me abrazó a mí. No lo propicié.

—No te vi demasiado incómoda.

—Lo estuve. Es cierto que no me despegué de él de inmediato, pero fue porque quería averiguar si en verdad él no significaba nada para mí. No sentí la protección que tú me das, el amor que me ofreces cuando me abrazas o tocas. Incluso cuando me hablas siento tu devoción.

—Te muestras muy segura de lo que yo siento por ti —puntualizó un poco enfadado aún.

—Sí. Porque, aunque al principio no estaba convencida de que me amases, ya lo sé.

—¿Por qué dices algo como eso? —Se sentía contrariado y en clara desventaja frente a ella.

—Porque sigues a mi lado escuchando mis explicaciones.

—Eres mi esposa. Nuestra vida entera depende de la paciencia que yo pueda mostrar en este

momento. —Dejó patente que estaba haciendo un gran esfuerzo.

Los dos se miraban con fijación, sin ocultar lo que eran el uno para el otro.

—Así es. Me marché porque tuve miedo de que me fallases. Fue nuestra primera discusión fuerte y yo creí que me abandonarías en el campo y me privarías de ti. No podía volver a pasar por lo mismo que sucedió hace más de cuatro años. Entré en pánico y me marché a buscar consuelo y consejo.

—¿Lo encontraste? —Quiso averiguar con curiosidad.

—Sí. Ruth Anne me hizo ver que de mí también dependía nuestro futuro. No podía pedir tu confianza si yo no te daba la mía. Y para que pudiéramos tener algo maravilloso, yo debía regresar, disculparme por cómo sucedió todo entre nosotros y explicarte los motivos, que tal vez no fuesen acertados, pero eran verdaderos, sobre mi proceder. Tú... ¿me amas? —Necesitaba la confirmación de él dicha en alto. Creía que sus conjeturas sobre los sentimientos de su marido eran acertadas, pero ansiaba escuchárselo decir.

Londonderry se pasó ambas manos por el rostro.

—En estos momento tengo sentimientos encontrados, Margot. Me has hecho pasar un infierno. Dos días desaparecida, imaginando que alguien te pudiera haber hecho daño... Eres demasiado terca, demasiado complicada.

—Lo siento por eso también. —No podía hacer otra cosa que entonar el *mea culpa*.

—Eres mi esposa y tu lugar está junto a mí.

—Es lo que deseo.

—No lo he visto en ningún momento, Margot. Solo siento que quieres escapar de mí desde que te conozco. —No mentía. Las reacciones de ella desde que se presentó ante él para regañarlo así se lo indicaban.

—Pudiera ser así al principio, pero te juro que lo que más necesito eres tú —confesó con el corazón en la mano.

—Estoy cansado, Margot. No sé lo que quieres de mí.

—A ti. Nada más.

—Tampoco lo he sentido así.

—Solo dame una oportunidad para demostrarte que seré la mejor esposa del mundo.

—Es curioso que digas eso, porque siempre pensé que yo sería el marido más nefasto que pudiera haber. Creo que me has superado con creces.

Ella bajó el rostro. Su esposo tenía razón. El miedo, la poca prudencia y su pasado no le habían permitido ver cómo conducirse con él de un modo más acertado.

—No sé qué más decirte para que comprendas que yo... —Tomó un poco de aire—. Te amo, te necesito y no quiero perderte.

—El problema radica en que yo no me fío de ti. ¿Qué me garantiza que al próximo problema que haya no salgas huyendo de mi casa? ¿Voy a tener que pasarme la vida buscándote? —Comenzó a negar con la cabeza—. No quiero esto.

—No. No, yo no me marcharé jamás. —Margot se inclinó en la silla y trató de coger las manos de su esposo. Él huyó de su contacto.

—Entonces comprenderás que yo no pueda creerte cuando has demostrado en repetidas ocasiones que no eres digna de mi confianza.

—Lo que dices es cierto, pero no puedes negar que has sentido todo el amor que te profeso y eso tiene que contar para algo. —Presentía que la conversación no estaba yendo por buen camino y se le acababan las opciones.

Él se levantó de la silla y comenzó a caminar por el despacho. Se paró un momento. Margot

lo observó mirarla de nuevo y ella sintió que algo malo se avecinaba.

—No lo sé, Margot. Creo que nos apresuramos en nuestra toma de decisiones. Era del todo evidente que entre ambos saltaban chispas, que había pasión a raudales, pero tal vez no bastase con eso para construir un matrimonio sólido.

Ella tragó saliva con inseguridad.

—¿Qué pretendes decirme?

—Deseaba encontrarte para saber que estabas bien. Efectivamente, te amo, pero no confío en ti. Las cosas contigo no son fáciles.

La declaración que tanto había esperado la marquesa le supo a cenizas.

—Justamente por eso no quise que me enamorases. Los dos somos muy testarudos y yo soy una persona... peculiar. He pasado por mucho, así que si vas a romperme el corazón, hazlo sin titubear para que esta conversación no se transforme en algo incómodo para ambos en cuanto llegue mi llanto.

—No estás siendo justa.

—Pero sí sincera. —Ella se levantó. Parpadeó varias veces para tratar de seguir manteniendo las lágrimas ocultas. Comenzó a andar hacia la puerta de salida del despacho.

—¿Adónde vas?

—Al campo, con tu abuelo. No haré esto más difícil para los dos.

—¿Vuelves a huir? —inquirió molesto.

Ella se giró para observarlo. Él estaba cerca de la ventana mirándola.

—No. Te dejo tiempo para que valores lo que soy y lo que te ofrezco. Me he liberado de mi pasado y al fin puedo ofrecerme a ti con todo lo que tengo. Estoy dispuesta a suplicar. Así que te ruego que no tires mi amor al suelo, porque me ha costado mucho ofrecértelo sin reservas.

—¿Y qué esperas que haga después de lo que has hecho? ¿Que te bese, te lleve a mi lecho y olvide todo lo que ha sucedido?

—No seré mezquina, así que sí, eso que acabas de proponer sería el paraíso para mí. Por el tono de tu voz deduzco que estabas siendo sarcástico. No espero que lo hagas, por más que muera por conseguir justo lo que acabas de relatar.

—¿Te rindes conmigo? Te resignas sin más —La segunda apreciación no era una pregunta, él estaba seguro de lo que ella hacía.

—Solo dime qué quieres que haga para que tú puedas corresponderme y lo haré.

Se hizo un silencio muy pesado en la habitación. Ella sonrió con ternura. Se acercó a él sin perder la sonrisa. Le acarició la mejilla y le dio un suave beso en los labios.

—Yo... —Comenzó a decir Londonderry.

—No. No hace falta que añadas nada más. Te estaré esperando si decides venir a por mí. En mi breve luna de miel fui muy feliz en el hogar que te vio nacer. Confío en que los recuerdos que hay allí, me mantengan con ilusión y esperanza. Nunca olvides, que yo soy tuya y tú eres mío.

La marquesa de Londonderry salió de la estancia dejando que el torrente de lágrimas que había estado conteniendo fluyera con libertad.

Lo amaba. Amaba a ese hombre con todo su ser y con sus caprichos e inseguridades lo había hecho flaquear. Comprendía que él necesitaba tiempo para averiguar si estaba dispuesto a volver a apostar por ella. Margot también lo había necesitado y estar sola, en compañía de una buena amiga que le había abierto los ojos, la ayudó muchísimo.

A Dios le rogó para que su esposo descubriese que no podía vivir sin ella, tal y como le había sucedido a Margot.

La primera semana sin ella fue un infierno. Había comenzado la segunda y estaba lejos de mejorar. Había tenido una vida social muy ajetreada pensando en que eso lo distraería, en especial, por las noches, cuando su cuerpo lloraba por las caricias que no recibía de ella. Ni siquiera haber jugado una partida de cartas muy impresionante con cierto noble, en la que ganó una fortuna y logró hacer justicia por una deuda pasada que él se encargó de saldar, lo había ayudado a sosegar su pena.

La estaba castigando porque estaba enfadado por todo lo que le había hecho pasar. La amaba con más fuerza que cuando la tenía a su lado. La añoraba, pero quería hacerla esperar un poco más porque no soportaba que hubiese jugado con él de ese modo. ¡Se marchó sola de su casa! Sin protección. ¿La bruja no se imaginaba lo que le habría sucedido a él si a ella le llega a ocurrir algo malo?

Lo peor de todo era que por querer castigarla a ella, él también estaba recibiendo un severo correctivo, porque... ¡Dios, cómo la echaba de menos!

Había ido a una estúpida fiesta donde había demasiadas parejas felices que le hacían sentir envidia. Desde su posición divisó un rostro conocido que no tenía ganas de recordar.

Lord Luxor estaba llevando del brazo a una jovencita después de un vals, junto a una mujer que Bastian suponía que sería su madre. La mirada de uno y otro se cruzó. Entonces lo vio sonreír y cambiar el rumbo hacia su posición. Ese hombre no estaba bien de la cabeza si después de lo dicho se acercaba a él.

—¿Sigue sin saber el paradero de su esposa, señoría? —No fue tanto en sí la frase lo que le molestó, más bien fue el tono empleado. Se estaba mofando de él.

El marqués se envaró. Definitivamente el conde era estúpido... o tenía más agallas de las que pensó.

—Me parece que tiene usted ganas de morir sin volver a casarse. Creo que esa joven con la que bailaba tan embelesado, va a leer mañana en el periódico que usted tentó al diablo y perdió la vida por ello.

La frase provocó que el conde se riese con ganas. Bastian lo miró con una furia y seriedad que habrían hecho a cualquiera temblar.

—Vamos, no me mire así. Yo llevo viviendo en el infierno demasiado tiempo. Conocí al diablo, señoría, estuve casado con ella. No hay nada que me dé miedo, se lo dije un día. Y ahora, retomando el asunto de su esposa...

—Ciertamente quiere usted que yo le dé un puñetazo —lo interrumpió en tono duro.

—No, en absoluto. Sencillamente tengo curiosidad por saber si Margot es feliz. Porque si no lo es, tengo la tentación de ir en su busca. —Bastian vio que a su rival no le tembló el pulso a la hora de señalar semejante afirmación.

—No me importaría armar un escándalo en medio de la fiesta. Mida sus palabras. Es mi última advertencia. Le dije una vez que es mi marquesa. —No soportaba que emplease su nombre. Solo él tenía la potestad de referirse a ella con tal intimidad.

—Sí. Lo recuerdo bien —dijo despreocupadamente el conde—, pero como parece que soy el único que maneja esa información en la ciudad... No estaba seguro de que continuase siendo así.

—Pues le informo de que ella es *lady* Londonderry y que lo seguirá siendo hasta el fin de sus días. —Él ladró la última parte.

—Sí, bueno... ¿pero es feliz? —siguió hurgando en la herida.

—Tiene ganas de morir. Háganos un favor y siga su camino. No se preocupe por mi mujer.

—Ahuecó la mano para que se marchase porque estaba a un pelo de darle un puntapié en su condal trasero.

—Ya veo que la única mujer que se merece saborear el amor, sigue sin poder conocerlo... —dijo intuyendo que Margot no estaba en buenos términos con su esposo—. No debí haberla dejado marchar con tanta facilidad. De haber sabido que acabaría con un hombre peor que yo mismo... —continuó con pesar. Vio que el marqués daba un paso al frente y comenzaba a levantar un puño—. En fin, creo que seguiré admirando a las jovencitas casaderas. —Y se marchó en un abrir y cerrar de ojos satisfecho por haberlo molestado.

Londonderry cerró los puños con más fuerza. Ese hombre era el menos indicado para darle una lección.

Soplo y resopló por las palabras espetadas con tanta malicia. El marqués decidió que la fiesta había concluido por esta noche. Hizo una mueca.

Lo único beneficioso de tener una esposa, era que su cama nunca estaría fría... Ni eso alcanzaba con Margot. Era horrible.

Él, un hombre que renegó del matrimonio, porque pensó que nunca habría ninguna mujer interesante que le impulsase a dar el salto, no solo se había echado la sogá al cuello de modo voluntario, sino que además era un esposo que sufría por la falta de su marquesa... ¡Dios del cielo! ¿En qué diantres estaría pensando cuando permitió que ella se marchase a casa de su abuelo... sin él?

Regresó a su solitaria mansión en Mayfair y, después de desvestirse sabiendo que no gozaría de las mieles del matrimonio, se metió en su cama. Y de nuevo desde que Margot no estaba, la echó de menos. Añoró el contacto de su cuerpo, las caricias de sus manos y la dulzura de su lengua sobre su piel. Incluso necesitaba entablar con ella una batalla dialéctica, porque esa pequeña bruja rubia, había entrado en su mente, en su corazón y no parecía estar dispuesta a salir jamás.

Se durmió siendo consciente de que no servía de nada castigarla sin su compañía, si él mismo sufría el mismo dolor y necesidad que esperaba que ella sintiese.

Ocho días sin él. Comenzaba el noveno y no le gustaba sentirse vacía y triste. ¿Cómo había podido llegar a desarrollar esa dependencia por su esposo? Podía estar sin él perfectamente, de hecho lo estaba haciendo, pero la verdad era que deseaba vivir a su lado, con él, junto a él, por decisión de ambos.

Lo amaba como jamás pensó que amaría a nadie. Y dolía. El rechazo sufrido era una agonía continuada.

Había salido a pasear con lord Kent como hacía cada mañana desde que regresó. Estuvo equivocada cuando creyó que ese lugar sería como una cárcel, como cuando vivió con la tía Theodora. No había otro sitio tan liberador. Era un hogar, pero incompleto porque faltaba Bastian.

Suspiró con fuerza sin ser consciente de lo que hacía.

—¿Otra vez triste? —preguntó el duque de Kent, quien iba andando de su brazo.

El aire sopló más de lo esperado y el bonete que Margot llevaba salió volando.

—A veces no valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos —dijo la marquesa viendo cómo el sombrerito se iba a lo lejos.

—Tú no has perdido nada, querida. Ya verás como mi nieto entra pronto en razón. —El

duque estaba muy apenado por la situación producida. La joven no le había dicho lo sucedido realmente, pero la frase espetada no era a causa de la pérdida del bonete.

—No tengo esperanzas. Usted no vio el modo en el que se sintió defraudado... —Tenía grabadas a fuego sus palabras y gestos. Le había hecho mucho daño sin ser consciente de ello.

—Nunca te menosprecies, muchacha. No pensé que llegaría a ocurrir, pero tú lo conseguiste.

—¿El qué? ¿Qué conseguí? —Quiso averiguar Margot sin saber lo que pretendía enseñarle el abuelo. Oh, sí. Había descubierto que el duque nunca hablaba si no había un buen motivo para hacerlo.

—Enamorar a un marqués malvado, endiablado y perverso. Mi nieto era un calavera. Yo no veía que él sentase la cabeza. Sabía que Bastian necesitaba una mujer, sus hijos, un hogar feliz. Él se empeñaba en rehuir mis peticiones alegando que nada de eso le importaba. Yo casi había perdido la esperanza. He organizado varias fiestas campestres, y traje a mi casa a damas muy bonitas que harían despertar a un muerto. Mi nieto nunca se interesó por ninguna. Solo tú fuiste capaz de que él se ilusionase con un futuro junto a una buena mujer.

—No soy buena, lord Kent. Yo no me he portado bien con él. A veces creo que debí haber corrido en la otra dirección para salvarlo de mí. Yo nos he hecho esto a los dos... Yo...

—No, no —le dijo al ver que ella se ponía a llorar—. Debes confiar, en ti, en él. El amor es una fuerza muy poderosa que lleva luz incluso a los lugares más oscuros. Ten un poco de fe. Aguarda, porque sé que mi nieto vendrá por ti. —La fuerza de las palabras con la que el duque se expresó, dejó a Margot con una tenue sonrisa dibujada.

—¿Cómo está tan seguro de que vendrá a mí?

—Porque es lo que yo haría. Recuerda: Bastian y yo no somos tan diferentes. —El abuelo le guiñó un ojo y siguieron caminando en paz.

Llegaron hasta la arboleda y luego dieron media vuelta de regreso. Entonces comenzaron a hablar sobre lo bonito que sería dar un baile para la nobleza rural. El abuelo le decía que así tendría opción de estrenar el nuevo vestuario que el duque le había hecho encargar en la modista del pueblo.

A Margot le gustó contar con las hábiles manos de la señora Jofreire, porque además de buen gusto, la trató con suma amabilidad y la marquesa estuvo encantada de dejar el dinero en manos de una mujer muy buena.

La conversación cesó de imprevisto. El abuelo y ella se quedaron mirando el camino lejano que daba acceso a la casa del duque.

—Un carruaje se acerca —dijo Margot, pues desde su posición, veían muy bien cómo a lo lejos llegaba un vehículo.

—Sí. Una visita. ¿Quién será? —El carruaje estaba demasiado lejos como para identificar el blasón.

—Tal vez sea Ruth Anne, *lady* Atholl me informó en su última misiva que vendría a visitarme pronto.

—Apretemos el paso, muchacha, para recibir a mi nieto. —Lord Kent tenía una corazonada.

—¿Bastian? —Sintió que su corazón daba un brinco al pensar en dicha posibilidad.

—No tengo más nietos —respondió él con una afable sonrisa—. Apresure el paso *lady* Londonderry y ponga su mejor sonrisa.

—¿Está seguro de que es él?

—Todo lo seguro que se puede estar de que un hombre no está demasiado tiempo alejado de la mujer que ama.

Margot asintió con la cabeza y comenzó a caminar apresuradamente. Conforme se acercaba el

carruaje, las mariposas que sentía revolotear en su estómago se hacían más insoportables.

—Lord Kent, debemos ir más rápido. —Ella deseaba echar a correr y los pasos del abuelo no eran firmes.

—Ve tú delante, vamos. Ve a recibir a tu esposo como se merece. —La animó, ya sin ninguna duda sobre la identidad del hombre que iba en el interior del carruaje. El duque estaba completamente seguro de que era su nieto.

El anciano compuso una sonrisa de satisfacción cuando la joven se soltó de su brazo y comenzó a correr como si el maligno fuese tras ella. James miró al cielo y rezó una breve plegaria de agradecimiento. Al fin un acercamiento entre ambos... Solo esperaba que ninguno de los dos estropease el reencuentro, porque sino, él los encerraría en una habitación y echaría la llave al pozo.

Cuando el carruaje se detuvo en la entrada principal, Margot detuvo sus piernas esperando que se confirmase lo que había dicho el duque sobre su esposo. Cuando el lacayo abrió la portezuela y vio salir al marqués... Sus ojos comenzaron a lagrimar. Lo supo en cuanto lo vio: él había venido a por ella.

—¡Bastian! —lo llamó antes de que él accediera a las escaleras del pórtico principal.

Lo vio darse la vuelta y la mirada de ambos se quedó fija en la del otro. Margot llevó sus manos al corazón porque desde el lugar en el que estaba podía ver una tenue sonrisa. Ordenó a sus piernas que corrieran todo lo aprisa que pudiesen.

Lo observó hacer lo mismo y al fin tuvo la confirmación de que él la había perdonado. Cuando llegaron el uno al otro, Margot saltó a sus brazos sin pensarlo ni un minuto. Bastian la mantuvo un momento prisionera y acto seguido le dio una vuelta al aire.

—Te amo. Te amo, Margot. —Oyó ella que le decía.

—Y yo soy tan feliz que te juro que te amaré hasta el fin de mis días, mi amor. —Bastian la dejó en el suelo, enmarcó su rostro con sus enormes manos y llevó sus labios hasta los de ella. El beso que Margot recibió fue tan pleno, estuvo tan lleno de promesas, que sus ojos comenzaron a lagrimar sin que ella pudiera evitarlo. Esta vez de dicha, de esperanza, de amor.

Londonderry sintió la humedad en su mejilla y se separó de ella.

—¿Por qué lloras?

—Porque soy feliz, porque has venido a por mí. Porque me amas y yo te amo todavía más. —Margot volvió a saltar a sus brazos. No quería escapar de ahí. Él la apretó con suavidad.

—Espero que al fin podamos demostrarnos cuanto nos amamos y no hagamos otra guerra, Margot, porque he probado a vivir sin ti y no puedo —se sinceró llevado por el momento tan efusivo.

Cuando la vio ir corriendo hacia él, el cielo se abrió de par en par y tuvo que abrazarla porque era lo que necesitaba y deseaba.

—¡Oh, Dios!, nunca vuelvas a tratar de dejarme a un lado. —dijo mientras le daba un abrazo lleno de ternura.

—Nunca —sonó a promesa. Él lo cumpliría porque su mujer pertenecía a sus brazos, a su vida, a su alma, a su cuerpo.

Y así, sencillamente, con un abrazo y un beso profundo, dos personas que habían tenido que lidiar con sus miedos, con su pasado, encontraron el camino para ir hacia adelante juntos, en gloriosa y adecuada sintonía. En perfecta armonía.

Epílogo

Una marquesa malvada

A las tres semanas de haber ido al campo a buscarla, Londonderry le dijo que era momento de dejar atrás la tristeza. Margot se sorprendió porque no entendía lo que su esposo trataba de decirle. Sin añadir nada más, la invitó a viajar con él. Ella aceptó encantada y sorprendida porque Bastian no le explicaba a dónde se dirigían ni el motivo de ese largo viaje que habían emprendido.

Llegaron a un lugar que ella bien conocía. Al lado de la iglesia del pequeño pueblo, donde tía Theodora la mantuvo cautiva enseñándole el poder de la curación de su alma, había un cementerio. Londonderry bajó del carruaje y le tendió la mano. Ella tragó saliva en aquel momento porque algo le decía lo que se aproximaba. La pareja se paró frente a una tumba sobre la que habían puesto una piedra de granito blanco. La leyenda decía: «Adorado y querido hijo».

Rompió a llorar mientras abrazaba a su esposo con todas sus fuerzas.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó a Bastian cuando recuperó mínimamente la compostura.

—Tengo un investigador excelente que me ayudó a destramar lo sucedido. Era lo que merecías. Tenías que saber lo que ocurrió.

—¿Qué pasó?

—No pudo sobrevivir. Lo siento. Una familia vino a recogerlo, pero no se lo pudieron llevar porque murió a las pocas horas de nacer.

—¿Quién te lo dijo?

—Mi investigador y yo hicimos varias visitas. La primera fue a casa de tu tía Theodora. Solo tuve que amenazarla con comprar la hipoteca que hay sobre sus tierras, y que tu padre va a tener problemas para pagar, y ella cantó como un pájaro.

—No fueron buenos conmigo, Bastian. Me abandonaron, me dejaron a mi suerte, cuando solo tenían que haber atado cabos.

—Lo sé. Y te prometo que pagarán por lo que te hicieron. Tu padre es un gran apostador, pero no es un buen jugador. Tengo varios pagarés en mi poder. Las semanas que pasé en Londres, hice lo posible por conocer a tu padre y ganarme su confianza. Es un hombre con muchas deudas. Me senté frente a él e hice la mejor partida de mi vida. Me cobré una deuda que ellos tenían contigo.

Ella le sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—Te agradezco que te tomaras tantas molestias por mí. No deseo que nada malo le suceda a mi familia.

—¿No? ¿Por qué? Se han portado muy mal contigo. Merecen un castigo —apuntó severo.

—Puede ser, pero gracias a ellos yo no pude vivir la vida que creí que deseaba. Ellos me trajeron hasta ti y eso no lo voy a poder olvidar nunca. Mi existencia es plena, mi amor. Sufrí mucho en el pasado. Mi hijo... El que tú has encontrado merece descansar en paz. Yo debo buscar tranquilidad para poder ser la esposa que mereces. Te amo por preocuparte tanto, pero el destino siempre tiene un plan trazado para cada uno de nosotros. Yo tuve que pasar por todas aquellas penurias para poder encontrarte y valorarte como te merecías. Después de casarme

contigo comprendí que no cambiaría ni un ápice mi pasado porque no estaba dispuesta a arriesgarme a perderte.

Bastian se quedó pensando en lo que ella trataba de explicarle. Comprendía que, si al final Margot hubiese hallado el modo de regresar junto a Luxor, él no habría podido conocerla y casarse con ella.

—De todos modos, creo que hay que darle un pequeño escarmiento a tu padre.

—¿Qué pretendes?

—Voy a tener a tu padre y a tu tía a mi merced un buen tiempo. No ejecutaré el pago de la deuda que me debe, pero ellos tendrán que aprender a vivir sabiendo que en cualquier momento les puedo hundir.

—Solo quiero olvidarlos.

—Lo sé, por eso no les he pedido que se disculpasen en persona. No quiero que los vuelvas a ver porque no merecen ni tu compasión, ni la gracia que les has otorgado. Si por mí fuese, pagarían muy caro todo lo que se atrevieron a hacerte.

Ella se puso de puntillas y tiró de su chaqueta para hacerlo bajar a su altura. Le dio un profundo beso sin pensar en lo inapropiado que resultaba hacer ese gesto en medio de un cementerio. Cuando ambos se quedaron sin aliento, ella le dijo:

—No sabes cuánto te amo.

—Lo sé exactamente, porque yo siento lo mismo, mi pequeña hechicera.

Los dos se cogieron de la mano y regresaron al carruaje. Margot sabía que esa pequeña lápida, no había estado ahí antes de que Londonderry la colocase para ella. Su esposo había descubierto el paradero de su pequeño niño. Su corazón descansaba un poco. Hubiera preferido saber que ese bebé crecía sano y salvo en otro lugar, pero al menos ya tenía la certeza de lo que sucedió aquella terrible noche en la que creyó que todo se acababa para siempre. Parió un niño al que no le permitieron ver y del que supo su sexo porque el médico que la trató se lo dijo.

La primera hora del trayecto, la pasaron en silencio. El marqués entendía que ella necesitase templar los nervios. Luego comenzaron a bromear sobre asuntos más terrenales y poco a poco regresaron a su habitual rutina.

Hicieron varias paradas durante el viaje de regreso. Comieron en una posada y estuvieron muy animados compartiendo confidencias y hablando sobre el número de hijos que les gustaría tener. Londonderry dijo que cuatro como mínimo y ella contestó que podrían empezar por el primero. Ante esto, su marido le preguntó si ella podría saber si estaba embarazada. Ella le sonrió y le dijo que era muy probable que estuviese gestando. Por algún extraño motivo, cuando decidió entregarse a él aquel día en el que salieron a cabalgar, imaginó que se volvería a quedar en estado de buena esperanza. Tal vez no hubiese sucedido aquella vez. Podría ser que hubiese ocurrido las innumerables veces en las que le había hecho el amor antes de que él se marchase a Londres, pero lo cierto era que sus días de mujer no habían llegado todavía. Y aunque era pronto, Margot sentía que una vida crecía en su interior. Él se alegró con esa revelación y decidieron tomar con cautela lo dicho a la espera de una confirmación experta.

Llegaron a la finca de campo bien entrada la noche. Estaban exhaustos por el largo viaje. Aun así, lo había estado pensando detenidamente durante todo el camino de regreso, y Margot deseaba resarcir a su esposo por lo que había hecho por ella. Y en esos momentos, en los que los dos estaban en la habitación que antaño fue del duque, preparándose para dormir, la marquesa se sentía muy malvada... Más que malvada, depravada y perversa.

Se levantó del tocador que Bastian había hecho instalar en la estancia, porque no deseaba que ella durmiera sin él a su lado, imaginando lo que su esposo haría si ella...

Bastian estaba sentado en el borde de la cama desnudo, aguardándola como hacía cada noche. Ella se había colocado un precioso y descarado camisón en tono lila que tenía muchas transparencias de satén y dejaban muy bien dibujados sus encantos.

Su esposo la miraba con hambre. Ella se sonrió satisfecha cuando, al dejar caer el camisón al suelo, Bastian gimió de anticipación.

Margot llegó hasta él y se colocó de rodillas sobre la tupida alfombra de color marfil.

—¿Qué te propones? —preguntó con la voz cargada de deseo.

—Darte tu recompensa, mi marqués —dijo ella mientras sujetaba su eje erecto entre sus manos.

—No me debes nada. —Él sabía que ella estaba agradecida por haber aclarado la situación del paradero del pequeño que perdió, pero no quería que se sintiera obligada.

—Yo quiero agradecértelo igual. Permite que lo haga —dijo mientras se lamía los labios.

—¿Cómo lo harás?

—Quiero probarte y beber de ti como tú lo haces conmigo. —Margot sintió que su eje saltó en su mano y supo que a él la idea le agradaba mucho.

—¿Estás segura? No hay motivos para...

—Sí —lo cortó ella—. Solo deja que yo me ocupe. ¿Lo harás?

—Por supuesto.

Bastian se recostó sobre la cama y la dejó trabajar en paz. Su esposa se había convertido, gracias a sus nociones de alcoba, en una experta cortesana que le daba un placer inmenso con sus ocurrencias y posiciones. El día anterior, Margot había querido cabalgarlo fuertemente, pero estando de espaldas a él. Y la sensación fue deliciosa... No la veía, solo tenía a su alcance la preciosa mata de pelo de ella, pero la pequeña saltaba tanto y ejercía tal presión en esa postura inversa tan interesante, que lo hizo derramarse en pocas sacudidas. Puesto que ella no llegó al clímax del placer, prácticamente lo obligó a usar su lengua y dedos hasta que ella gritó sin contención su larga liberación.

Sabía que a su esposo, su lengua sobre su vara, era lo que más disfrutaba. Era grande y tragarlo hasta el final como a él le gustaba, le provocaba arcadas, pero en verdad quería llevarlo a la locura con su boca sobre su miembro.

Margot sacó su lengua y comenzó a lamer los dos sacos llenos mientras sus manos acariciaban el eje con delicadeza. Los gemidos masculinos no tardaron en llegar. Se deleitó lamiendo indecorosa y lasciva esas dos pequeñas delicadas bolas de carne. Incluso se atrevió a engullirlas en el interior de su boca con sumo cuidado de no hacerle daño con sus dientes. Él, muy impaciente, movía las caderas para exigirle que dejase esa parte y se concentrase en su virilidad. Ella se resistía a calmar su ansiedad porque le gustaba verlo y percibirlo necesitado e inquieto.

—No me hagas suplicar, esposa —le advirtió con la voz llena de lujuria.

Margot se sonrió. Era tan tirano... Incluso en la intimidad ordenaba. Nunca pedía.

Entonces decidió llevar su lengua a la punta húmeda de él y recoger los primeros frutos de la excitación de su esposo. La mano derecha se concentró en mover el eje con delicadeza mientras lo lamía. La izquierda presionaba sus sacos con firmeza, pero con cuidado de no herirlo.

—Quita las manos y usa solo tu boca o terminaré de inmediato, mi amor. Solo tu lengua —le recomendó, pues era demasiado buena en lo que hacía.

Margot lo soltó y usó su boca y lengua para succionarlo fuertemente. Las caderas de él se movían al mismo tiempo que su cabeza. Le estaba haciendo el amor con la boca y su esposo solo podía gemir y retorcerse en la cama. Se sentía poderosa llevando tan lejos a Bastian con su

sensualidad, con su perversión... Una deliciosa perversión que siempre debería existir entre una pareja que se amaba y se deseaba.

Sintió las manos de él sobre su cabello. Creía que iba a obligarla a tragarlo más profundo. No. La paró y la miró a los ojos. Ella no se había dado cuenta ni de que él se había incorporado.

—Móntame porque esta noche deseo vaciarme en tus entrañas. No seas delicada.

Margot no objetó en su pedido. Se subió sobre el regazo de él, y agarrando el eje masculino se dejó caer sin delicadeza para empalarse y llorar de pura agonía deliciosa y excitante.

—Cabalga, amazona, fuerte. Dame placer, busca el tuyo. Hazme el amor, Margot.

Ella se sujetó de sus hombros y comenzó a moverse como sabía que esa noche él deseaba. Los dos querían algo rápido, duro, fuerte, atrevido.

Bastian la sujetó por las nalgas y la ayudó en sus movimientos para restregarla sobre su eje cuando él consideraba que debía hacerlo. Esa fricción sorprendió a Margot. Tanto fue así, que ella acabó buscando el roce de una parte delicada de su sexo todas las veces que él la obligaba a descender. Ella imprimió un ritmo trepidante, que estaba próximo a transformarse en un maravilloso culminar.

—Ahora, esposo, ahora... conmigo, ven conmigo, ahora... —balbuceó llena de lujuria, de él, de amor, de pasión.

Y su esposo solo pudo cumplir sus deseos, por lo que se abandonó a la petición y gritó tanto o más que ella.

El marqués la envolvió en su abrazo tumbándola sobre su pecho y asegurándose de que su miembro no escapaba de su interior. Le gustaba sentirse como si ambos fuesen uno solo. Conectados.

—Eres maravillosa en todo lo que haces.

—Lo sé —dijo orgullosa— y por eso conseguí enojar y cazar a un marqués malvado que me ha dado todo lo que siempre quise: un hogar, una familia, una ilusión.

El marqués se las apañó para tenderla en la cama y acostarse con ella acurrucado y amoroso. Le hubiese gustado dormir con su miembro dentro de su esposa, pero eso no sería posible hasta dentro de una hora más o menos...

Definitivamente, el uno y el otro no se iban a cansar nunca de compartir el lecho... Ni los establos, ni la biblioteca, ni la cocina, ni la salita de recibir visitas... ni...

Fin.

Nota de la autora

Querida amiga lectora, como bien sabes, soy una autora que escribe de casi todo. Me gustan las historias cortas, largas, blancas, picantes, con un poco de erotismo... Y en especial las de género histórico. Si no conoces lo que tengo publicado, puedes pasarte por Amazon y buscar mi página de autora. Verás que hay para elegir.

No suelo poner fechas porque me considero más una escritora de romance que una historiadora. Ello no implica que no me documente para no meter la pata (tal vez no siempre lo consiga, esto es mi ficción y adoro las licencias literarias). Sin embargo, puesto que intento crear mujeres fuertes ya en sí estoy pecando de no ser fiel a la historia. Mis heroínas rara vez son lo que se supone que deberían ser las verdaderas damas de la época.

Recordad que lo único que pretendo es entreteneros con mi loca imaginación. Esto es una obra de ficción que nace en mi mente y que está basada en lo que soy, en mi modo de vida o en cómo entiendo la vida misma. Lo haré mejor o peor, pero si he conseguido que sonriáis me daré por satisfecha.

Mis sagas son las siguientes, y no es necesario leer mis libros en orden:

Serie Segundas Hijas:

- 1) Enamorar a un duque endiablado
- 2) Una trampa para un conde perverso
- 3) Enojar a un marqués malvado

Saga Manchester/Equivocación:

- 1) Lady V. no quiere casarse
- 2) Lady Lena sí quiere casarse
- 3) El error de lady Susan
- 4) La equivocación del conde
- 5) El acierto de la duquesa
- 6) La maldición del duque de Ashton
- 7) El deber del marqués de Ailsa
- 8) El destino de una marquesa
- 9) La salvación del conde de Chesterfield
- 10) Lord Seaford tampoco desea casarse (próximamente)

Soldados Valerosos:

- 1) Un coronel para lady Briana
- 2) Un capitán para lady Elisabeth
- 3) Un teniente para lady Olivia
- 4) Un beso bajo el muérdago (precuela)

Serie Bajo la Luna:

- 1) Dulce veneno bajo la luna

- 2) Dulce encuentro bajo la luna
- 3) Dulce venganza bajo la luna

Trilogía hermanas Davenport:

- 1) Amberly, la esposa perfecta
- 2) Tiffany, la esposa esquiva
- 3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía ducado de Mildre:

- 1) Loren, la esposa sin título
- 2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse
- 3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía institutrices:

- 1) Rosemary, una institutriz soñadora
- 2) Philomena, una institutriz desdichada
- 3) Marianne, una institutriz realista
- 4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa.

Bilogía acuerdos:

- 1) El acuerdo de un lord inadecuado
- 2) El desacuerdo de un lord reticente

Novela Contemporánea:

Club Inhibiciones (Romance erótico)
¿Serás un error Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compagina su trabajo como redactora del semanario comarcal Canfali Marina Alta de Dénia desde 2006 con su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante, Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1

Amazon: <https://amzn.to/3puTsKn>